



DICKENS

AVENTURA
DE PICKWICK

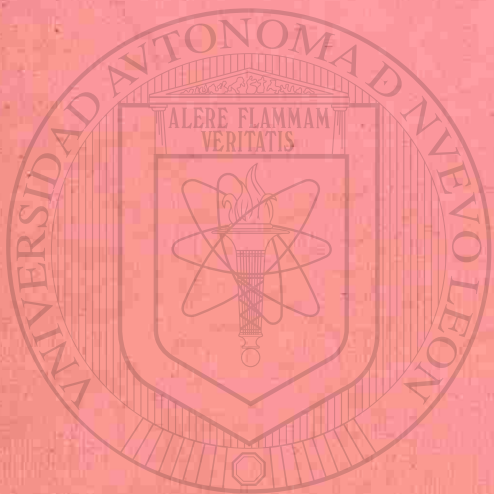
1

PR4569

.A67

V5

v. 1

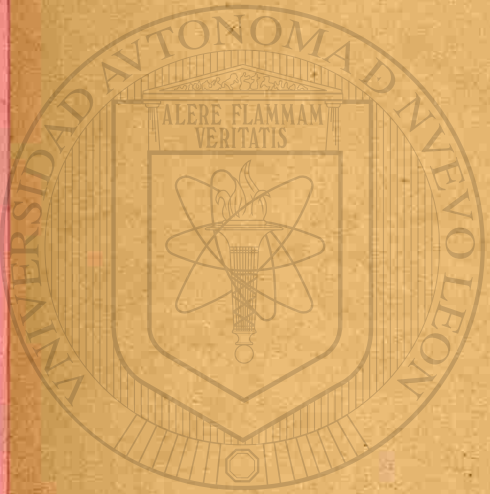


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®

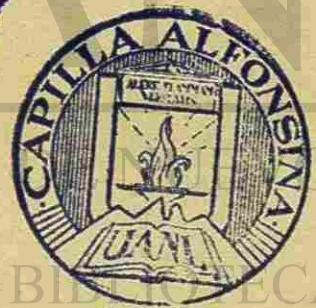


UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

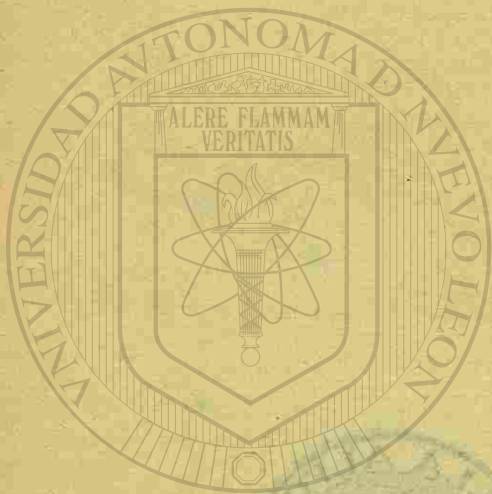
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SECRETARÍA DE EDUCACIÓN PÚBLICA

AVENTURAS DE PICKWICK

Núm. Clas. _____

Núm. Autor _____

Núm. Ed. _____

Procedencia _____

Prezo _____

Fecha _____

Clasific. _____

Catálogo _____

N
D5481a

29116

- 8 -

29

CARLOS DICKENS

Aventuras
de Pickwick

Traducción de "La Vida Literaria"



098579

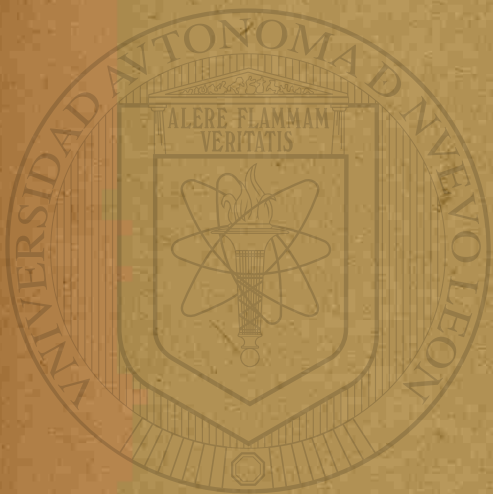
BARCELONA

TORIBIO TABERNER, Editor

Calle Rosellón, núm. 224

1905

29116



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
ADD. 1525 MONTERREY, MEX.

223
9

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Aprob. 1925 MONTERREY, N. L.



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Es propiedad del Editor

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

Aprob. 1925 MONTERREY, N. L.
PARTE PRIMERA

CAPITULO PRIMERO

Los Pickwickianos

El primer rayo de luz que iluminó con brillantes resplandores la obscuridad en que la historia de la vida pública del inmortal Pickwick parecía envuelta, consistió en los siguientes documentos insertos en las actas del Club Pickwick. El editor de estos papeles tiene la mayor satisfacción en proporcionarlos a sus lectores, como una prueba de la solícita atención, de la infatigable constancia, de la minuciosidad sutil con que verificó sus investigaciones al examinar los innumerables documentos que se le confiaron.

«12 de mayo de 1827. Presidencia de José Smiggers. V. P. P. M. C. P. Se convino por unanimidad en las proposiciones siguientes:

»La Asociación oyó leer con extraordinaria satisfacción y unánime complacencia los documentos comunicados por Samuel Pickwick P. P. M. C. P. y titulados: *Investigaciones sobre el origen de los pozos de Hampstead, con algunas observaciones sobre la teoría de los supos;* y por todo esto, la Asociación daba las más expresivas gracias al susodicho Samuel Pickwick.

»La Asociación, profundamente convencida de las ventajas que las sabias investigaciones de Samuel Pickwick traerán a la ciencia, cuya propagación y estudio se propone, no puede menos de conocer los innumerables beneficios que resultarán irremisiblemente de que las especulaciones de aquel sabio tengan una esfera más lata, es decir, de que extienda sus viajes, y por consiguiente, alargue el campo de su observación, para mayor provecho del conocimiento y mayor propagación de la enseñanza.

»La Asociación, en vista de estas razones, ha tenido seriamente en consideración la propuesta hecha por el mismo Samuel Pickwick y otros tres Pickwicknianos, con

objeto de formar una nueva rama de la unión Pickwinckiana, con el nombre de *Sociedad Corresponsal del Club Pickwick*.

»Esta propuesta ha recibido la sanción y aprobación de la Sociedad.

»La *Sociedad Corresponsal del Club Pickwick* queda desde ahora constituida, y Samuel Pickwick, Tracy Tupman, Augusto Snodgrass y Nathaniel Winkle, son nombrados socios de la misma, quedando obligados á enviar de tiempo en tiempo al Club establecido en Londres relaciones auténticas de sus viajes ó investigaciones, de sus observaciones respecto á caracteres y costumbres, y de todas las aventuras, documentos y anécdotas que pudieran relacionarse con las localidades que visitan ó con sus recuerdos históricos.

»La Asociación reconoce el principio de que cada miembro de la *Sociedad Corresponsal* debe pagar los gastos de su viaje; y que no se opondrá, por lo tanto, á que el socio extienda su viaje y sus trabajos todo el tiempo que le convenga.

»Los miembros de la citada *Sociedad Corresponsal* se enterarán de que su proposición relativa á pagar ellos mismos los gastos de correo y transporte ha sido examinada por la Asociación. Esta considera la susodicha propuesta digna de las elevadas inteligencias que la han concebido, y da por lo tanto su completa aprobación.

»Un observador superficial (añade el secretario que ha facilitado estas actas para el siguiente relato), un observador superficial no hubiera encontrado nada de extraordinario en la cabeza calva y en los espejuelos circulares que estaban invariablemente vueltos hacia el secretario de la Asociación, mientras leía los estatutos arriba copiados; pero era un espectáculo verdaderamente notable para todo aquel que no sabía que bajo aquella frente trabajaba el cerebro gigantesco de Pickwick, y que sus ojos expresivos resplandecían detrás de los vidrios de sus antiparras.»

En efecto, el hombre que había seguido hasta su origen los vastos estanques de Hampstead, el hombre que había trastornado al mundo científico con su teoría de los sapos, estaba allí: sentado tan tranquilo é inmutable como las aguas profundas de aquellos estanques en un día de helada, ó como un inocente ejemplar de aquellos inocentes sapos, en la profundidad cavernosa de una olla de tierra.

Pero el espectáculo fué mucho más interesante cuando á los gritos repetidos de ¡Pickwick! ¡Pickwick!, que salían simultáneamente de boca de todos los discípulos, aquel hombre ilustre se levantó lleno de vida y animación, subió lentamente sobre el escabel rústico en que

estaba sentado, y dirigió la palabra al club que él mismo había fundado. ¡Qué estudio para un artista presentaba aquella escena conmovedora! El elocuente Pickwick estaba allí con una mano graciosamente metida entre las solapas de su levitón, mientras que agitaba la otra para dar mayor fuerza á su declamación acalorada.

Su posición elevada hacia que se le subieran el pantalón corto y la polaina, en las cuales no se hubiera fijado la atención si hubieran revestido otro hombre; pero que ilustradas por el contacto de Pickwick, si es permitido usar esta expresión, infundían involuntariamente en los espectadores un respeto ó temor religioso. Estaba rodeado por los hombres de corazón que se habían ofrecido á participar de los peligros de sus viajes, y debían participar también de la gloria de sus descubrimientos. A su derecha estaba sentado Tracy Tupman, el infatigable Tupman, que unía á la experiencia de la edad madura, el entusiasmo y el ardor de un joven en la más interesante y disculpable de las debilidades del hombre, el amor. El tiempo y la comida habían engrosado su figura tan romántica en otro tiempo. Su chaleco de seda negro se había redondeado gradualmente, mientras su cadena de oro desaparecía pulgada á pulgada á sus propios ojos. Su ancha barba se desbordaba por encima de su corbata blanca; pero el alma de Tupman no había cambiado; la admiración del bello sexo era su pasión dominante. A derecha del maestro se veía al poético Snodgrass, misteriosamente envuelto en una capa azul, forrada de pieles de perro. Junto á él Winkle, el cazador, enseñaba con complacencia su traje nuevo de caza, su corbata escocesa y su estrecho pantalón de paño gris.

El discurso de Pickwick y los debates que suscitó están consignados en las actas de la Asociación. Ofrecían una notable similitud con las discusiones de las asambleas más célebres, y como siempre es curioso comparar los hechos de los grandes hombres, vamos á transcribir el acta de aquella sesión memorable:

«Samuel Pickwick hizo observar, dice el secretario, que la gloria es grata al corazón de todos los hombres. La gloria poética es grata al corazón de Snodgrass; la gloria militar es igualmente grata al corazón de Tupman; y el deseo de adquirir fama en todos los ejercicios del cuerpo existe en su más alto grado en el seno de su amigo Winkle. El (Pickwick) no podía negar la influencia que han ejercido en él las pasiones humanas, los sentimientos humanos (*aplausos*); tal vez debiera decir las debilidades humanas (*fuertes gritos de ¡no! ¡no!*). Pero se contentará con decir que si alguna vez se encendió en su seno el fuego del amor propio, fué apagado en

seguida por el deseo de hacer el bien de la humanidad.

El deseo de obtener la gratitud del género humano era su arrebató, la filantropía su pararrayos. (*Vehementes muestras de aprobación*). El había sentido orgullo, él lo confesaba francamente (y que sus enemigos se apoderen de este argumento si quieren); él había sentido orgullo cuando presentó al mundo la teoría de los sapos. Esta teoría podía ser célebre ó no serlo. (*Una voz dijo: Lo es. Grandes aplausos*). El aceptaba la aserción del honorable pickwickiano, cuya voz había sonado. Su teoría era célebre. Pero la fama de aquel estudio debía extenderse á los últimos límites del mundo conocido, y el gozo que sentiría por tal motivo su autor no sería tan grande como el que experimentaba en aquel momento, el más glorioso de su existencia (*Aclamaciones*).

»Dijo que él era un individuo muy humilde (*No, no*); sin embargo, había sido elegido por la Asociación para un servicio de la mayor importancia, y que ofrecía grandes peligros, precisamente en aquel tiempo, en que reinaba el desorden en los caminos y estaban desmoralizados los cocheros. Mirad al continente y contemplad las escenas que pasan en todas las naciones. Vuelan las diligencias por todas partes, se desbocan los caballos, estallan las calderas (*Aplausos. Una voz grita: ¡No!*) ¡No! (*Aplausos*). Que el honorable pickwickiano que ha proferido semejante palabra se levante y me desmienta, si se atreve. Quién es el que ha dicho *no*? (*Frenéticas aclamaciones*). Tal vez el amor propio herido de un hombre... (*Vivos aplausos*) que, celoso de las alabanzas que se han hecho, tal vez sin justicia, á las investigaciones del orador, y excitado por las censuras con que se ha confundido á los miserables, tentativas de la envidia, adopta ahora esos medios indignos y calumniosos.

»Mr. Blotton se levanta para peár que se llame al orden. ¿Hacia alusión á él el honorable pickwickiano? (*Gritos de ¡al orden!... ¡Sí!... ¡No!... ¡Continuad!... ¡Basta!*)

»Mister Pickwick no se deja intimidar por clamores. Hace alusión al honorable caballero. (*Viva sensación*).

»En este caso Mr. Blotton no tiene más que decir. Rechaza con profundo desprecio la acusación del honorable caballero, como falsa y difamatoria (*Grandes aplausos*). El honorable caballero es un hablador. (*Inmensa confusión. Fuertes gritos de ¡al orden! ¡al orden!*).

Mr. Snodgrass se levanta para llamar al orden. Llama al presidente (*Atención*). Pregunta si no se cortará aquel vergonzoso debate entre dos socios. (*¡Atención! ¡atención!*).

»El presidente se convence de que el honorable pickwickiano retirará la expresión que había empleado.

»Mr. Blotton, con todo el respeto posible al presidente, afirma que no se retirará nada.

»El presidente considera como un deber imperativo preguntar al honorable caballero si ha empleado la expresión que acaba de escapársele en el sentido que se le da comunmente.

»Mr. Blotton no vacila en decir que no, y que él no ha empleado la palabra en el sentido pickwickiano. (*¡Atención! ¡atención!*). Se ve obligado á reconocer que personalmente estima mucho al honorable presidente. No le ha llamado hablador sino bajo un punto de vista puramente pickwickiano. (*¡Atención! ¡Atención!*).

»Mr. Pickwick declara que está completamente satisfecho de la explicación noble y cándida de su honorable amigo. Insiste en que se comprenda bien que sus observaciones no debían tomarse sino también en un sentido puramente pickwickiano. (*Aplausos*).

Aquí concluyó el acta, y en efecto, el debate no pudo continuar, porque se había llegado á una conclusión tan satisfactoria y tan clara. No tenemos autoridad oficial para los sucesos que el lector encontrará en el capítulo siguiente; pero han sido recogidos de cartas y otros documentos manuscritos, cuya autenticidad no se puede poner en duda.

CAPITULO II

El primer día de viaje y la primera noche de aventuras, con sus consecuencias

Apenas el sol, puntual sirviente de todo el universo, apareció en el horizonte iluminando la mañana del 13 de mayo de 1827, cuando Mr. Samuel Pickwick surgiendo como otro sol de las sábanas de su lecho, se levantó, abrió la ventana de su alcoba, y miró el mundo que se agitaba bajo sus pies. Veía la calle Gosswell, á la derecha, á la izquierda la calle de Goswell, á sus pies la calle de Goswell, y tan lejos como alcanzase la mirada, no se divisaba más que la calle de Gosswell. «Así, pensó Samuel Pickwick, son las miras estrechas de los filósofos que, satisfechos con mirar la parte exterior de las cosas, no procuran estudiar los misterios que ellas se esconden. Siendo como ellos, me contentaría yo

seguida por el deseo de hacer el bien de la humanidad.

El deseo de obtener la gratitud del género humano era su arrebató, la filantropía su pararrayos. (*Vehementísimas muestras de aprobación*). El había sentido orgullo, él lo confesaba francamente (y que sus enemigos se apoderen de este argumento si quieren); él había sentido orgullo cuando presentó al mundo la teoría de los sapos. Esta teoría podía ser célebre ó no serlo. (*Una voz dijo: Lo es. Grandes aplausos*). El aceptaba la aserción del honorable pickwickiano, cuya voz había sonado. Su teoría era célebre. Pero la fama de aquel estudio debía extenderse á los últimos límites del mundo conocido, y el gozo que sentiría por tal motivo su autor no sería tan grande como el que experimentaba en aquel momento, el más glorioso de su existencia (*Aclamaciones*).

»Dijo que él era un individuo muy humilde (*No, no*); sin embargo, había sido elegido por la Asociación para un servicio de la mayor importancia, y que ofrecía grandes peligros, precisamente en aquel tiempo, en que reinaba el desorden en los caminos y estaban desmoralizados los cocheros. Mirad al continente y contemplad las escenas que pasan en todas las naciones. Vuelan las diligencias por todas partes, se desbocan los caballos, estallan las calderas (*Aplausos. Una voz grita: ¡No!*) ¡No! (*Aplausos*). Que el honorable pickwickiano que ha proferido semejante palabra se levante y me desmienta, si se atreve. Quién es el que ha dicho *no*? (*Frenéticas aclamaciones*). Tal vez el amor propio herido de un hombre... (*Vivos aplausos*) que, celoso de las alabanzas que se han hecho, tal vez sin justicia, á las investigaciones del orador, y excitado por las censuras con que se ha confundido á los miserables, tentativas de la envidia, adopta ahora esos medios indignos y calumniosos.

»Mr. Blotton se levanta para pelear que se llame al orden. ¿Hacia alusión á él el honorable pickwickiano? (*Gritos de ¡al orden!... ¡Sí!... ¡No!... ¡Continuad!... ¡Basta!*)

»Mister Pickwick no se deja intimidar por clamores. Hace alusión al honorable caballero. (*Viva sensación*).

»En este caso Mr. Blotton no tiene más que decir. Rechaza con profundo desprecio la acusación del honorable caballero, como falsa y difamatoria (*Grandes aplausos*). El honorable caballero es un hablador. (*Inmensa confusión. Fuertes gritos de ¡al orden! ¡al orden!*).

Mr. Snodgrass se levanta para llamar al orden. Llama al presidente (*Atención*). Pregunta si no se cortará aquel vergonzoso debate entre dos socios. (*¡Atención! ¡atención!*).

»El presidente se convence de que el honorable pickwickiano retirará la expresión que había empleado.

»Mr. Blotton, con todo el respeto posible al presidente, afirma que no se retirará nada.

»El presidente considera como un deber imperativo preguntar al honorable caballero si ha empleado la expresión que acaba de escapársele en el sentido que se le da comunmente.

»Mr. Blotton no vacila en decir que no, y que él no ha empleado la palabra en el sentido pickwickiano. (*¡Atención! ¡atención!*). Se ve obligado á reconocer que personalmente estima mucho al honorable presidente. No le ha llamado hablador sino bajo un punto de vista puramente pickwickiano. (*¡Atención! ¡Atención!*).

»Mr. Pickwick declara que está completamente satisfecho de la explicación noble y cándida de su honorable amigo. Insiste en que se comprenda bien que sus observaciones no debían tomarse sino también en un sentido puramente pickwickiano. (*Aplausos*).

Aquí concluyó el acta, y en efecto, el debate no pudo continuar, porque se había llegado á una conclusión tan satisfactoria y tan clara. No tenemos autoridad oficial para los sucesos que el lector encontrará en el capítulo siguiente; pero han sido recogidos de cartas y otros documentos manuscritos, cuya autenticidad no se puede poner en duda.

CAPITULO II

El primer día de viaje y la primera noche de aventuras, con sus consecuencias

Apenas el sol, puntual sirviente de todo el universo, apareció en el horizonte iluminando la mañana del 13 de mayo de 1827, cuando Mr. Samuel Pickwick surgiendo como otro sol de las sábanas de su lecho, se levantó, abrió la ventana de su alcoba, y miró el mundo que se agitaba bajo sus pies. Veía la calle Gosswell, á la derecha, á la izquierda la calle de Goswell, á sus pies la calle de Goswell, y tan lejos como alcanzase la mirada, no se divisaba más que la calle de Gosswell. «Así, pensó Samuel Pickwick, son las miras estrechas de los filósofos que, satisfechos con mirar la parte exterior de las cosas, no procuran estudiar los misterios que ellas se esconden. Siendo como ellos, me contentaría yo

con mirar siempre á la calle de Gosswell, sin hacer ningún esfuerzo para penetrar en los países desconocidos que la rodean.»

En cuanto emitió este sublime pensamiento, Mr. Pickwick se ocupó en vestirse y en arreglar su equipaje. Los grandes hombres son rara vez muy escrupulosos en su vestido; así es que se afeitó, se peinó y almorzó en muy poco tiempo.

Una hora después, Mr. Pickwick llegaba al puesto de coches de San Martín el Grande, llevando su saco de noche bajo el brazo, su telescopio en el bolsillo de su redingot y en el de la levita su libro de memorias, siempre pronto á recibir los descubrimientos notables.

— ¡Cochero! — exclamó Mr. Pickwick.

— Aquí estoy, señor — respondió un extraño ejemplar de la familia humana, que con su delantal de tela y su placa de cobre numerada parecía estar clasificado en una colección de objetos raros. — Aquí estoy, señor, ¡al coche, al coche!

El cochero salió de la taberna en que fumaba su pipa, y en un momento subió al coche.

— Golden Cross — dijo Mr. Pickwick.

— No es más que una maldita carrera de un shelling, Tomás — gritó el cochero en tono de mal humor.

El coche partió.

— ¿Qué edad tiene este animal? — preguntó mister Pickwick, frotándose la nariz con el shelling que tenía pronto para pagar la carrera.

— Cuarenta y dos años — replicó el cochero, después de haber mirado de reojo á Mr. Pickwick.

— ¿Cómo? — exclamó el hombre ilustre sacando su cartera.

El cochero repitió lo que había dicho. Mr. Pickwick le miró fijamente, pero no describió ninguna vacilación en su rostro, y anotó el hecho inmediatamente.

— ¿Y cuánto tiempo está fuera de la cuadra? — continuó Mr. Pickwick, procurando adquirir como siempre algunas noticias útiles.

— Dos ó tres semanas.

— ¡Dos ó tres semanas fuera de la cuadra! — dijo el filósofo lleno de admiración, y sacó de nuevo su cartera.

— Las cuadras — respondió friamente el cochero — están en Pontonville, pero el animal entra en ellas pocas veces, á causa de su debilidad.

— ¿A causa de su debilidad? — repitió Mr. Pickwick con perplejidad.

— Se cae siempre que lo quitan del coche. Pero, por el contrario, cuando está bien enganchado, tenemos las riendas tirantes y no puede caerse. Tenemos un par de

magníficas ruedas: así es que por poco que él tire las ruedas van delante y le obligan á marchar. No puede hacer otra cosa el animal.

Mr. Pickwick escribió todas las palabras de este relato, para dar cuenta de ellas al club, como una prueba singular de la longevidad de los caballos en las circunstancias más difíciles. Apenas acababa de escribir, cuando el coche se detuvo en Golden-Cross. En seguida el cochero saltó al suelo, Mr. Pickwick bajó con dificultad, y los señores Tupman, Snodgrass y Winkle, que esperaban con ansiedad la llegada de su ilustre jefe, se acercaron para felicitarle.

— Tomad, cochero — dijo Pickwick, dando el suelting su conductor.

¡Pero cuál fué la admiración del sabio cuando vió que aquel hombre inconcebible, arrojando el dinero al suelo, declaraba en lenguaje figurado que no apetecía otra paga que el placer de luchar un poco al puñetazo con Mr. Pickwick!

— ¿Estáis loco? — dijo Snodgrass.

— Borracho — exclamó Winkle.

— Las dos cosas — añadió Tupman.

— Acercaos — dijo el cochero lanzando al espacio una multitud de golpes preparatorios. — Acercaos los cuatro.

— ¡Buena la han armado! — exclamaron media docena de cocheros que por allí había. — Veamos esto, Juan.

Y se formaron en círculo para ver la lucha con gran satisfacción.

— ¿Qué hay, Juan? — preguntó un caballero que llevaba mangas de percal.

— ¿Qué qué hay? — preguntó el cochero; — este viejo ha tomado mi número.

— Yo no he tomado vuestro número — dijo Mr. Pickwick con tono indignado.

— ¿Creéis, señores — continuó el cochero, dirigiéndose á la muchedumbre, — creeréis que este esperpento subió en mi coche, tomó mi número y apuntó en un libro cuantas palabras yo decía?

El libro de memorias iluminó un rayo de luz la mente de Pickwick.

— ¿Conque ha hecho eso? — dijo otro cochero.

— Sí, lo ha hecho. Después de haberme inducido á atacarle por sus vejaciones, aparecen aquí tres festigos para declarar contra mí. Pero me la pagará, aunque supiera que había de tener para seis meses... Acercaos.

Y en un momento de exasperación y soberbio desuén por sus propios objetos el cochero lanzó su sombrero sobre el empedrado, hizo saltar los espejuelos de Mr. Pickwick y le dirigió un puñetazo en las narices, otro

en el pecho, un tercero en el ojo de Mr. Snodgrass, un cuarto, por variar, en el chaleco de Mr. Tupman; después se lanzó de un salto en medio de la calle, volvió á la acera, y finalmente, arrebató á Mr. Winkle el poco aire respirable que encerraban momentáneamente sus pulmones. Todo esto fué hecho en diez segundos.

—¿No hay por ahí un policía? — dijo Snodgrass.

—Arregladlos bien — dijo un vendedor de pasteles calientes.

—Ya me la pagaréis — dijo Mr. Pickwick respirando con dificultad.

—Acercaos — balbuceó el cochero, que continuaba dando golpes en el espacio.

Hasta entonces el populacho había contemplado pasivamente la escena; pero el rumor de que los pickwickianos eran soplones de la policía corrió de grupo en grupo, y entonces la concurrencia comenzó á disentir con mucho calor si convenia seguir la proposición del vendedor de pasteles. No puede decirse á qué extremo hubiera llegado si no se hubiera terminado la disputa con la llegada de un nuevo personaje.

—¿Qué hay aquí? — preguntó un joven muy delgado, vestido de verde, que salía de las oficinas de coches.

—¡Soplones! — vociferaba la multitud.

—Es falso! — exclamó Mr. Pickwick con un acento que debía convencer á todo el auditorio exento de preocupaciones.

—¿Es cierto? ¿es cierto? — preguntó el joven, abriéndose paso entre la multitud por el infalible procedimiento que consiste en codear á derecha é izquierda.

Mr. Pickwick le explicó en frases precipitadas la verdad del caso.

Si es así, venid conmigo — dijo el del vestido verde llevando tras de sí al hombre ilustre y hablando con él por el camino; — Número 924 — dijo llamando al cochero, — cobrad el precio de la carrera y marchaos. Respetable caballero, yo respondo de él, basta de tonterías. Por aquí, caballero. ¿Dónde están vuestros amigos?... Ha sido un error, por lo que veo. No importa, un incidente... eso le pasa á cualquiera. Valor, no se muere por eso. Es preciso oponer la energía del corazón á los malos golpes de la suerte. Citadle ante el comisario; ¡bribones!

Y profiriendo con una volubilidad extraordinaria una sarta de sentencias por el estilo, el desconocido introdujo á Mr. Pickwick y á sus compañeros en la sala de descanso de los viajeros.

—¡Mozo! — gritó el desconocido tirando de la campanilla con una violencia formidable; — traed de beber á esta gente ponche caliente con mucho azúcar. Tenéis

el ojo destrozado, caballero. Mozo, un bisteck crudo para el ojo de este señor. ¡Es ocurrencia estarse media hora en la calle apoyando el ojo en un candelabro de gas!

Y el desconocido, sin detenerse á tomar aliento, se bebió de un sorbo media pinta de ponche caliente, y después se sentó sobre una silla con tanto desenfado como si nada hubiera sucedido.

Mr. Pickwick tuvo ocasión de observar el traje y la apostura de aquel hombre, mientras sus tres compañeros se ocupaban en darle las gracias.

Era un hombre de mediana estatura, pero como tenía el cuerpo muy pequeño y las piernas muy largas, parecía mucho mayor de lo que era realmente. Su traje había sido muy elegante en los buenos tiempos del frac de cola de atún. Desgraciadamente en aquellos tiempos había sido hecho para un cuerpo mucho más pequeño que el del desconocido, porque las mangas sucias y ajadas le llegaban con mucho trabajo á los puños. Sin consideraciones á la respetable edad de esta casaca, él la había abotonado hasta la barba, con inminente peligro de descosérsela por la espalda. Su cuello estaba decorado con un viejo corbatín negro, pero no se veían ni vestigios de cuello de camisa. Su estrecho pantalón manifestaba de trecho en trecho manchas brillantes que indicaban largos servicios; estaba fuertemente estirado por unas trabillas que se enganchaban en unos zapatos llenos de remiendos, á fin de ocultar sin duda las medias, en otro tiempo blancas, que asomaban un poco á pesar de aquellas precauciones inútiles. Bajo su sombrero y á cada lado de sus anchas alas retorcidas caían en mechones mal peinados los largos cabellos del personaje, y se entreveía la carne de sus puños por entre sus guantes y las mangas de su levita. Finalmente, su cara era flaca y pálida, y en toda su persona reinaba un aire de impudencia locuaz y de aplomo imperturbable.

Tal era el individuo que Mr. Pickwick examinaba al través de sus anteojos (felizmente encontrados), y al cual dió en términos corteses las gracias, después que los tres compañeros le hubieran manifestado también su gratitud.

—No hablemos de eso — dijo el desconocido, dando punto final á los cumplimientos. — ¡Qué bribón de cochero! Tiraba bien al puñetazo; pero si yo hubiera sido vuestro amigo, el del traje de caza, ¡vive Dios! yo le hubiera roto la cabeza al cochero y al pastelero también.

Este vehemente discurso fué interrumpido por el cochero de Rochester, que anunció que el Comodoro iba á partir.

—¡Comodoro! — dijo el desconocido levantándose. — Mi coche, asiento reservado, asiento de imperial. Pagad

el ponche y el agua. Yo tendría que cambiar un billete de cien libras; circulan muchas monedas falsas, monedas de Birmingham; mucho cuidado.

Y sacudió la cabeza con aire malicioso.

Mr. Pickwick y sus tres compañeros habían resuelto hacer su primera parada en Rochester. Dijeron con mucha complacencia al desconocido que ellos seguían el mismo camino, y convinieron en ocupar la rotunda del coche, donde podrían colocarse los cinco.

—Vamos al coche — dijo el desconocido ayudando á Mr. Pickwick á subir, con una precipitación que no era frecuente en la ordinaria gravedad de aquel filósofo.

—¿No hay equipajes? — dijo el cochero.

—¿Quién, yo? — dijo el desconocido. — Un paquete de papel gris... lo demás lo he mandado por mar... grandes cajas clavadas... grandes como casas... pesadas... pesadas... enormemente pesadas.

Y metió en su bolsillo lo más que pudo el paquete de papel gris que, á juzgar por las apariencias, debía contener una camisa y un pañuelo.

—Cuidado con las cabezas — dijo el desconocido cuando pasaron bajo la bóveda, por la cual entraban y salían los coches... — terrible sitio... muy peligroso... el otro día, cinco niños... una madre, olvidaron la bóveda... ¡crac! los niños se volvieron, la cabeza de la madre arrancada... el jefe de la familia no existía... ¡horrible!... ¡horrible! ¿Miráis á Whitehall, caballero? Bello palacio... pequeña ventana... una cabeza cayó allí. ¡Eh! tampoco él tuvo cuidado... ¿eh?

—Yo meditaba — dijo Pickwick — sobre la extraña volubilidad de las cosas del mundo.

—Ya adivino; se entra por la puerta del palacio un día... se sale por la ventana al día siguiente. ¿Sois filósofo, caballero?

—Observador de la naturaleza humana.

—Yo también, como la mayor parte de los hombres cuando tienen poco que hacer y menos que ganar. ¿Sois poeta, caballero?

—Mi amigo, Mr. Snodgrass, tiene una disposición poética muy pronunciada — respondió Pickwick.

—Yo también — dijo el desconocido... — poema épico... diez mil versos... revolución de Julio... compuesta sobre el terreno... Marte de día... Apolo de noche... descargando el fusil... pulsando la lira.

—¿Estabais presente en aquella gloriosa escena? — preguntó Snodgrass.

—¿Presente? un poco... yo pienso un verso... entro en una taberna y lo escribo... vuelvo á la calle... ¡puf, pan!... otra idea... vuelvo á la taberna; pluma y papel... en la calle estocadas, golpes... buen tiempo, caballero.

¿Sois cazador? — dijo volviéndose bruscamente hacia Mr. Winkle.

—Un poco — replicó éste.

—¡Buena ocupación! ¿Tenéis perros?

—En este momento, no.

—¡Ah! Debierais tener. ¡Noble animal, criatura inteligente!... Yo tenía uno... perro de presa... instinto sorprendente... Yo cazaba un día... entro en un soto... silbo... perro inmóvil. Silbo más... inútil... lo llamo... ¡Ponto, Ponto! No se movía. Perro petrificado delante de un cartel... una inscripción que decía: *Los guardas tienen orden de matar todos los perros que se encuentran en este coto*. El perro no quería avanzar. ¡Perro maravilloso!... ¡Famoso animal! ¡Oh, famoso!

—¡Singular circunstancia! — dijo Mr. Pickwick — ¿Queréis permitirme que tome nota?

—¡Oh! sí, señor, sí, señor... ¡Cien anécdotas del mismo animal!...

Y advirtiendo que Mr. Tracy Tupman dirigía miradas pickwickianas á una joven que pasaba por el camino, dijo el desconocido:

—¡Linda muchacha! caballero.

—¡Muy linda! — respondió Tupman.

—Las inglesas no valen lo que las españolas; ¡richles criaturas!... ¡cabellos de ébano!... ¡ojos negros!... ¡formas seductoras!... ¡dulces criaturas, divinas!

—¿Habéis estado en España, caballero? — preguntó Tupman.

—Allí he vivido siglos.

—¿Habéis hecho muchas conquistas?

—¿Conquistas? A millones. Don Bólaro Fizzgig, grande de España... hija única... Doña Cristina, ¡soberbia criatura!... me amaba locamente... Padre celoso... hija apasionada... inglés hermoso... Doña Cristina desesperada... ácido prúsico... bomba estomacal... Yo practico la operación... viejo Bolaro en éxtasis... consiente en nuestra boda... une nuestras manos... arroyos de lágrimas... Historia romántica, muy romántica.

—¿Esa señora está ahora en Inglaterra? — dijo Tupman, en quien la descripción de tales encantos había hecho una viva impresión.

—¡Muerta, caballero, muerta! — respondió el desconocido, aplicando á su ojo los tristes restos de un pañuelo de batista. — No se cura nunca con la bomba estomacal... Constitución destruida... víctima de amor.

—¿Y el padre? — preguntó el poético Snodgrass.

—Lleno de remordimientos... desesperación súbita... comentarios en toda la ciudad. Buscan por todas partes... Surtidor de la fuente pública se detiene súbitamente... pasa el tiempo... no sale el agua... los obreros

trabajan... Mi suegro en la cañería... lo sacan... vuelve á correr la fuente.

—¿Me permitís que escriba sobre eso una novela?— dijo Snodgrass profundamente afectado.

—¡Oh! sí, señor, sí, señor. Cincuenta tengo á vuestro servicio... Extraña historia es la mía... no extraordinaria, sino curiosa.

Durante todo el viaje continuó el desconocido hablando de esta manera, sin interrumpirse más que para tomar un sorbo de cerveza, á guisa de puntuación. Cuando el coche llegó al puente de Rochester, los cuadernillos de memorias de Mr. Pickwick y Mr. Snodgrass estaban llenos de aventuras.

Cuando se pudo ver el viejo castillo, Mr. Augusto Snodgrass exclamó con el fervor poético que le distinguía:

—¡Qué magníficas ruinas!

—¡Qué estudio para un anticuario! — dijo Mr. Pickwick, mientras aplicaba á su ojo el catalejo.

—¡Ah! magnífico sitio — respondió el desconocido.

—Soberbia masa... sombrías murallas, arcos atrevidos, escaleras retorcidas... vieja catedral, olor de tierra, escalones gastados de los pies de los peregrinos... puertas sajonas... confesonarios como las garitas de los que cobran el dinero en los teatros... ¡qué pícara gente eran los frailes!... tesoreros... casas rojas... narices corvas... hábitos de búfalo... arcabuces de mecha... sarcófagos... Bello sitio, viejas leyendas, historias curiosas.

Y continuó su soliloquio hasta el momento en que el coche se detuvo en la gran calle, delante de la posada de *Toro*.

—¿Os quedáis aquí, caballero? — le preguntó Nathaniel Winkle.

—¿Aquí? No, caballero. Vosotros hacéis bien en quedaros. Buena casa... camas limpias... El hotel Waight al lado... muy caro... media corona más sobre la cuenta, si miráis solamente al mozo... más caro si coméis fuera que comiendo en el hotel... gente pícara.

Mr. Winkle se acercó á Mr. Pickwick y le dijo algunas palabras al oído. Un cuchicheo pasó de Mr. Pickwick á Mr. Snodgrass, y de éste á Mr. Tupman, y cuando hubieron cambiado algunos signos de asentimiento, Mr. Pickwick se dirigió al desconocido y le dijo:

—Caballero, esta mañana nos habéis hecho un importante servicio. Permitid que os ofrezcamos una ligera muestra de nuestra gratitud, rogándoos que nos hagáis el honor de comer con nosotros.

—Con mucho gusto... Aves asadas con hongos... ceca buena... ¿á qué hora?

—Veamos — respondió Mr. Pickwick sacando su re-

loj. — Ahora son las tres. A las cinco comeremos, si os parece.

—Muy buena hora... A las cinco en punto.

Así habló el desconocido, y levantando algunas pulgadas su sombrero de alas retorcidas, lo echó negligentemente sobre una oreja, atravesó el patio con aire resuelto, y volvió á la calle, teniendo siempre fuera del bolsillo el paquete de papel gris.

—Es sin duda un gran viajero que recorrido apartados climas, y un profundo observador de los tumbres y de las cosas — dijo Mr. Pickwick.

—Quisiera ver su poema, — dijo Mr. Snodgrass.

—Y yo quisiera ver su perro, — dijo Winkle.

Mr. Tupman no habló, pero pensó en doña Cristina, en el ácido prúsico, en la fuente, y sus ojos se llenaron de lágrimas.

Después de haber tomado para sí un comedor particular, después de haber examinado los lechos y pedido la comida, los viajeros salieron para ver la ciudad y sus alrededores.

Hemos leído cuidadosamente las notas de Mr. Pickwick, relativas á las cuatro ciudades de Stroud, Rochester, Chatam y Brompton, y no hemos encontrado que difieran su opiniones materialmente de las de los demás sabios que han visitado los mismos sitios. Se puede resumir su descripción en lo siguiente.

Los principales productos de la ciudad parecían consistir en soldados, marineros, judíos, yeso, langostas, oficiales y empleados de marina. Las principales mercancías expuestas en la calle son caramelos, manzanas, ostras y peces. Las calles tienen un aspecto animado y vivo, que proviene del buen humor de los militares. Cuando estos hombres valientes, bajo la influencia de su espiritual alegría hacen rúbricas en las calles cantando, ofrecen un espectáculo delicioso para el filántropo, sobre todo si consideramos que dan á los chicos de la ciudad una diversión inocente y barata. Nada (añade mister Pickwick) nada iguala á su buen humor. La víspera de mi llegada, uno de ellos había sido groseramente insultado en una posada. La criada se opuso á que bebiera mucho. El soldado por pura diversión sacó su bayoneta y la hirió en el hombro. No obstante, al día siguiente fué por la mañana á la posada y prometió no guardar ninguna clase de rencor, y olvidar lo que había pasado.

El consumo de tabaco debe ser grande en esta ciudad, continúa Pickwick, y el olor de este vegetal, esparcido por todas las calles, debe ser muy delicioso para los fumadores. Un viajero superficial reprobaría tal vez el lodo que caracteriza la viabilidad de aquella gente; pero este lodo ofrece, por el contrario, un verdadero goce á

los que descubren en él señales evidentes de movimiento y prosperidad y comercial.

A las cinco llegó la comida, y llegó el desconocido. Se había desprendido de su paquete, pero no se había verificado ningún cambio en su traje, y desplegabá siempre su locuacidad.

—¿Qué es eso? — preguntó, viendo que el mozo descubría una de las bandejas. — ¡Ah, lenguado! famoso pescado. El lenguado viene de Londres. Los empresarios de diligencias regatean siempre que hay un festín político, por contratar los lenguados... docenas de estos... ¿eh?... un brindis, caballero.

—Con mucho gusto, — dijo Pickwick.

Y el desconocido brindó primero con Pickwick, después con Snodgrass, después con Tupman, después con Winkle, y después con todos colectivamente, y siempre sin dejar de hablar.

—¿Qué bacanal hay en la escalera? Suben sillas, bajan carpinteros, lámparas, vasos... ¿qué es eso, mozo?

—Un baile, caballero.

—¿Un baile por suscripción?

—No señor. Un baile público á beneficio de los pobres.

—Caballero, — dijo Tupman: — ¿sabéis si las mujeres son guapas en este pueblo?

—¡Soberbias, magníficas! Todo el mundo conoce el condado de Kent, celebre por sus manzanas, por sus cerezas y mujeres. Brindemos, caballero.

—Con mucho gusto, — respondió Tupman.

El desconocido llenó su vaso y bebió.

—Tendría mucho gusto en ir á ese baile, — dijo Tupman.

—Tenemos billetes en el comedor, — dijo el mozo, — media guinea cada uno.

Mr. Tupman expresó de nuevo el deseo de ir á aquella fiesta; pero no encontrando respuesta en los ojos oscurecidos de Mr. Snodgrass, ni en la mirada distraída de Mr. Pickwick, se dedicó con nuevo interés al vino de Oporto y al postre que acababan de traer. El mozo se retiró, y nuestros cinco viajeros continuaron saboreando las dos horas de abandono que siguen á la comida.

El vino fué bebido y se pidió más. El visitador habló, los pickwickianos escucharon. Mr. Tupman sentía cada momento más deseos de ir al baile. La cara de Mr. Pickwick brillaba con una expresión de filantropía universal. Mr. Winkle y Snodgrass cayeron en un profundo sueño.

—Ya principian allá arriba, — dijo el desconocido. — Escuchad, templan los violines... ahora el arpa... ya

empiezan.

En efecto, los sonos variados que se oían por la escalera, anunciaban que había principiado el primer rigodón.

—Tendría mucho gusto en ir á ese baile, — dijo Tupman.

—Yo también... ¡maldito equipaje!... el barco se ha retrasado, y no tengo traje que ponerme... ¡es terrible!

Una general benevolencia era el carácter principal de los pickwickianos, y Mr. Tupman estaba dotado de esta cualidad más que otro alguno. Al hojear las actas del club, causa admiración el ver cuantas veces este excelente hombre envió á casa de los demás miembros de la Asociación á los infortunados que se dirigían á él para obtener vestidos viejos ó socorros pecuniarios.

—Tendría mucho gusto en prestaros un traje para esta ocasión, — dijo al desconocido; — pero sois muy delgado y yo soy...

—Bastante grueso... Baco de vuelta... baja del tonel. Fuera los pámpanos... pónese los pantalones. Pasadme el vino.

No podemos decir si Mr. Tupman se indignó por el tono imperioso con que el desconocido le dijo que pasara el vino, que pasaba tan rápidamente por su gajnate, ó si se escandalizó justamente de ver que un miembro infuyente del Club-Pickwick, era comparado á un Baco desmontado; pero después de haber pasado el vino, tosió dos veces y miró durante algunos minutos al desconocido. Sin embargo, como este individuo permanecía en calma ante los ojos de su escrutador, Mr. Tupman disminuyó por grados la intensidad de sus miradas, y principió á hablar otra vez del baile.

—Estaba pensando, caballero, — le dijo, — que mis vestidos deben ser muy anchos para vos. Los de mi amigo Mr. Winkle tal vez os sentarán mejor.

El desconocido midió de una mirada el cuerpo de Mr. Winkle, y exclamó:

—Es verdad, me vendrán perfectamente.

Mr. Tupman miró alrededor suyo. El vino, que había ejercido una influencia soporífica sobre Mr. Snodgrass y Winkle, había también adormecido los sentidos de Mr. Pickwick. Este señor había recorrido sucesivamente las diversas fases que preceden al letargo producido por el vino y la comida. Había experimentado las transformaciones que llevan de la alegría al abismo de la tristeza. Lo mismo que los mecheros de gas de la calle, cuando el viento ha penetrado en el tubo, Mr. Pickwick desplegó por momentos una claridad extraordinaria, y después se fué apagando de tal modo, que apenas se le distinguía. Después de algún tiempo, dió otra vez una

excesiva claridad, después osciló rápidamente, y se apagó al fin. Su cabeza se inclinó hacia el pecho, y un ronquido perpetuo, acompañado de un sordo gruñido, eran las únicas pruebas auxiliares que podrían atestiguar la presencia del grande hombre. Mr. Tupman sentía violentas tentaciones de ir al baile, para poder emitir su opinión sobre las bellezas del condado de Kent. Tenía también tentaciones de llevar consigo al desconocido, porque le oía hablar de los habitantes y de la ciudad, como si hubiera vivido allí desde su nacimiento, mientras él se encontraba allí completamente extraño.

Mr. Winkle dormía profundamente, y mister Tupman tenía mucha experiencia en el estado en que le veía para saber que, siguiendo el curso ordinario de la Naturaleza, su amigo no pensaría en otra cosa al despertar, que en meterse en la cama. Sin embargo, mister Tupman continuaba indeciso.

—Llenad vuestro vaso y pasadme el vino, — dijo el infatigable visitador.

Mr. Tupman hizo lo que el otro le pedía, y el estimulante adicional del último vaso lo determinó.

—La alcoba de Winkle, — dijo al desconocido, — se comunica con la mía; si yo le despertase ahora, no podría hacerle comprender lo que deseo; pero yo sé que hay un vestido completo en su saco de noche. Suponed que os ponéis este vestido para ir al baile, y que os lo quitáis al volver. Yo lo pondré entonces donde estaba sin molestar á mi amigo para nada.

—¡Admirable! — respondió el desconocido. — ¡Famoso plan! Dificil posición... ¡catorce vestidos en mi maleta, y verme obligado á ponerme el de otro!... ¡cosa chistosa!

—Es preciso tomar nuestros billetes, — dijo mister Tupman.

—No vale la pena de cambiar una guinea para esto. Echemos suertes á ver cuál de los dos paga. Lanzad una moneda al aire. Yo soy cruz.

Tiraron una moneda al aire, y después de rodar, se paró, mostrando la cara en su faz superior. Condenado por la suerte Mr. Tupman, tiró de la campanilla, tomó los billetes y pidió una luz. Un cuarto de hora después el desconocido estaba vestido con los despojos de mister Nathaniel Winkle.

—Es un traje nuevo, — dijo Mr. Tupman, — mientras el desconocido se miraba con complacencia. Es el primero que se ha adornado con los botones de nuestro club.

Y entonces hizo notar á su compañero los muchos botones dorados, en los cuales se veían las letras C. P. á un lado y otro del busto de Pickwick.

—C. P., — repitió el extranjero. — Chistosa divisa. El retrato del viejo gordo, ¿qué significan esas letras C. P.? Curioso retrato ¿eh?

Mr. Tupman explicó con gran importancia y una indignación mal comprimida el símbolo místico del Club Pickwick, mientras el desconocido se retorcia para ver en el espejo la parte posterior del vestido, cuyo talle le llegaba por mitad de la espalda.

—Un poco corto de talle, ¿no es cierto? Como los trajes de los carteros. Graciosos vestidos hechos por empresa y sin medida... misteriosos designios de la Providencia: á todos los pequeños, vestidos grandes; á todos los grandes, vestidos pequeños.

Hablando así, el nuevo compañero de Mr. Tupman acabó de ajustar su vestido, ó mejor el de Mr. Winkle. Poco después los dos aficionados á las fiestas subían la escalera.

—¿Qué nombres, señores? — dijo un hombre que estaba en la puerta. Mr. Tupman se avanzó para decir sus títulos y cualidades, cuando el desconocido le detuvo, diciendo:

—No es preciso nombre.

Y murmuró al oído de Mr. Tupman: los nombres no valen de nada... desconocidos, excelentes nombres en su clase, pero no ilustres... famosos nombres en una pequeña reunión... pero que no harían efecto en una gran sociedad. Incógnito, es lo mejor... caballero de Londres, nobles extranjeros. No es preciso más.

La puerta se abrió al sonar con voz fuerte aquellas últimas palabras, y Mr. Tupman entró en la sala de baile con el desconocido.

Era una habitación ancha, rodeada de banquetas carmesí, y alumbrada por bujías colocadas en arañas de cristal. Los músicos estaban colocados sobre un tablado, y tres ó cuatro cuadrillas se mezclaban y se separaban de una manera científica. En una pieza contigua se veían dos mesas de juego, sobre las cuales se entretenían gravemente al whist cuatro viejas con igual número de caballeros.

El rigodón terminó, y los danzantes se pasearon por el salón. Nuestros dos compañeros se plantaron en un rincón, para observar la compañía.

—¡Mujeres divinas! — suspiró Tupman.

—Esperad un instante. Vais á ver en seguida. Los pesados gorros no han venido todavía. Los altos funcionarios de marina no hablan con los pequeños empleados; los pequeños empleados no hablan con los individuos de la clase media; los individuos de la clase media no hablan con los comerciantes; el comisario del gobierno no habla con nadie.

—¿Quién es ese muchacho de cabellos rubios, de ojos encendidos, que viste un traje de capricho?

—Silencio, por favor; ojos encendidos, traje de capricho... Chitón, chitón... es el honorable Wilmot-Bacasse, gran familia los Becasses.

—Sir Tomás Clubber, lady Clubber y miss Clubber, —gritó con voz estentórea el hombre que anunciaba.

Una profunda sensación reinó en toda la sala a la entrada del enorme caballero, con traje azul, botones brillantes. Le acompañaban una enorme señora, vestida de satín azul, y dos jóvenes cortadas por el mismo patrón y vestidas con trajes elegantes del mismo color.

—Comisario regio, jefe de marina, grande hombre, notablemente grande, —dijo en voz baja el desconocido a Mr. Tupman, mientras los del baile llevaban a la familia de Clubber al más lejano extremo de la sala.

El honorable Wilmot-Bacasse y los demás que cargaban condecoraciones, se apresuraron a presentar sus cumplimientos a la señorita Clubber, y sir Tomás Clubber, derecho como una I, contemplaba majestuosamente la reunión desde lo alto de su corbata negra.

Mr. Smilke, lady Smilke y las señoritas Smilke fueron anunciadas inmediatamente después.

—¿Quién es este Smilkie? —preguntó Mr. Tupman.

—Algún oficial de marina, —respondió el desconocido.

Mr. Smilkie se inclinó con deferencia delante de sir Tomás Clubber, y sir Tomás Clubber le devolvió el saludo con notable condescendencia. Lady Clubber examinó al través de sus lentes a Smilkie y a su familia; y a su vez lady Smilkie miró de arriba abajo a mister No sé qué, cuyo esposo no pertenecía a la marina.

—¡Coronel Bulder, mistress Bulder y miss Bulder!

—Jefe de la guarnición, —dijo el desconocido, contestando a una mirada interrogativa de mister Tupman.

Miss Bulder fué calurosamente acogida por las miss Clubber. Los saludos entre mistress Bulder y lady Clubber fueron muy afectuosos. El coronel Bulder y sir Tomás se ofrecieron mutuamente un polvo de tabaco, y entrambos miraron alrededor de sí, como Alejandro Selkirk, monarca de todo lo que le rodeaba.

Mientras la aristocracia del pueblo, los Bulder, los Clubber y los Bacasse conservaban así su dignidad en el extremo de la sala, las otras clases de la sociedad les imitaban en el extremo opuesto tanto como les era posible. Los oficiales menos aristocráticos del 97 regimiento alternaban con las familias menos importantes de la marina. Las mujeres de los abogados y la mujer del comerciante de vinos estaban a la cabeza de una facción. Mistress Tomlison, directora de las oficinas de co-

reos, parecía haber sido elegida por asentimiento universal para dirigir la fracción comerciante.

Uno de los personajes más populares en su círculo era un hombre alto, grueso, cuyo cráneo calvo estaba adornado circularmente por una corona de cabellos negros y rígidos. Era el doctor Slammer, cirujano del 97 regimiento. El doctor Slammer tomaba tabaco en la caja de todo el mundo, reía, bailaba, bromeaba, jugaba al whist, estaba en todas partes, lo hacía todo. A estas ocupaciones, ya muy numerosas, unía el doctor otra más importante aún. Dirigía las más afectuosas é infatigables atenciones a una viuda vieja, cuyo tocado y numerosas alhajas anunciaban una fortuna, que constituía un partido muy apetecible para un hombre de poca renta.

Los ojos de Mr. Tupman y de su compañero se fijaban hacia un rato en el doctor y en la viuda, cuando el desconocido rompió el silencio:

—Un montón de dinero, mujer vieja, el doctor la enamora, ¡buena idea! ¡excelente carga!

Mientras estas obscuras sentencias salían de la boca del desconocido, Mr. Tupman le miraba con aire interrogativo.

—Voy a bailar con la viuda.

—¿Quién es?

—No sé... jamás la he visto... suplantará al doctor... adelante, en marcha.

Concluyendo estas palabras, el desconocido atravesó la sala, se apoyó en una chimenea y clavó su mirada con aire de admiración respetuosa y melancólica sobre la voluminosa cara de la vieja. Mr. Tupman le contemplaba mudo de asombro. El desconocido hacía evidentemente rápidos progresos. El doctor bailaba con otra dama. La viuda dejó caer su abanico. El desconocido lo recogió, devolviéndoselo con solicitud. Mediaron una sonrisa, un saludo, una reverencia, algunas palabras. El desconocido volvió a atravesar orgulloso la sala para buscar al bastonero, volvió junto a la viuda, y después de algunas palabras de pantomima, á guisa de introducción, tomó la mano de su conquista y entró con ella en un rigodón.

Grande fué la sorpresa de mister Tupman al ver este proceder; pero la admiración del pequeño doctor parecía aún más grande. El desconocido era joven; la viuda parecía orgullosa. No se cuidaba ya de las atenciones del doctor, y la indignación de éste no hacía impresión ninguna sobre su imperturbable rival. El doctor Slammer estaba paralizado. El, el doctor Slammer, cirujano del 97 regimiento, ¡verse aniquilado en un momento por un hombre que nadie había visto, que nadie conocía!

¡El doctor Slammer, cirujano del 97 regimiento!... ¡eso no podía ser!

Y sin embargo, así era. El desconocido presentó á su amigo. El doctor no creía lo que estaba viendo. Miró de nuevo, y se vió en la penosa necesidad de reconocer la exactitud de sus nervios ópticos.

Mistress Mulder bailaba con Mr. Tupman: no era posible engañarse. La viuda estaba delante de él en carne y hueso, dando vueltas con un vigor inusitado. Allí estaban también Mr. Tupman saltando de derecha á izquierda, con mucha gravedad, y danzando (lo cual sucede á muchas personas), como si la contradanza fuera una prueba solemne, y fuera preciso, para salir bien, armarse moralmente de una inflexible resolución.

Silenciosa y pacientemente soportó el doctor todo esto. Vió al desconocido ofrecer vino caliente, traer vasos y precipitarse sobre los vizcochos. Vió cambiar mil coqueterías, y no dijo nada; pero algunos minutos después de haber desaparecido el desconocido con mistress Bulder, para conducirla al coche, se lanzó el doctor fuera de la sala, y cada partícula de su cólera, tanto tiempo contenida, parecía escapar de su cara en un arroyo de sudor.

El desconocido volvió, habló en voz baja á Mr. Tupman; reía, estaba radiante, había triunfado. El pequeño doctor tenía sed de su vida.

—Caballero, — dijo con voz terrible, — mostrando su tarjeta y retirándose á un ángulo del pasillo; — mi nombre es Slammer, el doctor Slammer, caballero, cirujano del 97 regimiento, cuartel de Chatam. He aquí mi tarjeta, caballero, mi tarjeta.

Quería seguir; pero su indignación le quitaba el aliento.

—¡Ah! — replicó el desconocido con negligencia; — Slammer: gracias, gracias por vuestra delicada atención; pero no estoy enfermo ahora. Cuando lo esté me dirigiré á vos.

—¡Vos!... sois un intrigante... un holgazán... un cobarde... un mentiroso... un... un... ¿os decidiréis á darme vuestra tarjeta?

—¡Ah! ya entiendo, — dijo el desconocido. — Ponche muy fuerte. La limonada es mucho mejor... habitaciones calientes... caballero de cierta edad... crueles dolores. Y dió algunos pasos.

—¿Vivís en esta casa, caballero? — exclamó el doctor furioso. — ¡Estáis beodo! Oiréis hablar de mí, caballero. Os encontraré, os encontraré.

—Mejor haréis en encontrar á vuestro lecho, — respondió impasible el desconocido.

El doctor Slammer le miró con una ferocidad inde-

cible, y al marcharse, se encasquetó el sombrero en la cabeza de una manera que indicaba su cólera.

El desconocido y Mr. Tupman subieron á la habitación para restituir el plumaje que habían quitado al inocente Winkle. Encontráronle profundamente dormido, y la restitución pudo hacerse con facilidad. El desconocido estaba muy decidido, y Mr. Tupman aturdido por el vino, por el ponche, por las luces, por la contemplación de tantas mujeres, miraba todo este asunto con excelente humor.

Después de la partida de su nuevo amigo, experimentó alguna dificultad en descubrir la abertura de su gorro de dormir: en sus esfuerzos para ponérselo en la cabeza, tiró la vela, y sólo por una serie de evoluciones muy complicadas, logró entrar en el lecho. A pesar de tantos accidentes, no tardó en quedarse dormido.

Apenas habían dado las siete del día siguiente, cuando el espíritu universal de Mr. Pickwick fué sacado del estado de torpeza en que el sueño lo había sumergido, por violentos golpes dados en la puerta.

—¿Quién es? — exclamó incorporándose en su lecho.

—El mozo, caballero.

—¿Qué queréis?

—¿Podréis decirme qué persona de entre las que os acompañan, tiene un vestido azul con botones dorados, que llevan las iniciales C. P.?

—Le habrán dado ese traje para cepillarlo, — pensó Mr. Pickwick, — y ha olvidado á quién pertenecía.

—Mr. Winkle, — dijo, la tercera habitación á la derecha.

—Gracias, caballero, — dijo el mozo, y pasó.

—¿Qué hay? — preguntó Mr. Tupman, oyendo llamar violentamente á su puerta.

—¿Puedo hablar á Mr. Winkle, caballero? — respondió el mozo.

—¡Winkle, Winkle! — exclamó Tupman.

—¡Eh! — respondió una débil voz que salía del lecho de la habitación inferior.

—Preguntan por vos... ahí en la puerta.

Y pronunciando con esfuerzo estas palabras, mister Tupman se volvió y se durmió inmediatamente.

—¿Qué me quieren? — dijo Winkle saltando de su lecho y vistiéndose rápidamente. — A tanta distancia de Londres, ¿quién diablos puede preguntar por mí?

—Un caballero, abajo, en el café, caballero. Dice que no os molestará sino un instante, caballero; pero no quiere esperar.

—Es particular, — replicó Winkle; — decid que ya voy.

Envolvióse en una bata, se puso una chalina alre-

dedor del cuello y bajó. Una vieja y dos mozos barrían la sala del café. Junto á la ventana estaba un oficial, que se volvió al sentir á Mr. Winkle, le saludó con aire severo, hizo retirar á los criados, cerró cuidadosamente las puertas, y dijo:

—Mr. Winkle, yo presumo...

—Sí señor; mi nombre es Winkle.

—Vengo, caballero, de parte de mi amigo el doctor Slammer, del 97 regimiento. Esto no debe sorprenderos.

—El doctor Slammer! — repitió Mr. Winkle.

—El doctor Slammer me ha encargado que os diga de su parte que vuestra conducta de ayer por la noche no era la de un caballero, y que un caballero no podía por lo tanto soportarla.

El estupor de Mr. Winkle era demasiado real y demasiado evidente para no ser notado por el emisario del doctor Slammer. Este continuó:

—Amigo mío, el doctor Slammer me parece que está convencido de que vos estuvisteis ébrio gran parte de la noche, y tal vez no pudisteis conocer la extensión del insulto de que habéis sido culpable. Me ha encargado que os diga que si queréis pleitear contra él como excusa de vuestra falta, admitirá en recibir una retractación dictada por mí y escrita por vos de puño y letra.

—Retractación escrita! — repitió de nuevo Mr. Winkle con el tono de la mayor sorpresa.

—De otra manera, — respondió friamente el oficial, — ya conocéis la alternativa.

—¿Os han encargado esa comisión para mí nominalmente? — preguntó Mr. Winkle, cuya inteligencia estaba singularmente desorganizada por esta conversación extraordinaria.

—Yo no estaba presente á la escena, y á consecuencia de haber vos rehusado dar vuestra tarjeta al doctor Slammer, me ha suplicado que buscase á la persona que llevaba un vestido singular, un vestido azul claro con botones dorados, en que se veía un busto y las letras C. P.

Mr. Winkle se admiró más al oír describir tan minuciosamente su propio vestido. El amigo del doctor Slammer continuó:

—En esta casa he sabido que el dueño de este vestido había llegado ayer con tres señores. He enviado á pedir informes al que parecía jefe de los tres, y este me ha encaminado á vos.

Si la pesada torre del camino de Rochester se hubiera repentinamente separado de sus cimientos y hubiera venido á ponerse enfrente de la ventana, la sorpresa de Winkle hubiera sido poca cosa, comparada con la que experimentó al oír las palabras del oficial. Su pri-

mera idea fué que le habían robado su vestido, y dijo á su interlocutor:

—¿Queréis tener la bondad de esperarme un instante, caballero?

—Con mucho gusto, — respondió el otro.

Mr. Winkle subió rápidamente la escalera, abrió con mano trémula el sacó de noche, y encontró en su sitio el vestido azul; pero examinándole con atención, se conocía que alguien se lo había puesto la noche anterior.

—Es verdad, — dijo Mr. Winkle dejando caer de sus manos el vestido. — Yo he bebido demasiado ayer después de la comida, y tengo una vaga idea de haber andado ayer por las calles y de haber fumado un cigarro. El hecho es que yo me le he puesto. Tal vez habré cambiado de vestido, habré estado en alguna parte, habré insultado á alguno... no lo dudo, y este mensaje es el terrible resultado.

Atormentado por estas ideas, bajó al café con la sombría resolución de aceptar el desafío del valiente doctor y de sufrir las terribles consecuencias.

Movianle á esta resolución diversas consideraciones. La primera de todas era el sostener su reputación en el Club. Habíasele considerado siempre como competente autoridad en materias de ejercicio corporal, ya fuera ofensivo ya defensivo. Si en aquella ocasión y á la vista de su jefe retrocedía, su posición en la Sociedad estaba perdida para siempre. En segundo lugar, se acordaba de haber oído decir (por los que no están iniciados en esta clase de misterios) que los testigos se ponen de acuerdo ordinariamente para no poner balas en las pistolas. En fin, pensaba que eligiendo á Mr. Snodgrass por segundo y pintándole con vivos colores el peligro, este caballero lo participaría á Mr. Pickwick, el cual, seguramente, se apresuraría á informar á las autoridades locales, por temor de ver muerto ó estropeado á su compañero.

Habiendo calculado todas estas probabilidades, volvió á la sala del café y declaró que aceptaba el desafío del doctor.

—¿Queréis indicarme uno de vuestros amigos, para arreglar la hora y el lugar de la cita? — dijo amablemente el oficial.

—Es inútil; decid la hora y el sitio, y yo llevaré conmigo el testigo.

—Pues bien, respondió el oficial con tono indiferente. — Esta tarde, si os parece al ponerse el sol.

—Muy bien, — respondió Winkle, diciendo en su interior que era muy mal.

—¿Conocéis el puente Pitt?

—Sí, ayer le he visto.

UNIVERSIDAD DE TIERRA NUEVA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO ALTES"
125 MONTERREY, MEXICO

—Tomáos la molestia de entrar en el campo que rodea el foso, seguid la vereda á la izquierda, cuando lleguéis á un ángulo de las fortificaciones, y caminad derecho hasta que me veáis; me seguiréis entonces y os conduciré á un sitio solitario, donde se podrá resolver la cuestión sin miedo á que sea interrumpida.

—¡Sin que sea interrumpida! — pensó mister Winkle.

—¿No tenemos más que arreglar?

—Nada más.

—Entonces, hasta la vista.

—Hasta la vista.

Y el oficial se marchó aprisa, silbando una contradanza.

El almuerzo de aquel día pasó tristemente por nuestros viajeros. Mr. Tupman, después de los inusitados desórdenes de la noche anterior, no estaba en disposición de levantarse. Mr. Snodgrass pareció experimentar una poética depresión de espíritu.

Mr. Pickwick mostraba un amor no acostumbrado al agua de seltz y al silencio. Mr. Winkle buscaba una ocasión propicia para hablar á su testigo.

Esta ocasión no tardó en presentarse. Mr. Snodgrass propuso visitar el castillo, y como Mr. Winkle era el único individuo de la sociedad que estaba dispuesto á hacer una excursión, salieron juntos.

—Snodgrass, — dijo Winkle cuando hubieron vuelto la esquina; — Snodgrass, mi querido amigo, ¿puedo contar con vuestra discreción?

Al hablar así Winkle deseaba no contar con la discreción de su amigo.

—Podéis contar con ella, — dijo Snodgrass. — Yo juro.

—No, no, — interrumpió Winkle, — espantado de la idea de que su amigo pudiera hacer inocentemente juramento de no denunciarle. — No juréis, no juréis, no es necesario.

Mr. Snodgrass dejó caer la mano que instintivamente había elevado al cielo, y tomó una actitud de atención.

—Mi querido amigo, — dijo entonces Winkle, — tengo necesidad de vuestra ayuda para un asunto de honor.

—La tendréis, — dijo Snodgrass estrechando la mano de su amigo.

—Con un doctor, el doctor Slammer, del 97 regimiento, — añadió Winkle, deseando dar á la cosa la mayor apariencia de solemnidad y verosimilitud. — Un asunto con un oficial, siendo testigo otro oficial. Esta noche al ponerse el sol, en un campo solitario, más allá del castillo de Pitt.

—Contad conmigo, — respondió Snodgrass con admiración, pero sin inmutarse.

En efecto, nada es más digno de notarse que la frialdad con que se interviene en estos asuntos, especialmente cuando no se tiene parte principal en ellos. Mr. Winkle había olvidado esto y había juzgado por los suyos los sentimientos de su compañero.

—Las consecuencias pueden ser terribles, — dijo mister Winkle.

—Espero que no.

—El doctor es, á lo que creo, un gran tirador.

—La mayor parte de los militares lo son, — observó Mr. Snodgrass con calma; — ¿pero vos no lo sois también?

Mr. Winkle respondió afirmativamente; pero notando que no había alarmado lo bastante á su amigo, cambió de batería.

—Snodgrass, — dijo con voz trémula de emoción, — si yo sucumbo, encontraréis en mi cartera una carta para mi... padre.

Este ataque no dió mejor resultado. Mr. Snodgrass se conmovió un poco, pero se comprometió á entregar la carta, tan fácilmente como si toda su vida hubiera ejercido el cargo de cartero.

—Si muero, — continuó Winkle, ó si el doctor muere, vos, mi querido amigo, seréis juzgado como cómplice premeditado. Voy á exponer á un amigo al destierro... quizá para toda su vida.

Al principio Snodgrass vaciló, pero su heroísmo fué invencible.

—En caso de amistad, — exclamó con entusiasmo, — desafío todos los peligros.

Sabe Dios cómo maldijo interiormente nuestro dueña el aspecto de su amigo. Anduvieron silenciosamente un buen rato, sumergidos los dos en profundas meditaciones. La mañana pasaba, y Mr. Winkle sintió que se perdían las esperanzas de salvación.

—Snodgrass, — dijo deteniéndose de repente, — no vayáis á denunciarme ante las autoridades locales: no pidáis gente de policía para impedir el duelo: no os aseguréis de mi persona ó de la del doctor Slammer del 97 regimiento, que actualmente está de guarnición en el cuartel Chatam. No tengáis prudencia para impedir el duelo, os lo ruego.

Mr. Snodgrass apretó calurosamente la mano de su compañero, y exclamó con entusiasmo:

—No; ¡por nada del mundo!

Un escalofrío hizo temblar el cuerpo de Mr. Winkle, cuando vió que no podía esperar nada del miedo de su amigo, y que estaba irrevocablemente destinado á ser

una criba viviente.

Quando hubo contado formalmente á Mr. Snodgrass los detalles del asunto, entraron en casa de un armero. Alquilaron una de esas cajas de pistolas, destinadas á dar y recibir *satisfacción*, tomaron una cantidad *satisfactoria* de pólvora, balas y cápsulas; después volvieron á la fonda, Mr. Winkle para reflexionar en la lucha que iba á emprender; Mr. Snodgrass para arreglar las armas de guerra, y ponerlas en estado de servir inmediatamente.

Quando salieron de nuevo para su desagradable empresa, se acercaba la noche, triste y pesada. Mr. Winkle, por miedo á ser observado, se envolvió en su capa; mister Snodgrass llevaba bajo la suya los instrumentos de destrucción.

— Traéis todo lo necesario? — dijo Winkle en tono agitado.

— Todo lo necesario. Una gran cantidad de municiones para el caso de que yerren los primeros tiros. Tengo un cuartérón de pólvora, en la caja y dos periódicos en el bolsillo para hacer tacos.

Estas eran pruebas de amistad á que Winkle no podía menos de estar reconocido. Probablemente la gratitud de Mr. Winkle era muy grande para que pudiera expresarla, porque continuó andando lentamente, sin decir palabra.

— Llegamos á la hora justa, — dijo Snodgrass, pasando la cerca del primer campo. — Ya el sol se oculta en el horizonte.

Mr. Winkle miró el disco que descendía, y pensó dolorosamente en las probabilidades que tenía de no volver á ver.

— Aquí está el oficial, — exclamó un momento después.

— ¿Dónde? — dijo Mr. Snodgrass.

— Allí, aquel caballero de capa azul.

Los ojos de Snodgrass siguieron la indicación de su compañero, y vieron una figura alta, que hizo unos signos con la mano, y continuó andando. Nuestros dos amigos le siguieron lentamente.

La noche se hacía cada vez más oscura. Un viento melancólico retumbaba en los campos desiertos. Diríase que era el lejano silbido, de un gigante que llamaba á su perro. La tristeza de esta escena comunicaba una expresión lúgubre al alma de Pickwick. Al pasar por el ángulo del foso, se estremeció: parecióle que veía una tumba colosal.

El oficial dejó de repente el sendero, y después de haber trepado por una empalizada, entró en un campo apartado. Dos hombres lo esperaban allí. El uno era un

hombrecillo gordo, de cabellos negros; el otro, grande y hermoso, tenía un ancho redingote y estaba sentado en una silla de tijera, con una severidad perfecta.

— Aquí están, con un cirujano, — dijo Mr. Snodgrass. — Tomad un poco de aguardiente.

Mister Winkle tomó con avidez la botella que le ofrecía su compañero, y tragó un sorbo del líquido fortificante.

— Mi amigo Mr. Snodgrass — dijo Winkle, presentándole al oficial, que se acercaba.

El subalterno del doctor Slammer saludó, sacando una caja semejante á la de Mr. Snodgrass.

— Pienso que no tenemos más que hablar, caballero — dijo abriendo su caja. — Ha sido obstinadamente rehusada la retractación.

— No enteramente — dijo Snodgrass, que empezaba á sentirse incómodo.

— ¿Queréis que midamos el terreno? — dijo el oficial.

— Sin duda — replicó Snodgrass.

Quando midieron el terreno y se arreglaron los preliminares, el oficial dijo á Mr. Snodgrass:

— Os parecerá que estas pistolas son mejores que las vuestras. No me las habéis visto cargar. ¿Os oponéis á que se tire con ellas?

— No, ciertamente — repuso Snodgrass.

Esta oferta le sacaba de un gran embarazo, porque sus ideas acerca del modo de cargar una pistola eran un poco confusas.

— Entonces pienso que ya podemos colocar á los adversarios — continuó el oficial con tanta indiferencia como si se tratara de una partida de ajedrez.

El oficial se dirigió al doctor Slammer, mientras mister Snodgrass se acercaba á Mr. Winkle.

— Todo está pronto — dijo, ofreciéndole una pistola.

— Dadme vuestra capa.

— Tenéis mi cartera, querido amigo — dijo el pobre Winkle.

— Todo va bien. Tened calma y apuntad al hombro.

Mr. Winkle notó que este consejo se parecía mucho al que los espectadores dan invariablemente en la calle á los muchachos que riñen. «Ponle debajo y tenle firme». ¡Admirable consejo, si fuera posible ejecutarlo! De cualquier manera que sea, él se quitó su capa y tomó la pistola. Los testigos se apartaron y los beligerantes se acercaron el uno al otro.

Mr. Winkle había sido siempre notable por su extremada humanidad. De suponer es que en aquella ocasión, la repugnancia que sentía de hacer daño intencionadamente á un semejante, le hizo que cerrara los ojos al sitio fatal, y esta circunstancia le impidió notar

la inexplicable conducta del doctor Slammer. Este caballero, al llegar frente á Mr. Winkle, se estremeció, abrió desmesuradamente los ojos, se restregó los párpados, abrió de nuevo los ojos, y exclamó finalmente:

— ¡Deteneos! ¡deteneos!

— ¿Qué quiere decir esto? — continuó cuando su amigo y Mr. Snodgrass llegaron corriendo. — Este no es mi hombre.

— ¿Que no es este? — exclamó el subalterno del doctor Slammer.

— ¿Que no es este? — dijo Mr. Snodgrass.

— ¿Que no es este? — dijo el del redingote.

— Seguramente no — respondió el doctor. — No es la persona que me insultó anoche.

— ¡Es singular! — dijo el oficial.

— ¡Singularísimo! — repitió el caballero alto; — pero es fácil de arreglar. El caballero que se encuentra actualmente sobre el terreno, ¿no debe ser considerado en la forma como el mismo individuo que insultó anoche á nuestro amigo?

Y al sugerir esta idea nueva, con aire misterioso, tomó un polvo de tabaco y miró en derredor suyo, con la profundidad del que está acostumbrado á ser considerado como una autoridad.

Mr. Winkle había abierto sus ojos y sus orejas cuando oyó que su adversario pedía una cesación de hostilidades. Conociendo, por lo que oyó, que había habido un error de personas, comprendió de un golpe cuánto debía aumentarse su reputación si ocultaba los motivos reales que le habían inducido á batirse. Se adelantó osadamente y dijo:

— Ya sé que no soy yo el adversario del señor.

— Entonces — dijo el hombre de la silla de tijera, — este encuentro es ya un motivo para continuar.

— Tranquilizaos, Payne — interrumpió el subalterno del doctor; y dirigiéndose á Mr. Winkle, le dijo:

— ¿Por qué no me habéis dicho esto esta mañana?

— Es claro, es claro — exclamó con indignación el hombre de la silla de tijera.

— Os suplico que os calméis, Payne — dijo el otro. — ¿Puedo repetir mi pregunta, caballero?

— Porque — dijo Mr. Winkle, que había tenido tiempo de deliberar su respuesta, — porque vos me habéis dicho que el individuo en cuestión estaba vestido con un traje que yo tengo el honor, no solamente de llevar, sino de haber inventado. Es el uniforme proyectado del Club Pickwick de Londres. Yo me creí obligado á sostener el honor de mi uniforme, y por este motivo, sin más informaciones, me decidí á aceptar el desafío.

— Señor mío — dijo el pequeño doctor tendiéndole

la mano, — hago justicia á vuestro valor. Permitidme añadir que admiro extremadamente vuestra conducta, y que siento mucho haberos molestado inútilmente.

— Os suplico que no me habléis de eso — respondió Mr. Winkle con urbanidad.

— Tengo mucho honor, caballero, en conoceros — continuó el doctor.

— Y yo, caballero, tengo el mayor placer en conoceros — replicó Winkle.

Y acto continuó estrechó la mano del doctor, la mano de su subalterno, la del oficial Tappleton, la del hombre de la silla de tijera, y al fin la mano de Snodgrass, cuya admiración era excesiva por la noble conducta de su heroico amigo.

— Pienso que podemos retirarnos ahora — dijo el oficial Tappleton.

— Es verdad — dijo el doctor.

— A menos — dijo el de la silla de tijera, — á menos que Mr. Winkle no se encuentre ofendido por la provocación que ha recibido. Si así es, confieso que tiene derecho á una satisfacción.

Mr. Winkle, con grande abnegación de su yo, declaró que estaba enteramente satisfecho.

— Tal vez — dijo el otro — tal vez el testigo de este caballero se habrá creído personalmente ofendido por las observaciones que hice al principio del encuentro. En tal caso, yo le daría una satisfacción inmediatamente.

Mr. Snodgrass se apresuró á declarar que agradecía al caballero la amable oferta que le hacía. La única razón que le impedía usar de ella era que estaba muy satisfecho de la manera como había terminado el asunto.

Habiéndose terminado tan felizmente el duelo, los testigos arreglaron sus cajas y dejaron el campo, con mucha más alegría de la que trajeron.

— ¿Permaneceréis aquí mucho tiempo? — preguntó el doctor Slammer á Mr. Winkle, mientras andaban amistosamente el uno al lado del otro.

— Creo que partiremos mañana.

— Tendré mucho gusto en que después de esta ridícula equivocación, quisierais hacerme el honor de venir esta noche á mi casa acompañado de vuestro amigo. ¿Estáis convidado?

— Tenemos muchos amigos en el hotel del Toro, y no quisiera abandonarlos hoy. Pero nos complaceremos mucho en que traigáis á esos caballeros para pasar la noche con nosotros.

— Con mucho gusto. ¿Será tarde á las diez para hacer una visita de media hora?

— No, señor, no. Tendré un gran placer en presenta-

ros á mis amigos Mr. Pickwick y Mr. Tupman.

— ¡Cuánto me complace! — exclamó el doctor, no sospechando que conocía á Mr. Tupman.

— ¿Vendréis sin falta? — preguntó Snodgrass.

— Sin falta.

Al decir esto habían llegado al camino. Despidiéronse cordialmente, y mientras el doctor y sus amigos se dirigieron al cuartel, Mr. Winkle y Mr. Snodgrass entraron muy contentos en la fonda.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
CAPITULO III
"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO
Nuevos personajes. — Historia de un clown. — Una interrupción desagradable y un mal encuentro.

Mr. Pickwick estaba algo inquieto al notar que se prolongaba la ausencia de sus dos amigos y al recordar la conducta misteriosa que habían observado durante la mañana. Levantóse á recibirlos con verdadero placer, y con interés poco ordinario les preguntó la causa de haberse detenido tanto tiempo. En respuesta á esta pregunta iba Mr. Snodgrass á hacer la historia de las circunstancias que acabamos de relatar, cuando notó que entre Mr. Tupman y su compañero de viaje había en la sala un nuevo desconocido, de una apariencia igualmente singular. Era un hombre envejecido por los disgustos, cuya faz cóncava, de pómulos salientes y ojos brillantes, aunque hundidos, parecía más notable aun por los cabellos negros y lacios que caían en desorden sobre su cuello. Su mandíbula era tan larga y tan flaca que se hubiera podido creer que retiraba expresamente sus mejillas por una contracción de los músculos, si la expresión inmóvil de sus facciones y de su boca no hubieran hecho ver que aquella era su fisonomía habitual. Su cuello estaba rodeado de una chalina verde, cuyas largas puntas le caían sobre el pecho, y se percibían al través de la usada botonadura de un viejo chaleco. En fin, llevaba un largo gabán negro, un pantalón de paño basto, y botas que se caían á pedazos.

Los ojos de Mr. Snodgrass se fijaron en este personaje estrambótico, y Mr. Pickwick que lo notó, dijo extendiendo la mano hacia aquel lado:

— Un amigo de nuestro nuevo amigo. Hemos descu-

bierto esta mañana que nuestro amigo está contratado en el teatro de este pueblo, aunque él desea que esta circunstancia no sea enteramente conocida. Este caballero es un individuo de la misma profesión, é iba á contarnos una pequeña anécdota cuando vosotros entrasteis.

— Masa de anécdotas — dijo el desconocido del día anterior, acercándose á Mr. Winkle y hablándole en voz baja; — singular bribón, no es autor... hace las utilidades, hombre extraño... toda clase de miserias. Le llamamos Jenny el Lúgubre.

Mr. Winkle y Mr. Snodgrass saludaron políticamente al personaje que tan elegante nombre llevaba, y sentándose alrededor de la mesa, pidieron agua y aguardiente, imitando á los demás de la reunión.

— Ahora, caballero — dijo Mr. Pickwick, — ¿queréis hacernos el gusto de empezar vuestro relato?

El individuo lúgubre sacó de su bolsillo un rollo de papeles sucios, y volviéndose hacia Mr. Snodgrass, que acababa de sacar su libro de memorias, le dijo con voz hueca, perfectamente en armonía con su exterior:

— ¿Sois vos el poeta?

— Yo... yo me ejercito un poco en ese género — respondió Mr. Snodgrass, ligeramente desconcertado por lo brusco de la pregunta.

— ¡Ah! la poesía es en la vida lo que la luz y la música en el teatro. Despojad á éstos de sus embefecimientos y á aquellas de sus ilusiones, ¿y qué queda en los dos de real é interesante?

— Es verdad, caballero — contestó Snodgrass.

— Sentado delante de los quinqués, vos formáis parte del círculo real; admiráis los vestidos de seda de la brillante muchedumbre. Os quedáis entre bastidores, y sois el pueblo que fabrica aquellos vestidos; gentes desconocidas y despreciadas que pueden caer y levantarse, vivir y morir, como quiera la fortuna, sin que ninguno se inquiete por eso.

— Ciertamente — respondió Snodgrass.

La mirada profunda del hombre lúgubre estaba fija en él, y sentía la necesidad de decir alguna cosa.

— Vamos, Jemmy — dijo el desconocido, — animaos... nada de graznidos... tomad un tono más amable.

— ¿Queréis preparar otro vaso antes de empezar? — dijo Mr. Pickwick.

El hombre lúgubre aceptó la oferta, mezcló un vaso de agua con aguardiente, bebió con lentitud la mitad, desarrolló su cuaderno y comenzó á leer y á contar alternativamente los sucesos que se van á leer, y que hemos encontrado en los archivos del Club, con el título de *Historia de un clown*.

ros á mis amigos Mr. Pickwick y Mr. Tupman.

— ¡Cuánto me complace! — exclamó el doctor, no sospechando que conocía á Mr. Tupman.

— ¿Vendréis sin falta? — preguntó Snodgrass.

— Sin falta.

Al decir esto habían llegado al camino. Despidiéronse cordialmente, y mientras el doctor y sus amigos se dirigieron al cuartel, Mr. Winkle y Mr. Snodgrass entraron muy contentos en la fonda.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
CAPITULO III
"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO
Nuevos personajes. — Historia de un clown. — Una interrupción desagradable y un mal encuentro.

Mr. Pickwick estaba algo inquieto al notar que se prolongaba la ausencia de sus dos amigos y al recordar la conducta misteriosa que habían observado durante la mañana. Levantóse á recibirlos con verdadero placer, y con interés poco ordinario les preguntó la causa de haberse detenido tanto tiempo. En respuesta á esta pregunta iba Mr. Snodgrass á hacer la historia de las circunstancias que acabamos de relatar, cuando notó que entre Mr. Tupman y su compañero de viaje había en la sala un nuevo desconocido, de una apariencia igualmente singular. Era un hombre envejecido por los disgustos, cuya faz cóncava, de pómulos salientes y ojos brillantes, aunque hundidos, parecía más notable aun por los cabellos negros y lacios que caían en desorden sobre su cuello. Su mandíbula era tan larga y tan flaca que se hubiera podido creer que retiraba expresamente sus mejillas por una contracción de los músculos, si la expresión inmóvil de sus facciones y de su boca no hubieran hecho ver que aquella era su fisonomía habitual. Su cuello estaba rodeado de una chalina verde, cuyas largas puntas le caían sobre el pecho, y se percibían al través de la usada botonadura de un viejo chaleco. En fin, llevaba un largo gabán negro, un pantalón de paño basto, y botas que se caían á pedazos.

Los ojos de Mr. Snodgrass se fijaron en este personaje estrambótico, y Mr. Pickwick que lo notó, dijo extendiendo la mano hacia aquel lado:

— Un amigo de nuestro nuevo amigo. Hemos descu-

bierto esta mañana que nuestro amigo está contratado en el teatro de este pueblo, aunque él desea que esta circunstancia no sea enteramente conocida. Este caballero es un individuo de la misma profesión, é iba á contarnos una pequeña anécdota cuando vosotros entrasteis.

— Masa de anécdotas — dijo el desconocido del día anterior, acercándose á Mr. Winkle y hablándole en voz baja; — singular bribón, no es autor... hace las utilidades, hombre extraño... toda clase de miserias. Le llamamos Jenny el Lúgubre.

Mr. Winkle y Mr. Snodgrass saludaron políticamente al personaje que tan elegante nombre llevaba, y sentándose alrededor de la mesa, pidieron agua y aguardiente, imitando á los demás de la reunión.

— Ahora, caballero — dijo Mr. Pickwick, — ¿queréis hacernos el gusto de empezar vuestro relato?

El individuo lúgubre sacó de su bolsillo un rollo de papeles sucios, y volviéndose hacia Mr. Snodgrass, que acababa de sacar su libro de memorias, le dijo con voz hueca, perfectamente en armonía con su exterior:

— ¿Sois vos el poeta?

— Yo... yo me ejercito un poco en ese género — respondió Mr. Snodgrass, ligeramente desconcertado por lo brusco de la pregunta.

— ¡Ah! la poesía es en la vida lo que la luz y la música en el teatro. Despojad á éstos de sus embefecimientos y á aquellas de sus ilusiones, ¿y qué queda en los dos de real é interesante?

— Es verdad, caballero — contestó Snodgrass.

— Sentado delante de los quinqués, vos formáis parte del círculo real; admiráis los vestidos de seda de la brillante muchedumbre. Os quedáis entre bastidores, y sois el pueblo que fabrica aquellos vestidos; gentes desconocidas y despreciadas que pueden caer y levantarse, vivir y morir, como quiera la fortuna, sin que ninguno se inquiete por eso.

— Ciertamente — respondió Snodgrass.

La mirada profunda del hombre lúgubre estaba fija en él, y sentía la necesidad de decir alguna cosa.

— Vamos, Jemmy — dijo el desconocido, — animaos... nada de graznidos... tomad un tono más amable.

— ¿Queréis preparar otro vaso antes de empezar? — dijo Mr. Pickwick.

El hombre lúgubre aceptó la oferta, mezcló un vaso de agua con aguardiente, bebió con lentitud la mitad, desarrolló su cuaderno y comenzó á leer y á contar alternativamente los sucesos que se van á leer, y que hemos encontrado en los archivos del Club, con el título de *Historia de un clown*.

«Nada encontraréis de maravilloso en la relación que os voy á hacer. Necesidades y enfermedades son cosas demasiado conocidas para merecer más atención que la que se concede á las vicisitudes cotidianas de la vida humana. He recogido estas notas, porque el personaje de este relato me es conocido desde hace mucho tiempo. Yo he seguido paso á paso su descenso al abismo, hasta el momento en que tocó al último grado de la miseria, de la cual no se ha separado después.

»El hombre de que se trata era un actor en pantomima, y como muchos de esta profesión, un borracho inveterado. En sus buenos tiempos, antes de ser debilitado por la mala vida, recibía un buen salario, y si hubiera sido arreglado y prudente, hubiera podido recibirlo por algunos años; algunos años solamente, porque los que tienen este oficio, mueren pronto ó pierden antes de tiempo la energía física de que han abusado, y que era su único medio de ganar el sustento. Este payaso de que hablo se debió embrutecer tan pronto, que fué imposible emplearle en los papeles en que era realmente útil en el teatro. La taberna tenía para él encantos á que no podía resistir. Las enfermedades, la pobreza, le esperaban lo mismo que la muerte, si continuaba el mismo género de vida, y sin embargo, lo continuó. Ya comprendéis lo que debía resultar. No pudo tener contrata, y se quedó sin pan.

»Todos los que conocen un poco el teatro, saben que siempre están rodeados estos establecimientos por una multitud de individuos miserables, escualidos, hambrientos. No son actores contratados regularmente, sino comparsas pasajeros, figuras, payasos, etc., que están contratados mientras dura una pieza fantástica ó una pantomima de Navidad, y que son despedidos en seguida, hasta que reclame de nuevo sus servicios otra obra que tenga numeroso personal. Nuestro hombre se vió obligado á recurrir á este género de vida; y como además trabajaba en uno de esos cafés cantantes de baja estofa, que permanecen abiertos después de la clausura de los teatros, pudo ganar algunos shellings más por semana, lo cual le permitía entregarse á sus inclinaciones.

»Pero faltóle también este recurso, porque su embriaguez le impedía merecer la escasa retribución que hubiera podido procurarse de esta manera. Entonces, pues, reducido á la miseria más absoluta, siempre dispuesto á morir de hambre, y librándose de este destino por recibir algún socorro de un antiguo camarada, ó consiguiendo por casualidad emplearse en algún pequeño espectáculo. Todavía lo poco que ganaba era gastado de la misma manera.

»Hacia esta época (hacia ya más de un año que

vivía de este modo, sin que se supiese cómo), yo fui contratado en uno de los teatros situados en la orilla Sur del Támesis, y entonces encontré á este hombre, á quien había perdido de vista; porque yo había recorrido la provincia mientras él se paseaba por las calles de Londres. El telón se había bajado; yo acababa de mudar de traje y atravesaba la escena, cuando él me tocó la espalda.

»Jamás podré olvidar la repulsiva figura que se ofrecía á mis ojos cuando me volví. Los personajes fantásticos de la *Danza de los muertos*, las figuras más horribles, trazadas por los más hábiles pintores, nada ofrecen un aspecto tan sepulcral. Llevaba el ridículo traje de un clown, y su cuerpo flaco, sus piernas de esqueleto, parecían más horribles aun con este vestido de mascarada. Sus ojos vidriosos contrastaban espantosamente con la blancura mate de que toda su cara estaba cubierta. Su cabeza, grotescamente peinada y trémula de parálisis, sus largas manos huesosas, frotadas con albayalde, todo contribuía á darle una apariencia pavorosa, fuera de lo natural y lo conocido, que ninguna pluma puede describir, que hoy aun recuerdo con temblor y espanto.

»Me llevó aparte, y con una voz cascada y trémula me contó un largo catálogo de enfermedades y privaciones, y terminó como siempre suplicándome que le diera alguna cosa. Puse algún dinero en su mano, y mientras yo me alejaba se alzó el telón y oí las estrepitosas risotadas que causaba en el teatro su primera pirueta.

»Algunos días después un chico me trajo un pedazo de papel sucio, en el cual me decía que aquel hombre estaba peligrosamente enfermo, y me suplicaba que lo fuese á ver después de la comedia á una calle cuyo nombre he olvidado, pero que no estaba lejos del teatro. Prometí ir allá en cuanto pudiese, y cuando se bajó el telón partí para aquella triste comisión.

»Era tarde, porque yo había representado en la pieza final, y como era función de beneficio, había durado mucho tiempo. La noche era helada y sombría; un viento glacial azotaba violentamente con la lluvia los cristales de las ventanas; mares de agua se habían reunido en las calles estrechas y poco frecuentadas; una parte de los reverberos, bastante raros, por cierto, normalmente, se habían apagado por la violencia de la tempestad, y yo no estaba seguro de encontrar la habitación del que me llamaba en circunstancias tan tristes. Felizmente no me perdí en el camino, y descubrí, aunque con trabajo, la casa que buscaba. No tenía más que un piso, y el desgraciado á quien yo iba á ver, yacía en

una especie de granero, encima de un tinglado que servía de depósito de carbón de piedra.

»Una mujer de aspecto miserable, la mujer del payaso, me recibió en la escalera, me dijo que acababa de dormirse, y habiendome introducido suavemente, me hizo sentar en una silla junto á la cama. El tenía la cabeza vuelta del lado de la pared, y como no advertí al principio mi presencia, tuve tiempo de examinar el sitio en que me encontraba.

»A la cabecera de la cama, al lado de la cual yo me había sentado, habían suspendido unos girones de colchas para preservar al enfermo del viento, que penetraba por mil hendiduras en aquella habitación desolada. Sobre una hornilla desvencijada y enmohecida ardía lentamente un poco de carbón de piedra. Al lado, sobre una vieja mesa de tres pies, había muchas vasijas, un espejo roto y otros utensilios. Un niño dormía sobre un colchón extendido en el suelo; su mujer estaba sentada junto al enfermo en una silla rota; algunos platos, algunas tazas, algunos jarros, estaban colocados sobre una bandeja; mas arriba se habían colgado un florete y un par de zapatos de teatro, formando estos objetos solos el adorno de la habitación, á más de dos ó tres paquetes de harapos arrojados desordenadamente en los rincones.

»Mientras yo contemplaba esta escena de desolación, y notaba al mismo tiempo la fatigosa respiración y sobresaltos calenturientos del miserable cómico, él se volvía y revolvía sin cesar, para encontrar una posición menos dolorosa. Una de sus manos salió del lecho y me tocó. Se estremeció y me miro con ojos extraviados.

—»Juan — le dijo su mujer, — es Mr. Hutley, á quien has mandado á buscar esta noche.

—»¡Ah! — dijo él, pasándose la mano por la frente. — ¡Hutley! ¡Hutley! veamos.

»Durante algunos segundos pareció ocupado en reunir y evocar sus ideas; y después, agarrándose fuertemente por el puño, exclamó:

—»¡Oh, no me dejéis! ¡no me abandonéis, camarada! ella me asesinará; yo sé que tiene esa intención.

—»¿Hace mucho tiempo que está así? — pregunté á la mujer, que lloraba.

—»Desde ayer por la noche, caballero. ¡Juan! ¡Juan! ¿no me conoces?

»Al decir estas palabras, la mujer se inclinó sobre el lecho; pero él exclamó con un estremecimiento de espanto:

—»No la dejéis acercarse, apartadla. ¡No puedo soportarla junto á mí!

»Al decir esto, la miraba con aire extraviado y con horror mortal; después me dijo al oído:

—»La he castigado ayer y otras veces antes. La he hecho morir de hambre, y á su niño también; y ahora que estoy débil y sin socorro, ella me va á asesinar. Yo sé que lo intenta. Si, como yo, vos la habéis oído gemir y gritar, no dudaréis nada; apartadla.

»Al decir estas palabras, soltó mi mano y cayó agobiado sobre la almohada.

»Yo comprendía muy bien lo que aquello significaba. Si lo hubiese podido dudar un instante, me hubiera bastado para cerciorarme mirar el semblante pálido y las formas extenuadas de su desgraciada mujer.

—»Y hariais bien en retiraros — dije á la infeliz; — no podréis hacerle bien. ¡Tal se calmará si no os ve!

»Ella se apartó de la vista del enfermo. Al cabo de algunos segundos, éste abrió los ojos, y miró con ansiedad alrededor suyo, diciendo:

—»¿Se ha ido?

—»Sí, sí — le dije yo; — no os hará daño.

—»Voy á deciros lo que hay — dijo con voz cavernosa. — Ella me hace daño. Hay una cosa en sus ojos que me llena el corazón de miedo y me vuelve loco. Toda la noche he visto delante de mí sus grandes ojos fijos y su rostro pálido. Yo me volvía, se volvía ella. Cuando me despertaba sobresaltado, ella estaba junto á mi lecho mirándome.

»Después se acercó más á mí y añadió en voz baja y trémula:

—»Jemmy; sin duda es un ángel malo, un demonio... ¡chit! yo estoy seguro. Si no fuera más que una mujer, habría muerto hace tiempo. Ninguna mujer sería capaz de sufrir lo que ella ha sufrido.

»Yo me estremecí al pensar en la larga serie de desdenes y crueldades de que aquel hombre debía ser culpable, para conservar tan viva impresión. No pude responderle, ¿qué esperanza, qué consuelo era posible dar á un ser tan abyecto?

»Permanecí allí más de dos horas, durante las cuales se volvió cien veces de un lado á otro, moviendo sus brazos á derecha é izquierda y profiriendo frases obscuras de dolor é impaciencia. Al fin cayó en ese estado de olvido completo, en que el espíritu vaga penosamente de sitio en sitio, de escena en escena, sin estar ayudado por la razón, pero sin poder librarse de un obscuro sentimiento de los dolores presentes. Juzgando entonces que su mal no se agravaría inmediatamente, le dejé, prometiendo á su mujer que vendría á verle al día siguiente por la tarde, y que pasaría la noche junto á él si era preciso.

»Cumplí mi promesa. Las veinticuatro horas que habían pasado habían producido en él una alteración ho-

rrible. Sus ojos, profundamente hundidos, brillaban con espantoso resplandor; sus labios estaban secos y hundidos en muchas partes; su piel lucía seca y ardiente; en fin, se veía sobre su rostro una expresión de ansiedad feroz, que indicaba más fuertemente los estragos de la enfermedad, y que no parecía pertenecer ya á la tierra. La fiebre le devoraba.

»Sentéme en la silla que había ocupado la noche anterior. Yo sabía, por lo que había oído decir al médico, que el enfermo moría, y permanecí allí durante largas horas, prestando atención á sonidos capaces de conmovier las almas más endurecidas; eran las misteriosas meditaciones de un agonizante.

»Yo vi sus miembros descarnados, que pocas horas antes se dislocaban para divertirse á una alegre muchedumbre, yo los vi torcerse en la convulsión de la fiebre ardiente. Oí la estridente risa mezclarse á los murmullos del moribundo.

»Es cosa patética seguir los pensamientos que llevan al enfermo á las escenas ordinarias, á las ocupaciones de la vida activa, cuando su cuerpo está extendido, sin fuerza y sin movimiento, ante nuestros ojos. Pero esta impresión es infinitamente más fuerte cuando esas ocupaciones de la vida son opuestas á toda idea grave y religiosa. El teatro y la taberna eran los principales objetos de la divagación de aquel desgraciado. En su delirio se imaginaba que tenía que representar un papel aquella noche, que era tarde y que debía salir de la casa inmediatamente. ¿Por qué se le retenía? ¿Por qué se le impedía salir? Iba á perder el salario. ¿Era preciso que se fuera! No; le detenían. Ocultaba el rostro en sus ardientes manos, y gemía por su debilidad y la crueldad de sus perseguidores. Después de una corta pausa cantaba unas rimas burlescas, las últimas que aprendió. De repente se levantó del lecho, extendió sus miembros de esqueleto y se colocó en una grotesca postura. Estaba sobre la escena, desempeñaba su papel... Pasó un minuto y entonces el estribillo de otra canción. Por fin se figuraba estar en un café cantante. ¡Qué calor había en la sala! El había estado muy malo, pero ya estaba bien; era feliz. «¡Llenad mi vaso! ¿quién lo rompe en mis labios? decía.»

»Era el mismo que le perseguía siempre. Volvió á caer sobre su almohada y lanzó de su pecho sordos gemidos. Después de un corto intervalo de olvido imaginó encontrarse errante en un confuso laberinto de habitaciones oscuras, cuyas bóvedas eran tan bajas que le era preciso arrastrarse sobre sus manos y sus rodillas para poder andar. Todo era estrecho, y á cualquier parte que se volviera, un nuevo obstáculo se oponía á su

paso. Inmundos reptiles se arrastraban alrededor suyo. Sus ojos resplandecientes arrojaban llamas en medio de las tinieblas que le rodeaban. Las murallas, las bóvedas, el aire mismo, estaban envenenados con la existencia de repugnantes insectos. De repente las bóvedas se agrandaron y tomaron una extensión espantosa; espectros horribles volaban por todas partes, y entre ellos veía aparecer caras que conocía y que hacían deformes muecas, horribles contorsiones. Estos fantasmas se apoderaron de él, quemaron sus carnes con hierros candentes, ataron cuerdas fuertemente alrededor de sus sienes, hasta hacer brotar sangre, y él luchaba violentamente para escapar á la muerte, que le quería asir.

»Al fin de uno de estos paroxismos, durante el cual me había costado gran trabajo retenerle en su lecho, se dejó caer con la mayor postración, cediendo á una especie de profundo letargo. Agobiado de vigiliias y fatigas, yo había cerrado los ojos, después de algunos minutos, cuando sentí que una mano se aferraba poderosamente á mi hombro; despertéme al instante. El enfermo se había levantado y sentádose en su lecho. Su rostro había cambiado, porque era evidente que me reconocía. El niño, que tanto tiempo había estado despierto por los gritos de su padre, corrió hacia él gritando con terror, pero su madre lo cogió prontamente en sus brazos, temiendo que Juan lo hiriese con la violencia de sus arrebatos; después, notando la alteración de sus facciones, permaneció espantada é inmóvil al pie del lecho. El estrechaba convulsivamente mi hombro, y golpeando con la otra mano su pecho, hacía horribles esfuerzos para articular: era en vano. Extendió los brazos hacia su mujer; sus labios blancos se agitaron, pero no pudieron modular otro sonido que un sordo exterior, un gemido ahogado; sus ojos brillaron un instante, y cayó de espaldas. Estaba muerto.»

Tendríamos la más viva satisfacción si pudiéramos hacer saber á nuestros lectores la opinión de Mr. Pickwick sobre la anécdota que acabamos de copiar, y estamos casi ciertos de que esto nos hubiera sido posible, á no ser por una desgraciada circunstancia.

Mr. Pickwick acababa de poner sobre la mesa el vaso que había tenido en su mano durante las últimas frases de la relación; ya se había decidido á hablar, y aun si hemos de creer al *memorandum* de Mr. Snodgrass, ya había abierto la boca, cuando el mozo entró en el cuarto y dijo:

— Señores, aquí os buscan unos caballeros.

Cuando Mr. Pickwick fué interrumpido de esta manera, estaba sin duda á punto de proferir alguna sentencia que hubiera iluminado al mundo, si no al Táme-

sis, porque miró al mozo con aire severo, después miró sucesivamente á todos los de la reunión, como para preguntar quiénes podrían ser aquellos que le interrumpían.

—¡Oh! — dijo Mr. Winkle levantándose, — son nuestros amigos, que entren.

Y cuando el mozo se retiró, añadió:

—Personas muy amables, los oficiales del 97 regimiento, á quienes he conocido de una manera muy extraña. Os agradarán mucho.

Pickwick se serenó inmediatamente; el mozo volvió, introduciendo en el cuarto á tres caballeros, y Mr. Winkle tomó la palabra diciendo:

—Oficial Tappleton, doctor Payne, Mr. Pickwick... ya conocéis á Mr. Snodgrass... mi amigo Mr. Tupman, doctor Slammer, Mr. Pickwick... Mr. Tup...

Aquí se detuvo repentinamente Mr. Winkle, notando la emoción profunda que manifestaban Mr. Tupman y el doctor.

—Ya he encontrado á aquel caballero — dijo el doctor con energía.

—¡Ah! ¡ah! — dijo Mr. Winkle.

—Y este individuo también, si no me engaño — continuó el doctor fijando una mirada escrutadora en el desconocido del vestido verde. — Pienso que he hecho á este individuo anoche una invitación muy perentoria, que él ha creído oportuno rehusar.

Diciendo esto, lanzó el doctor una mirada de indignación sobre el desconocido, y empezó á hablar en voz baja y con calor á su amigo el oficial Tappleton. Cuando hubo concluido, éste dijo:

—¡Bah! ¿es el mismo?

—Sí — respondió el doctor Slammer.

—Es preciso aplastarlo aquí mismo — dijo con la mayor seriedad el propietario del asiento de tijera.

—Yo os lo suplico, Payne; tranquilizaos — dijo el oficial.

Después, dirigiéndose á Mr. Pickwick, que estaba confuso al ver aquellos apartes descorteses, continuó en estos términos:

—¿Me permitiréis que os pregunte, caballero, si esta persona pertenece á vuestra sociedad?

—No, señor — respondió Pickwick. — Es solamente uno de nuestros huéspedes.

—¿Es, según creo, un miembro de vuestro Club?

—No, señor.

—¿Y no ha llevado el uniforme del Club?

—Jamás — respondió Pickwick con admiración.

El oficial Tappleton se volvió hacia su amigo, el doctor Slammer, haciendo un ligero movimiento de espaldas, que parecía indicar alguna duda acerca de la exac-

titud de sus recuerdos.

El doctor parecía furioso, pero confundido, y mister Payne consideraba con expresión feroz el benévolo continente de Mr. Pickwick.

—Caballero, ¿habéis estado en un baile la noche última? — dijo de repente el doctor á Mr. Tupman, en un tono que le hizo estremecerse tan visiblemente como si le hubieran enterrado malignamente un alfiler en la pantorrilla.

Mr. Tupman respondió débilmente:

—Sí.

Al pronunciar este sí no dejaba de mirar á mister Pickwick.

—Esta persona estaba con vos — dijo el doctor mostrando al inmutable desconocido.

Mr. Tupman admitió el hecho.

Ahora, caballero — dijo el doctor al desconocido, — os pregunto otra vez, en presencia de estos caballeros, si queréis darme vuestra tarjeta y veros tratado como un caballero, ó queréis imponerme la necesidad de castigos personalmente aquí mismo.

—Deteneos, caballero — interrumpió Mr. Pickwick. — No puedo permitir que siga adelante este asunto sin algunas explicaciones. Tupman, contad lo que ha pasado.

M. Tupman, interpelado solemnemente, contó el hecho en pocas palabras, pasó ligeramente sobre el cambio de vestido, extendióse largamente sobre si esto había sido hecho después de comer, espresó algun arrepentimiento de parte suya, y dejó al desconocido que se echara fuera como mejor pudiese.

—Este se disponía á hablar, cuando el oficial Tappleton, que le había examinado con grande curiosidad, le dijo en tono desdenoso:

—¿No pertenecéis al teatro?

—¿Ciertamente, — respondió el desconocido sin intimidarse.

—Es un cómico ambulante, — dijo el oficial con desprecio.

Y volviéndose al doctor Slammer, añadió:

—Representa en la pieza que los oficiales del 52.º regimiento han preparado para mañana en el teatro de Rochester. Esto no puede seguir, Slammer, es imposible.

—Enteramente imposible, — repitió el activo Payne.

—Siento mucho haberos puesto en esta desagradable situación — dijo el oficial Tappleton á Mr. Pickwick. — Pero permitidme añadir que el mejor medio de evitar semejantes escenas en lo sucesivo, sería tener más cuidado en la elección de compañeros. Soy vuestro servidor, caballero.

Y al decir estas palabras, el oficial salió de la habitación.

—Y permitidme deciros, caballero — añadió el irascible doctor Payne, — que si yo me hubiera encontrado en el lugar de Tappleton, ó de Slammer, yo os hubiera tirado de la nariz á vos, caballero, y á todos los individuos presentes; si, señor, á todos los individuos presentes. Payne es mi nombre, caballero, el doctor Payne, del 43 regimiento. Buenas noches, caballero.

Al terminar estas palabras, cuyas últimas palabras fueron pronunciadas en voz alta, se marchó majestuosamente tras de las huellas de su amigo, y fué seguido sin dilación por el doctor Slammer, que no dijo nada, pero que apaciguó su bilis lanzando sobre la compañía una mirada desdeñosa.

Durante estas largas provocaciones, un estupor muy grande, una rabia creciente, henchían el noble seno de Mr. Pickwick, hasta el punto de hacer romper su chaleco. Permaneció petrificado, mirando aun el sitio que el doctor Payne había ocupado, cuando el ruido de la puerta que se cerraba le hizo volver en sí. Precipitose con el furor pintado en el rostro y lanzando llamas por los ojos. Su mano estaba sobre la cerradura. Un instante después hubiera estado asido al pescuezo del doctor Payne, del 43 regimiento, si Mr. Snodgrass no se hubiese apresurado á detener á su sabio mentor por el faldón de la levita y tirarle hacia atrás.

—Winkle, Tupman — exclamó al mismo tiempo con acento de desesperación, — detenedle. No debe arriesgar su preciosa vida en una causa como esta.

—¡Dejadme! — dijo Pickwick.

—Mantenedle — dijo Snodgrass.

Y por los esfuerzos reunidos de todos, Mr. Pickwick fué sentado en un sillón.

—Dejadle — dijo el desconocido del traje verde. — Un vaso de ponche. ¡Qué viejo y qué valor! Bebed, ¿eh? ¡famosa bebida!

Diciendo esto, y después de haber probado la espuma, el desconocido aplicó el vaso á los labios de mister Pickwick, y el resto de lo que contenía desapareció en poco tiempo en el gáznate del divino filósofo. Hubo una corta pausa; el ponche hizo su efecto, y el amable continente de Mr. Pickwick recobró bien pronto su expresión acostumbrada, mientras el desconocido le decía:

—Son indignos de vuestra atención.

—Tenéis razón, caballero — le contestó Mr. Pickwick. — No son dignos. Me avergüenzo de haberme dejado arrastrar por el calor de mis sentimientos. Acercad vuestra silla, caballero.

El cómico no se hizo de rogar. Reuniéronse todos en

un círculo alrededor de la mesa, y la harmonia reinó de nuevo. Mr. Winkle solo parecía conservar aun algunos restos de irritabilidad. ¿Esta disposición era ocasionada por la sustracción temporal de su vestido? ¿Una circunstancia tan fútil podía encender un sentimiento de cólera, aun pasajero, en un corazón pickwickiano? Lo ignoramos; pero exceptuando esta circunstancia, el buen humor se restableció completamente y la tertulia se terminó con toda la jovialidad que había señalado el principio.

CAPITULO IV

Pequeña guerra. — Nuevos amigos. — Invitación para ir al campo

Muchos autores tienen repugnancia ridícula y aun poco delicada en revelar las fuentes de donde han tomado su asunto. No pensamos de la misma manera, y siempre nuestros esfuerzos se dirigirán á cumplir de un modo honroso los deberes que nuestro oficio de editor nos impone. A pesar de la justa ambición que en otras circunstancias hubiera podido inducirnos á reclamar la gloria de componer esta obra, nuestras consideraciones, á la verdad, nos impiden aspirar á otro mérito que al de un arreglo razonado y al de una imparcial narración. Los papeles del Club de Pickwick son como un inmenso depósito de papeles importantes. Lo que nos toca hacer es descubrirlos envidiosamente al universo, que desea ardientemente conocer los pickwickianos.

Obrando con arreglo á estos principios, y dispuestos á confesar lo que debemos á las autoridades que hemos consultado, declaramos francamente que sólo al *memorandum* de Mr. Snodgrass debemos las particularidades contenidas en este capítulo y en el siguiente, particularidades que vamos á trasladar aquí, sin otro comentario, ahora que hemos descargado nuestra conciencia.

Al día siguiente todos los habitantes de Rochester y de los lugares circunvecinos se levantaron muy temprano, en un estado de excitación y premura no común, porque se trataba para ellos de ver las grandes manobras. Una media docena de regimientos debían ser re-

Y al decir estas palabras, el oficial salió de la habitación.

—Y permitidme deciros, caballero — añadió el irascible doctor Payne, — que si yo me hubiera encontrado en el lugar de Tappleton, ó de Slammer, yo os hubiera tirado de la nariz á vos, caballero, y á todos los individuos presentes; si, señor, á todos los individuos presentes. Payne es mi nombre, caballero, el doctor Payne, del 43 regimiento. Buenas noches, caballero.

Al terminar estas palabras, cuyas últimas palabras fueron pronunciadas en voz alta, se marchó majestuosamente tras de las huellas de su amigo, y fué seguido sin dilación por el doctor Slammer, que no dijo nada, pero que apaciguó su bilis lanzando sobre la compañía una mirada desdeñosa.

Durante estas largas provocaciones, un estupor muy grande, una rabia creciente, henchían el noble seno de Mr. Pickwick, hasta el punto de hacer romper su chaleco. Permaneció petrificado, mirando aun el sitio que el doctor Payne había ocupado, cuando el ruido de la puerta que se cerraba le hizo volver en sí. Precipitose con el furor pintado en el rostro y lanzando llamas por los ojos. Su mano estaba sobre la cerradura. Un instante después hubiera estado asido al pescuezo del doctor Payne, del 43 regimiento, si Mr. Snodgrass no se hubiese apresurado á detener á su sabio mentor por el faldón de la levita y tirarle hacia atrás.

—Winkle, Tupman — exclamó al mismo tiempo con acento de desesperación, — detenedle. No debe arriesgar su preciosa vida en una causa como esta.

—¡Dejadme! — dijo Pickwick.

—Mantenedle — dijo Snodgrass.

Y por los esfuerzos reunidos de todos, Mr. Pickwick fué sentado en un sillón.

—Dejadle — dijo el desconocido del traje verde. — Un vaso de ponche. ¡Qué viejo y qué valor! Bebed, ¿eh? ¡famosa bebida!

Diciendo esto, y después de haber probado la espuma, el desconocido aplicó el vaso á los labios de mister Pickwick, y el resto de lo que contenía desapareció en poco tiempo en el gáznate del divino filósofo. Hubo una corta pausa; el ponche hizo su efecto, y el amable continente de Mr. Pickwick recobró bien pronto su expresión acostumbrada, mientras el desconocido le decía:

—Son indignos de vuestra atención.

—Tenéis razón, caballero — le contestó Mr. Pickwick. — No son dignos. Me avergüenzo de haberme dejado arrastrar por el calor de mis sentimientos. Acercad vuestra silla, caballero.

El cómico no se hizo de rogar. Reuniéronse todos en

un círculo alrededor de la mesa, y la harmonia reinó de nuevo. Mr. Winkle solo parecía conservar aun algunos restos de irritabilidad. ¿Esta disposición era ocasionada por la sustracción temporal de su vestido? ¿Una circunstancia tan fútil podía encender un sentimiento de cólera, aun pasajero, en un corazón pickwickiano? Lo ignoramos; pero exceptuando esta circunstancia, el buen humor se restableció completamente y la tertulia se terminó con toda la jovialidad que había señalado el principio.

CAPITULO IV

Pequeña guerra. — Nuevos amigos. — Invitación para ir al campo

Muchos autores tienen repugnancia ridícula y aun poco delicada en revelar las fuentes de donde han tomado su asunto. No pensamos de la misma manera, y siempre nuestros esfuerzos se dirigirán á cumplir de un modo honroso los deberes que nuestro oficio de editor nos impone. A pesar de la justa ambición que en otras circunstancias hubiera podido inducirnos á reclamar la gloria de componer esta obra, nuestras consideraciones, á la verdad, nos impiden aspirar á otro mérito que al de un arreglo razonado y al de una imparcial narración. Los papeles del Club de Pickwick son como un inmenso depósito de papeles importantes. Lo que nos toca hacer es descubrirlos euídadosamente al universo, que desea ardientemente conocer los pickwickianos.

Obrando con arreglo á estos principios, y dispuestos á confesar lo que debemos á las autoridades que hemos consultado, declaramos francamente que sólo al *memorandum* de Mr. Snodgrass debemos las particularidades contenidas en este capítulo y en el siguiente, particularidades que vamos á trasladar aquí, sin otro comentario, ahora que hemos descargado nuestra conciencia.

Al día siguiente todos los habitantes de Rochester y de los lugares circunvecinos se levantaron muy temprano, en un estado de excitación y premura no común, porque se trataba para ellos de ver las grandes manobras. Una media docena de regimientos debían ser re-

vistados por la mirada de águila del comandante en jefe; levantáronse fortificaciones provisionales; la ciudadela debía ser atacada y tomada por asalto. Al fin debía estallar una mina.

Como nuestros lectores habrán deducido de las notas de Mr. Pickwick sobre la ciudad de Chatam, el sabio era admirador entusiasta del ejército. Nada podía ser tan delicioso para él y sus compañeros, como el espectáculo de una pequeña guerra. Así es que se levantaron temprano. Dirigiéronse aprisa á las fortificaciones, en cuyos alrededores se agrupaba ya una muchedumbre inmensa.

Todo anunciaba que la ceremonia debía ser importante y de una grandeza inusitada. Se habían colocado centinelas para mantener libre el terreno destinado á las maniobras; se habían colocado criados en las baterías, á fin de retener los sitios de las damas. Sargentos corrían por todas partes, llevando bajo sus brazos programas encuadernados en pergamino. El coronel Bulder, de gran uniforme, galopaba por un lado, después por otro hacía avanzar su caballo entre los curiosos, le hacía dar vueltas, y gritaba con tanta violencia, que su rostro estaba rojo, su voz enronquecida, sin que nadie pudiera comprender qué necesidad había para todo esto.

Los oficiales se lanzaban adelante y atrás, hablaban al coronel Bulder, daban órdenes á los sargentos, después partían al galope y desaparecían. En fin, los soldados mismos, bajo sus cuellos de cuero, tenían un aire de solemnidad misteriosa, que indicaba suficientemente el carácter especial de la fiesta.

Mr. Pickwick y sus tres compañeros se colocaron en la primera fila de espectadores, y esperaron con paciencia el principio de la maniobra. La multitud aumentaba constantemente, y los esfuerzos que se veían obligados á hacer para conservar su posición, ocuparon las dos horas que se pasaron esperando. Algunas veces empujaban repentinamente por detrás, y entonces Mr. Pickwick era lanzado hacia adelante con una viveza y una elasticidad poco conformes á la ordinaria gravedad de su apostura. Otras veces los soldados mandaban retroceder á los espectadores y dejaban caer las culatas de sus fusiles sobre los pies de Mr. Pickwick para recordarle la consigna, ó le sentaban dicha culata en el pecho para obligarle á conformarse. Otras veces, algún caballero impertinente, oprimiendo por un lado á Mr. Snodgrass, le reducía á su más simple expresión, y después de haberle hecho sufrir los tormentos más agudos, le preguntaban por qué tenía empeño en empujar la gente hacia aquel lado. Apenas Mr. Winkle había acabado de expresar la indignación que le causaba aquel insulto no

provocado, cuando un individuo colocado detrás de él le enterraba el sombrero hasta los ojos, suplicándole que tuviera la amabilidad de meterse la cabeza en el bolsillo. Aquellas mistificaciones, unidas á la inquietud que les causaba la desaparición inexplicable y súbita de mister Tupman, hacían en general su situación más incómoda que deliciosa.

Al fin se oyó un rumor que anunciaba la llegada de lo que la multitud esperaba desde un gran rato. Todas las miradas miradas se volvieron hacia el fuerte, y se vieron extenderse sobre la llanura batallones y más batallones, las banderas flotando graciosamente en los aires, y las armas resplandeciendo al sol. Las tropas hicieron alto y tomaron posición. Los gritos inarticulados del comandante corrieron por toda la línea; las armas fueron presentadas. El comandante en jefe, el coronel Bulder, y un numeroso estado mayor pasaron al galope al frente de las tropas. De repente la música de todos los regimientos hizo explosión; los caballos se encabritaron y retrocedieron agitando sus colas en todas direcciones, los perros ladraron, la multitud gritó; las tropas recibieron al comandante, y en todo lo que alcanzaban las miradas, no se veía á derecha ó izquierda sino una larga perspectiva de vestidos rojos y pantalones blancos, inmóviles y como petrificados.

Mr. Pickwick estaba tan absorto por la ocupación de retroceder y librarse de las pisadas de los caballos, que no había tenido tiempo de ver la escena que ante su vista se desarrollaba. Cuando al fin le fué posible mantenerse á plomo sobre sus piernas, las tropas habían tomado la apariencia inanimada que acabamos de decir, y la admiración, el gozo del sabio fueron indecibles.

—¿Hay algo más bello, más delicioso? — dijo á Mr. Winkle.

—Nada, seguramente — respondió éste, — que durante un cuarto de hora había tenido un hombre en cada uno de sus pies.

—Sí — exclamó Snodgrass, en cuyo seno se encendió rápidamente una llama poética. — Sí, es un noble y magnífico espectáculo; veréis los valientes defensores de la patria desplegarse en filas brillantes delante de sus pacíficos ciudadanos. Los rostros están teñidos, no con una ferocidad guerrera, pero sí con un espíritu de civilización. Sus ojos no brillan con el fuego salvaje de la rapiña y de la venganza, sino con la dulce luz de la inteligencia y de la humanidad.

Mr. Pickwick se unía enteramente á estos elogios en cuanto al espíritu que los dictaba, pero no podía aprobar completamente los términos. En efecto, la dulce luz de la inteligencia brillaba muy débilmente, puesto

que la orden de mando («al frente») («atención») había sido dada, y los espectadores no percibían otra cosa que muchos miles de pupilas que miraban directamente hacia delante, enteramente desprovistas de toda clase de expresión.

La multitud había retrocedido poco á poco, y nuestros viajeros se encontraron casi solos en aquel sitio.

—Estamos ahora en una excelente posición — dijo Mr. Pickwick mirando en torno suyo.

—¡Excelente! — dijeron á la vez Mr. Winkle y Snodgrass.

—¿Qué hacen ahora? — preguntó Pickwick ajustando sus espejuelos.

—Me... me... parece... que — balbuceó Winkle cambiando de color, — van á hacer fuego.

—Vámonos, pues — gritó Pickwick con precipitación.

—Creo que debe... mos... mos — observó Mr. Snodgrass alarmado.

—¡Imposible! — repitió Pickwick.

Pero apenas había pronunciado estas palabras, cuando los seis regimientos, obrando como un solo hombre y como si no hubieran tenido más que un punto de mira, apuntaron á los desgraciados pickwickianos, ó hicieron la más espantosa descarga que ha estremecido el centro de la tierra y el corazón de un hombre un poco maduro.

En esta crítica situación, expuesto á un fuego continuo de cartuchos blancos, acorralado por las operaciones de la tropa, á la cual venía un nuevo refuerzo, desarrollándose detrás de Mr. Pickwick, éste mostró una extraordinaria sangre fría. Asiendo á Mr. Winkle por el brazo y colocándose entre él y Mr. Snodgrass, les hizo instantáneamente notar que, excepto el peligro de ensordecer por el ruido, no había nada que temer.

—Pe... pero... — dijo Mr. Winkle palideciendo, — suponed que los soldados tengan algunos cartuchos con bala por equivocación. Acabo de oír un silbido agudo, precisamente en esta oreja...

—¿No haríamos bien en echarnos boca abajo contra el suelo? — dijo Snodgrass.

—No, no, todo se ha concluido ya — dijo Mr. Pickwick.

Y al decir estas palabras, sus labios podían temblar, sus mejillas podían palidecer; pero ninguna expresión de temor ó de duda se escapó de los labios de aquel hombre inmortal.

Mr. Pickwick no se había equivocado: las descargas habían concluido. No se pensaba ya más que en felicitarle por la exactitud de su hipótesis, cuando notó un movimiento rápido en toda la línea. Resonaron los gritos del comandante, y antes que nuestros viajeros tu-

vieran tiempo de formar una congetura acerca de esta nueva maniobra, los seis regimientos juntos hicieron una carga á la bayoneta, corriendo aprisa hacia el sitio donde Mr. Pickwick y sus amigos estaban colocados.

Todo hombre es mortal, y el valor humano tiene sus límites. Por un momento Mr. Pickwick miró al través de sus anteojos la masa compacta que se acercaba; después volvió la espalda y empezó... no diremos á huir: primero, porque es una expresión deshonrosa; segundo, porque la persona de Mr. Pickwick no era apropiada á este género de salvación. Se puso á correr tan pronto como se lo permitía la poca longitud de sus piernas y la pesadez de su cuerpo.

Las tropas cuya aparición por detrás había inquietado antes á Mr. Pickwick, se habían desplegado en batalla para rechazar el fingido ataque de los falsos sitiadores de la fortaleza; de suerte que los tres amigos se vieron encerrados entre dos vastas murallas de bayonetas, de las cuales la una avanzaba rápidamente, mientras la otra esperaba con firmeza el espantoso choque.

—¡Eh! ¡eh! — gritaban los oficiales de la columna movable.

—¡Quitaos de ahí! — gritaron los oficiales de la columna estacionaria.

—¿A dónde vamos? — exclamaron los pickwickianos llenos de turbación.

—¡Eh! ¡eh! — fué la única respuesta.

Después hubo un momento de inaudito tropel, un ruido sordo de pasos cadenciosos, un choque violento, una confusión de risas sofocadas, y las tropas se encontraron á quinientas toesas de distancia, y se vieron en el aire las suelas de las botas de Mr. Pickwick.

Mr. Snodgrass y Mr. Winkle acababan de ejecutar con mucha presteza una pirueta obligada. Mr. Winkle, sentado en tierra, se ocupaba en restañar con un pañuelo la sangre que le salía de la nariz, cuando vieron á su venerable jefe correr á alguna distancia detrás de su sombrero, el cual se alejaba culebrendo con malicia.

Hay en la existencia del hombre pocos instantes en que sufra mayor contrariedad y exista menos compasión, como cuando corre dando caza á su sombrero. Es preciso tener una gran dosis de sangre fría, un juicio muy seguro para poder atraparlo. Si se corre con demasiada velocidad se pasa por encima de él; si uno se baja lentamente, en el momento en que cree asirlo, ya el sombrero está lejos. El mejor método es caminar paralelamente junto al objeto de vuestra persecución, es ser prudente y atento, esperar la ocasión, adelantarse por grados, inclinarse después rápidamente, tomar el sombrero y encajarle sólidamente en vuestra cabeza, son-

riendo graciosamente todo este tiempo, como si os pareciera la broma tan buena como á los demás.

Hacia un vienteillo fresco, y el sombrero de mister Pickwick rodaba como jugando delante de él. El viento soplabá y Mr. Pickwick resoplaba y el sombrero rodaba sin cesar, y hubiera rodado más allá del alcance de mister Pickwick si no lo hubiera detenido un obstáculo providencial en el momento en que nuestro viajero iba á abandonarle á su desgraciada suerte.

Mr. Pickwick, completamente rendido, iba á dejar de correr, cuando el sombrero se aplastó contra la rueda de un coche que estaba allí formado en línea con otros vehiculos. El filósofo, al ver aquello, se abalanzó rápidamente, se apoderó del tapacabeza, se lo puso y se detuvo para tomar aliento. Haría un minuto que estaba allí, cuando oyó su nombre calurosamente pronunciado por una voz amiga. Levantó los ojos y vió un espectáculo que le llenó á la vez de sorpresa y satisfacción.

En un coche descubierto, cuyos caballos habían sido retirados á causa de la multitud, estaban de pie las personas siguientes: un caballero viejo, grueso y vigoroso, vestido con un traje verde de botones dorados, pantalón de terciopelo y botas con vuelta; dos señoritas, adornadas con cintas y plumas; un joven, aparentemente novio de una de las damas; una señorita de edad dudosa, probablemente tía de las susodichas jóvenes; y en fin, Mr. Tupman, tan tranquilo, tan á sus anchas como si hubiera formado parte de la familia desde su infancia. Detrás del coche se veía una cesta de vastas dimensiones, de esas que por asociación de ideas evocan siempre en un espíritu contemplativo pensamientos de aves en fiambre, lenguas mechadas y botellas de buen vino. En fin, sobre el pescante del coche estaba sentado un joven en completo estado de somnolencia, gordo y coloradote, á quien un observador especulativo no podía mirar algunos segundos sin deducir que debía ser el dispensador oficial de los tesoros de la cesta, cuando hubiera llegado el momento de consumirla.

Apenas Mr. Pickwick había lanzado una rápida ojeada sobre tan interesantes objetos, cuando fué llamado de nuevo por su fiel discípulo.

— Pickwick! Pickwick! — le dijo, — subid pronto.

— Venid, caballero, venid, os lo suplico — añadió el caballero viejo. — ¡Joe! ¡el diablo lleve á ese muchacho! ¡duerme todavía! Joe, bajad el estribo.

El joven regordete se deslizó de su asiento lentamente, bajó el estribo, y de una manera solícita abrió la portezuela del coche. Mr. Snodgrass y Mr. Winkle llegaron en aquel momento.

— Hay sitio para todos — dijo el propietario del co-

che, — dos dentro y uno fuera. Joe, haced sitio á uno de estos caballeros. Ahora, caballero, subid.

Y el señor viejo, extendiendo el brazo, izó á viva fuerza á Mr. Pickwick y después á Mr. Snodgrass. Mister Winkle subió en el otro asiento; el chico regordete se colocó junto á él y se durmió.

— Tengo mucho gusto en conoceros, señores — continuó el caballero; — os conozco perfectamente, señores, aunque vos no os acordáis de mí. Yo he pasado muchas noches en vuestro Club, el invierno pasado. Esta mañana he encontrado aquí á mi amigo Mr. Tupman, y he tenido un gran placer en verle. Y bien, señores, ¿cómo va? Parece que estáis todos buenos y en salud.

Mr. Pickwick, á quien estas últimas palabras iban dirigidas, devolvió el cumplimiento y dió un vigoroso apretón de manos al viejo.

— Y bien, caballero, ¿cómo va? — continuó éste dirigiéndose á Mr. Snodgrass con una solicitud paternal; — á las mil maravillas, no ¿es cierto? muy bien, muy bien; ¡y vos, Mr. Winkle, bien? me alegro mucho. Mis hijas, caballeros. Os presento á mi hermana, Raquel Wardle; es soltera, aunque no lo parezca. ¿No es verdad que no lo parece? ¿no es verdad? — añadió riendo estrepitosamente y pasando el brazo por el hombro á mister Pickwick.

— Por Dios, hermano! — dijo miss Wardle, con una sonrisa de súplica.

— Es cierto, es cierto — repuso el caballero; — nadie puede dudarle. Señores, os presento á mi amigo mister Trundle; y ahora que conocéis á todos, procuraremos pasarlo bien, y veamos lo que pasa. Esta es mi opinión.

Y diciendo esto, se puso los anteojos, mientras mister Pickwick sacó su telescopio; y todos se pusieron de pie para ver las evoluciones militares.

Las maniobras eran pasmosas. Una fila partía por delante de otra fila, y volvía hacia atrás inmediatamente. En seguida se formaban cuadros con los oficiales en el centro; subían á la brecha con escalas. Por otro lado bajaban por el mismo medio, después se colocaban barricadas de cestos, y todo esto se hacía con un valor sin igual. En las baterías los artilleros metían por la boca de los enormes cañones unas grandes pelotas, y era preciso tanto preparativo para cargarlos, hacían después tanto ruido al ser disparados, que el aire resonaba á lo lejos con los gritos medrosos de las mujeres. En el coche, las señoritas Wardle estaban tan asustadas, que Mr. Trundle tuvo que sostener á una de ellas, mientras Snodgrass sostenía á la otra, y los nervios de miss Raquel Wardle estaban en una alarma tan terrible, que Mr. Tupman halló que era indispensable pasarle su bra-

zo por el talle para impedir que se cayera. En fin, todos experimentaban una exaltación prodigiosa, excepto el mozo regordete, que dormía al estampido del cañón como si hubiera sido la canción habitual de su nodriza.

Cuando la ciudadela fué tomada y se sirvió de comer á los sitiadores, el viejo exclamó:

—¡Joe, Joe! maldito chico... Duerme todavía. Tened la bondad, caballero, de pellizcarle la pierna; es el único medio de despertarle. Gracias, Joe, destapad la cesta.

El moftetudo, que había sido efectivamente despertado por la compresión de una parte de su rodilla entre el pulgar y el índice de Mr. Winkle, se deslizó del sitio en que estaba, y empezó á desempaquetar lo que había en la cesta, de una manera más expeditiva que lo que se hubiera esperado de su anterior inactividad.

—Ahora es preciso que nos sentemos apretados, — dijo el viejo.

Después de muchos cumplimientos sobre si se arrugaban las mangas de los trajes de las señoras, después del sonrojo ocasionado por la proposición de sentarlas sobre las rodillas de los caballeros, la reunión entera consiguió acomodarse en el coche, y el caballero viejo se ocupó en hacer circular los objetos que el gordiflón moftetudo sacaba de la parte posterior del coche.

—Ahora, Joe, los cuchillos, los tenedores.

Los cuchillos y los tenedores fueron pasados. Las señoras y los caballeros del interior, y mister Winkle, en su asiento de fuera, tuvieron todos los utensilios necesarios.

—¡Platos, Joe, platos!

Los platos fueron distribuidos de la misma manera.

—Ahora, Joe, las aves. ¡Maldito chico! ya está durmiendo otra vez. ¡Joe! ¡Joe! Algunos bastonazos administrados sobre la cabeza del durmiente, le sacaron al fin de su letargo. Vamos, traed la comida.

Había en el sonido de estas palabras algo que despertó al gordo. Se estremeció, y sus ojos pesados, medio ocultos por sus mejillas carnosas, contemplaban amorosamente los comestibles á medida que los desempaquetaba.

—Vamos, despachad, — dijo Mr. Winkle, porque el regordete devoraba con la mirada un capón, del cual parecía no poder separarse. Suspiró profundamente, lanzó una mirada desesperada sobre el ave, y se la entregó tristemente á su amo.

—Buena, dáos prisa. Ahora la lengua y el pastel de pichones. Tened cuidado con la ternera y el jamón: quitad la ensalada de las servilletas: traed acá el aliño.

Al dar estas órdenes precipitadas, Mr. Winkle distribuía en el interior del coche los artículos que nom-

braba, y colocaba platos en las manos y en las rodillas de cada uno.

Cuando la obra de destrucción fué comenzada, el alegre huésped preguntó á sus convidados:

—Y bien, ¿no está esto delicioso?

—¡Delicioso! — respondió Winkle, que trinchaba un ave.

—¿Un vaso de vino?

—Con mucho gusto.

—¿No harían mejor en tener una botella para vos allá arriba?

—Sois muy bueno.

—¡Joe!

—Sí señor.

Esta vez no estaba dormido, pues había conseguido sustraer un pastel de ternera.

—Una botella de vino al caballero del asiento.

—Gracias, — dijo Winkle, colocando la botella á su lado.

—¿Queréis permitirme brindar con vos? — dijo mister Trundle á Mr. Winkle.

—Con mucho gusto, — respondió éste.

Y los dos caballeros brindaron, y los demás imitaron tan juicioso ejemplo.

—¿No véis cómo coquetea nuestra Emilia con ese joven? — dijo en voz baja á Mr. Wardle la tía soltera, con la envidia conveniente á una tía soltera.

—¡Bah! — replicó el padre, — eso no tiene nada de extraordinario; es muy natural. Mr. Pickwick, ¿un vaso de vino?

Mr. Pickwick, interrumpiendo por un instante las profundas investigaciones que en su interior hacía respecto al pastel de pichones, aceptó dando las gracias.

—Emilia, — dijo la tía en tono de rodrigón, — no habléis tan alto, querida.

—¿Qué decís, tía?

—Parece que mi tía y el viejo quieren que todo sea para ellos, — dijo miss Isabel Wardle al oído de su hermana Emilia.

Después las dos jóvenes se pusieron á reír con muy buenas ganas, y la vieja se esforzó en tomar una fisonomía amable, aunque no pudo conseguirlo.

—¡Las jóvenes tienen tan buen humor! — dijo á mister Tupman, con aire de tierna conmiseración, como si la alegría fuera un artículo de contrabando, y hubiera sido crimen llevarla consigo sin pasaporte; pero mister Tupman no dió exactamente la respuesta deseada.

—Tenéis razón, — dijo; — así están divinas.

—¡Hum! — dijo miss Wardle en tono dubitativo.

—Me permitiréis, — continuó Tupman de la manera

más insinuante, tocando con la mano izquierda el puño de la seductora Raquel, mientras con la mano derecha levantaba suavemente una botella; — ¿me permitiréis?... — ¡Oh, caballero!...

Mr. Tupman tomó un aire más persuasivo, y miss Raquel expresó el temor de que tiraran más cañonazos, lo cual hubiera obligado á su caballero á sostenerla.

— ¿Os parecen lindas mis sobrinas? — murmuró la afectuosa tía al oído de Mr. Tupman.

— Yo las encontraría lindas si su tía no estuviera aquí, — respondió el galante pickwickiano, con una mirada apasionada.

— ¡Oh, qué malo! Pero realmente, si tuvieran un poco de frescura, ¿no os parece harían efecto... á la luz?

— Si... lo creo, — respondió Tupman con aire indiferente.

— ¡Oh bribón! ya sé lo qué ibáis á decir.

— ¿Qué? — preguntó Tupman, que en realidad no estaba decidido á decir cosa alguna.

— Vos ibáis á decir que Isabel es muy gruesa: sé lo que ibáis á decir. ¡Los hombres son tan buenos observadores! Pues bien: es verdad, yo no puedo negarlo. Y á la verdad, si algo hay de feo en una joven, es ser gruesa. Yo le digo con frecuencia que será horrible cuando comience á envejecer. Veo que sois maligno.

Mr. Tupman, gozoso de obtener esta reputación por tan poco precio, se esforzó en aparecer frío y sonrió misteriosamente.

— ¡Qué sarcástica sonrisa! — exclamó la inflamable Raquel: — os aseguro que me asustáis.

— ¿Qué os asusto?

— ¡Oh! no podéis ocultarme nada. Yo sé lo que esa sonrisa significa.

— ¿Qué significa? — dijo Tupman, que no tenía la menor idea de lo que significaba su sonrisa.

— Queréis decir, — continuó la amable tía, hablando aún más bajo, — queréis decir que el talle de Isabel os agrada más que el desenfado de Emilia.

— Es cierto: Emilia es un poco desenvuelta. No podéis figuraros cuantos pesares me causa. Estoy segura que por eso he llorado horas enteras. Mi hermano es tan bueno, tan poco suspicaz, que creo que no ve nada. Si él lo viese, estoy segura de que se le partiría el corazón. Yo quisiera poder persuadirme de que en el fondo no hay mal ninguno. ¡Yo lo deseo tan vivamente!

Aquí la afectuosa parienta lanzó un profundo suspiro, y sacudió tristemente la cabeza.

— Estoy segura de que mi tía habla de nosotros, — dijo miss Emilia Wardle á su hermana. — Estoy segura. Ha tomado su aire malicioso.

— ¿Tú lo crees? — respondió Isabel. — ¡Ejem, ejem! querida tía.

— ¿Qué quieres, amor mío?

— Temo mucho que os constipéis, tía. Poneos un pañuelo de seda alrededor de vuestra viejecita cabeza. Debéis tener más cuidado á vuestra edad.

Aunque esta revancha fuera muy justa, era tan picante, que Dios sabe cómo desahogaría su cólera la tía, si Mr. Wardle no la distrajera, sin pensarlo, exclamando con voz fuerte:

— ¡Joe! ¡maldito chico! Ya está otra vez durmiendo.

— Es extraordinario ese joven, — dijo Mr. Pickwick.

— ¿Está siempre durmiendo de esta manera?

— Siempre durmiendo. Hace los mandados durmiendo, y cuando sirve á la mesa, ronca.

— Es muy extraordinario, — dijo Pickwick.

— Ya lo creo; muy extraordinario, — respondió el viejo. — Yo estoy orgulloso de ese chico. Por ningún precio quisiera separarme de él. Es una curiosidad natural. ¡Eh! Joe, Joe, quitad todo esto y destapad otra botella: ¿me ois?

El joven mofetudo abrió los ojos; tragóse un enorme trozo de pastel que estaba á punto de masticar cuando se quedó dormido, y ejecutando las órdenes de su amo, miró con desconsuelo los restos de la comida, á medida que los volvía á la cesta. La nueva botella fué destapada y vaciada en un momento: el mofetudo volvió á su asiento. Recomenzaron las evoluciones de la tropa. Hubo aún gran estrépito de cañones y mucho miedo entre las mujeres: después se dió fuego á una mina con gran satisfacción de todo el mundo, y poco después las tropas y los espectadores comenzaron á retirarse.

Al fin de una conversación interrumpida por las descargas, el viejo dijo á Pickwick sacudiéndole la mano:

— Acordáos de que tenéis que venir á vernos todos mañana por la mañana.

— ¡Ah! sin duda, — replicó Pickwick.

— ¿Sabéis las señas?

— Dingley-Dell, — dijo Pickwick, consultando su memorandum.

— Eso es, y pensad que os tendré conmigo una semana. Yo me encargo de haceros ver todo lo que hay de curioso en los alrededores, y puesto que queréis estudiar la vida campestre, venid á casa y os daré muchos datos. ¡Joe, maldito chico! Duerme todavía. Joe, ayudad á Tomás á enganchar los caballos.

Los caballos fueron enganchados, el cochero subió sobre su asiento, el mofetudo se sentó á su lado. Cambiáronse las despedidas, y el coche rodó. En el momento en que los pickwickianos se volvieron para mirarlo

por última vez, el sol poniente lanzaba un rayo sobre la cara del caballero viejo, y hacía resaltar la actitud estúpida del chico recordete: había dejado caer la cabeza sobre el pecho y continuaba durmiendo.

CAPITULO V

Donde se verá, entre otras cosas, cómo Mr. Pickwick emprendió el conducir un coche, y Mr. Winkle el montar un caballo y cómo lo consiguieron uno y otro.

El cielo estaba brillante y sereno; el aire parecía embalsamado. Todos los objetos de la creación se ostentaban con un encanto indecible, y Mr. Pickwick, apoyado sobre el parapeto de Rochester, contemplaba la naturaleza esperando la hora del almuerzo.

La escena que se desarrollaba ante sus ojos hubiera fascinado á un espíritu menos admirador de las bellezas del campo. A su izquierda se extendía una antigua muralla con torreones en muchos sitios, dominando con su masa sombría las verdes orillas del Medway. Las vedras coronaban tristemente las negras almenas, mientras que festones de plantas marinas, suspendidos de las piedras, temblaban al soplo del viento. Detrás de estas ruinas se elevaba el viejo castillo, cuyas torres sin techo, cuyas murallas medio ruinosas mostraban aún la antigua grandeza, mientras el ruido de las armas y los cantos de fiesta retumbaban bajo sus espléndidas bóvedas. Por cada lado, en todo lo que alcanzaba la vista, se veían las orillas del río cubiertas de praderas y campos de trigo, enmedio de los cuales se destacaban aquí y allí algunas iglesias y molinos; paisaje rico, variado, que hacían más bello aún las sombras errantes de las nubes que flotaban entre la luz del sol de la mañana. El Medway, en que se reflejaba el azul plateado del cielo, corría silenciosamente y á veces con ligero murmullo resplandecía bajo los remos de los pescadores, que seguían la corriente con lentitud en sus botes pesados, pero pintorescos.

La perspectiva de este hermoso espectáculo había sumergido á Mr. Pickwick en una agradable meditación. Salíó de ella por un profundo suspiro que sintió á su lado y por un ligero golpe que le dieron en la espalda. Se volvió y reconoció al hombre lúgubre.

—¿Contempláis esta escena? — le dijo este con voz grave.

—Sí señor, le dijo Pickwick.

—¿Y os felicitáis de haberos levantado tan temprano?

Mr. Pickwick hizo un signo de asentimiento.

—¡Ah! es preciso levantarse muy temprano para ver el sol en su esplendor, porque su brillo dura rara vez todo el día. El principio del día y la mañana de la vida son ¡ay! muy semejantes.

—Tenéis razón, caballero.

—Suele decirse, — continuó el hombre lúgubre, — el tiempo está muy bello esta mañana, y no durará. ¡Con cuánta exactitud y reflexión se puede esto aplicar á nuestra existencia! ¡Cuánto no daría yo por volver á ver los primeros días de mi existencia, ó por olvidarlos para siempre!

—¿Tenéis muchas penas? — preguntó Mr. Pickwick con compasión.

—Sí, ciertamente, — replicó el hombre lúgubre con voz sombría; — más de lo que se cree al verme hoy. — Se detuvo un minuto y continuó bruscamente: — ¿habéis vos pensado qu een una mañana como esta sería cosa dulce y deliciosa ahogarse?

—No, ¡Dios me libre! — exclamó Pickwick retrocediendo un poco, por temor de que el hombre lúgubre tuviese intenciones de arrojarle al río para hacer una experiencia.

—Yo lo he pensado varias veces, — continuó el hombre lúgubre, sin aparentar que había notado aquel movimiento: — esa agua tranquila y fría parece invitarme murmurando á buscar en ella reposo y olvido. Se da un salto... puf. Se dan unas cuantas vueltas... el agua se pone clara... el agua pasa por encima de la cabeza... el torbellino se acaba... el agua se pone clara... y los dolores han terminado para siempre.

Los ojos cavernosos del hombre lúgubre lanzaban llamas mientras hablaba así. Pero esta exaltación momentánea se apagó bien pronto; se volvió con calma, y dijo:

—Basta ya sobre este punto. Quiero hablaros de otra cosa. Ayer me invitastéis á leeros una anécdota, y la habéis escuchado con atención.

—Sí, ciertamente, — dijo Pickwick, — y yo pensaba...

—Yo no os he preguntado vuestra opinión, — interrumpió el hombre lúgubre, — ni la necesito. Vos viajáis para divertirlos ó instruirlos; suponed que os dirijo un manuscrito curioso... atended... no extraordinario ni imposible, sino curioso como una página de la historia de la vida real... ¿le comunicareis al Club de que me habéis hablado tanto?

BIBLIOTECA
"ALFONSO REYES"
1460, 1625 MONTERREY, MEXICO

por última vez, el sol poniente lanzaba un rayo sobre la cara del caballero viejo, y hacía resaltar la actitud estúpida del chico recordete: había dejado caer la cabeza sobre el pecho y continuaba durmiendo.

CAPITULO V

Donde se verá, entre otras cosas, cómo Mr. Pickwick emprendió el conducir un coche, y Mr. Winkle el montar un caballo y cómo lo consiguieron uno y otro.

El cielo estaba brillante y sereno; el aire parecía embalsamado. Todos los objetos de la creación se ostentaban con un encanto indecible, y Mr. Pickwick, apoyado sobre el parapeto de Rochester, contemplaba la naturaleza esperando la hora del almuerzo.

La escena que se desarrollaba ante sus ojos hubiera fascinado á un espíritu menos admirador de las bellezas del campo. A su izquierda se extendía una antigua muralla con torreones en muchos sitios, dominando con su masa sombría las verdes orillas del Medway. Las vedras coronaban tristemente las negras almenas, mientras que festones de plantas marinas, suspendidos de las piedras, temblaban al soplo del viento. Detrás de estas ruinas se elevaba el viejo castillo, cuyas torres sin techo, cuyas murallas medio ruinosas mostraban aún la antigua grandeza, mientras el ruido de las armas y los cantos de fiesta retumbaban bajo sus espléndidas bóvedas. Por cada lado, en todo lo que alcanzaba la vista, se veían las orillas del río cubiertas de praderas y campos de trigo, enmedio de los cuales se destacaban aquí y allí algunas iglesias y molinos; paisaje rico, variado, que hacían más bello aún las sombras errantes de las nubes que flotaban entre la luz del sol de la mañana. El Medway, en que se reflejaba el azul plateado del cielo, corría silenciosamente y á veces con ligero murmullo resplandecía bajo los remos de los pescadores, que seguían la corriente con lentitud en sus botes pesados, pero pintorescos.

La perspectiva de este hermoso espectáculo había sumergido á Mr. Pickwick en una agradable meditación. Salíó de ella por un profundo suspiro que sintió á su lado y por un ligero golpe que le dieron en la espalda. Se volvió y reconoció al hombre lúgubre.

—¿Contempláis esta escena? — le dijo este con voz grave.

—Sí señor, le dijo Pickwick.

—Y os felicitáis de haberos levantado tan temprano?

Mr. Pickwick hizo un signo de asentimiento.

—¡Ah! es preciso levantarse muy temprano para ver el sol en su esplendor, porque su brillo dura rara vez todo el día. El principio del día y la mañana de la vida son ¡ay! muy semejantes.

—Tenéis razón, caballero.

—Suele decirse, — continuó el hombre lúgubre, — el tiempo está muy bello esta mañana, y no durará. ¡Con cuánta exactitud y reflexión se puede esto aplicar á nuestra existencia! ¡Cuánto no daría yo por volver á ver los primeros días de mi existencia, ó por olvidarlos para siempre!

—¿Tenéis muchas penas? — preguntó Mr. Pickwick con compasión.

—Sí, ciertamente, — replicó el hombre lúgubre con voz sombría; — más de lo que se cree al verme hoy. — Se detuvo un minuto y continuó bruscamente: — ¿habéis vos pensado qu een una mañana como esta sería cosa dulce y deliciosa ahogarse?

—No, ¡Dios me libre! — exclamó Pickwick retrocediendo un poco, por temor de que el hombre lúgubre tuviese intenciones de arrojarle al río para hacer una experiencia.

—Yo lo he pensado varias veces, — continuó el hombre lúgubre, sin aparentar que había notado aquel movimiento: — esa agua tranquila y fría parece invitarme murmurando á buscar en ella reposo y olvido. Se da un salto... puf. Se dan unas cuantas vueltas... el agua se pone clara... el agua pasa por encima de la cabeza... el torbellino se acaba... el agua se pone clara... y los dolores han terminado para siempre.

Los ojos cavernosos del hombre lúgubre lanzaban llamas mientras hablaba así. Pero esta exaltación momentánea se apagó bien pronto; se volvió con calma, y dijo:

—Basta ya sobre este punto. Quiero hablaros de otra cosa. Ayer me invitastéis á leeros una anécdota, y la habéis escuchado con atención.

—Sí, ciertamente, — dijo Pickwick, — y yo pensaba...

—Yo no os he preguntado vuestra opinión, — interrumpió el hombre lúgubre, — ni la necesito. Vos viajáis para divertirlos ó instruirlos; suponed que os dirijo un manuscrito curioso... atended... no extraordinario ni imposible, sino curioso como una página de la historia de la vida real... ¿le comunicareis al Club de que me habéis hablado tanto?

BIBLIOTECA
"ALFONSO REYES"
1460, 1625 MONTERREY, MEXICO

— ¡Oh! sin duda, si lo deseáis, y lo haremos insertar en las *Memorias del Club*.

— Lo tendréis, pues, — dijo el hombre lúgubre. — ¿Vuestras señas?

Mr. Pickwick le comunicó su itinerario probable, y el lúgubre lo apuntó cuidadosamente en su cartera, bastante voluminosa; acompañó al sabio hasta el hotel, rehusó la invitación que se le ofrecía, y se alejó con paso lento.

Los tres compañeros de Mr. Pickwick le esperaban para atacar al desayuno, que estaba ya sobre la mesa, colocado de una manera muy seductora. Se sentaron con él, y el jamón asado, los huevos, el café, el te y lo demás del almuerzo empezó á desaparecer con una rapidez que manifestaba las ventajas de la comida y el apetito de los viajeros.

— Ahora, — dijo Mr. Pickwick, — se trata de saber cómo iremos á Dingley-Dell.

— Lo preguntaremos al mozo, — dijo mister Tupman.

Y habiendo sido acogido como merecía este sabio consejo, el mozo fué llamado y consultado.

— ¿Ir á Dingley-Dell, caballero? — contestó el mozo; — quince millas, camino de travesía, mal camino. ¿Queréis una silla de posta, caballero?

— En una silla de posta no caben más que dos personas, — respondió Mr. Pickwick.

— Es verdad; sin embargo... tenemos aquí una hermosa silla de posta de cuatro ruedas... dos sitios en el fondo y uno para el que las conduzca... ¡Ah! perdonad, caballero, no caben en ella más que tres.

— ¿Qué hacemos pues? — dijo Snodgrass.

— Tal vez alguno de estos caballeros quiera hacer el viaje á caballo, — dijo el mozo mirando á mister Winkle.

— Tenemos muy buenos caballos de silla, caballero. Alguno de casa de Mr. Wardle, al venir á Rochester, podría traerlo.

— Eso es, — dijo Mr. Pickwick. — Winkle, ¿queréis ir á caballo?

Mr. Winkle tenía en lo más recóndito de los pliegues de su alma terribles dudas acerca de su habilidad ecuestre; pero como por nada hubiera consentido el que le sospecharan incapaz de montar, respondió al instante con notable osadía:

— Ciertamente que sí. Tendré un gran placer.

Ya se había precipitado delante de su destino, y no podía retroceder.

— Traedlos á las once, — dijo Mr. Pickwick al mozo.

— Muy bien, — replicó éste, y se marchó.

Concluido el almuerzo, los viajeros subieron á sus

habitaciones para preparar los efectos que querían llevar consigo.

Mr. Pickwick había determinado sus arreglos preliminares, y miraba á la calle por las ventanas del café, cuando el mozo entró anunciando que el coche estaba pronto, lo cual fué confirmado por la aparición de la dicha silla de posta en la calle.

Era una pequeña caja verde, montada sobre cuatro ruedas: en la parte anterior se alzaba una especie de pescante para el cochero. En la parte posterior había un banco estrecho para dos pacientes. Esta curiosa máquina estaba puesta en movimiento por un enorme caballo castaño, en cuyo cuerpo se podía estudiar la osteología con facilidad. Un mozo de cuadra tenía por la brida, para Mr. Winkle, otro enorme caballo, que aparentemente debía ser pariente muy cercano del animal del coche.

— Dios nos proteja, — dijo Mr. Pickwick, mientras ponían su equipaje en el coche; — Dios nos proteja. ¿Pero quien lo va á guiar? Yo no había pensado en eso.

— Vos, es natural, — respondió Tupman.

— Naturalmente, — añadió Snodgrass.

— ¡Yo! — exclamó Mr. Pickwick.

— No hay peligro ninguno, — dijo el mozo de cuadra. Yo os garantizo de la mansedumbre del animal; un niño, un maniquí lo conduciría.

— ¿No es espantadizo?

— ¡Espantadizo! No se asustaría aunque viera pasar una carretada de monos con la cola encendida.

Esta última recomendación era convincente. Mister Tupman y Mr. Snodgrass se colocaron lo mejor que pudieron en la caja. Mr. Pickwick subió al pescante y apoyó sus pies sobre una plancha cubierta con un tapiz de hule, que él supuso ser destinada á aquel uso.

— Ahora, brillante William, — dijo el mozo de cuadra á su adlátere, — da las riendas á este caballero.

El brillante William, denominado así sin duda por sus cabellos grasientos y su cara aceitosa, colocó las riendas en la mano izquierda de Mr. Pickwick, en tanto que su superior entregaba el látigo en la mano derecha del filósofo.

— ¡Muy bien! — exclamó Mr. Pickwick: porque el gran cuadrúpedo mostraba una inclinación decidida á retroceder ante la ventana del café.

— ¡Muy bien! — repitieron Snodgrass y Tupman en su caja.

— Se advierte un poco, caballeros, no es más que eso, — dijo el primer mozo de cuadra en tono de animación.

— Tenedle un instante, William.

El subalterno contuvo al impetuoso animal, y el la-

cayo en jefe acudió á ayudar á Mr. Winkle á subir á la silla.

—Por el otro lado si gustáis, caballero.

—Que me ahorquen si ese hombre no iba á montar al revés, dijo un postillón al mozo de la fonda, que parecía experimentar una satisfacción indecible.

Mr. Winkle, al recibir aquel aviso, se columpió en la silla con tantas dificultades, poco más ó menos, como hubiera experimentado para saltar á bordo de un buque de guerra.

—¿Todo va bien? — preguntó Mr. Pickwick, atormentado por un sentimiento intuitivo de que todo iba mal.

—Todo va bien, — respondió débilmente mister Winkle.

—¡En marcha! — exclamó el mozo de la cuadra. — Retenedle bien, caballero.

Y entre las risotadas de todos los presentes, el coche y el caballo de silla partieron con mister Pickwick en el asiento del uno y Mr. Winkle en el lomo del otro.

—¿Por qué van tan de lado? — preguntó mister Snodgrass desde el interior de la caja á mister Winkle.

—No lo sé, francamente, — replicó el pobre caballero, cuyo caballo, en efecto, andaba de una manera escéntrica, con uno de sus costados hacia adelante, la cabeza á un lado y la cola á otro.

Mr. Pickwick no tenía tiempo de mirar lo que pasaba detrás de él, porque estaba obligado á reconcentrar todas sus facultades racionales en la conducta del animal enganchado al coche. Este desplegaba unas gracias muy singulares y divertidas para los que iban arrastrados por él. Sacudiendo sin cesar la cabeza de un modo incómodo como poco segura, pesaba sobre las riendas con tanta fuerza, que Pickwick se veía con gran aprieto para sostenerle; y para colmo de infortunio, el caballo tenía el resabio de echarse de repente sobre uno de los lados del camino. Allí se detenía de repente, después corría durante algunos minutos con una velocidad que era materialmente imposible moderar.

Ejecutaba esta maniobra por la vigésima vez, cuando mister Snodgrass dijo á su compañero:

—¿Qué tiene ese caballo?

—No lo sé, — respondió Tupman; — ¿será que es espantadizo? Eso me parece.

Mr. Snodgrass iba á responder cuando fué interrumpido por un grito de Mr. Pickwick.

—¡Oh! — decía; — he dejado caer el látigo.

En este momento Mr. Winkle, con su sombrero entrado hasta las orejas, llegaba trotando sobre su enorme

caballo, que le sacudía con tal violencia, que lo iba á hacer pedazos.

—Winkle, — le gritó Snodgrass. — Vos que sois buen mozo, recoged el látigo.

Mr. Winkle se inclinó hacia atrás, tiró la brida con tanta fuerza, que su cara se puso negra. Cuando hubo logrado detener su gran corcel, bajó, alargó el látigo á Mr. Pickwick, y tomando las riendas, se preparó á montar de nuevo.

No podemos decir, y fácilmente se comprenderá, si el gran caballo, en la inocente alegría de su corazón, quiso divertirse un poco con mister Winkle, ó si creyó que le sería más agradable hacer el viaje sin ginete; pero cualquiera que fuesen sus motivos determinativos, el hecho es que apenas Mr. Winkle había tocado las riendas, cuando el animal, bajando la cabeza, las hizo resbalar por encima y se lanzó hacia atrás en toda su longitud.

—Buena cabeza, — dijo Mr. Winkle con voz insinuante; — buen caballito.

Pero el buen caballito no gustaba de adulaciones, y cuanto más se acercaba Mr. Winkle para montarlo, más se alejaba él; de tal modo, que al cabo de diez minutos, y apesar de todas las astucias y caracoleos, Mr. Winkle y el caballo, después de haber continuamente dado vueltas el uno alrededor del otro, se encontraban en la misma posición. Era aquella una situación muy desagradable en todas circunstancias, y principalmente en un camino desierto, donde no podía encontrar ningún socorro.

Este juego se prolongó aún algún tiempo, hasta que Mr. Winkle dijo á sus compañeros:

—¿Qué puede hacer? No puedo montar.

—Haréis bien en llevarle así, hasta que llegemos á una pared, — dijo Mr. Pickwick desde su asiento.

—Pero no quiere andar, — exclamó Mr. Winkle; — venid, os lo suplico, á detenerme un poco.

Mr. Pickwick era la personificación de la cortesía y de la humanidad. Dejó sus riendas sobre el cuello del caballo, bajó de su asiento, condujo cuidadosamente el coche á lo largo de la empalizada por no obstruir el camino, y se dirigió á su compañero para aliviar su desgracia, dejando en el coche á Tupman y Snodgrass.

Tan pronto como el caballo vió que Mr. Pickwick se acercaba á él látigo en mano, substituyó al movimiento de rotación en que por tanto tiempo se había divertido, un movimiento retrógrado tan decidido que obligó á Mr. Winkle, que no quería soltar la brida, á caminar con extrema rapidez del lado de Rochester. Mr. Pickwick corrió á su socorro; pero cuanto más se acercaba, más retrocedía el caballo. Sus cascos sonaban en el ca-

mino, el polvo se elevaba alrededor suyo, y al fin, mister Winkle, cuyos brazos estaban casi descoyuntados, se vió obligado á soltar la brida. El caballo se detuvo, miró en torno con admiración, se volvió y comenzó á trotar pacíficamente en dirección á su cuadra, dejando allí á Mr. Winkle y Mr. Pickwick, que cambiaron una mirada de angustia. De repente llamó su atención el ruido del coche que rodaba cerca, y volvieron la cabeza.

— ¡Ya no faltaba más que esto! — exclamó Pickwick desesperado. — El otro caballo se marcha también.

Esto era cierto. El bucéfalo de la silla de posta se había espantado del ruido que hacia su compañero; tenía la brida sobre el cuello, y fácil es comprender la consecuencia. Echó á correr, arrastrando con gran velocidad á Mr. Tupman y á Snodgrass. ¡Ah! su carrera no fué muy larga; Mr. Tupman, fuera de sí, se lanzó al camino, y Mr. Snodgrass siguió instintivamente su ejemplo. El caballo rompió el coche contra un puente de madera, separó las ruedas del eje, el eje de la caja, y finalmente, se paró para contemplar tanta ruina.

El primer cuidado de los dos amigos intactos fué extraer á los amigos naufragos de su lecho de espinas. Cuando lo consiguieron, notaron con satisfacción indecible que no habían sufrido ningún desperfecto serio, y que habían salido tan sólo con algunos desgarrones en los vestidos y en la piel. En seguida todos juntos se ocuparon en separar al caballo de los restos del coche, y cuando se terminó esta complicada operación, le colocaron entre ellos y continuaron lentamente su camino, abandonando los restos del coche á su triste destino.

Una hora de marcha puso á nuestros en una pequeña posada, situada al lado del camino. Se veía en su fachada una enorme muestra, y detrás una ó dos ruedas de molino deformes; al lado una huerta de legumbres, y alrededor unos tinglados medio derruidos y cubiertos de musgo. Un aldeano de cara roja trabajaba en el jardín. Mr. Pickwick al verle le dijo:

— ¡Eh, escuchad!

El anciano se levantó lentamente, se puso las manos sobre los ojos, y examinó con calma á Mr. Pickwick y á sus compañeros.

— ¡Eh, escuchad!

— ¿Qué hay? — respondió el de la cara roja.

— ¿Qué distancia hay de aquí á Dingley-Dell?

— Siete millas largas.

— ¿Es buen camino?

— No, — dijo el aldeano.

Después, examinando de nuevo á nuestros viajeros, se puso á trabajar sin ocuparse de ellos.

— Quisiéramos dejar aquí este caballo, — dijo mister

Pickwick.

— ¿Dejar aquí el caballo?

— Precisamente, — dijo Mr. Pickwick, que se había acercado con su caballo á la puerta de la empalizada del jardín.

... — ¡Ama! — gritó el hombre de la cara roja, saliendo del huerto y mirando el caballo con aire sospechoso. — ¡Ama!

Una mujer alta, huesosa y muy estirada respondió á este llamamiento. Estaba cubierta con un gran pañuelo azul, y su talle se encontraba á una pulgada ó dos de su sobacos.

— Buena mujer, — dijo Mr. Pickwick acercándose á ella, haciendo uso de su voz más insinuante; — ¿podemos dejar aquí este caballo?

El aldeano dijo alguna cosa al oído de la buena mujer. Esta miró á la caravana, y después de un instante de reflexión, respondió:

— No; no queremos.

— ¿Que no quiere? — repitió Mr. Pickwick.

— La otra vez nos inquietaron mucho por lo mismo, y no queremos guardar más caballos.

— Esto es lo más extraordinario que en mis viajes me ha ocurrido, — dijo Pickwick con admiración.

— Creo... creo realmente, — murmuró Mr. Winkle, — creo que sospechan que hemos robado este caballo.

— ¡Cómo! — exclamó Pickwick con una explosión de ira.

Mr. Winkle repitió modestamente la opinión que acababa de emitir.

— ¡Eh! ¡hombre! — exclamó Mr. Pickwick irritado; — ¿pensáis que hemos robado este caballo?

— No lo creo, estoy seguro, — respondió el hombre de la cara roja, con una especie de sonrisa que agitó toda su fisonomía desde una oreja á la otra; y hablando así entró en la casa, cuya puerta cerró cuidadosamente.

— ¡Esto parece un sueño! — exclamó Mr. Pickwick, — ¡una horrible pesadilla! ¡Oh cielos! Imaginaos un hombre que camina todo el día perseguido por un caballo espantoso, del cual no puede librarse.

Los pickwickianos, abatidos, se pusieron tristemente en camino, y el enorme cuadrúpedo, hacia el cual sentían la más terrible repulsión, marchaba lentamente á su lado.

La tarde se acercaba, cuando nuestros cuatro amigos, seguidos siempre del maldito animal, llegaron por fin á la avenida que conducía á Dingley-Dell. Pero aunque tocasen al término de sus fatigas, su satisfacción estaba prodigiosamente contrarrestada con la ridícula singularidad de su apariencia: trajes desgarrados, caras llenas

de rasguños, zapatos sucios, figuras extenuadas; y además de todo esto el horrible caballo. ¡Oh! ¡cuánto lo maldecía Mr. Pickwick! De tiempo en tiempo lanzaba sobre él miradas en que se pintaban el odio y el deseo de una espantosa venganza. Más de una vez había calculado la cantidad probable que sería necesario pagar por tener la satisfacción de cortar el pescuezo; y entonces la tentación de asesinarlo ó abandonarlo en los campos desiertos, se presentaba á su espíritu con la mayor violencia. Sin embargo, avanzaba siempre, y en una de las vueltas del camino fué distraído de sus horribles pensamientos por la aparición súbita de dos personajes. Eran Mr. Wardle y su fiel sirviente el gordo moffetudo.

—Y bien ¿dónde habéis estado? — preguntó el caballero hospitalario. — Os he esperado todo el día. Parece que estáis cansados. ¿Y esos rasguños? No estáis heridos... no, me alegró. ¿Habéis volcado? No os apuréis; es un accidente muy frecuente en este país... ¡Joel! ¡maldito chico! otra vez durmiendo. Joe, coge ese caballo y lívalo á la cuadra.

El gordo, teniendo de la brida al fogoso caballo, se arrastró con paso perezoso detrás de la compañía, mientras Mr. Wardle se esforzaba en consolar á sus huéspedes de las desventuras que le fueron contando.

Llegados á Dingley-Dell, empezó por hacerles entrar en la cocina diciendo:

—Vamos á repararlo todo aquí, y en seguida entraremos en el salón. Emilia, traed aguardiente con cerezas... Ahora, Juana, una aguja con hilo... María tohallas y agua. Vamos, dáos prisa.

Tres ó cuatro criadas muy robustas se dispersaron rápidamente para ir en busca de los artículos pedidos, mientras un par de domésticos masculinos, de cabezas redondas y caras anchas, se levantaron de los asientos que ocupaban junto á la chimenea, se sumergieron en la obscuridad de unos rincones, y salieron pronto armados con botellas de betún y una media docena de cepillos.

—¡Vamos, pronto! — repitió el caballero viejo. Pero esta era una exhortación inútil, porque una de las criadas vertía aguardiente, otra traía las toallas, y uno de los hombres, asiendo repentinamente á Mr. Pickwick por la pierna, con inminente riesgo de hacerle perder el equilibrio, le cepilló las botas con tanta fuerza, que le hizo mucho daño en los callos. Al mismo tiempo un segundo lacayo frotaba á Mr. Winkle con un enorme cepillo, produciendo con su boca esa especie de silbido que los mozos de las cuadras hacen oír cuando limpian un caballo.

En cuanto á Mr. Snodgrass, después de haber terminado sus abluciones, volvió la espalda al fuego, y sa-

boreando con delicia su aguardiente, se puso á examinar la pieza en que se encontraba.

Según la descripción que él ha hecho, era una vasta habitación enlosada con ladrillos amarillos. La chimenea era inmensa; se veían colgados en ella jamones y tocino. En la pared había sillas de montar, jaquimas y arreos de caballo, y una vieja escopeta enmohecida. Encima había un letrero que en gruesos caracteres decía *cargada*; y debía estarlo desde hacía medio siglo, si había de creerse á su inscripción y á su apariencia. Un viejo reloj de cucú, de movimiento tranquilo y solemne, estaba clavado en un rincón.

—¿Estáis prontos? — preguntó el viejo á sus huéspedes, cuando los vió bien lavados, cosidos, cepillados y restaurados.

—Sí señor, — respondió Mr. Pickwick.

—Vamos, venid conmigo.

Tres de los viajeros le siguieron al través de sombríos corredores y se reunieron á la puerta del salón con mister Tupman, que se había quedado atrás para besar furtivamente á Emilia, sin que obtuviera por recompensa más que algunos rasguños.

El viejo los introdujo diciendo:

—Señores, bien venidos seáis á Dingley-Dell.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
CAPITULO VI
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFO"

"ALFONSO E. V. S."

Apdo. 1625

Una tertulia de otros tiempos. Historia contada por un eclesiástico.

Muchas visitas reunidas en el salón se levantaron para recibir á los recién venidos, y mientras se hacían los cumplimientos ceremoniosos de la presentación, Mr. Pickwick tuvo ocasión de examinar la figura de los concurrentes y expecular sobre su caracter y sus ocupaciones. Era un género de distracción á que solía entregarse con frecuencia, lo mismo que otros muchos grandes hombres.

Una dama muy vieja con un enorme gorro y un traje de seda ajada, ocupaba el puesto de honor en el ángulo derecho de la chimenea. Era nada menos que la ma-

de rasguños, zapatos sucios, figuras extenuadas; y además de todo esto el horrible caballo. ¡Oh! ¡cuánto lo maldecía Mr. Pickwick! De tiempo en tiempo lanzaba sobre él miradas en que se pintaban el odio y el deseo de una espantosa venganza. Más de una vez había calculado la cantidad probable que sería necesario pagar por tener la satisfacción de cortar el pescuezo; y entonces la tentación de asesinarlo ó abandonarlo en los campos desiertos, se presentaba á su espíritu con la mayor violencia. Sin embargo, avanzaba siempre, y en una de las vueltas del camino fué distraído de sus horribles pensamientos por la aparición súbita de dos personajes. Eran Mr. Wardle y su fiel sirviente el gordo moftetudo.

—Y bien ¿dónde habéis estado? — preguntó el caballero hospitalario. — Os he esperado todo el día. Parece que estáis cansados. ¿Y esos rasguños? No estáis heridos... no, me alegró. ¿Habéis volcado? No os apuréis; es un accidente muy frecuente en este país... ¡Joel! ¡maldito chico! otra vez durmiendo. Joe, coge ese caballo y lévalo á la cuadra.

El gordo, teniendo de la brida al fogoso caballo, se arrastró con paso perezoso detrás de la compañía, mientras Mr. Wardle se esforzaba en consolar á sus huéspedes de las desventuras que le fueron contando.

Llegados á Dingley-Dell, empezó por hacerles entrar en la cocina diciendo:

—Vamos á repararlo todo aquí, y en seguida entraremos en el salón. Emilia, traed aguardiente con cerezas... Ahora, Juana, una aguja con hilo... María tohallas y agua. Vamos, dáos prisa.

Tres ó cuatro criadas muy robustas se dispersaron rápidamente para ir en busca de los artículos pedidos, mientras un par de domésticos masculinos, de cabezas redondas y caras anchas, se levantaron de los asientos que ocupaban junto á la chimenea, se sumergieron en la obscuridad de unos rincones, y salieron pronto armados con botellas de betún y una media docena de cepillos.

—¡Vamos, pronto! — repitió el caballero viejo. Pero esta era una exhortación inútil, porque una de las criadas vertía aguardiente, otra traía las toallas, y uno de los hombres, asiendo repentinamente á Mr. Pickwick por la pierna, con inminente riesgo de hacerle perder el equilibrio, le cepilló las botas con tanta fuerza, que le hizo mucho daño en los callos. Al mismo tiempo un segundo lacayo frotaba á Mr. Winkle con un enorme cepillo, produciendo con su boca esa especie de silbido que los mozos de las cuadras hacen oír cuando limpian un caballo.

En cuanto á Mr. Snodgrass, después de haber terminado sus abluciones, volvió la espalda al fuego, y sa-

boreando con delicia su aguardiente, se puso á examinar la pieza en que se encontraba.

Según la descripción que él ha hecho, era una vasta habitación enlosada con ladrillos amarillos. La chimenea era inmensa; se veían colgados en ella jamones y tocino. En la pared había sillas de montar, jaquimas y arreos de caballo, y una vieja escopeta enmohecida. Encima había un letrero que en gruesos caracteres decía *cargada*; y debía estarlo desde hacía medio siglo, si había de creerse á su inscripción y á su apariencia. Un viejo reloj de cucú, de movimiento tranquilo y solemne, estaba clavado en un rincón.

—¿Estáis prontos? — preguntó el viejo á sus huéspedes, cuando los vió bien lavados, cosidos, cepillados y restaurados.

—Sí señor, — respondió Mr. Pickwick.

—Vamos, venid conmigo.

Tres de los viajeros le siguieron al través de sombríos corredores y se reunieron á la puerta del salón con mister Tupman, que se había quedado atrás para besar furtivamente á Emilia, sin que obtuviera por recompensa más que algunos rasguños.

El viejo los introdujo diciendo:

—Señores, bien venidos seáis á Dingley-Dell.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
CAPITULO VI
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFO"

"ALFONSO E. V. S."

Apdo. 1625

Una tertulia de otros tiempos. Historia contada por un eclesiástico.

Muchas visitas reunidas en el salón se levantaron para recibir á los recién venidos, y mientras se hacían los cumplimientos ceremoniosos de la presentación, Mr. Pickwick tuvo ocasión de examinar la figura de los concurrentes y expecular sobre su caracter y sus ocupaciones. Era un género de distracción á que solía entregarse con frecuencia, lo mismo que otros muchos grandes hombres.

Una dama muy vieja con un enorme gorro y un traje de seda ajada, ocupaba el puesto de honor en el ángulo derecho de la chimenea. Era nada menos que la ma-

dre de Mr. Wardle. Muchos certificados que probaban su buena educación y que no había dejado el buen camino al envejecer, estaban colgados de las paredes bajo la forma de antiguos paisajes de tapicería, de alfabetos hechos á punto de marca, no menos antiguo, y bordados de seda carmesí de una época un poco más reciente. La tía soltera y las dos hijas de Mr. Wardle, agrupadas alrededor de la vieja, parecían disputarse quien le manifestaba atenciones más infatigables. La una sostenía su trompetilla acústica, la otra una naranja, la tercera un frasquito de esencias, mientras mister Wardle arreglaba cuidadosamente los cogines que le sustentaban. Al otro lado de la chimenea estaba sentado un viejo de noble continente y cabeza calva, era el vicario de Dingley-Dell; junto á él se encontraba su mujer, vieja señora, cuyo aspecto robusto y tez encendida parecía indicar que, si ella era sabia en la confección de todos los cordiales fabricados por una ama de casa, sabía también al mismo tiempo administrárselos. Un hombrecillo, cuya cabeza terminaba en forma de pera, hablaba en un rincón con un caballero viejo y grueso, mientras otros dos ó tres viejos y viejas estaban sentados, rígidos é inmóviles sobre sus sillas, considerando despiadadamente á mister Pickwick y á sus compañeros de viaje.

— Madre mía, — dijo Mr. Wardle en toda la extensión de su voz, — os presento á Mr. Pickwick.

— ¡Oh! — dijo la vieja sacudiendo la cabeza, — no os oigo.

— Mr. Pickwick, abuelita, — exclamaron á un tiempo las dos señoritas.

— ¡Ah! — respondió la vieja, — bien; eso no me importa gran cosa. El no se cuida de una vieja como yo, estoy segura.

— Os aseguro, señora, — dijo Mr. Pickwick tomando la mano de la vieja, y hablando tan fuerte que su benévola cara se puso de escarlata: — os aseguro, señora, que nada me complace tanto como ver á la cabeza de una familia como esta una persona de vuestra edad, que parece aún joven y saludable.

— ¡Ah! — respondió la vieja después de una corta pausa, — todo es muy bello; pero yo no puedo oírlo.

— La abuelita está indispuesta ahora — dijo miss Isabel Wardle; — pero os hablará en seguida.

Pickwick expresó por un signo su deseo de conformarse á las enfermedades de la edad, y volviéndose, tomó parte en la conversación general.

— ¡Preciosa casa! ¡situación deliciosa! — dijo.

— ¡Deliciosa! — repitieron Mr. Snodgrass, Tupman y Winkle.

— Sí; tengo orgullo en ello — respondió Mr. Wardle.

— Caballero — dijo el hombre de la cabeza puntiaguda, — no hay mejor terreno en todo el condado de Kent: no lo hay, no, caballero. Estoy seguro que no lo hay.

Y miró alrededor suyo con aire triunfante, como si hubiera sido desmentido por alguno, y él hubiera logrado imponerle silencio.

— No hay mejor terreno en todo el condado de Kent — repitió él mismo después de una pausa.

— Excepto el prado de Mulluis — dijo solemnemente el caballero grueso.

— ¡El prado de Mulluis! — exclamó el otro con profundo desprecio.

— Es una excelente tierra — dijo otro grueso.

— Sí, seguramente — dijo el tercer gordo.

— Todo el mundo lo sabe — prosiguió el huésped corulento.

El hombre de la cabeza puntiaguda miró con aire de duda alrededor suyo; pero encontrándose decididamente en minoría, tomó un aire de superioridad protectora y no dijo más.

— ¿De qué se habla? — preguntó la vieja á una de sus nietas en voz muy alta; porque, según costumbre de los sordos, ella creía que los demás no oían lo que se les decía.

— Hablan de tierras, abuelita.

— ¿Qué dicen de tierras? ¿ha sucedido alguna cosa?

— No; Mr. Miller decía que nuestra tierra es mejor que el prado de Mulluis.

— ¿Y él qué sabe de eso? — dijo la vieja con indignación; — Miller es un fatuo impertinente, y podéis decirselo de mi parte.

Habiendo proferido esta sentencia, la vieja se enderezó y miró al delincuente con aire severo, sin dudar que ella había hablado de manera que todos la pudieran oír.

— Vamos, vamos — dijo Mr. Winkle, empeñándose, como era natural, en variar la conversación; — ¿os gusta el whist, Mr. Pickwick?

— Me gusta sobre todas las cosas; pero os lo suplico, no lo hagáis por mí.

— ¡Oh! os aseguro que á mi madre le gusta mucho la partida de whist. ¿No es verdad, mamá?

La vieja, que estaba siempre menos sorda para este asunto que para otros, respondió afirmativamente.

— ¡Joe! ¡Joe! — gritó el viejo. — ¡Joe! ¡maldito chico!... ¡Ah! aquí está... arreglad las mesas de juego.

El letárgico joven consiguió arreglar sin otros estimulantes las dos mesas de juego: una para jugar al whist y la otra para jugar á la papisa Juana. Los jugadores de whist eran Mr. Pickwick y la vieja abuelita, Mr. Mil-

ler y el caballero gordo. El resto de la sociedad se entretenía en el otro juego.

El whist fué jugado con toda la seriedad que exige este acto solemne, al cual creemos que ha sido una irreverencia el darle el nombre de juego. Pero en la mesa redonda había estallado una alegría tan ruidosa, que perjudicaba notablemente á las reflexiones de Mr. Miller. Este desgraciado personaje, no hallándose tan absorbido en su juego como debiera haberlo estado, incurrió en faltas, en crímenes imperdonables, que excitaron en el más alto grado la indignación del caballero gordo.

— ¡Ah! — dijo el criminal Miller en tono victorioso; — yo no puedo jugar mejor, era imposible hacer un trick de más.

La vieja no le dejó mucho tiempo en esta feliz disposición de ánimo.

— Miller debía haber jugado el cuatro, ¿no es verdad, caballero?

Mr. Pickwick saludó afirmativamente.

El jugador infortunado apeló á la generosidad de su compañero, diciendo en tono de duda.

— Debía yo realmente jugarlo.

— Ciertamente, caballero — respondió el gordo.

— ¡Cuánto lo siento! — dijo Miller abatido.

— Aun es tiempo — gruñó el otro.

— Dos; son ocho — dijo Pickwick.

Se repartieron de nuevo las cartas.

— ¿Podéis hacer uno aun? — preguntó la vieja.

— Sí — respondió Pickwick; — doble, sencillo.

— ¡Jamás se ha visto suerte tan mala! — dijo Miller.

— Ni cartas peores — añadió el gordo.

Un silencio solemne siguió. Mr. Pickwick está alegre, la vieja atenta, el gordo irritado y Miller receloso.

— ¡Otra partida! — exclamó triunfante la vieja, colocando sobre el tapete una moneda de seis peniques.

— ¡Otra partida! — dijo Mr. Pickwick.

— Ya lo sé, caballero — dijo agriamente el gordo.

Durante la segunda partida, cuyo resultado fué el mismo, Mr. Miller tuvo la desgracia de hacer un renuncio. El caballero gordo no pudo ya dormir su irritación. La vieja, por el contrario, se reía, mientras el infortunado Miller parecía tan fuera de su elemento como un delfín en jaula. Cuando el whist terminó, el caballero gordo se retiró á un rincón y permaneció perfectamente mudo durante una hora y veintisiete minutos; entonces, saliendo de su abstracción, ofreció á mister Pickwick un polvo de tabaco, con el aire generoso de un hombre á quien la caridad cristiana obliga á perdonar las injurias que ha recibido.

Entretanto, el juego de la mesa redonda continuaba muy animado. Isabel Wardle se había asociado con mister Trundle, Emilia Wardle con Mr. Snodgrass, y al mismo tiempo Mr. Tupman y la tía soltera habían formado una sociedad de fachas y galanterías. El viejo mister Wardle estaba en el colmo de la alegría; hacia de banquero con tanta astucia, las damas mostraban tal deseo de ganar, que una explosión de risas resonaba continuamente alrededor de la mesa. Había allí una vieja que se veía siempre en la obligación de pagar media docena de cartas. Todo el mundo reía, y cuando la vieja ponía cara de vinagre, porque se veía en la precisión de pagar, se reía mas todavía; entonces su cara se serenaba por grados, y al fin concluía por hacer coro en la risa de los demás. Cuando la tía hacia *casamiento*, las jóvenes comenzaban á reír de nuevo, poniendo á la tía de mal humor; pero ella sentía la mano de Mr. Tupman, que estrechaba la suya por debajo de la mesa, y su rostro se serenaba también; después tomaba un aire maligno, como si el matrimonio no estuviera tan lejos como se le suponía. Entonces todo el mundo empezaba á reír, sobre todo Mr. Wardle, que se divertía con las bromas lo mismo que los jóvenes. Sin embargo, Mr. Snodgrass murmuraba á los oídos de su compañera sentimientos poéticos que ofrecían ciertas miradas furtivas, golpes de codo disimulados y alguna sonrisa.

La hilaridad de la reunión se redoblaba, y especialmente la de la esposa del viejo. De tiempo en tiempo, Mr. Winkle decía alguna frase original, muy conocida en la capital, pero no en provincias; y como todo el mundo reía de buena gana, y las encontraba excelentes, Mr. Winkle estaba resplandeciente de felicidad y de gloria. En cuanto al buen eclesiástico, miraba esta escena con aire satisfecho, porque el buen viejo era feliz al ver junto á sí personas alegres; y aunque la alegría fuera demasiado ruidosa, venia del corazón, no de los labios, es decir, que era verdadera alegría, después de todo.

La noche pasó rápidamente en el seno de aquellas distracciones. Después de una cena simple y substancial, se formó un círculo en torno del fuego, y Mr. Pickwick declaró que en toda su vida había experimentado más verdadera dicha, ni había estado mejor dispuesto á gozar del presente, que es ¡ay! muy fugitivo.

El viejo hospitalario estaba sentado en ceremonia junto al sillón de su madre, y tenía una de sus manos entre las suyas.

— He aquí precisamente lo que yo amo — decía. — Los más felices instantes de mi existencia han pasado junto á este viejo hogar, y encuentro placer en encender

en él la llama y avivarla hasta que el calor sea insopor- table. Ved... mi buena madre que veis aquí, se sentaba en esta chimenea sobre un pequeño taburete cuando era niña. ¿No es verdad, mamá?

La vieja lady sacudió la cabeza con aire melancólico, y se vieron correr lentamente por sus mejillas las lagrimas involuntarias que se derraman al recuerdo de los tiempos pasados y de la felicidad pasada desde mucho tiempo.

—Mr. Pickwick — contestó su huésped después de un corto intervalo, — me excusaréis si hablo mucho de este sitio, porque lo amo apasionadamente y no conozco otro. La vieja casa y los campos parecen ser viejos amigos para mí. Lo mismo digo de nuestra pequeña iglesia, guarnecida de una espesa capa de musgo, á la cual, entre parentesis, nuestro excelente amigo, que veis aquí, ha compuesto unos versos.

—Perdonadme, — replicó el caballero, cuya curiosidad poética habían excitado las últimas frases de Mr. Wardle. — ¿Habláis de unos versos al musgo?

—Dirigios para eso á vuestro amigo — dijo mister Wardle indicando al eclesiástico por un signo.

Mr. Pickwick tomó la palabra, y dirigiéndose al eclesiástico dijo:

—¿Me permitiréis, á pesar de que hace muy poco que os conozco, que os pregunte si en el curso de vuestra carrera como ministro del Evangelio, habéis observado algún acontecimiento digno de ser conservado en la memoria de los hombres.

—Efectivamente, caballero — replicó el sacerdote; — he observado muchos sucesos, pero en una esfera estrecha, y siempre han sido de naturaleza sencilla y ordinaria.

—Habéis reunido algunas notas, según creo, sobre Juan Edmunds — replicó Mr. Wardle, que deseaba poner á su amigo en estado de ser bien apreciado por sus huéspedes.

El vicario hizo una ligera señal de asentimiento, y se preparaba á cambiar el asunto de la conversación, cuando Mr. Pickwick le dijo:

—Perdonadme, señor eclesiástico, pero quisiera que me explicarais quién fué ese Juan Edmunds.

—Eso mismo precisamente iba yo á preguntar — añadió Snodgrass con vivacidad.

—Estais cogido — exclamó el huésped. — Será preciso al fin que satisfagáis la curiosidad de estos señores. Por lo tanto, aprovechad la ocasión y empezad pronto.

El viejo sacerdote sonrió con bondad y acercó su silla á la chimenea. Los otros individuos se estrecharon unos contra otros, especialmente Mr. Tupman y la tia solte-

ra, que sin duda tenía el oído un poco débil. La trompeta de la vieja lady fué ajustada cuidadosamente, y Mr. Miller, que se habia dormido, fué despertado por su ex compañero de juego, que le administró un pellizco por debajo de la mesa. El eclesiástico, sin más prefacio, comenzó el relato siguiente, al cual hemos titulado:

La vuelta del presidiario

Cuando fuí nombrado vicario de este pueblo, hace veinticinco años, encontré entre mis parroquianos á un tal Edmunds, que tenía arrendada una pequeña hacienda en estos alrededores. Era un hombre malvado, perezoso y disoluto por habito, moroso y feroz por caracter. Excepto aquellos vagabundos abandonados que corrian con él por los campos y se embrutecian en la taberna, no tenía ningún amigo, ni siquiera un conocido. Todos huian de él, porque nadie queria alternar con un individuo temido y detestado generalmente.

Este tenía una mujer y un hijo de edad de doce años poco más ó menos. Os entristecería sin necesidad contándoos los sufrimientos que habia experimentado su mujer, y todo lo que yo podria decirnos no bastaria á manifestar suficientemente la dulzura y la resignación que la infeliz desplegaba en las más delicadas circunstancias, ni la solicitud tierna y dolorosa con que educaba á su hijo. Que Dios me perdone lo que voy á decir si es una sospecha poco caritativa; pero en mi alma y conciencia creo que su marido ensayó sistemáticamente durante muchos años el hacerla morir á pesadumbres. Ella soportaba todo por amor á su hijo; y aunque parezca extraño por amor á su marido. En otro tiempo le habia amado, y á pesar de su brutalidad, á pesar de la crueldad con que era tratada, el recuerdo de lo que habia sido para ella, despertaba en su corazón esos sentimientos de dulce indulgencia, á los cuales, excepto la mujer, todas las criaturas de Dios son extrañas.

Eran pobres: la conducta del marido no permitia otra cosa; pero el trabajo obstinado, incesante de la mujer, les mantenía. Sin embargo, sus esfuerzos eran muy mal recompensados. Los que paraban junto á la casa por la noche, oían los llantos y gemidos que recibía. Más de una vez, después de media noche, el niño iba á llamar á la puerta de una casa vecina, á donde le enviaba su madre, para escapar á la embriaguez furiosa del padre desnaturalizado.

Durante todo este tiempo, y aunque la pobre criatura llevaba frecuentemente señales de los malos trata-

mientos de su esposo, asistía regularmente al servicio divino. Todos los domingos por la mañana y por la tarde ocupaba el mismo banco en la iglesia; y aunque madre ó hijo estuviesen pobremente vestidos (más pobremente aun que muchos vecinos que se encontraban en situación más precaria), siempre iban decentes y limpios. Todos tenían un signo amistoso y una palabra benevola para la pobre señora Edmunds, y á veces cuando al salir de la iglesia ella se detenía en el pórtico para decir algunas palabras á algún vecino, ó cuando avivaba el paso para mirar con el orgullo y la ternura de una madre á su hijo saludable y sonrosado, que jugaba delante de ella con otros chicos, su rostro fatigado se iluminaba con una expresión de gratitud profunda, y parecía si no feliz y alegre, por lo menos resignada y tranquila.

Pasaron cinco ó seis años; el niño era ya un joven robusto y fornido; pero el tiempo que habia dado origen á sus miembros habia encorvado el cuerpo de su madre y debilitado su marcha; y sin embargo, el brazo que hubiera debido darle apoyo no estaba enlazado al suyo; el rostro que hubiera debido regocijarla, no la miraba sonriendo. Ella ocupaba siempre el mismo banco; pero habia un sitio vacante á su lado; su Biblia estaba en su mano, se santiguaba al abrirla; mas no habia alli nadie que la leyera con ella, y sus lágrimas corrían sobre su libro, ocultando á sus ojos el texto sagrado.

Sus vecinos eran aun benévolos para con ella; pero ahora ella volvia la cabeza para evitar su saludo; ya no se detenía en el pórtico ni encerraba en su corazón tesoros de felicidad y esperanza. En su desolación echaba su manto sobre su rostro y se marchaba rápidamente. ¿Es preciso decir la causa? Aquel joven, que hubiera debido conservar piadosamente en su memoria el recuerdo de las privaciones voluntarias, de los malos tratamientos que su madre habia sufrido por él, olvidando, al contrario, todo lo que le debía, y despreciando cruelmente las angustias de su corazón herido, se habia ligado con los hombres más depravados, con los más impíos, y seguía una carrera de vicios, de crímenes, que debia terminar en la muerte para él y en la vergüenza para su madre. ¡Ay, pobre naturaleza humana!

La pobre mujer estaba á punto de ver completarse la medida de sus infortunios. Numerosos delitos se habian cometido en aquellas cercanías. Los culpables permanecían impunes, y su audacia aumentaba. Un robo nocturno, acompañado de circunstancias agravantes, ocasionó activas pesquisas, severas investigaciones, á las cuales era imposible escapar. Sospechóse del joven Edmunds y de tres compañeros suyos; fué preso, juzgado y condenado á muerte

El grito penetrante, el grito maternal que horrorizó á la Audiencia, cuando fué pronunciado el juicio solemne, resuena aun en mis oídos. Aquel grito llenó de terror el corazón del culpable, á quien el juicio, la resistencia y la proximidad de la muerte no habian podido conmovier. Sus labios, comprimidos hasta entonces con sombría obstinación, temblaron y se separaron involuntariamente. Púsose pálido, un sudor frio humedeció su frente, sus miembros vigorosos se estremecieron convulsamente, y vaciló sobre su asiento.

En el primer paroxismo de su agonía, la desolada madre se echó de rodillas y suplicó dolorosamente al Ser Supremo, que le habia sostenido hasta entonces, que le librara de este mundo de miseria y salvara la vida de su único hijo. A esta súplica sucedió un llanto copioso, una agonía desesperada, tales como no espero verlas otra vez. Desde entonces me convencí de que el dolor abreviaría su vida; pero no volví á oír de sus labios una queja, un solo murmullo.

Era un espectáculo desgarrador ver á aquella desgraciada mujer en el patio de la prisión, procurando ablandar con afecto y oraciones el corazón petrificado de su hijo. Fué en vano; permanecía sombrío, feroz, impenitente. La conmutacion inesperada de su pena en la de presidio por catorce años no pudo destruir ni por un instante su endurecimiento acostumbrado.

El espíritu de resignación que por tanto tiempo habia sostenido á su madre, no podia luchar contra la debilidad y la miseria. Sin embargo, quiso ver á su hijo por última vez. Levantóse estenuada del lecho en que sufría; pero las fuerzas le faltaron y cayó inanimada en el suelo.

Entonces la indiferencia y el estoicismo del culpable fueron sujetos á una dura prueba. Pasó un día sin que viera á su madre; pasó el segundo y no la vió tampoco; llegó la tarde del tercero y su madre no parecía; y dentro de veinticuatro horas debia separarse de ella, tal vez para siempre.

Este nuevo castigo, que cayó tan gravemente sobre él, casi le volvió loco. ¡Oh! entonces vinieron á su memoria los pensamientos ya olvidados de su infancia, mientras se paseaba con paso rápido en el estrecho patio, como si la velocidad de su marcha hubiera podido apresurar la llegada de las noticias que esperaba. El sentimiento de su miseria y de su abandono se apoderó amargamente de él cuando supo la verdad fatal. Su madre, la única persona que le habia amado, estaba enferma, tal vez moribunda, á media legua de él. Algunos minutos le hubieran bastado para correr á su lado; pero no debia volverla á ver. Se precipitó sobre la reja, y asien-

dose de las barras de hierro con la energía de la desesperación, las sacudió y las hizo temblar.

Lanzóse contra las murallas espesas, como si hubiera querido romperlas. Pero la prisión sólida desafiaba sus esfuerzos insensatos, y se puso á llorar como un niño, retorciéndose los brazos.

Yo llevé al hijo aprisionado las palabras de perdón y las bendiciones de su madre; pero sin decirle cuán grave era su estado. Llevé también á la moribunda los solemnes propositos de arrepentimiento y enmienda de su hijo y los ruegos de que le perdonara. Escuché con triste compasión los mil proyectos que el culpable arrepentido hacía ya para sostener á su madre, para hacerla feliz cuando volviera de su destierro. Yo sabía muy bien que antes de que él tocara el término de su pena, su madre partiría de este mundo.

Salió por la noche. Pocas semanas después el alma de la pobre mujer partió á la región de paz y eterna felicidad. Yo celebré el servicio fúnebre ante sus despojos, que hoy reposan en nuestro pequeño cementerio. No hay ninguna piedra encima de su tumba; ¿para qué? los hombres conocen sus penas y Dios sus dolores.

Habíamos convenido, antes de la partida del presidiario, que él escribiría á su madre en cuanto se lo permitieran, y que me dirigiera sus cartas, porque su padre había rehusado positivamente el verle desde el momento de su arresto, y se cuidaba poco de que estuviera muerto ó vivo. Muchos años transcurrieron sin que yo recibiera noticias suyas; y cuando la mitad de su condena pasó, yo creí que ya no existía y á la verdad lo deseaba.

Me engañé, sin embargo. A su llegada á Botany Bay, había sido enviado al interior, y seguramente por esto ninguna carta suya llegó á mis manos. Estuvo en el mismo punto por espacio de catorce años, perseverando constantemente en sus buenos propósitos y fiel á las promesas que había hecho á su madre. Cuando cumplió su pena, experimentó grandes dificultades para volver á Inglaterra, y una vez aquí, vino á su pueblo á pie.

En una bella tarde del mes de Agosto, Juan Edmunds entró en el pueblo, de donde vergonzosamente había sido sacado diez y siete años antes. El camino que seguía pasaba por en medio del cementerio, y su corazón se hinchó al atravesarlo. Los rayos del sol poniente penetraban en el espíritu del joven los recuerdos de su primera edad; recordaba el tiempo en que, asido á la mano de su madre, iba alegremente á la iglesia con ella; creía ver aun su pálido rostro; creía sentir el calor de sus lágrimas ardientes, que caían sobre su rostro cuando se bajaba á besarle, y que le hacían

llorar también, aunque entonces no sabía cuánta amargura había en aquellas lágrimas. Recordaba aun cuántas veces había corrido alegremente en aquel mismo camino con sus pequeños camaradas, volviéndose de tiempo en tiempo para mirar la sonrisa de su madre, ó para oír su dulce voz, y entonces le parecía que un velo se corría ante su vista, y que mil recuerdos de ternura desdenada, de advertencias no escuchadas, de promesas perdidas, venían á oprimir su cerebro y á desbarrar su corazón.

Entró en la iglesia, porque era domingo, y aunque el servicio de la tarde había concluido y los feligreses se habían despertado, la vieja puerta de encina guarnecida de grandes clavos no estaba cerrada. Los pasos del presidiario resonaron bajo la bóveda, y en la calma religiosa que reinaba alrededor suyo se encontró tan aislado, que tuvo miedo. Miró los objetos que le rodeaban; nada había cambiado. La iglesia le parecía más pequeña que en su infancia, pero encerraba todavía los viejos monumentos que mil veces había contemplado con temor infantil. Allí estaba el pulpito, adornado con el cojín en que el vicario ponía la Biblia y donde había resonado la palabra de Dios; aquí la mesa de comunión, delante de la cual había repetido tantas veces en su infancia los mandamientos que olvidó después, cuando fué hombre; se aproximó al banco en que su madre solía sentarse; el cojín había sido retirado, la Biblia no existía. Pensó que tal vez su madre ocuparía entonces un puesto más pobre, ó que tal vez estaría imposibilitada de ir á la iglesia. No se atrevía á hacer otra suposición. Una sensación de frío se apoderó de él, y temblaba con todos sus miembros cuando se volvió para salir.

Cuando llegó bajo el pórtico, vió entrar á un hombre viejo y achacoso. Se estremeció, porque lo había reconocido. Varias veces le había visto cavar fosas en el cementerio, que estaba detrás de la iglesia, y ahora, ¿qué iba el buen sacristán á decir al presidiario libre? El viejo levantó los ojos, le miró un instante, y se alejó con lentitud. No le había conocido.

Edmundo descendió de la colina y atravesó el pueblo. La estación era calurosa, y los habitantes, sentados en las puertas de sus casas, ó paseándose en sus pequeños jardines, gozaban de la frescura de la tarde y de las dulzuras del reposo, después de las fatigas del día. Muchas miradas se fijaron en el extranjero, y él lanzó á derecha é izquierda algunas miradas de inquietud para ver si se acordaban de él ó si le rechazaban. Había caras nuevas en casi todas las casas; á la puerta de algunas reconoció las facciones de algún antiguo camarada, joven cuando él le había dejando y ahora rodeado de nu-

merosos hijos; delante de algunas casas veía, sentado en un sillón, a un viejo débil y enfermo, á quien recordaba haber conocido joven aun y vigoroso. Todos le habían olvidado, y pasó sin que nadie le dirigiera la palabra.

Los últimos y dulces rayos del sol inundaban la tierra de una tinta de púrpura, dando un brillo dorado á las espigas amarillas y alargando las sombras de los árboles, cuando llegó delante de la puerta de su vieja casa, la casa de su infancia, por la cual había suspirado tan ardentemente durante largos años de cautividad y dolor. La empalizada era baja; él recordaba que en otro tiempo le parecía gigantesca; miró por encima de ella al jardín, vió muchas flores que en otro tiempo no existían, pero los viejos árboles existían todavía. Reconoció el árbol bajo el cual se había recostado mil veces cuando estaba cansado de jugar al sol, entregando dulcemente sus sentidos al ligero sueño de una infancia feliz. Oyó voces en el interior de la casa, pero afectaron penosamente su oído, porque no las conocía y expresaban la mayor alegría. El sabía bien que su madre no podía estar alegre mientras él estuviera ausente. La puerta se abrió y vió salir una multitud de niños que reían y jugaban,

El padre, con un chico en los brazos, apareció sobre el dintel, y los niños se agruparon á su alrededor palmeando alegremente y tirándole con todas sus fuerzas para hacerle tomar parte en sus juegos. El presidiario recordó cuántas veces había ocultado entre sus vestidos su trémula cabeza, oyendo los sollozos ahogados de su pobre madre, cuando era injuriada y castigada por su padre. Volvióse; sus puños estaban crispados, sus dientes cerrados con rabia, cuando se alejó de la casa paterna.

Tal era la vuelta que había ocupado su espíritu durante tantos años, y por la cual había soportado tantos sufrimientos. Ni un rostro amigo, ni una mirada de perdón, ni una mano protectora, ni una casa hospitalaria. ¡Y esto en el pueblo donde había nacido! ¡qué abandono! ¡qué soledad, más amarga mil veces que la de los países salvajes en que había estado proscrito!

Reconoció entonces que en la lejana tierra de la infancia, de la esclavitud, él se había representado los lugares de su nacimiento tales como los había dejado, no tales como los encontraba ahora. La triste realidad se presentó de repente en su espíritu y abatió su valor. No le tuvo para informarse ni presentarse á la única persona que podía recibirle con compasión. Marchó lentamente, evitando el camino como un culpable, entró en un prado que en otro tiempo había recorrido en todas direcciones, cubrió su rostro con las manos y se dejó caer sobre la hierba.

Un hombre á quien Edmunds no había visto, estaba sentado junto á él en la tierra. Se volvió para mirar al recién venido, y Edmunds al sentir el roce de sus vestidos levantó la cabeza.

El cuerpo de este hombre era encorvado, su cara amarilla y envejecida. Parecía muy viejo, pero más bien por el efecto destructor de la intemperancia y de las enfermedades que por el resultado gradual de los años. Sus ojos eran apagados; pero cuando contemplaron á Edmunds, durante algunos segundos, se animaron con una extraña expresión, y se abrieron tan horriblemente que parecían saltarse de las órbitas.

El presidiario se levantó lentamente, examinó con creciente ansiedad el rostro del viejo. Se observaron así durante algun tiempo.

De repente el viejo se estremeció, púsose horriblemente pálido, y se levantó vacilando y retrocediendo algunos pasos al ver que Edmunds se levantó también.

— ¡Habládmel! ¡que oiga yo el sonido de vuestra voz!

— exclamó el presidiario palpitando de emoción.

— ¡No os acerquéis! — exclamó el viejo blasfemando. Pero Edmunds no le escuchaba, y continuaba acercándose á él.

— ¡No os acerquéis! — repitió con rabia y terror, y al mismo tiempo, levantando su bastón, golpeó con él violentamente la cara del proscrito.

— ¡Padre!... ¡miserable!... — murmuró este con los dientes apretados; después, lanzándose con furor, asíó por el cuello al viejo; pero acordándose de que era su padre, sus manos cayeron con fuerza sobre sus costados.

El viejo lanzó un grito agudo, que resonó por los campos desiertos como los rugidos de un mal espíritu. Su cara estaba lívida, la sangre corría de su boca y de su nariz; vaciló y cayó á tierra. Se le había roto una arteria, y cuando su hijo le levantó del charco de sangre negra y espesa en que yacía, estaba muerto.

En un rincón de nuestro cementerio reposa un hombre, á quien he empleado en mi servicio durante tres años, después de este acontecimiento. Estaba realmente arrepentido y corregido. Nadie supo durante su vida quién era y de dónde venía. Era Edmunds, el presidiario puesto en libertad.

CAPITULO VII

Donde se verá que Mr. Winkle, en lugar de tirar el pichón y matar la corneja, tiró la corneja é hirió el pichón. — Cómo el Club de Dingley-Dill luchó con el de Muggleton, y cómo Muggleton comió á expensas del de Dingley-Dill, con otros acontecimientos igualmente instructivos é interesantes.

Las fatigosas aventuras del día, ó tal vez la influencia soporífera de la historia contada por el sacerdote, obraron tan fuertemente sobre los nervios de Mr. Pickwick, que apenas hacia cinco minutos que estaba en cama, cuando se durmió profundamente. Al día siguiente fué despertado por los brillantes rayos del sol naciente que penetraban en la habitación.

Mr. Pickwick no era perezoso; como un valiente guerrero salió de su tienda... quiero decir, de su lecho.

— ¡Qué delicioso país! — exclamó con entusiasmo abriendo la ventana. — ¡Ah! cuando se ha sentido la influencia de semejante paisaje, ¿quién consentiría en vivir donde diariamente no se ven más que ladrillos y tejas? ¿Podiera continuarse existiendo en un país donde no se ve otro verde que el de las cuadras, ni otras flores que las que nacen en los techos? Nada que recuerde al dios Pan. ¿Quién sería capaz de permanecer toda la vida en las poblaciones? ¿Podría sufrir semejante existencia?

Después de haber interrogado de este modo la soledad, siguiendo el ejemplo de los más grandes poetas, Mr. Pickwick asomó la cabeza por la ventana y miró en torno suyo.

El dulce y penetrante olor de la hierba que acababan de segar llegaba hasta él. Los mil perfumes de las flores del jardín embalsamaban el aire; la verde pradera brillaba con el rocío de la mañana, y cada hierbecita se movía agitada por un dulce céfiro. En fin, los pájaros cantaban, como si cada una de las lágrimas de la aurora hubiera sido para ellos una fuente de inspiración. Contemplando este espectáculo, Mr. Pickwick cayó en una dulce y misteriosa meditación.

De repente sintió que le llamaban; su vista se dirigió á la derecha, pero no vió á nadie. Sus ojos se volvieron á la izquierda y miraron en vano. Midió con audaz mirada el firmamento, pero tampoco era allí donde le habían llamado: en fin, vió lo que un espíritu vulgar hubiera visto al primer golpe, miró al jardín y vió á Mr. Wardle.

— ¿Cómo va? — le preguntó su alegre huésped. —

Bella mañana. Me alegro de veros levantado tan temprano. Daos prisa á bajar, os espero aquí.

Diez minutos le bastaron para arreglarse, y bajó al lado de su amigo.

— ¿Qué hay? — preguntó Pickwick, viendo que mister Wardle estaba armado de un fusil y había además otro sobre la hierba, junto á él.

— Vuestro amigo y yo — respondió Mr. Wardle, — vamos á tirar unas cuantas cornejas antes de almorzar. El es muy buen tirador, ¿no es cierto?

— Yo le he oído decir á él que sí, pero nunca le he visto apuntar la menor cosa.

— Bien quisiera que se diera prisa — dijo mister Wardle, y llamó:

— ¡Joe! ¡Joe!

Poco tiempo después salió de la casa el regordete, que gracias á la influencia excitante de la mañana, no estaba enteramente dormido.

— Llamad al caballero — le dijo su amo. — y decidle que me encontrará en el bosque con Mr. Pickwick. En señalde el camino.

Joe se marchó para ejecutar esta comisión, y mister Wardle, llevando los dos fusiles, salió del jardín con Mr. Pickwick.

— Este es el sitio — dijo después de algunos minutos, deteniéndose en una calle de árboles.

Esto era una advertencia inútil, porque el graznido continuo de las pobres cornejas indicaba suficientemente su domicilio.

El viejo puso uno de los fusiles en tierra y cargó el otro.

— Aquí están los nuestros — dijo Mr. Pickwick.

Y en efecto, se distinguió á lo lejos á Mr. Tupman, Mr. Snodgrass y Mr. Winkle, porque Joe, no sabiendo á cuál de los tres había de llevar al bosque, juzgó con profunda sagacidad que lo mejor era convocarlos á los tres.

— Venid, venid — dijo Wardle á Mr. Winkle. — Un famoso tirador como vos debiera haber estado dispuesto más temprano, aun para tan poca cosa.

Mr. Winkle respondió con una sonrisa forzada, y recogió el fusil que le estaba destinado con la expresión de fisonomía que debía convenir á una corneja metafísica, atormentada por el presentimiento de una muerte cercana y violenta. Era tal vez indiferencia, pero parecía más bien abatimiento.

El viejo Wardle hizo un signo, y dos chicos empezaron á trépar por dos árboles.

— ¿Qué van á hacer esos chicos? — preguntó bruscamente Mr. Pickwick.

Su buen corazón se había alarmado, porque había oído hablar tanto de la miseria de los labradores, que llegó á creer que los niños aquellos, obligados por el hambre, se ofrecían como blanco á los cazadores para asegurar de este modo á sus padres una mezquina subsistencia.

—Es tan sólo para hacer levantar la caza — dijo mister Wardle.

—¿Para hacer qué?...

—Para espantar las cornejas.

—¡Ah! ¿nada más?

—Nada más. ¿Ya estáis tranquilo?

—Enteramente.

—Muy bien. ¿Empiezo? — añadió Mr. Wardle dirigiéndose á Mr. Winkle.

—Cuando gustéis — dijo éste, gozoso de encontrar un momento de prórroga.

—Retiraos un poco. ¡Ah! Llegó el momento.

Uno de los chicos gritó sacudiendo una rama, sobre la cual estaba un nido, y en seguida una docena de cornejas, interrumpidas en medio de una ruidosa conversación, se lanzaron fuera para preguntar de qué se trataba. Mr. Wardle hizo fuego por vía de réplica. Uno de los pájaros cayó y los demás volaron.

—¡Recordete Joe! — dijo el viejo.

El corpulento joven se adelantó, y sus facciones brillaron con una á modo de sonrisa. Confusas visiones de pastel de corneja flotaron ante su imaginación. Al recoger el pájaro se rió, porque la víctima era gorda y tierna.

—Ahora os toca á vos, Mr. Winkle — dijo el caballero volviendo á cargar el fusil. — Vamos, tirad.

Mr. Winkle se adelantó y se puso en actitud de tirar. Mr. Pickwick y sus compañeros retrocedieron involuntariamente para guarecerse de la lluvia de cornejas, que indudablemente habían de caer heridas por el plomo destructor de su amigo. Tomó una posición solemne: oyóse un grito, un ruido de alas, un ligero clic...

—¡Oh! ¡oh! — dijo Mr. Wardle.

—¿No sale? — preguntó Pickwick.

—He errado el tiro — respondió Mr. Winkle, que estaba muy pálido, probablemente de vergüenza.

—Es particular — dijo Mr. Wardle tomando el fusil; — nunca le ha pasado esto... ¡Cómo! no veo el resto del pistón.

—¡Es verdad! — repuso Mr. Winkle; — es que probablemente olvidé el pistón.

Reparóse esta omisión. Mr. Pickwick se parapetó de nuevo y Mr. Tupman se puso detrás de un árbol. Mister Winkle dió un paso hacia adelante con aire deter-

minado, sosteniendo el fusil con las dos manos. El chico gritó; cuatro aves volaron. Mr. Winkle levantó el arma; se oyó una explosión; después un grito de angustia, que no era el grito de una corneja. Mr. Tupman había salvado la vida á muchos inocentes pájaros, recibiendo en su brazo izquierdo una parte de la carga.

Sería imposible expresar la confusión que siguió á este lance; decir cómo Mr. Pickwick, en los primeros arrebatos de su emoción, llamó á Mr. Winkle «miserable», como Mr. Tupman estaba tendido sobre la hierba, cómo Mr. Winkle, lleno de horror, se había arrodillado junto á él, cómo Mr. Tupman, en su delirio, invocaba muchos nombres de pila femeninos, cómo abrió un ojo, después otro, y después, cayendo hacia atrás, cerró uno y otro. Semejante escena sería tan difícil de describir, como sería difícil pintar al desgraciado herido, volviendo gradualmente en sí, viendo cómo vendaban su herida con pañuelos, y dirigiéndose lentamente á la casa, apoyado en sus amigos inquietos.

Las damas estaban en el dintel de la puerta, esperando la vuelta de aquellos señores para almorzar. La tía soltera brillaba entre todas; sonrió y les hizo señas de que avivaran el paso. Evidentemente no sabía lo que había pasado. ¡Pobre criatura! Hay momentos en que la ignorancia es sin duda un bien.

Se aproximaban cada vez más.

—¿Qué le ha pasado al viejo verde? — dijo en voz baja miss Isabel Wardle.

La tía soltera no hizo alto en estas palabras. Creyó que se trataba de Mr. Pickwick; porque á sus ojos mister Tracy Tupman era un joven; ella veía sus años al través de un prisma de disminución.

—No os asustéis dijo Mr. Wardle á sus hijas.

Los amigos estaban de tal modo agrupados alrededor de Mr. Tupman, que no se podía distinguir claramente la naturaleza del suceso.

—No os asustéis — continuó Mr. Wardle, algunos pasos más cerca.

—¿Qué hay, pues? — exclamaron las damas horriblemente alarmadas por esta precaución.

—Ha sucedido un pequeño accidente á Mr. Tupman.

La tía Raquel lanzó un grito agudo, cerró los ojos y se dejó caer de espaldas en los brazos de las dos jóvenes.

—Echadle agua fría en la cara — exclamó su hermano.

—No, no — murmuró la tía. — Me encuentro mejor... ¡Emilia!... un cirujano... ¿está herido? ¿ha muerto?... ¡Ah! ¡ah!...

Y la vieja, lanzando gritos más agudos, cayó con el ataque de nervios número dos.

— Calmaos — dijo Mr. Tupman, afectado hasta derramar lágrimas por aquella expresión de afecto. — Querida señorita, calmaos.

— ¡Es su voz! — exclamó la vieja.

Y los violentos síntomas del ataque número tres se manifestaron en seguida.

— No os sofoquéis, querida señorita, os lo suplico — dijo Mr. Tupman con voz consoladora. — Mi herida es de poco gravedad.

— ¡No estáis muerto! — exclamó la nerviosa; — ¡Oh! decidme que no estáis muerto.

— No seas loca, Raquel — interrumpió mister Wardle, de una manera más brusca de lo que permitía el carácter poético de la escena. — ¿Qué diablos de necesidad hay de que él os diga que no está muerto?

— No, no lo estoy — respondió Tupman; — no necesito otros socorros que los vuestros; dejadme apoyar en vuestro brazo.

Apoyose en el brazo de Raquel, y le dijo al oído:

— ¡Oh, miss Raquel...

Entraron juntos en el salón. Mr. Tupman besó dulcemente la mano de la señora de sus pensamientos, y se dejó conducir á su canapé.

— ¿Os encontráis mal? — preguntó Raquel con agitación.

— No, no es nada. Dentro de un instante estaré mejor — respondió Mr. Tupman cerrando los ojos.

— ¡Duerme! — murmuró la vieja (hacia veinte segundos que había cerrado los ojos). — ¡Duerme, caro Mr. Tupman!

Mr. Tupman dió un salto y se puso de pie.

— ¡Oh, repetid esas palabras! — dijo.

La dama se estremeció.

— Seguramente, no las habéis oído — dijo con pudor.

— ¡Oh! sí, las he oído — respondió calurosamente mister Tupman; — repetid esas palabras, si queréis que yo me cure. Repetidas.

— Silencio — dijo la dama; — aquí está mi hermano.

Mr. Tupman tomó su primera posición y Mr. Wardle entró en la habitación acompañado de un cirujano.

El brazo fué examinado, vendaron la herida y declaróse que era muy ligera; y encontrándose sereno ya el espíritu de todos, procedieron á satisfacer su apetito. La alegría brilló de nuevo en todos los rostros. Sólo Mr. Pickwick permaneció silencioso y reservado; la duda y la desconfianza se pintaban sobre su fisonomía expresiva; porque su confianza en Mr. Winkle había sido alte-

rada, grandemente alterada por los acontecimientos de aquella mañana.

— ¿Jugáis á la barra? — preguntó Mr. Wardle al cazador.

En otro tiempo Mr. Winkle hubiera respondido afirmativamente; pero conoció la delicadeza de su posición y replicó modestamente:

— No, señor.

— ¿Y vos? — preguntó Mr. Snodgrass al viejo.

— En otro tiempo jugaba — replicó éste; — pero he renunciado ya á esta diversión. Sin embargo, soy socio de un club, aunque no juego.

— ¿No tiene lugar hoy la gran partida de barra entre los pueblos contendientes de Dingley-Dell y Muggleton?

— preguntó Mr. Mr. Pickwick.

— Sí — respondió su huésped. — Vendréis, ¿no es cierto?

— Sí — respondió Pickwick; — tengo mucho gusto en ver esos ejercicios, en los cuales se puede tomar parte sin peligro; en los cuales la poca habilidad de las personas no expone la vida de sus semejantes.

Al pronunciar estas palabras Mr. Pickwick hizo una pausa expresiva y miró fijamente á Mr. Winkle, que no pudo sostener sin estremecerse la penetrante mirada de su mentor. Este añadió:

— ¿No sería conveniente confiar á nuestro amigo los cuidados de estas señoras?

— No podéis dejarme en mejores manos — dijo mister Tupman.

— Sería imposible — dijo Snodgrass.

Se convino en que Mr. Tupman se quedaría en la casa al cuidado de las damas, y que la porción masculina de la sociedad, dirigida por Mr. Wardle, iría á presenciar aquel combate de habilidad, que había sacado á Muggleton de su marasmo é infundido á Dangley-Dell una excitación febril.

No había que andar sino media legua de distancia, y el sendero, cubierto de musgo, pasaba por sombrías arboledas. La conversación recayó al principio sobre los bellos paisajes que se iban ofreciendo á la vista, y mister Pickwick casi sintió haber andado tan deprisa, cuando se encontraron en la calle principal de Muggleton.

Todas las personas cuyo genio está dotado de la menor propensión geográfica, saben necesariamente que la ciudad de Muggleton tiene un Ayuntamiento, alcalde, ciudadanos y electores, y todo el que consulte los manifiestos dirigidos por el alcalde al ciudadano, por los ciudadanos á la diputación, y por la diputación al Parlamento, sabrá lo que hubieron debido conocer antes, á saber: que Muggleton es una ciudad antigua y leal, que

reune á fervoroso celo por los principios del cristianismo, una sólida adhesión á los principios comerciales. En prueba de lo cual, el alcalde, la diputación y diversos habitantes han presentado varias veces sesenta y ocho peticiones para que se permita la venta de los beneficios eclesiásticos, ochenta y dos para que se prohíba la venta los domingos, mil cuatrocientas veintitrés contra la trata de negros en América, con un número igual encaminadas contra toda clase de intervención legislativa con motivo del trabajo exagerado de los niños en las manufacturas inglesas.

Cuando Mr. Pickwick se encontró en la calle principal de esta ilustre villa, contempló la escena que se ofreció á sus ojos con una curiosidad mezclada de interés.

El sitio del mercado tenía la forma de un cuadrado, en el centro del cual se había levantado un vasto mesón. Su enorme muestra ostentaba un objeto muy común en las artes, pero que rara vez se encuentra en la naturaleza, es decir, un león azul, que tenía tres patas en el aire y se balanceaba sobre la extremidad de la uña central de la cuarta.

Muy cerca se veía una oficina, seguros contra incendios y una comisaría, un almacén de trigo y otro de telas, tiendas de sillero, de destilador, de comestibles y de zapatería, la cual tienda de zapatería servía también para la propagación de sombreros, de gorras, de paraguas y conocimientos útiles.

Había además una pequeña habitación de ladrillos rojos, precedida de una especie de patio embaldosado, y que todo el mundo al primer golpe de vista reconocía ser la casa de un abogado. Había otra casa también de ladrillo, sobre cuya puerta se ostentaba una ancha placa de cobre, que anunciaba en caracteres muy legibles que aquella casa pertenecía á un cirujano. Algunas personas se dirigían al juego de barra, y dos ó tres tenderos, manteniéndose en pie sobre el baldosado de las puertas de sus casas, parecían muy deseosos de ir al mismo sitio, como hubieran podido hacerlo sin perder un gran número de parroquianos.

Mr. Pickwick se había detenido para hacer las observaciones que se proponía anotar en su cartera; pero como sus amigos se habían alejado de la calle principal, se apresuró á unirse á ellos y les encontró cerca ya del campo de batalla.

Las barras que los jugadores debían conquistar ó defender estaban ya colocadas, lo mismo que un par de tiendas para servir de reposo y refresco á los partidos beligerantes. Pero el juego no había comenzado aun. Dos ó tres individuos de Dingley-Dey y de Muggleton se divertían en tirar su bola de una mano á otra. Te-

nían sombreros de paja, chaquetas de franela y pantalones blancos, lo cual les daba el aspecto de picapedreros. Algunos caballeros, vestidos de la misma manera, estaban esparcidos por las tiendas, hacia una de las cuales condujo Mr. Wardle á sus amigos.

Muchas docenas de ¿cómo estáis? saludaron la llegada del caballero, y hubo un levantamiento general de sombreros de paja con una inclinación contagiosa de chalecos de franela, cuando presentó á sus huéspedes como caballeros de Londres que deseaban vivamente asistir á las agradables diversiones de aquel día.

—Creo que haréis bien, caballero, en entrar en la tienda — dijo un voluminoso individuo, cuyo cuerpo parecía ser la mitad de una gigantesca pieza de franela, colocada sobre un par de travesaños.

—Sí, haríais muy bien, caballero — añadió otro tan voluminoso como el precedente y que parecía ser la otra mitad de la pieza de franela.

—Sois muy amable — respondió Pickwick.

—Por aquí — respondió el primer caballero; — este es el mejor sitio.

Y los guió silbando como un caballo resoplón.

—¡Juego soberbio! ¡Noble ocupación! ¡Bello ejercicio! ¡Divino!

Tales fueron las palabras que hirieron los oídos de Mr. Pickwick al entrar en la tienda, y el primer objeto que se ofreció á sus miradas fué su amigo, el desconocido del coche de Rochester. Estaba en actitud de perorar con gran satisfacción de un círculo selecto de los jugadores de la villa de Muggleton. Su traje había mejorado ligeramente. Tenía botas nuevas; pero á pesar de esto era imposible desconocerlo.

El desconocido reconoció inmediatamente á sus amigos. Con su ordinaria impetuosidad y hablando continuamente, se precipitó hacia Mr. Pickwick, le estrechó la mano y le llevó á su asiento, como si todos los arreglos del juego hubieran estado bajo su dirección.

—Por aquí, por aquí. Será divertido. Sentarse, sentarse.

Mr. Pickwick se sentó como mandaban, y Mr. Winkle y Mr. Snodgrass siguieron igualmente las indicaciones de su misterioso amigo. Mr. Wardle lo examinaba con admiración silenciosa.

—Os presento á Mr. Wardle, uno de mis amigos — dijo Mr. Pickwick al desconocido.

—¿Un amigo vuestro? — exclamó éste. — ¿Cómo estáis, caballero? Los amigos de los amigos son amigos. Dadme la mano.

Al decir estas palabras, el desconocido estrechó la mano del viejo con tanta efusión de una antigua amis-

tad; después retrocedió dos ó tres pasos, como para ver mejor su cara, y al fin le sacudió otra vez la mano con más efusión que antes.

—¿Y cómo habéis venido aquí? — dijo Mr. Pickwick con una sonrisa en que la bondad luchaba con la sorpresa.

—¿Venido?... Vivo en la fonda de la Corona en Muggleton... He encontrado sociedad... chaquetas de franela... sombreros de paja... buena gente.

Mr. Pickwick conocía bien el sistema stenográfico del desconocido, para deducir de esta comunicación rápida y descovuntada que de una manera ó de otra había trabado relaciones con los jugadores de Muggleton, y que por un procedimiento que le era peculiar, había conseguido ser invitado. Satisfecha de esta manera su curiosidad, Mr. Pickwick se caló los anteojos y se apresuró á contemplar el juego, que había dado principio ya.

Los dos jugadores más famosos del Club de Muggleton, que eran Mr. Dumbkins y Mr. Podder, se dirigieron bola en mano á sus puestos respectivos; Mr. Luffey, el más noble ornamento de Dingley-Dell, fué elegido para jugar en contra del temible Dumbkins, y Mr. Struggles fué elegido para contendiente del invencible Podder.

Muchos jugadores se colocaron en diferentes sitios para recoger las bolas, y cada cual se puso en la actitud conveniente, apoyando una mano en la rodilla y encorvándose. Todos los jugadores clásicos se colocan así, y se cree generalmente que sería difícil ver venir la bola en otra actitud.

Los jueces se colocaron detrás de los parapetos, y los contadores se prepararon á anotar los puntos. Reinó entonces un profundo silencio. Mr. Luffey se retiró algunos pasos atrás, y durante algunos minutos aplicó su bola al ojo derecho: Dumbkins, que observaba todos los movimientos de Luffey, esperaba la llegada de la bola con noble confianza.

—Atención — exclamó el jugador, y al mismo tiempo la bola se escapó de su mano rápida como un relámpago, dirigiéndose al centro del redondel.

El prudente Dumbkins estaba en guardia; recibió la bola con uno de los extremos de la barra y la hizo volar á una gran distancia.

—Corred, corred... otra bola... ahora... vamos... tiradla... vamos... deteneos... otra... no... sí... no... tirad...

Tales fueron las aclamaciones que siguieron á la primera jugada, por la cual Muggleton había ganado dos puntos.

Sin embargo, Podder no se desentendía en coronarse con los laureles, cuyo brillo iluminaba ya á Muggleton. El tiraba á las bolas dudosas, dejaba pasar las malas,

tomaba las buenas y las hacía volar á todos los extremos del llano. Dumbkins y Podder seguían invencibles. En vano les lanzaban continuamente la bola; ellos llegaban antes que ella y lo rechazaban lejos. Un caballero de cierta edad se esforzaba en detener el movimiento; la bola rodaba entre sus piernas ó se deslizaba entre sus dedos; un caballero delgado trabajaba para atraparla; la bola chocaba con su nariz y rebótaba con nueva fuerza, mientras los ojos del inhábil jugador se llenaban de lágrimas y su cuerpo se retorció con angustia. Al fin, cuando se hizo la cuenta de Dumbkins y Podder, Muggleton había ganado cincuenta y cuatro puntos, mientras que la cuenta de Dingley-Dell estaba tan clara como las caras de sus jugadores. La ventaja de Muggleton era muy notable para que fuera preciso contar otra vez. En vano el impetuoso Luffey, en vano el entusiasta Struggles hicieron todo lo que la experiencia y el saber pueden sugerir para ganar el terreno perdido por Dingley-Dell: todo fué inútil, y bien pronto Dingley-Dell se vió obligado á reconocer la victoria de Muggleton.

El desconocido del traje verde no había hecho más que beber, comer y hablar á la vez sin interrupción. A cada jugada bien hecha espresaba su aprobación de una manera condescendiente y que no podía menos de halagar á los jugadores á quienes se dirigía. Pero siempre que un jugador no podía detener la bola ó cogerla, fulminaba estas exclamaciones:

—¡Ah! estúpido... torpe... imbécil.

Con estas exclamaciones se hacía pasar por un excelente juez, infalible en los misterios del excelente juego de la barra.

—¡Famosa partida! bien jugada; ¡algunos golpes admirables! — dijo el desconocido al fin del juego, en el momento en que los dos partidos se reunían en sus respectivas tiendas.

—¿Vos jugáis, caballero? — le preguntó mister Wardler, á quien había chocado su locnacidad.

—¿Jugar? ¡pardiez! ¡mil veces! aquí no; en las Indias Occidentales. Juego sofocante, trabajo caluroso, muy caluroso.

—Ese juego debe ser efectivamente sofocante en aquellos países, — dijo Mr. Pickwick.

—¿Sofocante? decid ardiente, devorador. Un día jugaba yo con mi amigo el coronel Tomás Blazo... yo gané... seis indígenas para recoger las bolas. Principio otra vez... envío todas las bolas al coronel... calor intenso. Los indígenas se encontraban mal. Se los llevaron... los reemplazan otra media docena... también se sienten mal. Yo infatigable, lanzo de nuevo las bolas. Blazo se sentía mal también... Coronel rendido... yo no quería ceder.

Quanko Sambo quedaba solo. El sol era rojo, ardían las barras como carbones encendidos... Quinientos setenta puntos. Ya no podía más. Quanko recobró un poco de fuerza... Yo tomo un baño y me voy á comer.

—¿Y qué fué de ese caballero? — preguntó uno.

—¿Quién? ¿el coronel Blazo?

—No, el otro.

—¿Quanko Sambo?

—Sí señor.

—¡Pobre Quanko! No se repuso más... dejó el juego... dejó la vida, murió, caballero.

Al pronunciar estas palabras, el desconocido sumergía su rostro en un vaso de cerveza. ¿Pero era para saborear el contenido ó para ocultar su emoción? Nunca hemos podido aclarar esto. Sabemos tan sólo que se detuvo de repente, que lanzó un profundo suspiro y que miró con ansiedad á dos de los principales miembros del Club de Dingley-Dell, que se acercaron á Mr. Pickwick y le decían:

—Vamos á comer modestamente al León azul. Esperamos, caballero, que toméis parte en nuestra comida con vuestros compañeros.

—Y naturalmente, — dijo Mr. Wardle, — entre nuestros amigos contamos al señor... — y señaló al desconocido.

—Jingle, — respondió aquel universal personaje. — Alfredo Jingle de Sansterre.

—Acepto con mucho gusto, — dijo Mr. Pickwick.

—Y yo también, — exclamó Alfredo Jingle, tomando por un lado el brazo de Mr. Wardle y por otro el de Mr. Pickwick, y murmurando al oído de este:

—¡Famosa comida! fría, pero buena. He atisbado en la fonda esta mañana aves asadas, pasteles... Buena gente y muy corteses... muy corteses.

Como no había más preliminares que arreglar, la sociedad atravesó el pueblo en pequeños grupos, y un cuarto de hora después estaban sentados todos en la gran sala del León azul de Muggleton.

Mr. Dumbkins desempeñó las funciones de presidente, y Mr. Luffey las de vicepresidente.

Hubo un gran ruido de platos y de palabras, de tenedores y cuchillos. Tres mozos corrían de un lado á otro, y las viandas substanciosas desaparecían súbitamente. El locuaz Jingle contribuía como una docena de hombres ordinarios á aumentar aquellas causas de confusión. Cuando todos los convidados comieron, se levantaron los manteles, colocáronse sobre la mesa los licores y los postres, y los mozos se retiraron para apropiarse los restos aprovechables, en los cuales no habían podido hincar el diente.

Bien pronto no se oyó en la sala más que un murmullo de conversaciones y carcajadas. Se encontraba allí un hombrecillo regordete, que parecía el espíritu de la contradicción viviente: hasta entonces había permanecido muy tranquilo. Sólo, cuando por casualidad se animaba la conversación, miraba en torno suyo; como si tuviera que decir alguna cosa notable; hacia oír de tiempo en tiempo una tos seca de extraordinaria dignidad. Al fin, durante un momento de silencio comparativo, el hombrecillo exclamó con voz altiva y solemne:

—¡Mr. Luffey!

Todo el mundo calló, y el individuo interpelado respondió en medio de un profundo silencio:

—¿Caballero?

—Deseo dirigiros algunas palabras, caballero, si queréis invitar á estos señores á llenar sus vasos.

Mr. Jingle exclamó en tono de protección:

—Escuchad, escuchad.

Y estas palabras fueron repetidas en coro por toda la reunión. El presidente tomó un aire de gravedad prudente, y dijo:

—Mr. Staple tiene la palabra.

—Señores, — dijo el hombrecillo levantándose. — El señor presidente es en gran parte el sugeto de lo que voy á decir, y yo puedo...

—Demostrar, — añadió Mr. Jingle.

—Sí, demostrar, — continuó el orador; — yo doy gracias á mi honorable amigo, si me permite llamarle así, por la indicación (cuatro escuchad y un ciertamente de Mr. Jingle). Yo soy de Dingley-Dell (aplausos), yo no puedo reclamar el honor de añadir una cifra á la población de Muggleton. Y lo confesaré francamente, señores, no deseo semejante honor. Os diré por qué, señores. Concedo á Muggleton todas las distinciones, todos los honores que quiera reclamar: son muy numerosos y muy conocidos para que yo los repita. Pero, señores, mientras recordamos que Muggleton ha dado el ser á un Dumbkins, á un Podder, no olvidemos que Dingley-Dell puede vanagloriarse de haber producido un Luffey y un Struggles (aplausos tumultuosos). No se crea que deseo oscurecer la gloria de los caballeros que he nombrado en primer lugar; les envidio la satisfacción que deben tener en tan solemne día (aplausos). Todos conocéis, señores, la respuesta que dió á Alejandro el Grande un individuo que vivía en un tonel. «Si yo no fuera Diógenes, quisiera ser Alejandro.» Yo me figuro que esos señores debieran decir: si yo no fuera Dumbkins, quisiera ser Luffey; si yo no fuera Podder, quisiera ser Struggles (entusiasmo). Pero señores de Muggleton, solemnemente en la barra son notables vuestros compatrio-

tas? ¿no habéis oído citar á Dumbkins como un modelo de perseverancia? ¿no habéis aprendido á asociar el nombre de Podder con la sobriedad? (grandes aplausos). Luchando por vuestros derechos, por vuestra libertad, por vuestros privilegios, ¿no os habéis visto reducidos, aunque no fuese sino por un instante, á la duda y á la desesperación? Y cuando de este modo habéis perdido el ánimo, ¿no os ha dado aliento el nombre de Dumbkins? ¿Una sola palabra de ese hombre colosal no ha hecho brillar vuestra esperanza con más esplendor que si nunca se hubiera extinguido? (grandes aplausos). Señores, os replico que rodeéis de una aureola de aplausos frenéticos los nombres de Dumbkins y de Podder.

Aquí calló el hombrecillo, y empezó una algarabía de gritos, de golpes dados en la mesa, que duró con cortas interrupciones, el resto de la noche. Se brindó más. Mister Luffey, Mr. Struggles, Mr. Pickwick y Mr. Jingle, fueron sucesivamente objeto de grandes elogios, y cada uno á su vez expresó su gratitud por tanto honor.

Por esto volvemos á Mr. Tupman, contentándonos con añadir, que pocos minutos antes de media noche los notabilidades reunidas de Dingley-Dell y de Muggleton fueron oídas cantando con entusiasmo un himno báquico.

Entusiastas por la noble empresa, en la cual hemos empleado nuestras fuerzas, tendríamos un grande orgullo, creeríamos cierta la inmortalidad que hasta ahora no hemos conseguido, si pudiéramos presentar á nuestros lectores las actas más ligeras de estos discursos. Como de costumbre, Mr. Snodgrass tomó una gran cantidad de apuntes, y sin duda en ellos encontraríamos noticias importantes, si la elocuencia vehemente de los oradores y la influencia febril del vino no hubiese hecho temblar la mano del caballero, hasta el punto de hacer su escritura casi ininteligible y su estilo completamente obscuro. A fuerza de paciencia hemos podido leer algunos caracteres que tienen una débil semejanza con los nombres de los oradores. Hemos podido distinguir el esqueleto de una canción (probablemente cantada por mister Jingle), en la cual las palabras *vino, divino*, son repetidas en cortos intervalos, hemos podido descifrar también al fin de aquellas notas, unas alusiones á los desperdicios de gigoté y pollo asado. Después distinguimos las palabras *ponche frío y cerveza*; pero como las hipótesis que podríamos establecer sobre estos indicios no tendrían otro fundamento que nuestras conjeturas, no queremos expresar ninguna de las suposiciones que se presentan á nuestro espíritu.

CAPITULO VIII

Donde se demuestra claramente que el camino del verdadero amor no está recto como un camino de hierro.

La tranquila soledad de Dingley-Dell; la presencia de tantas personas del bello sexo; la soledad, la ansiedad que todas manifestaban por Mr. Tupman, eran otras tantas circunstancias favorables á la germinación y crecimiento de los dulces sentimientos que la Naturaleza había puesto en su seno, y que ahora parecían concentrarse sobre un amable objeto. Las jóvenes eran lindas, sus maneras simpáticas, su carácter muy amable; pero á su edad no podían aspirar á aquella dignidad en el andar, á aquel *noli me tangere*, á aquella majestad en la mirada que, á los ojos de Mr. Tupman, distinguían á la tía soltera de todas las mujeres que hasta entonces había visto. Era evidente que sus almas eran hermanas, que había un no sé qué simpático en su naturaleza, una misteriosa similitud en sus sentimientos. Su nombre fué el primero que salió de los labios de Mr. Tupman cuando estaba extendido por tierra después de la herida: el grito desgarrador de miss Wardle fué el primero que hirió los oídos de mister Tupman cuando fué llevado á su casa. ¿Pero esta agitación era causada por una sensibilidad amable y femenina que se manifestaría igualmente por otro? ¿Era debida, tal vez, á un sentimiento más apasionado, más ardiente que él solo entre todos los mortales debía encender en su corazón? Tales eran las dudas que atormentaban el espíritu de Mr. Tupman mientras yacía extendido sobre el sofá. Tales eran las dudas que determinó resolver en el acto y para siempre.

El sol terminaba su carrera; Mr. Pickwick, mister Winkle y Mr. Snodgrass habían ido con el dueño de la casa á la fiesta de Muggleton; Isabel y Emilia se paseaban con Mr. Trundle; la abuela sorda se había dormido en su sillón; el ronquido del gordo mofetudo llegaba lento y monótono á la cocina lejana, y las criadas estaban en la puerta gozando de los encantos de la tarde, del placer de coquetear de una manera muy primitiva. La interesante pareja estaba sentada en el salón, olvidándose de todo el mundo, no cuidándose de nadie, soñando en sí mismos. Parecían, en una palabra, un par de guantes de gamuza, replegados el uno en el otro, y cuidadosamente apretados.

tas? ¿no habéis oído citar á Dumbkins como un modelo de perseverancia? ¿no habéis aprendido á asociar el nombre de Podder con la sobriedad? (grandes aplausos). Luchando por vuestros derechos, por vuestra libertad, por vuestros privilegios, ¿no os habéis visto reducidos, aunque no fuese sino por un instante, á la duda y á la desesperación? Y cuando de este modo habéis perdido el ánimo, ¿no os ha dado aliento el nombre de Dumbkins? ¿Una sola palabra de ese hombre colosal no ha hecho brillar vuestra esperanza con más esplendor que si nunca se hubiera extinguido? (grandes aplausos). Señores, os replico que rodeéis de una aureola de aplausos frenéticos los nombres de Dumbkins y de Podder.

Aquí calló el hombrecillo, y empezó una algarabía de gritos, de golpes dados en la mesa, que duró con cortas interrupciones, el resto de la noche. Se brindó más. Mister Luffey, Mr. Struggles, Mr. Pickwick y Mr. Jingle, fueron sucesivamente objeto de grandes elogios, y cada uno á su vez expresó su gratitud por tanto honor.

Por esto volvemos á Mr. Tupman, contentándonos con añadir, que pocos minutos antes de media noche los notabilidades reunidas de Dingley-Dell y de Muggleton fueron oídas cantando con entusiasmo un himno báquico.

Entusiastas por la noble empresa, en la cual hemos empleado nuestras fuerzas, tendríamos un grande orgullo, creeríamos cierta la inmortalidad que hasta ahora no hemos conseguido, si pudiéramos presentar á nuestros lectores las actas más ligeras de estos discursos. Como de costumbre, Mr. Snodgrass tomó una gran cantidad de apuntes, y sin duda en ellos encontraríamos noticias importantes, si la elocuencia vehemente de los oradores y la influencia febril del vino no hubiese hecho temblar la mano del caballero, hasta el punto de hacer su escritura casi ininteligible y su estilo completamente obscuro. A fuerza de paciencia hemos podido leer algunos caracteres que tienen una débil semejanza con los nombres de los oradores. Hemos podido distinguir el esqueleto de una canción (probablemente cantada por mister Jingle), en la cual las palabras *vino, divino*, son repetidas en cortos intervalos, hemos podido descifrar también al fin de aquellas notas, unas alusiones á los desperdicios de gigoté y pollo asado. Después distinguimos las palabras *ponche frío y cerveza*; pero como las hipótesis que podríamos establecer sobre estos indicios no tendrían otro fundamento que nuestras conjeturas, no queremos expresar ninguna de las suposiciones que se presentan á nuestro espíritu.

CAPITULO VIII

Donde se demuestra claramente que el camino del verdadero amor no está recto como un camino de hierro.

La tranquila soledad de Dingley-Dell; la presencia de tantas personas del bello sexo; la soledad, la ansiedad que todas manifestaban por Mr. Tupman, eran otras tantas circunstancias favorables á la germinación y crecimiento de los dulces sentimientos que la Naturaleza había puesto en su seno, y que ahora parecían concentrarse sobre un amable objeto. Las jóvenes eran lindas, sus maneras simpáticas, su carácter muy amable; pero á su edad no podían aspirar á aquella dignidad en el andar, á aquel *noli me tangere*, á aquella majestad en la mirada que, á los ojos de Mr. Tupman, distinguían á la tía soltera de todas las mujeres que hasta entonces había visto. Era evidente que sus almas eran hermanas, que había un no sé qué simpático en su naturaleza, una misteriosa similitud en sus sentimientos. Su nombre fué el primero que salió de los labios de Mr. Tupman cuando estaba extendido por tierra después de la herida: el grito desgarrador de miss Wardle fué el primero que hirió los oídos de mister Tupman cuando fué llevado á su casa. ¿Pero esta agitación era causada por una sensibilidad amable y femenina que se manifestaría igualmente por otro? ¿Era debida, tal vez, á un sentimiento más apasionado, más ardiente que él solo entre todos los mortales debía encender en su corazón? Tales eran las dudas que atormentaban el espíritu de Mr. Tupman mientras yacía extendido sobre el sofá. Tales eran las dudas que determinó resolver en el acto y para siempre.

El sol terminaba su carrera; Mr. Pickwick, mister Winkle y Mr. Snodgrass habían ido con el dueño de la casa á la fiesta de Muggleton; Isabel y Emilia se paseaban con Mr. Trundle; la abuela sorda se había dormido en su sillón; el ronquido del gordo mofetudo llegaba lento y monótono á la cocina lejana, y las criadas estaban en la puerta gozando de los encantos de la tarde, del placer de coquetear de una manera muy primitiva. La interesante pareja estaba sentada en el salón, olvidándose de todo el mundo, no cuidándose de nadie, soñando en sí mismos. Parecían, en una palabra, un par de guantes de gamuza, replegados el uno en el otro, y cuidadosamente apretados.

— He olvidado mis pobres flores, — murmuró la tía.
— Regadlas ahora, — dijo Mr. Tupman con el acento de la persuasión.

— El aire de la tarde os hará daño, — dijo tiernamente Raquel.

— No, — dijo Tupman; — al contrario, me sentará bien. Dejadme que os acompañe.

La interesante dama ajustó cuidadosamente el pañuelo que sostenía el brazo izquierdo de Mr. Tupman, y tomando su brazo derecho le condujo al jardín.

En una de las extremidades había una glorieta de jazmines y otras flores odoríferas, uno de esos dulces retiros que los propietarios condescendientes hacen para satisfacción de las arañas.

La tía soltera tomó en un rincón una gran regadera de cobre, y se dispuso á salir de la glorieta. Mr. Tupman la detuvo, atrayéndola al asiento junto á él.

— Miss Wardle, — suspiró el herido.

— ¡Mr. Tupman! — dijo Raquel, poniéndose tan colorada como su regadera.

— Sí, — contestó el elocuente pickwickiano, — sé bien... por mi desgracia...

— Todas las mujeres son ángeles á juzgar por lo que dicen los hombres, — respondió Raquel en tono de regocijo.

— Entonces ¿qué sois vos? ¿á qué puedo compararos? ¿Dónde sería posible encontrar una mujer que se os pareciera? ¿Dónde podría yo encontrar una tan rara combinación de belleza y bondad? ¿Dónde podría yo ir á buscarla? ¡oh!...

Aquí mister Tupman se detuvo y estrechó la blanca mano que tenía el asa de la feliz regadera.

La tímida heroína volvió un poco la cabeza.

— Los hombres son muy falsos, — dijo timidamente.

— Sí, tenéis razón, — dijo Tupman; — pero no todos. Existe al menos un ser que no cambiará nunca. Un ser que será feliz en consagrar toda su existencia á haceros feliz. Un ser que no vive sino en vuestros ojos, que no respira sino en vuestra sonrisa. Un ser que sólo por vos sonorta el pesado fardo de la vida.

— Si se pudiera encontrar un ser así...

— Pero si se encuentra, — interrumpió el ardiente Tupman. — Se encuentra. Está aquí, miss Wardle.

Antes que la dama pudiese adivinar sus intenciones se prosternó á sus pies.

— Mr. Tupman, levantáos, — exclamó Raquel.

— ¡Jamás! — replicó él con calor. — ¡Oh, Raquel!...

Y tomó su mano condescendiente y la llevó á sus labios, besándola con amor.

— ¡Oh, Raquel! decidme que me amáis.

— ¡Mr. Tupman! — murmuró la ex-joven, volviendo la cabeza: — apenas me atrevo á responderos... pero... no me sois indiferente.

Tan pronto como Mr. Tupman oyó esta dulce confesión, se apresuró á hacer todo lo que le inspiraba su emoción entusiasta, y lo que todo el mundo hace en las mismas circunstancias (según creemos solamente, porque estamos poco acostumbrados á estas cosas), se levantó precipitadamente, echó sus brazos al cuello de la tierna dama, é imprimió en sus labios numerosos besos. Después de una resistencia conveniente ella se resignó á recibirlos tan pasivamente, que no se podría decir cuántos la daría mister Tupman, si ella no se hubiera extremecido de repente sin ninguna afectación, gritando con voz asustada:

— Mr. Tupman, nos ven, ¡somos perdidos!

Mr. Tupman se volvió: el gordo molletudo estaba detrás de él perfectamente inmóvil, fijando en la glorieta sus ojos circulares; pero con tan poca expresión en el rostro, que el más hábil fisionomista no hubiera podido describir señales de admiración, de curiosidad, ni ninguna de las pasiones conocidas que agitan el corazón humano. Mr. Tupman miró á Joe, y Joe miró á mister Tupman; y cuanto más estudiaba mister Tupman la completa torpeza de su fisonomía, más se convencía de que el somnoliento joven no había visto ó no había comprendido lo que había pasado. En esta persuasión le dijo con gran firmeza:

— ¿Qué venis á hacer aquí?

— La cena está pronta, — respondió Joe sin vacilar.

— ¿Acabáis de llegar? — preguntó Mr. Tupman, fchándole con su mirada.

— Sí señor, — respondió el criado.

Mr. Tupman le consideró de nuevo muy fijamente; pero sus ojos no pestañearon... no había un pliegue sobre su rostro.

Mr. Tupman tomó el brazo de la tía y se dirigió con ella á la casa. El joven les siguió detrás.

— No sabe nada de lo que ha pasado, — dijo en voz baja el infeliz pickwickiano.

— ¿Nada? — respondió la dama.

Un ruido se oyó detrás de ellos; un ruido semejante á una risa ahogada. Mr. Tupman se volvió vivamente. No... no podía ser el criado; no se distinguía en su rostro el menor rasgo de alegría; no se pintaba en él más que la estupidez.

— Sin duda duerme al andar, — murmuró Tupman.

— No lo dudo, — dijo la tía; y entonces se pusieron á reír los dos.

Se engañaban, sin embargo. Una vez en su vida el

letárgico joven no estaba dormido. Estaba despierto, muy despierto, y lo había visto todo.

La cena pasó sin que nadie hiciera esfuerzos para animar la conversación. La abuela se había ido á acostar. Isabel Wardle hablaba exclusivamente con mister Trundle; la tía reservaba sus atenciones para mister Tupman, y miss Emilia parecía ocupada de algún ausente; tal vez volaba su pensamiento alrededor de mister Snodgrass.

Dieron las once, las doce, la una, y los viajeros no volvían de Muggleton. La consternación se pintaba en todos los rostros. ¿Habrían sido atacados y robados? Era preciso enviar hombres con linternas á todos los caminos que ellos hubieran podido tomar. Era preciso... ¡atención! ¡ahí están! ¿qué puede haberles retardado? — ¡Una voz desconocida! — ¿de quién será? Todos se precipitaron hacia la cocina, donde habían entrado los viajeros, y al primer golpe de vista reconocieron el verdadero estado de las cosas.

Mr. Pickwick, con las manos metidas en los bolsillos, y su sombrero completamente encasquetado hasta los ojos, estaba apoyado contra la mesa, balanceando su cabeza de un lado á otro, y produciendo una serie de sonrisas dulces, bondadosas, pero sin ningún pretexto apreciable. El viejo Mr. Wardle, cuyo rostro estaba seriamente inflamado, estrechaba las manos de un desconocido, balbuceando protestas de amistad eterna. Mr. Winkle, sosteniéndose en la caja de un reloj, invocaba con voz débil la venganza del cielo contra todo miembro de la familia que le aconsejara el irse á acostar. En fin, mister Snodgrass había caído inerte sobre una silla, y cada rayo de su expresivo semblante llevaba la huella de la miseria más abyecta y más profunda que se pueda suponer en la naturaleza humana.

—¿Ha pasado alguna cosa? — preguntaron las tres damas.

—Nada, — respondió mister Pickwick. — Nosotros... estamos... todos... en buen estado... decid... mister Wardle... estamos... en buen estado... ¿no es cierto?

—Un poco, — replicó Mr. Wardle... — queridas... he aquí á mi amigo Mr. Jingle... el amigo de Mr. Pickwick... Mr. Jingle... viene... á visitaros...

—Caballero, — preguntó Emilia; — ¿le ha pasado algo á Mr. Snodgrass?

—Nada, señora, — respondió Mr. Jingle. — Comida del Club... buena gente... canciones admirables... vino de Oporto... vino de Burdeos... bueno... muy bueno... hablo del vino, señora.

—No era el vino, era el salmón, — balbuceó Snodgrass en tono grave; — era el salmón.

—¿No harían bien en irse á acostar? — preguntó Emilia. — Entre dos pueden esos señores ser llevados á sus cuartos.

—Yo no me acuesto, — exclamó Winkle con firmeza.

—¡Ningún viviente me cargará! — dijo intrépidamente Mr. Pickwick; y continuó sonriendo como antes.

—¡Hurra! — balbuceó débilmente Mr. Winkle.

—¡Hurra! — repitió Mr. Pickwick; y tomando su sombrero lo aplastó contra el suelo, cogió sus espejuelos y los hizo volar por lo alto de la cocina. Después de verificar estas gracias, comenzó á reír como un insensato.

—Traed otra botella... otra... botella; — exclamó Winkle principiando la frase en un tono muy elevado y acabándolo con uno muy bajo. Pero después su cabeza cayó sobre su pecho; murmuró aún con invencible determinación que no se iría á acostar, y se durmió profundamente. En este estado fué llevado á su cuarto por dos jóvenes gigantes, bajo la inmediata vigilancia del joven moffetudo. Bien pronto Mr. Snodgrass confió su persona á los cuidados del joven sonámbulo. Mr. Pickwick aceptó el brazo de Mr. Tupman, y desapareció tranquilamente sonriendo más que nunca. Mr. Wardle se despidió de toda la familia de una manera tan tierna, tan patética, como si se separara de ella para ir al patíbulo; concedió á Mr. Trundle el honor de apoyarse en él para subir á su cuarto, y se alejó haciendo inútiles esfuerzos para tomar un aspecto digno y solemne.

—¡Qué repugnante escena! — exclamó la tía soltera.

—¡Repugnante! — respondieron las dos jóvenes.

—¡Terrible! ¡terrible! — dijo Jingle en tono muy grave. (Había bebido lo menos tres botellas y media más que su compañero). ¡Horrible espectáculo! ¡muy horrible!

—¡Qué hombre tan amable! — dijo en voz baja la tía soltera á Tupman.

—Y un buen mozo, — murmuró Emilia Wardle.

—¡Oh! no hay duda, — añadió Raquel.

Mr. Tupman pensó en la viudita de Rochester y su espíritu se turbó. La media hora de conversación que siguió no era la más propia para devolverle la serenidad. El nuevo visitante habló mucho, y el número de sus anécdotas fué, por lo tanto, menor que el de sus cumplimientos. Mister Tupman notó que su favor decrecía á medida que aumentaba el de Mr. Jingle. Su risa era forzada, su alegría fingida, y cuando al fin puso sobre la almohada sus sienes ardientes, pensó con horrible satisfacción en el placer que experimentaría en tener en aquel momento la cabeza de Mr. Jingle entre el colchón y la almohada.

El infatigable Jingle se levantó muy temprano al día

siguiente, y mientras sus compañeros estaban en la cama postrados por los excesos de la noche anterior, él se empleó alegremente en regocijar el almuerzo. Sus esfuerzos con este objeto fueron eficaces, que la vieja sorda hizo que repitiera dos ó tres de sus mejores ocurrencias, y llevó su condescendencia hasta decir en voz alta á la tía soltera que Jingle era una excelente persona. Los demás miembros de la familia participaban de esta opinión.

En las bellas mañanas de verano, la vieja tenía la costumbre de ir á la glorieta en que tanto se había lucido mister Tupman. Las cosas pasaban de este modo: primero el gordo traía de la alcoba de la vieja un sombrero, ó mas bien un capuchón de seda negra, un chal de algodón muy caliente, después un bastón sólido, adornado con un puño muy comodo. En seguida la vieja, después de ponerse el capuchón y el chal, se apoyaba con una mano en el bastón y la otra en el hombro del paje soñoliento, y se dirigía con lentitud á la glorieta, donde Joe la dejaba gozar de la frescura del aire durante media hora, después de la cual volvía á buscarla y la llevaba otra vez á casa.

La vieja gustaba de la precisión y de la regularidad, y como después de tres veranos consecutivos se había verificado esta ceremonia sin la más ligera infracción de las reglas establecidas, se sorprendió mucho aquella mañana cuando vió que el regordete, en lugar de alejarse de la glorieta con paso lento, dió vueltas con precaución, miró cuidadosamente á todos lados y se aproximó á ella andando sobre las puntas de los pies con aire del más profundo misterio.

La vieja era medrosa (casi todas las viejas lo son); su primer pensamiento fué que el chico iba á cometer algunas atroz violencia para apoderarse de la moneda que podía llevar sobre sí. Hubiera querido poder gritar, pidiendo socorro; pero la edad y los achaques la habían privado desde mucho tiempo de la facultad de gritar. Se contentó con espiar los movimientos de su paje con un profundo terror, que no se disminuyó cuando el chico se aproximó á ella y le dijo al oído con voz agitada y que le parecía amenazadora: «ama.»

Entonces, en el mismo momento sucedía que por casualidad Mr. Jingle, que se paseaba en el jardín junto á la glorieta, oyó también decir «ama», y se detuvo para oír más. Tenía tres razones para obrar así. En primer lugar, era desocupado y curioso; en segundo lugar, no tenía ninguna clase de escrúpulo; y por último, estaba oculto por unas matas. Se detuvo, pues, y escuchó.

—«Ama!» — exclamó el gordo.

—¿Y qué? Joe, — dijo la vieja, trémula; — bien

sabes que he sido siempre buena para tí; siempre has sido bien tratado; nunca has tenido gran cosa que hacer, y siempre has tenido comida de sobra.

Esté hábil discurso hizo vibrar las fibras más íntimas del corazón del criado, que respondió con expresión:

—Ya sé eso.

—Entonces, ¿por qué me asustas? ¿qué quieres hacerme? — continuó la vieja recobrando algún valor.

—Quiero haceros estremecer.

Esto era una cruel manera de probar la gratitud, y como la vieja no comprendía claramente qué resultaría de aquello, se renovaron sus temores.

—¿Sabéis lo que he visto en esta glorieta? — preguntó el criado.

—¡Dios me bendiga! ¿qué ha sido? — exclamó la vieja, alarmada por el aire solemne del soñoliento.

—El caballero del brazo herido besaba...

—¿A quién, Joe? ¿á quién? á alguna de las criadas, sin duda.

—Peor que eso, — exclamó el joven al oído de la vieja.

—¿A alguna de mis nietas?

—Peor que eso.

—¡Peor, Joe! — exclamó la abuela, que había pensado que aquello era la mayor de las atrocidades humanas.

—¿A quién, Joe? Quiero absolutamente saberlo.

El delator miró recelosamente en torno suyo, y habiendo terminado su inspección, dijo al oído de la vieja:

—¡A miss Raquel!

—¿Como? — dijo ella con voz aguda. — Habla más alto.

—¡A miss Raquel! — rugió el gordo.

—¡A mi hija!

Joe respondió por una sucesión de signos afirmativos, que imprimieron á sus mejillas un movimiento ondulatorio semejante al de un plato de gelatina.

—¿Y ella ha consentido? — exclamó la vieja.

Ella también le besó; yo lo he visto, — respondió sonriendo el moffetudo.

Si Mr. Jingle, desde su escondite hubiera podido ver la expresión del rostro de la vieja al recibir esta comunicación, es probable que una repentina carcajada hubiera descubierto su presencia junto á la glorieta; pero tan sólo pudo recoger algunos fragmentos de frases cortadas, tales como:

—¡Sin mi permiso!... ¡á su edad!... ¡soy una miserable vieja!... ¡hubiera podido esperar á que yo me muriera!

Después oyó los pesados pasos del criado gordinfón, que se alejaba dejando sola á la vieja.

Es un hecho notable quizás que Mr. Jingle, cinco

minutos después de su llegada á Dingley-Dell, había resuelto en su fuero interno poner sitio sin tregua al corazón de la tía Raquel. Era muy buen observador para notar que sus maneras desenvueltas habían agradado mucho al objeto de sus aspiraciones, y sospechó también que la vieja poseía la más deseable de todas las perfecciones, una pequeña fortuna independiente. La imperativa necesidad de desbancar á su rival de una manera ó de otra se ofreció inmediatamente á su espíritu, y resolvió tomar algunas medidas con ese objeto. Fielding nos dice que el hombre es fuego, que la mujer es estopa, y que el príncipe de las tinieblas se complace en acercarlos. Mr. Jingle sabía que los jóvenes son á las tías solteras como el gas inflamable á la pólvora fulminante, y se determinó á ensayar inmediatamente el efecto de la explosión.

Reflexionando en los medios de ejecutar esta importante resolución, se deslizó fuera de su escondite, y protegido por la espesura, volvió á la casa sin ser notado. La fortuna parecía resuelta á proteger sus designios. Vió de lejos á Mr. Tupman y á los otros caballeros entrar en el jardín; él sabía que las jóvenes habían salido solas después del almuerzo: la vieja estaba, por lo tanto, libre.

Hallábase la puerta del salón entreabierta, y mister Jingle alargó la cabeza y miró. La tía estaba haciendo calceta. El tosió, ella levantó los ojos y sonrió. No había la más ligera dósis de vacilación en el carácter de mister Jingle. Puso su dedo misteriosamente en la boca, entró en el cuarto y cerró la puerta.

—Miss Wardle, — dijo con afectada vehemencia; — perdonadme esta temeridad... corto conocimiento... sin tiempo para la ceremonia... todo está descubierto.

—¡Caballero! — exclamó la tía muy admirada y dudando que Mr. Jingle estuviese en su cabal juicio.

—¡Silencio! — dijo Mr. Jingle con voz teatral. — Gordo inflado... cara de muñeca... ojos redondos... canalla.

Al llegar aquí, sacudió la cabeza de una manera expresiva, y la tía empezó á temblar con agitación.

—Presumo que queréis hablar de Joe, caballero, — dijo haciendo un esfuerzo para aparecer serena.

—Sí señora; ¡maldito Joe!... ¡perro traidor!... ha dicho á la abuela... la abuela furiosa... rabiosa... delirante... glorieta... Tupman... caricias... besos, etc... ¿eh, señora, ¿eh?

—Mr. Jingle, — exclamó la tía, — si venís aquí para insultarme...

—No señora, nada de eso; sé la historia... venido para advertir el peligro... ofrecer mis servicios... prevenir los disturbios... he concluido... ¿tomáis esto por un in-

sulto?... me voy.

Y dió vuelta sobre sus talones, como para ejecutar esta amenaza.

—¿Qué debo hacer? — exclamó Raquel llorando; — mi hermano estará furioso.

—Naturalmente, frenético.

—¡Oh, caballero! ¿qué debo hacer?

—Decid que ha sonado, — replicó Jingle con aplomo. un rayo de consuelo iluminó el espíritu de la tía al oír este consejo. Mr. Jingle lo notó, y continuó:

—¡Bah! ¡bah! nada más fácil... mala persona él... vos, mujer amable... os creerán... se termina el asunto... todo se arregla.

Sea que la probabilidad de evadirse de las consecuencias de aquel fatal descubrimiento fuera delicioso á la tía soltera, sea que la amargura del pesar se endulzara al oírse llamar mujer amable, lo cierto es que volvió hacia mister Jingle su rostro, cubierto de un ligero sonrojo.

El insinuante galán suspiró profundamente, fijó sus miradas por espacio de algunos minutos en la cara de Raquel, después se estremeció melodramáticamente, y volvió la vista con precipitación.

—Parecéis desgraciado, Mr. Jingle, — dijo la dama con voz quejosa. — ¿Puedo manifestaros mi gratitud preguntándoos la causa de vuestros pesares, á fin de procurar aliviaros?

—¡Ah! — exclamó Mr. Jingle, con otro estremecimiento... — ¡aliviar! ¡aliviar! ¡cuando vuestro amor se ha dirigido á un hombre indigno de tal bendición! ¡que ahora mismo tiene la infame resolución de cautivar á la sobrina de un ángel!... pero no; es mi amigo, y no quiero descubrir sus vicios. Miss Wardle, adiós.

Terminando estas palabras, las más seguidas que se le han oído pronunciar, Mr. Jingle aplicó á sus ojos el resto del pañuelo de que hemos hablado, y se dirigió hacia la puerta.

—Deteneos, Mr. Jingle, — dijo con fuerza la tía. — Habéis hecho una alusión á Mr. Tupman: explicadla.

—¡Jamás! — dijo Jingle con aire teatral; — ¡jamás!

Y para demostrar que no quería oír más preguntas sobre el asunto, tomó una silla y se sentó junto á la tía.

—Mr. Jingle, os lo imploro, — dijo esta; — os suplico que me descubráis el horrible misterio que envuelve á Mr. Tupman.

—¡Ah! — respondió Mr. Jingle, fijando sus ojos en el rostro de la tía... — ¿será posible?... ¡divina criatura!... ¡sacrificada en aras!... ¡avaricia sórdida!

Pareció luchar durante algunos minutos con emocio-

nes de todas clases; después dijo con voz baja y profunda:

—Tupman no ama sino vuestro dinero.

—¡Miserable! — exclamó la dama con enérgica indignación.

Las dudas de Mr. Jingle estaban resueltas. Raquel tenía dinero.

—Además, — añadió, — ama á otra.

—¿A otra? — balbuceó la tía. — ¿Y á quién?

—Jovencita... ojos negros... sobrina Emilia.

Hubo un momento de silencio, porque si existía en todo el universo un individuo femenino por quien sintiese Raquel una envidia mortal, inveterada, era precisamente su sobrina. Púsose roja y sacudió silenciosamente la cabeza con una expresión de inefable desdén.

Al fin, mordiéndose sus labios y serenándose un poco, dijo con voz desapacible:

—Eso no puede ser, yo no puedo creerlo.

—Espíadlos, — replicó Jingle.

—Lo haré.

—Espíad las miradas de Tupman.

—Lo haré.

—Y los cuchicheos.

—Lo haré.

—Se sentará junto á ella en la comida.

—Veremos.

—Se dicen piropos.

—Veremos.

—Y os dejará: os plantará.

—¡Plantarme! — exclamó trémula de rabia.

—¿Tenéis ojos para convenceros? — continuó Jingle.

—Sí.

—¿Mostraréis carácter?

—Sí.

—¿Le escucharéis después?

—Nunca.

—¿Tomaréis otro amante?

—Sí.

—¿Seré yo?

Y Mr. Jingle cayó de rodillas y se estuvo así unos cinco minutos. Cuando se levantó, era el amante aceptado de la tía condicionalmente, es decir, siempre que se probara la infidelidad de Tupman.

Mr. Jingle debía presentar pruebas, y las presentó desde la comida. Miss Raquel podía apenas creer á sus ojos. Mr. Tracy Tupman estaba sentado junto á Emilia, sonriendo y hablando en voz baja con ella, en rivalidad con Mr. Snodgrass. Ni una mirada, ni una palabra, ni un signo dirigió hacia la que era una noche antes el orgullo de su corazón.

—¡Maldito chico! — exclamó Mr. Wardle, que por su madre había sabido toda la historia. — ¡Maldito chico!

—¡Estaba dormido! ¡Es pura imaginación!

—¡Bandido! — pensaba la tía. — Querido Mr. Jingle, no me engaÑastéis. ¡Oh! yo detesto á ese miserable.

El inesplicable cambio que parecía anunciar la conducta de Mr. Tupman, será comprendido por la conversaci3n siguiente.

Era la tarde del mismo día, y la escena pasaba en el jardín. Dos personas paseaban por una estrecha calle de árboles. El uno era bastante grueso y pequeño, el otro bastante largo y delgado. El uno era Tupman, el otro Jingle.

El personaje gordo empezó el diálogo diciendo:

—¿Me he portado bien?

—¡Soberbio! ¡famoso! Yo mismo no hubiera hecho mejor papel. Es preciso seguir mañana, todos los días, hasta nueva orden.

—¿Raquel lo desea aún?

—Esto no la divierte naturalmente, pero es preciso. El hermano está terrible... ella tiene miedo. No se puede hacer de otro modo. Dentro de algunos días sospechas destruidas... los viejos desorientados... Ella coronará vuestra dicha.

—¿No tenéis otro mensaje?

—El amor, el más tierno amor, los más dulces sentimientos. ¿Puedo decir algo más?

—Querido, — respondió el inalterable Tupman estrechando calurosamente la mano de su amigo, — llevadle mis vivas ternuras. Decidle cuánto me cuesta disimular. Decidle todo lo que se puede decir de amable; pero añadid que reconozco la necesidad de desempeñar el papel que ella me ha impuesto esta mañana por conducto vuestro. Decidle que aplaudo su ingenio y admiro su discreci3n.

—Yo lo diré. ¿Nada más?

—Sí; añadid solamente que suspiro ardientemente por la época en que me pertenezca, en que todo disimulo sea inútil.

—Ciertamente, ciertamente. ¿Nada más?

—¡Oh! amigo mío, — dijo el pobre Tupman estrechando otra vez la mano de su compañero. — ¡Oh! amigo mío, recibid mi más sincero reconocimiento por vuestra bondad desinteresada, y perdonadme si, aún de imaginaci3n, os hice la injusticia de suponer que podríais perjudicarme. Querido amigo, ¿podré alguna vez pagar debidamente semejante servicio?

—No habléis de eso, — respondió Jingle; — no...

Y le interrumpió como si hubiese recordado de repente alguna cosa.

—Aproósito, — dijo, — ¿no podríais prestarme diez guineas? ¿Eh?... negocio urgente... devolveré dentro de tres días.

—Creo que puedo obligaros, — respondió mister Tupman con satisfacción. — ¿Dentro de tres días decís?

—Nada más que tres días... todo concluido... no habrá más dificultades.

Mr. Tupman contó las diez guineas en la mano de su compañero, y éste las sepultó en su bolsillo, pieza por pieza, mirando siempre la casa.

—¡Atención! — dijo Mr. Jingle, — ni una mirada.

—¡Ni una mirada! — dijo Mr. Tupman.

—Ni una palabra.

—Ni una sílaba.

—Dedicad vuestros cumplimientos á la sobrina. Más bien grosero que otra cosa con la tía... único medio de enganar á la gente.

—No lo olvidaré — respondió Tupman.

—Ni yo tampoco — dijo en voz baja Jingle.

Entraban entonces en la casa.

La escena de la comida se repitió aquella noche, y después en otras tres comidas y en otras tres cenas consecutivas. La cuarta noche el viejo Wardle parecía muy satisfecho, porque se convenció de que Mr. Tupman había sido falsamente acusado. Este estaba muy satisfecho también, porque Mr. Jingle le había dicho que su asunto se terminaría muy pronto. Mr. Pickwick se encontraba muy feliz, porque este era su estado habitual. Mr. Snodgrass no estaba contento, porque tenía celos de Mr. Tupman. La vieja estaba de buen humor, porque ganaba al whist. En fin, Mr. Jingle y miss Wardle estaban muy satisfechos por razones tan importantes en esta historia, que serán contadas en otro capítulo.

CAPITULO IX

Descubrimiento y persecución

La cena estaba servida y las sillas colocadas alrededor de la mesa. Las botellas, los vasos y las tazas ordenadas en el aparador; todo el mundo anunciaba el momento más sociable de las veinticuatro horas, es decir,

el momento de la cena.

—¿Dónde está Raquel? — preguntó Mr. Wardle.

—¿Y Jingle? — añadió Pickwick.

—¿Cómo no hemos notado antes su ausencia? Hace dos horas lo menos que no he oído su voz. Emilia, toca la campanilla.

La campanilla sonó y apareció el gordo.

—¿Dónde está miss Raquel?

No lo sabía.

—¿Dónde está Mr. Jingle?

No podía decirlo.

Todo el mundo se sorprendió. Era tarde; habían dado las once. Mr. Tupman reía con disimulo, porque suponía que estarían en algún rincón hablando de él.

—¡Qué broma esta!

—No importa — dijo Mr. Wardle después de una corta pausa. — Estoy seguro de que vendrán al instante. No espero más; á cenar.

—¡Excelente palabra! — dijo Mr. Pickwick.

—Sentaos, os lo suplico — dijo el amo de la casa.

—Es verdad — contestó Pickwick.

Y se sentaron.

Había sobre la mesa un gigantesco trozo de vaca asada fiambre, y Mr. Pickwick había recibido una abundante porción. Había acercado el tenedor á sus labios y estaba ya en actitud de abrir la boca para introducir en ella un trozo conveniente, cuando se sintió un gran ruido de voces en la cocina. Mr. Pickwick levantó la cabeza y bajó el tenedor. Mr. Wardle dejó de trinchar y dejó maquinalmente el cuchillo clavado en el trozo de carne. Miró á Mr. Pickwick y Mr. Pickwick le miró.

Sintieronse pasos fuertes. La puerta del comedor se abrió de repente, y el hombre que había limpiado las botas de Mr. Pickwick el día de su llegada, se presentó, seguido del regordete y de los demás criados.

—¿Qué diablos ha pasado? — preguntó el anfitrión.

—¿Hay fuego en la chimenea? — preguntó la abuela.

—No, mamá — dijeron las nietas.

—¿Qué hay, pues? — dijo el amo de la casa.

El hombre respiró profundamente y dijo con voz fuerte:

—Han partido, señor, han partido sin tambor, sin trompeta.

En aquel momento se notó que Mr. Tupman puso su tenedor y su cuchillo sobre la mesa, y estaba excesivamente pálido.

—¿Quién ha partido? — preguntó Mr. Wardle con cólera.

—Mr. Jingle y miss Raquel en una silla de posta del León Azul, de Muggleton. Yo estaba allí, pero no pude

—Aproósito, — dijo, — ¿no podríais prestarme diez guineas? ¿Eh?... negocio urgente... devolveré dentro de tres días.

—Creo que puedo obligaros, — respondió mister Tupman con satisfacción. — ¿Dentro de tres días decís?

—Nada más que tres días... todo concluido... no habrá más dificultades.

Mr. Tupman contó las diez guineas en la mano de su compañero, y éste las sepultó en su bolsillo, pieza por pieza, mirando siempre la casa.

—¡Atención! — dijo Mr. Jingle, — ni una mirada.

—¡Ni una mirada! — dijo Mr. Tupman.

—Ni una palabra.

—Ni una sílaba.

—Dedicad vuestros cumplimientos á la sobrina. Más bien grosero que otra cosa con la tía... único medio de enganar á la gente.

—No lo olvidaré — respondió Tupman.

—Ni yo tampoco — dijo en voz baja Jingle.

Entraban entonces en la casa.

La escena de la comida se repitió aquella noche, y después en otras tres comidas y en otras tres cenas consecutivas. La cuarta noche el viejo Wardle parecía muy satisfecho, porque se convenció de que Mr. Tupman había sido falsamente acusado. Este estaba muy satisfecho también, porque Mr. Jingle le había dicho que su asunto se terminaría muy pronto. Mr. Pickwick se encontraba muy feliz, porque este era su estado habitual. Mr. Snodgrass no estaba contento, porque tenía celos de Mr. Tupman. La vieja estaba de buen humor, porque ganaba al whist. En fin, Mr. Jingle y miss Wardle estaban muy satisfechos por razones tan importantes en esta historia, que serán contadas en otro capítulo.

CAPITULO IX

Descubrimiento y persecución

La cena estaba servida y las sillas colocadas alrededor de la mesa. Las botellas, los vasos y las tazas ordenadas en el aparador; todo el mundo anunciaba el momento más sociable de las veinticuatro horas, es decir,

el momento de la cena.

—¿Dónde está Raquel? — preguntó Mr. Wardle.

—¿Y Jingle? — añadió Pickwick.

—¿Cómo no hemos notado antes su ausencia? Hace dos horas lo menos que no he oído su voz. Emilia, toca la campanilla.

La campanilla sonó y apareció el gordo.

—¿Dónde está miss Raquel?

No lo sabía.

—¿Dónde está Mr. Jingle?

No podía decirlo.

Todo el mundo se sorprendió. Era tarde; habían dado las once. Mr. Tupman reía con disimulo, porque suponía que estarían en algún rincón hablando de él.

—¡Qué broma esta!

—No importa — dijo Mr. Wardle después de una corta pausa. — Estoy seguro de que vendrán al instante. No espero más; á cenar.

—¡Excelente palabra! — dijo Mr. Pickwick.

—Sentaos, os lo suplico — dijo el amo de la casa.

—Es verdad — contestó Pickwick.

Y se sentaron.

Había sobre la mesa un gigantesco trozo de vaca asada fiambre, y Mr. Pickwick había recibido una abundante porción. Había acercado el tenedor á sus labios y estaba ya en actitud de abrir la boca para introducir en ella un trozo conveniente, cuando se sintió un gran ruido de voces en la cocina. Mr. Pickwick levantó la cabeza y bajó el tenedor. Mr. Wardle dejó de trinchar y dejó maquinalmente el cuchillo clavado en el trozo de carne. Miró á Mr. Pickwick y Mr. Pickwick le miró.

Sintieronse pasos fuertes. La puerta del comedor se abrió de repente, y el hombre que había limpiado las botas de Mr. Pickwick el día de su llegada, se presentó, seguido del regordete y de los demás criados.

—¿Qué diablos ha pasado? — preguntó el anfitrión.

—¿Hay fuego en la chimenea? — preguntó la abuela.

—No, mamá — dijeron las nietas.

—¿Qué hay, pues? — dijo el amo de la casa.

El hombre respiró profundamente y dijo con voz fuerte:

—Han partido, señor, han partido sin tambor, sin trompeta.

En aquel momento se notó que Mr. Tupman puso su tenedor y su cuchillo sobre la mesa, y estaba excesivamente pálido.

—¿Quién ha partido? — preguntó Mr. Wardle con cólera.

—Mr. Jingle y miss Raquel en una silla de posta del León Azul, de Muggleton. Yo estaba allí, pero no pude

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1940, 1925

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

detenerlos. Entonces corrió á avisárselo.

—Yo he pagado los gastos — exclamó Mr. Tupman, levantándose en actitud frenética. — Me ha sacado diez guineas. ¡Prendedle! ¡me ha estafado! Yo me vengaré, Pickwick, yo me vengaré.

Y profiriendo mil exclamaciones incoherentes, el desgraciado caballero empezó á dar vueltas por la habitación lleno de furor.

—¡Dios nos proteja! — exclamó Mr. Pickwick mirando con sorpresa mezclada de temor los gestos extraordinarios de su amigo. — ¡Se ha vuelto loco! ¿qué vamos á hacer?

—¿Qué vamos á hacer? — continuó el vigoroso viejo, que no puso atención sino á las últimas palabras de mister Pickwick. — Enganchad el caballo al cabriolet. Voy á tomar una silla de posta en el León Azul, y á perseguirlos inmediatamente. ¿Dónde está ese maldito Joe?

—Aquí estoy, señor; pero no soy maldito — dijo el gordo.

—Dejadme que le coja, Mr. Pickwick — exclamó mister Wardle, precipitándose hacia el joven mofetudo. — Ha sido pagado por ese bribón de Jingle para hacerme perder la pista, contándome mil tonterías de mi hermana y vuestro amigo Tupman.

Aquí Mr. Tupman se dejó caer sobre una silla.

—Dejadme atrapar — decía Mr. Wardle persiguiendo á Joe.

—Contenedle — decían las mujeres.

Y entre sus voces de espanto se oían los sollozos ahogados del mofetudo.

—¡No quiero que me detengan! — balbuceaba colérico el viejo; — ¡Mr. Winkle, apartaos! ¡Mr. Pickwick, dejadme!

En este momento de tormenta y confusión, era un curioso espectáculo ver la actitud serena y filosófica de Mr. Pickwick. Una tranquilidad majestuosa reinaba en su rostro, aunque estaba un poco inflamado por los esfuerzos que hacía para moderar las impetuosas pasiones de su amigo, cuya cintura había abrazado fuertemente. Entretanto, Joe había sido echado fuera de la habitación por todas las mujeres que allí estaban reunidas. Después de esta desaparición, soltaron á Mr. Wardle, y en el mismo instante anunciaron que el coche estaba dispuesto.

—No le dejéis ir solo — exclamaron las mujeres; — será capaz de matar á alguno.

—Yo iré con él — dijo Mr. Pickwick.

—Sois un excelente sujeto, Mr. Pickwick — dijo mister Wardle estrechándole la mano. — Emilia, da una chalina á Mr. Pickwick para que se envuelva el cuello.

Daos prisa; cuidad á vuestra abuela, niñas; está mala. Vamos, ¿estáis pronto?

La boca y la barba de Mr. Pickwick habían sido cuidadosamente envueltas en una chalina; encasquetóse el sombrero hasta las orejas, y, con el gabán sobre el brazo, respondió afirmativamente.

Cuando los dos amigos subieron al coche, el viejo gritó:

—Tom, suelta la brida.

Y el coche partió al través de las calles estrechas, cayendo en los baches y tocando en las empalizadas, con peligro de romperse á cada instante.

—¿Van muy adelantados? — preguntó Mr. Wardle al llegar al León Azul, alrededor del cual, á pesar de lo avanzado de la hora, estaban reunidos algunos tertulianos.

—Tres cuartos de hora — respondieron todos los presentes á la vez.

—¡Una silla de posta y cuatro caballos! Al instante. Vamos.

—¡Muchachos! — gritó el hostelero; — una silla de posta y cuatro caballos. ¡Alerta! ¡Alerta!

Acudieron con presteza lacayos y postillones, brillaron las linternas, los hombres corrieron de un lado á otro, las herraduras de los caballos resonaron en los desiguales empedrados del patio, se oyó el rodar del coche. Todo era ruido y movimiento.

—¿Vendrá ese coche esta noche? — preguntó mister Wardle.

La silla de posta subió al fin; fueron enganchados los caballos; subieron sobre ellos los postillones, y los viajeros en el coche.

—¡Postillón! — gritó Mr. Wardle, — las siete millas de retraso en menos de media hora.

—¡En marcha!

Los postillones aplicaron la espuela y el látigo, los mozos saludaron, los palafreneros gritaron, y partieron con gran estrépito.

—¡Linda situación! — dijo Mr. Pickwick cuando tuvo ocasión de reflexionar. — ¡Bonita situación para el presidente perpetuo del Club Pickwick! ¡Un coche húmedo, caballos rabiosos, quince millas por hora y más de media noche!

Durante las tres ó cuatro primeras millas los dos amigos no se dijeron una sola palabra; pero cuando los caballos empezaron á ganar terreno, Mr. Pickwick se animó mucho con la rapidez del movimiento y rompió el silencio.

—Creo que los atraparemos — dijo.

—Lo espero — replicó su compañero.

— ¡Bella noche! — continuó Pickwick, mirando la luna melancólicamente.

— Peor, porque ellos habrán tenido la ventaja de la luna para tomar la delantera, y á nosotros nos va á faltar; se pondrá dentro de una hora.

— Será desagradable ir á este paso en la obscuridad.

— Ciertamente — respondió con sequedad mister Wardle.

La excitación temporal de Mr. Pickwick comenzó á calmarse un poco, cuando reflexionó en los inconvenientes y en los peligros de la expedición, en la cual se había arriesgado tan ligeramente. Fué sacado de sus tristes pensamientos por los gritos de los postillones.

— ¡Ohe! ¡ohe! ¡ohe! — gritó el primer postillón.

— ¡Ohe! ¡ohe! — bramó el segundo.

— ¡Ohe! ¡ohe! — vociferó el viejo Wardle, sacando medio cuerpo fuera del coche.

— ¡Ohe! ¡ohe! — dijo Mr. Pickwick, divirtiéndose con aquel estribillo, sin tener la menor idea de lo que significaba.

En lo mejor de esta gritería el coche se detuvo.

— ¿Qué nos pasa? — preguntó Mr. Pickwick.

— Hay una barraca aquí, y podrán darnos razón de los fugitivos.

Al cabo de algunos minutos empleados en golpear y en llamar sin descanso á la puerta, un viejo, que no llevaba más vestido que una camisa y un pantalón, salió de la barraca y abrió la verja que dividía el camino.

— ¿Cuánto hace que ha pasado por aquí una silla de posta? — preguntó Mr. Wardle.

— ¿Cuánto hace?

— Sí.

— No lo sé; ni hace mucho ni hace poco.

— Decid solamente si ha pasado una silla de posta.

— ¡Ah! sí, ha pasado una.

— ¿Cuánto tiempo hace, amigo? — dijo Mr. Pickwick, interponiéndose; — ¿una hora?

— ¡Ah! sí, podrá ser — replicó el hombre.

— Hará dos horas? — dijo el postillón.

— No me llamará la atención — dijo el hombre con aire de duda.

— ¡En marcha, postillones! — exclamó Mr. Wardle.

— No perder más tiempo con este idiota.

— ¿Idiota? — repitió el viejo, contemplando con una sonrisa irónica el coche que disminuía rápidamente, á medida que la distancia aumentaba. — ¡No! no tan idiota como creéis. Habéis perdido diez minutos aquí, y no sabéis más que antes. Si todos los camaradas del

camino reciben una guinea y la ganan tan bien, no alcanzaréis el otro coche antes de San Miguel.

Al concluir estas palabras el viejo cerró, la barrera, entró en la casa y cerró la puerta tras sí.

Nuestros viajeros seguían su camino sin descanso. La luna, como Mr. Wardle lo había predicho, declinaba con mucha rapidez; sombrías y pesadas nubes, que desde algún tiempo se iban extendiendo gradualmente por el cielo, acababan de reunirse en el zenit en una masa negra y compacta. Gruesas gotas de lluvia azotaban de tiempo en tiempo los cristales del coche y parecían advertir la proximidad de una tormenta. El viento que diestramente soplabá contra ellos, gemía tristemente al través de los árboles, Mr. Pickwick se abrigó en su redingote, se estableció más cómodamente en su rincón y cayó en un profundo sueño, del cual fué sacado por la cesación del movimiento, por el ruido de una campana y por este grito, proferido en alta voz:

— ¡Caballos, al momento!

Pero aquí tuvo lugar otra detención. Los postillones dormían con un sueño tan misteriosamente profundo, que fué preciso emplear más de cinco minutos en despertarlos. El palafrenero había perdido la llave de la caballeriza, y cuando al fin fué encontrada, dos mozos dormidos equivocaron los arneses y fué preciso comenzar de nuevo la operación del aparejamiento. Si Mr. Pickwick hubiera estado solo, aquellos obstáculos no previstos hubieran puesto término á la expedición; pero el viejo Wardle no se desanimaba tan fácilmente. El trabajó con tan buena voluntad, empujando á uno, remoleando á otro, tomando una cadena por aquí, una correa por allí, que la silla de posta estuvo dispuesta en menos tiempo del que se hubiera hecho esperar razonablemente bajo tantas dificultades.

Continuaron el viaje, y ciertamente con una perspectiva poco agradable. El retraso era de quince millas, la noche sombría, el viento fuerte, la lluvia tenaz. Era imposible adelantar mucho, luchando contra tantos obstáculos; así es que fué preciso andar por espacio de dos horas para llegar al descanso siguiente. Pero aquí se presentó á sus ojos un objeto que les dió valor y reanimó sus espíritus abatidos.

— ¿Cuándo ha llegado esta silla de posta? — exclamó el viejo Wardle saltando fuera del coche y mostrando otro coche cubierto de lodo húmedo aun, que estaba en el patio.

— No hace un cuarto de hora, caballero — respondió el mozo de cuadra á quien la pregunta iba dirigida.

— ¿Una dama y un caballero? — preguntó mister Wardle con la mayor impaciencia.

— Sí, señor.
— Hombre alto, piernas largas, cuerpo delgado?
— Sí, señor.
— Una dama de cierta edad, rostro flaco, nada más que huesos y pellejo, ¿eh?
— Sí, señor.
— ¡Pardiez! Pickwick, son ellos — exclamó el viejo.
— Hubieran estado aquí más tiempo — continuó el palafrenero, — pero la lanza del coche se les ha roto.
— Son ellos — dijo Wardle, — son ellos. ¡Por Júpiter! Un coche y cuatro caballos al instante. Les cogemos antes de la otra parada. Vamos, postillones, actividad. Una guinea á cada uno, postillones. ¡Pronto! ¡despachad!... En marcha.

Profiriendo estas exhortaciones, el viejo corría de derecha é izquierda, y se ocupaba de todos los detalles con una excitación que se comunicó á Mr. Pickwick.

— Subid, subid pronto — exclamó Mr. Wardle subiendo en la silla, levantando el estribo y cerrando la portezuela. — Vamos, vamos, despachad.

Mr. Pickwick estaba al otro lado del coche, y antes que pudiese saber precisamente de qué se trataba, se sintió suspendido por el viejo, empujado por el postillón, y en marcha partieron á galope.

— Esto es lo que se llama andar — dijo Mr. Wardle con complacencia.

Y en efecto, *andaban*, como se lo atestiguaban suficientemente sus frecuentes choques con las duras paredes del coche ó con su compañero.

— Teneos firme — dijo el robusto viejo al filósofo, que acababa de dar con su cabeza medio á medio del inmenso chaleco de su compañero de viaje.

— En mi vida me he mecido tanto — respondió.
— No os paréis en eso — repuso su camarada. — Esto concluirá pronto. ¡Firme, firme!

Mr. Pickwick se plantó en su rincón tan sólidamente como pudo, y el coche rodó con mayor velocidad.

De este modo adelantaron tres millas, cuando mister Wardle, que después de algunos minutos había sacado su cabeza por la portezuela, la retiró llena de chichones y exclamó palpitando de impaciencia:

— ¡Ahí están!
Mr. Pickwick sacó en seguida la cabeza por la otra portezuela, y vió á poca distancia delante de ellos un coche que rodaba también á gran velocidad.

— ¡Adelante! ¡adelante! — vociferó el caballero. — Dos guineas, postillón. ¡Cogedles, cogedles!

Los caballos del primer coche partieron con toda su rapidez, y los de Mr. Wardle galoparon con furor detrás de ellos.

— ¡Veo su cabeza! — exclamó colérico el viejo. — ¡Dios me condene! ¡veo su cabeza!

Y yo también — dijo Pickwick; — es él.

Mr. Pickwick no se engañaba. Se distinguía claramente en la portezuela de la silla de posta la figura de Mr. Jingle, completamente cubierta por el lodo que salpicaban las ruedas. El movimiento de sus brazos, que agitaba con violencia hacia los postillones, indicaba que les hacía redoblar sus esfuerzos.

El interés de esta escena era inmenso. Los campos, los árboles, las cercas parecían volar en dirección opuesta. Llegaron por fin junto al primer coche; oyeron entre el ruido de las ruedas la voz de Mr. Jingle que increpaba á sus postillones. El viejo Wardle echaba espuma de rabia y excitación; pero Mr. Jingle no respondía á sus ultrajes sino por una sonrisa burlona, después por un grito de triunfo y de burla, cuando sus caballos, obedeciendo á la creciente energía del látigo y de la espuela, redoblaron su velocidad y dejaron atrás á los que les perseguían.

Mr. Pickwick acababa de retirar su cabeza de la portezuela, y Mr. Wardle, fatigado de gritar, había hecho otro tanto, cuando una sacudida violenta los lanzó á los dos á la parte anterior del coche. Un chasquido resonó, saltó una rueda, y el coche cayó de un lado.

Después de algunos segundos de confusión en que no se oyó más que el resuello de los caballos y el estallido de los cristales, Mr. Pickwick se sintió sacar de entre los escombros, y tan pronto como se encontró á plomo sobre sus pies y hubo sacado su cabeza de los pliegues de la chalina, por la cual estaban impedidas las funciones de sus espejuelos, reconoció la extensión de su desastre. El día empezaba á aparecer, y la escena estaba débilmente alumbrada por la luz de la mañana.

El viejo Wardle estaba junto á él, sin sombrero y con los vestidos desgarrados. A sus pies yacían los restos del coche. Los postillones, desfigurados por el lodo y por tan violenta carrera, habían cortado la lanza y estaban al frente de sus caballos. A cien pasos más adelante se veía el otro coche que se había detenido al oír el ruido del naufragio. Los postillones, cuyos rostros estaban desfigurados por una contracción feroz, contemplaban desde lo alto de su asiento á sus adversarios desmontados, mientras Mr. Jingle examinaba desde la portezuela con evidente satisfacción la ruina de sus perseguidores.

— ¡Ohe! — gritó el desvergonzado comediante... — personas de cierta edad... muy pesados... peligroso, muy peligroso.

— ¡Canalla! — vociferó Mr. Wardle.

— ¡Ah! ¡ah! ¡ah! — replicó Jingle.

Y en seguida añadió guiñando el ojo con aire maligno y designado con el pulgar el interior del coche:

Ella va muy bien, os saluda... os suplica que no os molestéis... Expresiones á Tupman... ¿Queréis montar detrás? En marcha, postillones.

Los postillones subieron de nuevo á sus asientos; el coche rodó, y Mr. Jingle, extendiendo los brazos fuera de la portezuela, agitaba por burla un pañuelo blanco.

Nada pudo turbar en toda esta aventura el humor igual y tranquilo de Mr. Pickwick, ni aun la pirueta de su coche y de su persona. Pero no pudo soportar esa paciencia la infamia del que había robado á su amigo Tupman. Respirando fuertemente, dijo con voz pasmada y enfática:

— Si algún día encuentro á ese hombre, quiero...

— Sí, sí, — interrumpió Mr. Wardle; — todo eso está muy bien; pero entretanto que nosotros hablamos aquí, ellos obtendrán una licencia y se casarán en Londres.

Mr. Pickwick se detuvo y encerró su venganza en el fondo de su corazón.

— ¿Cuánto hay de aquí á la primera parada? — preguntó Mr. Wardle á uno de los postillones.

— Seis millas, ¿no es eso, Tom?

— Un poco más.

— Un poco más de seis millas, caballero.

— No hay más remedio que andarlas á pie, Pickwick.

— No hay más remedio — repitió aquel hombre verdaderamente grande.

Por orden de Mr. Wardle, uno de los postillones partió delante á caballo para hacer enganchar un nuevo coche, y otro se quedó allí para cuidar del coche destrozado. Al mismo tiempo Mr. Pickwick y el viejo se pusieron valerosamente en marcha después de haber enredado con todo cuidado sus chalinas alrededor de sus cuellos y encasquetádose el sombrero hasta las orejas para evitar en cuanto fuera posible el diluvio que comenzaba á caer.

CAPITULO X

Destinado á disipar todas las dudas que puedan existir sobre el desinterés de Mr. Jingle.

Hay en Londres muchas posadas viejas que servían de cuartel general á los coches más célebres en los tiem-

pos en que los coches verificaban sus viajes de una manera grave y solemne; pero estos mesones han degenerado poco á poco y no albergan ya sino calesas. El lector buscaría en vano alguna de estas antiguas hostelerías entre las *Bocas de oro*, las *Cruces de oro*, los *Toros de oro*, que levantaban su frente soberbia en las bellas calles de Londres. Si el lector quiere estudiar los restos, hará bien en dirigirse á los barrios más oscuros de la población, y allí en algún rincón retirado encontrará cierto número que aun permanecen en pie con sombría obstinación en medio de las innovaciones modernas.

En el *Borough* especialmente, existe todavía una media docena de antiguas casas que han conservado sin cambio alguno su singular fisonomía, y que han escapado al furor de las mejoras públicas y de las especulaciones privadas. Son extraños edificios, con galerías, corredores, escaleras innumerables y muy viejas, bastante vastas para surtir el material de mil hosterías de aparecidos, si algún día nos vemos reducidos á la lamentable necesidad de escribir alguna, y si el mundo dura bastante para agotar las numerosas y verídicas leyendas que se han escrito sobre el viejo puente de Londres y sus alrededores.

En el patio del *Ciervo blanco*, una de las más célebres posadas góticas, y en la mañana que siguió á los funestos acontecimientos que contamos en el capítulo anterior, un hombre se ocupaba activamente en limpiar el lodo de un par de botas. Este hombre tenía un chaleco rayado, adornado con mangas de percal negro y con botones azules de vidrio, un pantalón de paño basto y polainas. Alrededor de su cuello se enrollaba con negligencia un pañuelo de un color rojo muy vivo; un sombrero viejo y blanco se ostentaba inclinado sobre el lado izquierdo de su cabeza. Había delante de este personaje dos filas de botas, las unas limpias, las otras sucias, y á cada adición que hacía en las limpias se detenía un momento para contemplar su obra con evidente satisfacción.

El patio no ofrecía ningún indicio de aquella algarabía, de aquel movimiento característico de los hoteles donde paran las diligencias. Dos ó tres cabriolets, dos ó tres sillas de posta se hallaban bajo unos tinglados. Tres ó cuatro coches, cargados de mercancías, formando un montón tan elevado como el segundo piso de una casa ordinaria, permanecían inmóviles á la sombra de un techado suspendido junto á una de las paredes del patio, mientras otro carromato, que probablemente debía emprender su viaje aquella mañana, estaba sacado á la parte descubierta.

Sonó la campanilla, y una doncella coqueta apareció

Y en seguida añadió guiñando el ojo con aire maligno y designado con el pulgar el interior del coche:

Ella va muy bien, os saluda... os suplica que no os molestéis... Expresiones á Tupman... ¿Queréis montar detrás? En marcha, postillones.

Los postillones subieron de nuevo á sus asientos; el coche rodó, y Mr. Jingle, extendiendo los brazos fuera de la portezuela, agitaba por burla un pañuelo blanco.

Nada pudo turbar en toda esta aventura el humor igual y tranquilo de Mr. Pickwick, ni aun la pirueta de su coche y de su persona. Pero no pudo soportar esa paciencia la infamia del que había robado á su amigo Tupman. Respirando fuertemente, dijo con voz pasmada y enfática:

— Si algún día encuentro á ese hombre, quiero...

— Sí, sí, — interrumpió Mr. Wardle; — todo eso está muy bien; pero entretanto que nosotros hablamos aquí, ellos obtendrán una licencia y se casarán en Londres.

Mr. Pickwick se detuvo y encerró su venganza en el fondo de su corazón.

— ¿Cuánto hay de aquí á la primera parada? — preguntó Mr. Wardle á uno de los postillones.

— Seis millas, ¿no es eso, Tom?

— Un poco más.

— Un poco más de seis millas, caballero.

— No hay más remedio que andarlas á pie, Pickwick.

— No hay más remedio — repitió aquel hombre verdaderamente grande.

Por orden de Mr. Wardle, uno de los postillones partió delante á caballo para hacer enganchar un nuevo coche, y otro se quedó allí para cuidar del coche destrozado. Al mismo tiempo Mr. Pickwick y el viejo se pusieron valerosamente en marcha después de haber enredado con todo cuidado sus chalinas alrededor de sus cuellos y encasquetádose el sombrero hasta las orejas para evitar en cuanto fuera posible el diluvio que comenzaba á caer.

CAPITULO X

Destinado á disipar todas las dudas que puedan existir sobre el desinterés de Mr. Jingle.

Hay en Londres muchas posadas viejas que servían de cuartel general á los coches más célebres en los tiem-

pos en que los coches verificaban sus viajes de una manera grave y solemne; pero estos mesones han degenerado poco á poco y no albergan ya sino calesas. El lector buscaría en vano alguna de estas antiguas hostelerías entre las *Bocas de oro*, las *Cruces de oro*, los *Toros de oro*, que levantaban su frente soberbia en las bellas calles de Londres. Si el lector quiere estudiar los restos, hará bien en dirigirse á los barrios más oscuros de la población, y allí en algún rincón retirado encontrará cierto número que aun permanecen en pie con sombría obstinación en medio de las innovaciones modernas.

En el *Borough* especialmente, existe todavía una media docena de antiguas casas que han conservado sin cambio alguno su singular fisonomía, y que han escapado al furor de las mejoras públicas y de las especulaciones privadas. Son extraños edificios, con galerías, corredores, escaleras innumerables y muy viejas, bastante vastas para surtir el material de mil hosterías de aparecidos, si algún día nos vemos reducidos á la lamentable necesidad de escribir alguna, y si el mundo dura bastante para agotar las numerosas y verídicas leyendas que se han escrito sobre el viejo puente de Londres y sus alrededores.

En el patio del *Ciervo blanco*, una de las más célebres posadas góticas, y en la mañana que siguió á los funestos acontecimientos que contamos en el capítulo anterior, un hombre se ocupaba activamente en limpiar el lodo de un par de botas. Este hombre tenía un chaleco rayado, adornado con mangas de percal negro y con botones azules de vidrio, un pantalón de paño basto y polainas. Alrededor de su cuello se enrollaba con negligencia un pañuelo de un color rojo muy vivo; un sombrero viejo y blanco se ostentaba inclinado sobre el lado izquierdo de su cabeza. Había delante de este personaje dos filas de botas, las unas limpias, las otras sucias, y á cada adición que hacía en las limpias se detenía un momento para contemplar su obra con evidente satisfacción.

El patio no ofrecía ningún indicio de aquella algarabía, de aquel movimiento característico de los hoteles donde paran las diligencias. Dos ó tres cabriolets, dos ó tres sillas de posta se hallaban bajo unos tinglados. Tres ó cuatro coches, cargados de mercancías, formando un montón tan elevado como el segundo piso de una casa ordinaria, permanecían inmóviles á la sombra de un techado suspendido junto á una de las paredes del patio, mientras otro carromato, que probablemente debía emprender su viaje aquella mañana, estaba sacado á la parte descubierta.

Sonó la campanilla, y una doncella coqueta apareció

en una de las galerías que rodeaban el patio. Tocó en una de las puertas, y habiendo recibido una orden del interior, llamó desde la balaustrada diciendo:

— ¡Sam!

— ¿Qué? — respondió el hombre del sombrero blanco.

— El número veintidós pide sus botas inmediatamente.

— Pues bien; preguntadle si las quiere en seguida, ó esperar á que puedan ir embetunadas.

— Vamos, Sam, basta de tonterías — dijo la joven; este caballero necesita sus botas inmediatamente.

— Cuidado, que sois exigente — respondió el limpiador. — Mirad lo que tengo aquí. Once pares de botas y un zapato que pertenece al número seis, con una piedad de palo. Las botas deben estar entregadas á las ocho y media y el zapato á las nueve. ¿Por qué ha de ser preferido el número veintidós á los demás? No, no; cada uno á su vez, como decía Jack Ketch á los particulares que tenía que colgar: «Siento haceros esperar, pero os despacharé en seguida».

Al decir esto, el hombre del sombrero blanco se puso á trabajar con una viveza acelerada.

Se oyó otra campana, y la vieja fondista del *Ciervo blanco* apareció con aire apresurado en la galería opuesta.

— ¡Sam! — exclamó la mesonera. — ¿Dónde está ese perezoso, ese holgazán, ese?... ¡Oh! ¿aquí estás, Sam? ¿por qué no respondías?

Bueno fuera que os respondiera antes de que acabaraís de hablar — respondió Sam un poco bruscamente.

— Toma, embetuna esas botas para el número 17 inmediatamente y llévalas al comedor particular número 5, en el piso bajo.

Diciendo esto, la mesonera tiró al patio unos zapatos de mujer y se alejó.

— Número 5 — dijo Sam recogiendo los zapatos y sacando un pedazo de tiza del bolsillo, para anotar su destino sobre la suela. — Zapatos de mujer y comedor particular. Apuesto que no ha venido en carreta.

— Ha venido esta mañana muy temprano — dijo la doncella, que estaba aun apoyada en la balaustrada de la galería; — ha venido en un coche con un caballero, y él es el que ha pedido sus botas, que vos haréis muy bien en despachar pronto.

— ¿Por qué no me habéis dicho eso antes? — exclamó Sam con gran indignación, escogiendo las botas en cuestión entre todas las que tenía delante. — Yo creía que era uno de nuestros parroquianos de á tres peniques. Comedor reservado y una dama también. Si hay bajo su piel algo de caballero, esto me valdrá por lo menos un shilling por día, sin contar con los mandatos.

Estimulado por esta reflexión consoladora, Mr. Samuel cepilló con tan buena voluntad, que al cabo de pocos minutos había dado á los zapatos y á las botas un lustre que hubiera llenado de celos el alma de mister Varrem.

Llegando á la puerta del número 5 Sam tocó respetuosamente.

— Entrad — respondió una voz de hombre.

Sam hizo su más escogido saludo, y se presentó ante una dama y un caballero que estaban almorzando. Habiendo colocado oficiosamente las botas derecha ó izquierda junto á los pies respectivos del caballero, y los zapatos junto á los de la dama, se retiró hacia la puerta.

— Mozo — dijo el caballero.

— Señor — respondió Sam cerrando la puerta y con la mano puesta sobre el botón de la cerradura.

— ¿Conocéis vos?... ¿cómo se llama? ¿*Doctors Commons*?

— Sí, señor.

— ¿Dónde está eso?

— Junto á San Pablo, caballero. Una arcada baja, una librería á un lado, un hotel á otro y dos comisarios que se encargan de obtener licencias de matrimonio para los que las necesitan.

— ¿Permisos de matrimonio? — repitió el caballero.

— Sí, permisos de matrimonio — repitió Sam. — Dos individuos de delantal blanco os reciben cuando entráis: «Una licencia, caballero, una licencia». Maldita gente y sus amos también. No valen más que los procuradores de la curia.

— ¿Y qué hacen? — preguntó el caballero.

— ¿Qué hacen? Entráis, caballero; ellos saben trastornar la cabeza á todos los que van allí. Mi padre era cochero, cochero viudo, caballero, y bastante gordo para ser capaz de todo. Su cara esposa había muerto y le había dejando cuatrocientas guineas. Bien; fué á los *Commons* para ver á los hombres de ley y colocar el dinero. ¡Famosa facha la de mi padre! Botas con vuelta, sombrero de grandes alas, corbata verde; un caballero completo. Pasó por el arco creyendo que iba á colocar su dinero. Llega, sale el comisario: — ¿Una licencia, caballero? — Sí, señor, dijo mi padre. — ¿Licencia de matrimonio? dijo aquél. — ¡Diablo! dijo mi padre, no había pensado en eso. — Creo que es necesaria, dijo el comisario. — Mi padre se detuvo y reflexionó. — No, dijo; el diablo me lleve, soy muy viejo; además soy muy gordo. — Vamos, pues, dijo el otro. — ¿Pero vos creéis? dijo mi padre. — Estoy seguro, dijo el otro. Aquí hemos casado á un caballero dos veces más gordo que vos el lunes pasado. — ¿De veras? dijo mi padre. — Vos

sois un flacucho junto á él. — Por aquí, caballero, por aquí. Y mi padre marcha detrás de él como un mono aprisionado, y entra en un despacho donde había un escribiente con unos papeles grasientos y un tintero de estaño, que trabajaba con mucho afán. — Sentaos, caballero, dijo el hombre de ley, mientras voy á entender el certificado. — Gracias, caballero, dijo mi padre. — ¿Cómo os llamáis, caballero? dijo el hombre de ley. — Tony Weller, dijo mi padre. — ¿Vuestra parroquia? dijo el otro. — *La Bella Salvaje*. — ¿Y cómo se llama la dama? dijo el leguleyo. — Mi padre no sabía qué responder. El diablo me lleve si lo sé, dijo al fin. — ¿No sabéis nada? dijo el otro. — Lo mismo que vos. ¿No podría añadir el nombre más tarde? — Imposible. — Muy bien, dijo mi padre después de haber reflexionado un instante; poned la señora Clarke. — Clarke ¿y qué más? dijo el hombre de ley mojando la pluma. — Susana Clarke. Creo que consentirá si yo la pido; nunca le he dicho una palabra, pero se casará conmigo, lo sé. La licencia fué extendida y se casaron, y todavía están casados; pero yo no he visto el pelo á las guineas, ni esperanzas. Os pido perdón, caballero—añadió Sam al fin de su relato,—pero cuando toco este punto no me puedo contener.

Y diciendo esto esperó un instante para ver si lo necesitaban, y salió de la habitación.

—Las nueve y media. Es la hora; en marcha; — dijo el caballero, á quien ya podemos presentar como Mr. Jingle.

—¿Hora de qué? — preguntó la tía soltera con coquetería.

—De la licencia, ángel querido. Después será preciso avisar á la iglesia. Mañana por la mañana serás mía, — respondió Mr. Jingle estrechando la mano de Raquel.

—La licencia! — suspiró Raquel ruborizándose.

—La licencia, — respondió Jingle.

—¿Cuánta prisa tenéis! — dijo Raquel.

—Prisa? ya veréis cómo pasan las horas, días, semanas, meses, años, cuando estemos unidos. ¡Prisa! rayos, relámpagos, locomotora, pieza de mil caballos, nada irá tan aprisa.

—¿No podríamos... no podríamos casarnos antes de mañana? — preguntó Raquel.

—¡Imposible! no puede ser. Es preciso avisar á la iglesia... el permiso hoy, ceremonia mañana.

—Tengo mucho miedo á que mi hermano nos descubra.

—¿Descubrirnos? ¡locura! Muy estropeado por el vuelco... Además... extrema precaución... dejamos la silla de posta... un coche... venir aquí... último punto donde nos buscará. Famosa idea.

—No tardéis mucho — dijo Raquel cuando vió que Mr. Jingle se ponía el sombrero.

—¡Lejos de vos! ¡beldad cruel!

Y Mr. Jingle se acercó á Raquel con aire satisfecho, le dió un casto beso y salió bailando de la habitación.

—¡Caro amante! — dijo Raquel cerrando la puerta.

—¡Maldita pécora local! — pensó Jingle mientras atravesaba el corredor.

Es penoso meditar sobre la perfidia de nuestra especie, y no seguiremos el hilo de las meditaciones de mister Jingle durante su trayecto á los *Doctors Commons*. Bastará decir que escapó á las sugerencias de los individuos de delantal blanco que estaban en la puerta de aquella región encantadora, y que llegó sin tropiezo á la oficina de la vicaria general. Allí se procuró una insinuante epístola del arzobispo de Cantorbery que decía: «A sus amados fieles, Alfredo Jingle y Raquel Wardle.» Puso cuidadosamente en su bolsillo el documento místico y volvió triunfante á la posada.

Estaba aun en el camino cuando dos caballeros gruesos y uno flaco entraron en el patio del *Ciervo blanco* y buscaron con los ojos una persona á quien dirigir algunas preguntas. Mr. Samuel Weller, limpiador de botas, honorario del *Ciervo blanco*, se ocupaba en aquel momento en teñir de negro un par de zapatos. El hombre flaco se dirigió á él.

—Amigo — dijo.

—¿Qué hay, señor? — contestó el mozo.

—Amigo, — repitió el caballero flaco con un *hem* conciliador. — ¿Tenéis muchos viajeros en este momento? ¿Estáis ocupado, eh?

Sam examinó al interrogador. Era un hombre pequeño, de rostro moreno y anguloso; sus dos pequeños ojos, resplandeciendo á un lado y otro de una nariz delgada y larga, parecían jugar al escondite por medio de aquel órgano. Su levita negra hacía resaltar la blancura de su camisa y de su estrecha corbata; sobre su pantalón negro se destacaba una cadena con sellos de oro, y sus botas eran tan resplandecientes como sus ojos. Tenía en la mano sus guantes negros de cabritilla, y mientras hablaba introducía sus manos bajo las solapas de su vestido, con el ademán de un hombre habituado á las prácticas legales.

—¿Estáis muy ocupado, eh?

—Sí, se trabaja. No hacemos bancarrota, señor, ni fortuna tampoco.

—¡Oh! qué casa tan vieja — dijo el hombre pequeño, mirando en su derredor.

—Si hubierais avisado vuestra llegada, la hubiéramos hecho revocar — exclamó el limpiador imperturbable.

Su interlocutor pareció un poco desconcertado de esta salida. Tuvo lugar una corta consulta entre él y los dos gordos; en seguida tomó un polvo de tabaco en una estrecha tabaquera de plata, y parecía disponerse á renovar la conversacion, cuando uno de sus compañeros, que además de un benévolo continente tenia un par de espejuelos y otro par de polainas negras, avanzó y dijo mostrando al otro caballero gordo:

—El hecho es que mi amigo os dará media guinea si queréis responder á una ó dos...

—¡Eh! querido amigo — interrumpió el pequeño. — Permittedme; el primer principio que ha de observarse en estos casos es el siguiente: al poner el asunto en manos de un hombre de negocios, no debéis mezclaros en lo que éste haga. Debéis tener entera confianza en él. Realmente, caballero...

Y se volvió al otro caballero gordo, diciéndole:

—He olvidado el nombre de vuestro amigo.

—Pickwick — respondió Mr. Wardle.

—¡Ah! Pickwick. Realmente, Mr. Pickwick. Escuchadme.

Yo tendré mucho gusto en recibir vuestro consejo particularmente, como *amicus curiae*; pero debéis comprender el inconveniente de vuestra intervencion en este momento, sobre todo en un argumento *ad captandum*, como es la oferta de media guinea.

Y el hombre pequeño tomó con ademán profundo un polvo de tabaco argumentativo.

—Mi único deseo, caballero — respondió Mr. Pickwick, — era resolver lo más pronto posible este desagradable asunto.

—Muy bien, muy bien — dijo el hombre pequeño.

—Por eso — dijo Mr. Pickwick — he hecho uso del argumento que sin conocimiento de los hombres me ha presentado como el mejor en todas ocasiones.

—Sí, sí — dijo el pequeño, — ¡muy bueno, muy bueno, es verdad! Pero deberiais habérmelo dicho á mí. Ya sabéis qué confianza sin límites debe tenerse siempre en el hombre de negocios.

—En fin, señores — dijo Sam repentinamente; — queréis que yo acepte media guinea. Muy bien; eso me gusta. No falta sino saber lo que deseáis de mí.

—Queremos saber... — dijo Hr. Wardle.

—¡Por Dios, caballero, caballero! — interrumpió el hombre pequeño.

Mr. Wardle alzó los hombros y calló.

—Queremos saber — prosiguió solemnemente el pequeño, — y os dirigimos esta pregunta para no despertar inútiles aprensiones en la posada; queremos saber quién hay aquí actualmente.

—¿Quién hay actualmente en esta casa? Hay un par de botas húngaras en el número 13 — respondió Sam, en cuya imaginación estaban representados los inquilinos por aquellas prendas de vestir que estaban bajo su inmediata inspección. — Hay una pierna de palo en el número 6, dos pares de botitos en la sala del comercio, hay estas botas de vuelta, aquí, en el piso bajo, y cinco pares más en el café.

—¿Nada más? — dijo el pequeño.

—Esperad un poco — dijo Sam, procurando recordar; hay un par de botas á lo Wellington, bastante usadas, y dos zapatos de mujer en el número 5.

—¿Qué clase de zapatos? — preguntó con interés mister Wardle, que lo mismo que Mr. Pickwick se había perdido en aquel catálogo de botas.

—Zapatos de provincia.

—¿Llevan el nombre del zapatero?

—Brown.

—¿De dónde?

—De Muggleton.

—Ellos son — exclamó Mr. Wardle. — Los hemos encontrado.

—¡Chitón! Los Wellington han ido á la vicaría.

—¡Bah! — dijo el pequeño.

—Sí, por una licencia.

—Llegamos á tiempo — exclamó Mr. Wardle. — Mostradnos la habitación. No hay tiempo que perder.

—Os lo suplico, caballero, os lo suplico. Tened paciencia, paciencia — dijo el hombrecillo.

Al decir esto, sacó de su bolsillo de seda roja un soberano, que hizo sonreír á Sam de una manera expresiva.

—Mostradnos la habitación de repente, sin anunciarnos, y esta moneda es para vos.

Sam tiró la bota y llevó á nuestros personajes por un corredor sombrío y una ancha escalera. Al llegar al segundo piso se paró y extendió la mano.

—¡Ahí está! — dijo en voz baja el abogado, depositando el soberano en la mano de su guía.

Sam dió aun algunos pasos y se detuvo delante de la puerta.

—¿Es aquí? — preguntó el pequeño.

Sam hizo un signo afirmativo.

El viejo Wardle abrió la puerta y los tres penetraron en la habitación, precisamente en el instante en que Mr. Jingle, que acababa de entrar, enseñaba la licencia á Raquel.

Raquel lanzó un grito, y dejándose caer sobre una silla, se cubrió el rostro con las manos. Mr. Jingle estrujó la licencia y la guardó en el bolsillo. Los visita-

dores intempestivos avanzaron hasta el centro de la habitación.

— ¡Sois un bribón! — exclamó Mr. Wardle, palpitando de cólera.

— Querido amigo, por Dios — interrumpió el pequeño, poniendo su sombrero sobre la mesa. — Os lo ruego, atended... *scandalum magnatum* — difamación... demanda de perjuicios... Calmaos, os lo ruego.

— ¿Cómo os habeis atrevido á robar á mi hermana de mi casa? — continuó Mr. Wardle.

— Sí, muy bien — dijo el abogado; — podéis preguntarle eso. ¿Cómo os atrevéis á robar á su hermana, eh, caballero?

— ¿Quién diablos sois vos? — exclamó Mr. Jingle en tono tan violento, que el letrado retrocedió un paso ó dos involuntariamente.

— ¿Que quién es? Bribón. Es mi abogado, mister Perker, Perker. Quiero perseguir á ese bandido; quiero... quiero... quiero perderle. Y vos — continuó mister Wardle dirigiéndose á su hermana, vos, Raquel, á vuestra edad, cuando deberíais conocer el mundo... ¿en que pensabais al escaparos con un vagabundo? ¡Deshonrar á vuestra familia, deshonraros más vos! Poneos vuestro sombrero y venid conmigo. Traed un coche y la cuenta de esta señora.

— Mandad, caballero — replicó Sam, respondiendo al violento campanillazo de Mr. Wardle con una celeridad incomprensible para quien no supiese que había aplicado el ojo al agujero de la llave durante la entrevista.

— Poneos el sombrero — continuó Mr. Wardle.

— No hagáis tal — exclamó Mr. Jingle. — Salid de aquí, señores; aquí no tenéis que hacer nada. Dama libre y dueña de sus acciones. Más de veintidós años.

— ¡Más de veintidós años! — repitió Mr. Wardle con desprecio. — Más de *cuarenta* y un años.

— ¡No es verdad! — exclamó la tía, excediendo entonces su indignación á su deseo de ponerse mala.

— Es verdad — replicó Mr. Wardle, — tenéis cincuenta años como ahora es de día.

La tía lanzó un grito agudo y perdió el conocimiento. Mr. Pickwick, con su amenidad acostumbrada, llamó á la mesonera y le pidió un vaso de agua.

— ¡Un vaso de agua! — respondió el colérico viejo, — traed un palo. Le sentará mejor y lo merece bien.

— Sois un bruto — exclamó la posadera.

Después siguieron las exclamaciones de «pobre señora, vamos, bebed... no os dejéis humillar, pobre amor!», etcétera.

La posadera, ayudada por una criada, empezó á hu-

medecer la frente, á tocar las manos y la nariz, á desenlazar el corsé, y á administrarle, en fin, todos los calmantes aplicados ordinariamente por las terribles matronas á las damas que se esfuerzan en tener ataques de nervios.

— El coche está pronto, caballero — dijo Sam apareciendo en la puerta.

— Vamos, vamos, venid, — dijo Mr. Wardle. — Yo la llevaré al coche.

A esta proposición los ataques de nervios empezaron con nuevo furor.

La posadera estuvo á punto de protestar violentamente contra este proceder, y había ya preguntado con indignación si Mr. Wardle se creía señor de la creación, cuando Mr. Jingle se interpuso.

— Mozo — dijo, — traed un policía.

— Esperad, caballero — dijo el pequeño Pecker; — considerad, considerad...

— No quiero considerar nada — dijo Jingle. — Ella es dueña de sí misma; veremos quién se atreverá á llevarla sin su consentimiento.

— No quiero que me lleven — murmuró la dama desmayada, — no lo consiento.

(Aquí hubo una crisis de nervios espantosa).

— Mis queridos amigos — dijo el abogado llevando aparte á Mr. Wardle y á Mr. Pickwick. — Estamos en una situación muy difícil. Es un caso raro; nada he visto más raro; pero, en fin, señores, no tenemos derecho á impedir la voluntad de esta señora. Ya os advertí antes de venir que no había otro medio que una transacción.

— ¿Qué especie de transacción queréis hacer? — preguntó Pickwick.

— Caballero, vuestro amigo está en una posición muy desagradable, excesivamente desagradable. Es preciso que consenta en hacer algunas concesiones pecuniarias.

— Gastaré todo lo necesario antes que sufrir esta deshonra, antes que sufrir que esta loca se haga miserable para toda su vida.

— Creo que esto podrá arreglarse — dijo el letrado;

— Mr. Jingle, ¿queréis venir con nosotros un instante á la habitación inmediata?

Mr. Jingle consintió, y el cuarteto pasó á la habitación de al lado.

— Ahora, caballero — dijo el letrado, cerrando cuidadosamente la puerta. — ¿no hay medio alguno de arreglar este asunto? Sabemos acá, para entre los dos, que habéis robado á esa dama por amor al dinero.

El rostro de Mr. Jingle se iluminó gradualmente durante estas frases, y algo parecido á un guiño se notó

en su pupila izquierda.

—Muy bien, muy bien — continuó Pecker, observando la impresión que había hecho. — Ahora el hecho es que la dama no tiene nada, ó poca cosa, hasta la muerte de su madre, una persona muy bien conservada.

—¡Vieja! — dijo Jingle lacónicamente, pero con energía.

—Sí, es verdad — respondió el abogado con una ligera tos. — Tenéis razón, es vieja; pero pertenece á una familia vieja también. El fundador de esta familia llegó al condado de Kent en tiempo de Julio César, y el miembro de la misma que menos ha vivido, ha sido ochenta y cinco años, y eso porque lo decapitó Enrique III. La vieja no tiene más que setenta y tres.

El pequeño se detuvo y tomó un polvo de tabaco.

—Y qué? — dijo Jingle.

—Pues bien; sois un buen muchacho, un hombre de mundo, capaz de hacer fortuna si tenéis capital, ¿eh?

—Y qué? — repitió Jingle.

—¿No comprendéis?

—No.

—¿No pensáis?... vamos al hecho. ¿No pensáis que cincuenta guineas y la libertad serian más que miss Wardle y esperanzas?

—¡Imposible! — dijo Mr. Jingle.

—Es buena suma — continuó el hombrecillo. — Un hombre como vos podría triplicarla en poco tiempo. ¡Se puede hacer mucho con cincuenta guineas!

—¡Más se puede hacer con ciento cincuenta! — respondió Jingle friamente.

—Vamos, no perdamos el tiempo en cortar un cabello en cuatro. ¡Sean ochenta!...

—¡Imposible!

—Pues decid lo que queréis.

—Asunto costoso... desembolsos... caballos de posta... nueve guineas... licencia, tres guineas, son doce... compensación, cien guineas, ciento doce. Pérdida de honor y pérdida de la dama.

—Vamos, vamos — interrumpió el hombre de leyes con acento maligno: — no hablemos de los dos últimos artículos; son ciento doce guineas... pongamos ciento.

—Ciento veinte.

—Vamos, vamos; voy á hacer os un pagaré, — repuso el pequeño sentándose junto á una mesa y escribiendo.

—Lo pondré pagadero para mañana. ¿Podremos sacar la dama hoy de aquí? — añadió interrogando á mister Wardle con la mirada.

Este hizo un sombrío signo de asentimiento.

—Ciento — dijo el abogado.

—Y veinte — añadió Jingle.

—¡Pero, por Dios! — exclamó Pecker.

—Dádselas — interrumpió Mr. Wardle, — y que se vaya al diablo.

El pagaré fué escrito por Mr. Pecker y guardado por Mr. Jingle.

—Ahora dejad esta casa inmediatamente — dijo mister Wardle levantándose. — Y sabed que nada en el mundo, ni aun el honor de mi familia, me hubiera hecho consentir en esta transacción, si no estuviera convencido de que seréis presa del diablo, tanto más pronto, cuanto más dinero tengáis.

—En marcha, al instante — contestó el impasible Jingle. — Adiós, Pickwick.

Si algún observador desinteresado hubiese podido contemplar durante el final de esta conversación el continente del hombre ilustre cuyo nombre decora nuestro título, se hubiera admirado de que el fuego de la indignación que lanzaban sus ojos no derritiera el vidrio de sus anteojos. Sus narices se inflaron, sus puños se cerraron involuntariamente cuando se oyó nombrar familiarmente por aquel miserable; pero se contuvo y no lo pulverizó.

—Tomad — continuó el vagabundo, arrojando la licencia á los pies de Mr. Pickwick. — Cambiad los nombres, llevaos á la dama. Esto puede servirle á mister Tupman.

Mr. Pickwick era un filósofo. Pero después de todo, los filósofos no son otra cosa que hombres revestidos de una armadura de sabiduría. El dardo agudo penetró al través del arnés filosófico de nuestro héroe y atravesó profundamente su corazón. En un acceso de rabia lanzó á la ventura el tintero que había servido á Mr. Pecker, y se precipitó en la misma dirección. Pero su adversario había desaparecido, y el sabio se encontró en los brazos de Sam.

—¡Eh! — dijo este excéntrico funcionario. Los muebles no son caros en vuestro país. He aquí un tintero que escribe solo. Ved cómo ha escrito vuestro nombre en esta pared.

Mr. Pickwick se apaciguó tan pronto como se había irritado, respiró fuertemente y dirigió una sonrisa benévola á sus amigos.

¿Trasladaremos aquí las lamentaciones de miss Wardle, cuando supo de que manera le había abandonado su infiel amante? ¿Imprimeremos los detalles de esta escena desgarradora, tan admirablemente descrita por mister Pickwick? Su libro de memorias está abierto ante nosotros; una ligera señal de humedad indica todavía cuantas lágrimas le arrancó la humanidad compasiva. Una sola palabra y estas notas pasarán á manos del impresor.

Pero no resistiremos á esta tentación. No queremos desgarrar el corazón del público con la pintura de aquellos horribles sufrimientos.

Al día siguiente el pesado coche de Muggeton condujo lenta y tristemente á los dos amigos con la dama abandonada. Las sombras de la noche habían caído sobre toda la Naturaleza cuando llamaron á la puerta de la casa de Dingley-Dell.

CAPITULO XI

Otro viaje y un descubrimiento de antigüedad. — Mister Pickwick resuelve asistir á una elección. — Manuscrito entregado por un viejo eclesiástico.

Una noche de reposo y tranquilidad en el profundo silencio de Dingley-Dell, y al día siguiente una hora de inmersión en el aire fresco y perfumado del campo, borraron completamente en Mr. Pickwick las señales de la fatiga que su cuerpo había soportado y de la ansiedad que había soportado su espíritu. Dos días estuvo este hombre ilustre separado de sus amigos, de sus prosélitos, y cuando al volver de su paseo natural encontró á mister Winkle y á Mr. Snodgrass, se acercó á ellos para darles los buenos días con un sentimiento de delicia, que apenas puede ser comprendido por una imaginación vulgar. El placer fué místico. Sin embargo, una nube parecía obscurecer la frente de sus discípulos. Tenía un aire misterioso, tan alarmante como extraordinario. El grande hombre lo notó, más no pudo adivinar la causa.

Después de haber estrechado las manos de los dos amigos y proferido algunas calurosas expresiones de felicitación, Mr. Pickwick les dijo:

—¿Cómo sigue Tupman?

Mr. Winkle, á quien la pregunta iba particularmente dirigida, no respondió. Volvió la cabeza y pareció absorbido en melancólicas reflexiones.

—Snodgrass, — continuó Mr. Pickwick con vivacidad, —¿cómo sigue Tupman? ¿está malo?

—No, — replicó Snodgrass, y una lágrima humedeció su pupila sentimental; no, no está malo.

Mr. Pickwick contempló sucevamente á cada uno de sus amigos.

—¡Winkle! ¡Snodgrass! — les dijo cuando les hubo contemplado bastante, — ¿qué significa esto? ¿dónde está nuestro amigo? ¿qué le ha pasado? Hablad, os lo suplico, os lo mando.

Había en la apostura y en el acento de mister Pickwick una dignidad, una solemnidad á la cual era imposible resistir.

—Nos ha abandonado, — dijo Snodgrass.

—¿Nos ha abandonado? — repitió Mr. Pickwick.

—Nos ha abandonado, — añadió Mr. Snodgrass.

—¿Dónde está? — preguntó Mr. Pickwick.

—Sólo por este escrito podemos sacarlo, — repicó

Mr. Snodgrass sacando de su bolsillo una carta y poniéndola en manos de su amigo. — Ayer mañana, cuando recibimos una carta de mister Wardle anunciándonos para la tarde la llegada de su hermana, hemos notado que la melancolía que se había apoderado de nuestro amigo aumentaba más cada vez. Poco después desapareció: le buscamos en vano todo el día, y por la noche nos trajo esta carta el palafrenero de la *Corona* de Muggleton. Nuestro amigo la había dejado allí desde por la mañana, recomendándole que no nos la entregara hasta que fuera de noche.

Mr. Pickwick abrió la carta. Era la letra de Tupman y contenía lo siguiente:

«Mi querido Pickwick: Vos que estáis colocado en una región superior á las debilidades humanas, ignoráis que golpe fatal se experimenta cuando uno se ve abandonado por una encantadora, por una fascinadora criatura, y cuando es una víctima de un monstruo que ocultaba la astucia y el vicio bajo la máscara de la amistad. ¡Ah! ¡ojalá no conociérais nunca eso.

«Las que me sean dirigidas á la *Botella de cuero*, en *Cobham Kent*, las recibiré supuesto que exista entonces. Me alejo de una parte del mundo que me es odiosa. Si dejo el mundo entero, compadecedme, perdonadme. La vida, mi querido amigo, me es insostenible. La llama que arde en nuestro interior es como un gancho en que reposa el enorme peso de los cuidados y penalidades del mundo. Cuando esta llama falta, el fardo se hace demasiado pesado para que podamos soportarlo, y caemos agobiados en tierra. Podéis decir á Raquel... ¡ah!... este nombre... ¡qué recuerdo!...

Tracy Tupman.»

—Vamos á partir inmediatamente, — dijo mister Pickwick cerrando la carta. — No hubiéramos podido de

Pero no resistiremos á esta tentación. No queremos desgarrar el corazón del público con la pintura de aquellos horribles sufrimientos.

Al día siguiente el pesado coche de Muggeton condujo lenta y tristemente á los dos amigos con la dama abandonada. Las sombras de la noche habían caído sobre toda la Naturaleza cuando llamaron á la puerta de la casa de Dingley-Dell.

CAPITULO XI

Otro viaje y un descubrimiento de antigüedad. — Mister Pickwick resuelve asistir á una elección. — Manuscrito entregado por un viejo eclesiástico.

Una noche de reposo y tranquilidad en el profundo silencio de Dingley-Dell, y al día siguiente una hora de inmersión en el aire fresco y perfumado del campo, borraron completamente en Mr. Pickwick las señales de la fatiga que su cuerpo había soportado y de la ansiedad que había soportado su espíritu. Dos días estuvo este hombre ilustre separado de sus amigos, de sus prosélitos, y cuando al volver de su paseo natural encontró á mister Winkle y á Mr. Snodgrass, se acercó á ellos para darles los buenos días con un sentimiento de delicia, que apenas puede ser comprendido por una imaginación vulgar. El placer fué místico. Sin embargo, una nube parecía obscurecer la frente de sus discípulos. Tenía un aire misterioso, tan alarmante como extraordinario. El grande hombre lo notó, más no pudo adivinar la causa.

Después de haber estrechado las manos de los dos amigos y proferido algunas calurosas expresiones de felicitación, Mr. Pickwick les dijo:

—¿Cómo sigue Tupman?

Mr. Winkle, á quien la pregunta iba particularmente dirigida, no respondió. Volvió la cabeza y pareció absorbido en melancólicas reflexiones.

—Snodgrass, — continuó Mr. Pickwick con vivacidad, —¿cómo sigue Tupman? ¿está malo?

—No, — replicó Snodgrass, y una lágrima humedeció su pupila sentimental; no, no está malo.

Mr. Pickwick contempló sucevamente á cada uno de sus amigos.

—¡Winkle! ¡Snodgrass! — les dijo cuando les hubo contemplado bastante, — ¿qué significa esto? ¿dónde está nuestro amigo? ¿qué le ha pasado? Hablad, os lo suplico, os lo mando.

Había en la apostura y en el acento de mister Pickwick una dignidad, una solemnidad á la cual era imposible resistir.

—Nos ha abandonado, — dijo Snodgrass.

—¿Nos ha abandonado? — repitió Mr. Pickwick.

—Nos ha abandonado, — añadió Mr. Snodgrass.

—¿Dónde está? — preguntó Mr. Pickwick.

—Sólo por este escrito podemos sacarlo, — repicó

Mr. Snodgrass sacando de su bolsillo una carta y poniéndola en manos de su amigo. — Ayer mañana, cuando recibimos una carta de mister Wardle anunciándonos para la tarde la llegada de su hermana, hemos notado que la melancolía que se había apoderado de nuestro amigo aumentaba más cada vez. Poco después desapareció: le buscamos en vano todo el día, y por la noche nos trajo esta carta el palafrenero de la *Corona* de Muggleton. Nuestro amigo la había dejado allí desde por la mañana, recomendándole que no nos la entregara hasta que fuera de noche.

Mr. Pickwick abrió la carta. Era la letra de Tupman y contenía lo siguiente:

«Mi querido Pickwick: Vos que estáis colocado en una región superior á las debilidades humanas, ignoráis que golpe fatal se experimenta cuando uno se ve abandonado por una encantadora, por una fascinadora criatura, y cuando es una víctima de un monstruo que ocultaba la astucia y el vicio bajo la máscara de la amistad. ¡Ah! ¡ojalá no conociérais nunca eso.

«Las que me sean dirigidas á la *Botella de cuero*, en *Cobham Kent*, las recibiré supuesto que exista entonces. Me alejo de una parte del mundo que me es odiosa. Si dejo el mundo entero, compadecedme, perdonadme. La vida, mi querido amigo, me es insoportable. La llama que arde en nuestro interior es como un gancho en que reposa el enorme peso de los cuidados y penalidades del mundo. Cuando esta llama falta, el fardo se hace demasiado pesado para que podamos soportarlo, y caemos agobiados en tierra. Podéis decir á Raquel... ¡ah!... este nombre... ¡qué recuerdo!...

Tracy Tupman.»

—Vamos á partir inmediatamente, — dijo mister Pickwick cerrando la carta. — No hubiéramos podido de

todos modos permanecer decentemente aquí después de los sucesos que han pasado, pero ahora es un deber para nosotros el salir en busca de nuestro amigo.

Pronunciando estas nobles palabras, Mr. Pickwick tomó el camino de la casa.

Comunicó su intención á sus huéspedes. Estos trataron inútilmente de detenerlos.

—Importantes asuntos, — les dijo, — hacen necesaria mi partida.

El viejo eclesiástico estaba presente.

—¿Estáis decidido á abandonarnos? — dijo á mister Pickwick, llevándole aparte; y al oírse responder afirmativamente, continuó:

—Si es así, tomad este pequeño manuscrito, que esperaba leeros yo mismo. Habiendo perdido á uno de mis amigos, que era médico de un hospital de locos, he encontrado este manuscrito entre muchos otros papeles que me encargó que quemara ó conservara, según mi gusto. No es la letra de mi amigo, y casi estoy por creer que es apócrifo; leedle y juzgad por vos mismo si ha sido realmente escrito por un maniático, ó lo que parece más probable, si los sueños de algunos de esos desgraciados han sido escritos por otra persona.

Mr. Pickwick tomó el manuscrito y se separó del benévolo eclesiástico con mil expresiones de afecto y estimación.

Era empresa más difícil despedirse de los habitantes de la casa donde nuestros viajeros habían sido objeto de atenciones tan delicadas. Mr. Pickwick abrazó á las jóvenes, abrazó á la vieja con ternura filial, y deslizó en la mano de las criadas algunas pruebas substanciales de su benevolencia. Mr. Snodgrass había desaparecido. Fue preciso llamarle repetidas veces para determinarse á salir de ciertos corredores sombríos.

Miss Emilia entró poco tiempo después... y sus ojos, ordinariamente brillantes, estaban abatidos y tristes. En fin, los tres amigos lograron arrancarse de los brazos de sus amables huéspedes, y alejándose lentamente de la casa, miraron hacia ella enternecidos. Parece que mister Snodgrass lanzó innumerables besos al aire, al reconocer no sabemos qué cosa blanca que se agitaba en una de las ventanas de la casa, hasta el momento en que la perdieron de vista por una vuelta del camino. Aquella cosa se parecía mucho á pañuelo de mujer.

En Muggleton tomaron nuestros viajeros el camino de Rochester, y cuando llegaron á este último sitio, comieron perfectamente y se dirigieron después, paseando, á Cobham.

Era una deliciosa noche del mes de julio. El camino, que serpenteaba á la sombra de un bosque, estaba ani-

mado por el canto de los pájaros y refrescado por el aliento del céfiro. La yedra trepadora y el musgo adornaban el tronco de los árboles viejos; la tierra estaba revestida de un verde césped tan delicado como un tapiz de seda. Al salir del bosque nuestros viajeros se encontraron en un parque abierto, en medio del cual se elevaba un viejo castillo construido con el singular y pintoresco estilo del tiempo de Isabel. Extensas perspectivas se admiraban por todos lados, en medio de las encinas gigantescas; numerosos rebaños de gansos pastaban la fresca hierba, y de tiempo en tiempo, una cierva asustada atravesaba el camino, lijera como la sombra de las nubes que se desliza rápidamente sobre un paisaje inundado por la clara luz del sol.

—Si todos los que están afectados de la enfermedad de nuestro amigo se retiraran de este sitio, — dijo mister Pickwick mirando en torno suyo, — creo que renacería en ellos el apego al mundo.

—También lo creo, — dijo Mr. Winkle.

—Y realmente, — añadió Pickwick, — aunque elegido por un misántropo, este lugar me parece el más bello y alegre del mundo.

Al llegar al pueblo preguntaron por la *Botella de cuero*, y se encaminaron hacia una hostería de muy buena apariencia, y preguntaron si vivía allí uno llamado Tupman.

—Tom, — dijo la hostalera, — lleva á estos señores á la sala.

Los tres amigos entraron en una habitación larga y baja, cuyas paredes estaban embellecidas por estampas viejas y retratos groseramente iluminados. En el extremo de la sala había una mesa, notable por la extremada blancura del mantel. Había en ella una ave asada, un jamón apetitoso, una botella de cerveza fresca. En esta mesa estaba comiendo mister Tupman, con un ademán no muy propio de un hombre que se despide de este mundo.

Al llegar los amigos dejó su cuchillo, su tenedor y se acercó á ellos con aire sombrío.

—No esperaba veros aquí, — dijo tomando la mano á Mr. Pickwick.

—¡Ah! — dijo Pickwick sentándose y enjugándose el sudor de su frente. — Concluid vuestra comida y salid conmigo. Deseo hablaros á solas.

Mr. Tupman hizo lo que le mandaban, y Mr. Pickwick, refrescándose en un vaso de cerveza, esperó á que acabara de comer su amigo. En menos de una hora fué despachada la comida y salieron juntos.

Durante media hora se les vió pasear por el cementerio, mientras Mr. Pickwick combatía la resolución de

Tupman. Sería inútil repetir sus argumentos, porque ¿qué lenguaje podría traducir la energía de aquel gran orador? No es posible saber si Tupman estaba ya cansado de la soledad, ó si le fué imposible resistir la elocuencia de Mr. Pickwick. Lo cierto es que no se resistió.

Le importaba poco, según dijo, llevar aquí ó allí los miserables restos de su existencia, y puesto que sus amigos daban alguna importancia á su humilde cooperación, consintió en tomar parte en sus trabajos.

Mr. Pickwick sonrió; se estrecharon las manos y se reunieron á sus compañeros.

Entonces fué cuando Mr. Pickwick hizo el inmortal descubrimiento que será siempre un motivo de gloria para sus amigos y un motivo de envidia para todos los anticuarios del mundo. Habían pasado la puerta de la hostería, y no recordaban donde estaba situada. Al volver atrás, los ojos de Mr. Pickwick se fijaron en una piedra rota y medio sepultada en la tierra.

Mr. Pickwick se detuvo.

—Es particular, — dijo.

—¿Qué hay de particular? — preguntó Tupman, mirando con solicitud los objetos que le rodeaban, excepto aquel que no era objeto de la admiración de Pickwick.

—¿De qué se trata?

—Hay aquí una inscripción, — dijo Mr. Pickwick inclinándose y limpiando la piedra con el pañuelo.

—¿Es posible? — dijo Tupman.

Puedo distinguir, — continuó Pickwick frotándose con todas sus fuerzas y mirando atentamente al través de sus anteojos, puedo distinguir una cruz y una B, después más. Esto es muy importante, — continuó Pickwick levantándose. — Es una inscripción muy antigua. Es preciso recoger este hallazgo.

Habiendo hablado así, Mr. Pickwick llamó á la puerta de la cabaña y la abrió un labriego.

—Amigo, — le preguntó el filósofo en tono benévolo, ¿sabéis cómo se halla aquí esta piedra?

—No señor, yo no sé nada, — respondió el hombre políticamente. — Esto estaba así antes de que yo viniera.

Mr. Pickwick miró á sus compañeros con aire de triunfo.

—¿Vos no tendríais inconveniente en venderla? — dijo temblando de ansiedad.

—¡Ah! sí, ¿pero quién la compraría? — respondió el hombre.

—Os daré media guinea al instante, — respondió mister Pickwick, — si queréis retirarla de la tierra.

Cuando la pequeña piedra fué desarraigada, mediante algunos golpes de azada, Mr. Pickwick la levantó con sus propias manos con gran admiración de toda la aldea.

La llevó á la posada, y después de haberla lavado cuidadosamente, la puso sobre la mesa.

La alegría de los pickwickianos no tuvo límites viendo el éxito que tenía su paciencia y su asiduidad en lavar y rasguñar la piedra. Esta era angulosa, las letras mal alineadas y poco regulares; pero, sin embargo, se podía descifrar el siguiente fragmento de inscripción:

I
I
B I L
S T U M
P S S'
M A R K

Las pupilas de Mr. Pickwick resplandecieron de alegría cuando se sentó junto á la mesa contemplando el tesoro que había desenterrado. Había realizado el grande objeto de su ambición. En un condado célebre por contener su suelo muchos restos de la antigüedad, en una aldea donde existían aún objetos de los tiempos antiguos, el presidente del Club Pickwick había descubierto una extraña y curiosa inscripción de incontestable antigüedad, y que había escapado á todas las observaciones de todos los sabios que le habían precedido. Apenas creía la evidencia de sus ojos.

—Esto — dijo, — esto me determina. Volvemos á la ciudad mañana.

—¡Mañana! — exclamaron sus discípulos, llenos de admiración.

—Mañana, — repitió Pickwick. — Este tesoro debe ser entregado inmediatamente en una parte donde pueda ser convenientemente estudiado. Además, dentro de algunos días tiene lugar una elección en el pueblo de Eatanswill. Un caballero á quien últimamente he conocido, Mr. Perker, es agente de uno de los candidatos. Contemplaremos, estudiaremos minuciosamente una escena interesante para todo inglés.

—¡Iremos con vos! — exclamaron al mismo tiempo tres voces que parecían no formar más que una sola.

Mr. Pickwick paseó sus miradas en torno suyo. El interés, el fervor de sus discípulos encendieron en su seno el fuego del entusiasmo. Notó que les dominaba.

—Celebremos, — dijo, — celebremos esta reunión afortunada con libaciones amistosas.

Esta nueva proposición fué acogida con unánimes aplausos. Pickwick puso la piedra en una caja de pino, después la colocó en un sillón á la cabecera de la mesa,

y la noche toda se consagró á la alegría y á la conversacion.

Eran más de las once, hora tardía para los habitantes del pueblecito de Cobham, cuando Mr. Pickwick se retiró á la alcoba que le habían preparado. Levantó la persiana, y poniendo la luz sobre la mesa, se entregó á profundas meditaciones acerca de los numerosos acontecimientos de los días precedentes.

Después de dar algunos paseos de la puerta á la ventana y de la ventana á la puerta, se acordó del manuscrito del viejo eclesiástico. Sacóle del bolsillo de su gabán, acercó una mesa á su lecho, despabiló la luz, se puso los espejuelos y empezó á leer. La letra era muy rara; el papel arrugado y manchado. El título del manuscrito produjo un escalofrío á Mr. Pickwick, y no pudo menos de lanzar una mirada inquieta en la habitacion. Sin embargo, reflexionando en lo absurdo de dejarse dominar por semejantes ideas, despabiló de nuevo la luz y leyó lo que sigue:

Manuscrito de un loco

¡Sí, de un loco! ¡Cuánto horror me hubieran causado estas palabras hace algunos años! ¡qué espanto hubieran producido en mi corazón, haciendo hervir la sangre en mis venas hasta que mi frente se embriera de sudor frío, hasta que mis rodillas flaquearan! Y, sin embargo, ahora amo este nombre, es un bello nombre. Mostradme un monarca cuya frente colérica haya causado alguna vez tanto miedo como la mirada brillante de un loco. ¡Oh! es gran cosa ser loco, el ser mirado como un león salvaje al través de las barras, rechinar los dientes y ahullar durante las noches silenciosas, y rodar sobre la paja al dulce son de la cadena. ¡Hurra por la casa de locos! ¡magnífico sitio!

Me acuerdo del tiempo en que yo tenía miedo de volverme loco, en que yo me despertaba sobresaltado para caer de rodillas y pedir al cielo que me librara del azote de mi raza; en que yo me apartaba del regocijo y de la dicha para ocultarme en un rincón solitario, y consumir las horas en observar el progreso de la fiebre que devoraba mi cerebro. Yo sabía que la locura estaba mezclada en mi sangre y en la médula de mis huesos, que había pasado una generacion sin que se apareciera en mi familia, y que yo era el primero en quien debía renacer. Yo sabía que había de suceder así, que siempre había sido y debía ser lo mismo, y cuando me aislaba en el ángulo de un salón lleno de gente, cuando veía á los convi-

dados hablar bajo y dirigir sus miradas hacia mí, yo sabía que hablaban del loco predestinado. Entonces yo salía de allí é iba á consumirme en la soledad, sumergido en mis tristes pensamientos.

He vivido así durante largos y penosos años. Aquí son largas las noches algunas veces, muy largas; pero no es esto nada comparado con las noches sin reposo, noches de espantosos sueños que me atormentaban en aquel tiempo. Me da frío el recordarlo. Grandes figuras sombrías vagaban por los muros de mi habitacion, y durante las noches, sus rostros horribles y burlones se acercaban inclinándose sobre mí para hacerme perder el juicio. Me decían, murmurando en voz baja, que el suelo de nuestra vieja casa estaba manchado con la sangre de nuestro abuelo, vertida por sus propias manos en un acceso de furor. Yo metía los dedos en mis orejas con objeto de no oír, pero sus voces se elevaban como la tempestad y me gritaban que la locura había aparecido en mi familia con el abuelo de mi abuelo, el cual había vivido muchos años con las manos atadas en la tierra, para impedir que se destrozara así mismo. Yo sabía que esto era verdad, y lo había descubierto algunos años antes, aunque tenían empeño en ocultármelo. ¡Ah! era muy cuerdo entonces, aunque ellos me creyeran loco.

Al fin la locura se apoderó de mí y me admiré de haberla temido. Yo podía ir á todas partes, reír y bromear con todo el mundo. Yo sabía que estaba loco, pero ellos no sospechaban nada. ¡Cuánto gozaba yo en mi interior al ver sus ademanes de susto y al oír sus cuchicheos cuando no estaba loco y tan sólo temía volverlo á estar! ¡Cuánto reía hallándome solo, al pensar que yo guardaba tan bien mi secreto, al pensar en el terror de mis buenos amigos si hubiesen llegado á sospechar la verdad! Cuando yo me sentaba á la mesa en frente de un joven charlatán, mi placer era inmenso al pensar cómo se pondría pálido y cómo se escaparía al saber que el amigo que estaba sentado delante de él y afilando un cuchillo era un loco, con facultad para sepultarle el arma en el corazón. ¡Oh, qué deliciosa vida!

Heredé inmensas riquezas y me embriagué en los placeres, que hacía más intensos la conciencia del secreto que yo guardaba tan bien. Heredé un castillo: la ley de ojos de lince se engañó: puso en manos de un loco una fortuna prodigiosa. ¿Dónde estaba el juicio de los hombres sabios y perspicaces? ¿dónde la destreza de los hombres de ley; tan hábiles en descubrir los menores vicios de forma? La malicia de un loco los había engañado.

Yo tenía dinero. ¡Cuánto me obsequiaban! Yo lo gastaba profusamente. ¡Cuánto me elogiaban! Aquellos tres

hermanos orgullosos se humillaban ante mí. ¡Su viejo padre también, con su cabeza blanca! ¡cuánta deferencia, cuánto respeto, cuánta amistad! ¡verdaderamente me idolatraban! El viejo tenía una hija: los jóvenes tenían una hermana, y los cinco eran pobres, y yo era rico; y cuando me casé con la joven, ví una sonrisa de triunfo en los labios de sus ávidos parientes. Pensaban en su plan tan bien combinado, en la buena presa que habían hecho; yo era quien debía sonreír... sonreír... reír á carcajadas y rodar por tierra arrancándome los cabellos con clamores de alegría. No sospechaban que la habían casado con un loco.

Un momento... si ellos lo hubieran sabido, ¿se hubiera jugado la ventura de una hermana contra el oro de su marido, la más ligera pluma que vuela en el aire contra la enorme cadena que adorna mi cuerpo?

Sin embargo, en una cosa me engañé, apesar de toda mi malicia. Si yo no hubiera estado loco, (porque nosotros los locos, aunque somos generalmente bastante astutos, nos embrollamos alguna vez); si yo no hubiera estado loco, hubiera notado que la joven hubiera querido más estar metida inerte y rígida en un ataúd de plomo, que vivir rica y noblemente casada, en un palacio fastuoso. Yo hubiera sabido que su corazón pertenecía al joven de los ojos negros cuyo nombre le oí pronunciar durante su sueño; yo hubiera sabido que se había sacrificado para socorrer la pobreza de su padre, el de los cabellos blancos, y de sus hermanos orgullosos.

Ahora no me acuerdo de las fisonomías, pero sé que la joven era bella, yo lo sé: porque durante las noches en que brilla la luna, cuando me despierto sobresaltado y está todo tranquilo en torno mío, veo en un rincón de esta celda una figura delgada y blanca, que permanece inmóvil y silenciosa; sus largos cabellos negros, esparcidos sobre sus hombros, no son nunca agitados por el viento; sus ojos, que clavan en mí una mirada abrasadora, no pestañean y no se cierran nunca. ¡Silencio! ¡mi sangre se hiela en mi corazón al escribir esto! ¡este rostro es bello! ¡su rostro es muy pálido y sus pupilas vidriosas, pero la conozco bien! Esta figura no se mueve, no frunce las cejas, no rechina los dientes como otros fantasmas que aparecen en mi celda, y, sin embargo, me parece más horrible que los espíritus que me asediaban en otro tiempo, ella sale de su tumba, y la muerte está en su rostro.

Durante un año ví decaer de día en día los colores de sus mejillas, ví correr lágrimas silenciosas de sus ojos abatidos. Yo no sabía la causa, pero la descubrí al fin. Ellos no pudieron ocultármelo por mucho tiempo. Ella no me había amado nunca; yo no había pensado que

ella me amara; despreciaba mis riquezas y detestaba el esplendor en que vivía; yo no había contado con esto; ella amaba á otro: esta idea no entró jamás en mi cabeza. Extraños sentimientos se apoderaron de mí: pensamientos inspirados por un poder secreto trastornaron mi cerebro. Yo no la aborrecía, aunque aborreciese al joven que ella lloraba todavía. Yo tenía lástima... sí, le tenía lástima por la vida miserable á la cual sus parientes egoistas la habían condenado. Yo sabía que ella no viviría mucho tiempo; pero el pensamiento de que antes de su muerte podía dar la vida á un ser desgraciado, destinado á transmitir la locura á sus hijos... esta idea me determinó... y resolví matarla.

Durante una semana quise ahogarla, después pensé en el veneno, después en el fuego. ¡Qué bello espectáculo ver la gran casa rodeada por las llamas, y la mujer del loco reducida á cenizas! ¡qué bueno prometer una gran recompensa al que la salvara, y después ahogar como incendiario á un hombre cuerdo é inocente! ¡Y todo esto por la malicia de un loco! Pensé en esto mucho, pero renuncié al fin. ¡Oh! ¡qué placer examinar todos los días la navaja de afeitar, ver si estaba afilada, probarla y pensar en el tajo que podía dar un sólo golpe de aquella hoja brillante!

Al fin, los espíritus que por tanto tiempo me habían acompañado, me dijeron al oído que el momento había llegado. Me pusieron una navaja abierta en la mano; yo la agarré con fuerza: me levanté suavemente de la cama y me acerqué á mi mujer adormecida. Tenía el rostro oculto entre las manos; yo las aparté poco á poco, y cayeron con negligencia sobre su seno. Había llorado; las huellas de sus lágrimas se veían sobre sus pálidas mejillas; sin embargo, su aspecto era sereno y feliz, y mientras yo la miraba, una tranquila sonrisa iluminó sus facciones demacradas. Puse suavemente mi mano sobre su hombro; ella se estremeció, pero sin abrir sus párpados. La toqué de nuevo; entonces lanzó un grito y se despertó.

Un movimiento de mi mano, y su garganta no hubiera articulado otro sonido; pero fui sorprendido, y retrocedí. Sus ojos se fijaron en los míos. No sé en qué consistió que me intimidaron; me sentí dominado por su mirada. Se levantó de su cama mirándome fijamente. Yo temblé; la navaja estaba en mi mano, pero yo no podía hacer ningún movimiento. Se dirigió hacia la puerta. Cuando estuvo cerca de llea, apartó los ojos de mí; el encanto había desaparecido: yo dí un salto y la así por el brazo: ella cayó en tierra dando gritos desesperados.

Entonces hubiera yo podido matarla sin resistencia; pero la casa se había alarmado. Yo sentí pasos en la es-

calera. Puse la navaja en su sitio, abrí la puerta y pedí yo mismo socorro.

Vinieron, la levantaron y la colocaron en su lecho. Permaneció sin conocimiento algunas horas, y cuando recobró la palabra, había perdido el juicio, deliraba con furiosos accesos.

Fueron llamados los médicos... estuvieron junto á su lecho durante semanas enteras. Hubo una gran consulta, y conferenciaron juntos con voz solemne. Yo estaba en la habitación inmediata; uno de los más famosos entre los que allí estaban se acercó á mí, me llevó aparte, y diciéndome que me preparara á recibir una funesta noticia, me dijo á mí, ¡al loco!... que mi mujer estaba loca. El doctor estaba solo conmigo junto á una ventana abierta, fijos sus ojos en mi cara, puesta la mano sobre mi brazo. Con un solo esfuerzo lo hubiera podido precipitar en la calle; pero por no comprometer mi secreto, le dejé partir sano y salvo. Algunos días después me dijeron que yo debía hacer que la vigilaran, escogerle un guardián; ¡yo! Me fui al campo, donde nadie podía oírme, y lancé terribles carcajadas, que retumbaron en el espacio.

Ella murió al día siguiente. El viejo de los cabellos blancos siguió su féretro, y los hermanos orgullosos derramaron lágrimas sobre el cuerpo insensible de aquella cuyos sufrimientos habían presenciado con corazón de acero. Todo esto alimentaba mi secreta alegría, y volviendo á la casa, reí detrás del pañuelo blanco con que ocultaba mi rostro, reí tanto, que las lágrimas asomaron á mis ojos.

Pero aunque yo había conseguido mi objeto matándola, estaba inquieto y agitado. Yo presentía que mi secreto había de descubrirse pronto. Yo no podía ocultar la alegría salvaje que hervía en mi sangre, y que cuando estaba solo en la casa, me hacía saltar, y batir palmas, y bailar, y dar vueltas, y rugir como un león. Cuando yo salía y veía la inquieta multitud en las calles ó en el teatro, cuando oía los sonos de la música, cuando miraba los danzantes, sentía tanta dicha, que estaba tentado á precipitarme en medio de ellos y arrancarle sus miembros pedazo á pedazo, y aullar con los instrumentos. Pero entonces rechinaba los dientes, golpeaba con el suelo, enterraba mis uñas en mis manos, y dominaba mi locura, y nadie sospechaba que yo era un loco.

Me acuerdo... (aunque esta sea una de las últimas cosas de que puedo acordarme... porque ahora confundo mis sueños con los hechos reales, y tengo tantas cosas que hacer aquí, y estoy tan ocupado, que no tengo tiempo de poner en orden esta confusión); me acuerdo de cómo estalló al fin la locura. ¡Ah! me parece que veo

aun sus miradas de espanto. ¡Con cuánta facilidad los rechacé lejos de mí! ¡cómo herí sus rostros con mis puños cerrados, y cómo escapé con la velocidad del viento, dejándoles aullar y gritar muy lejos detrás de mí! La fuerza de un gigante renace en mí cuando me acuerdo. Mirad aquí como se dobla esta barra de hierro, empujada por mi fuerza furiosa. Podría romperla como una caña, pero hay largas galerías con muchas puertas; y creo que no podría encontrar mi camino; y aun cuando pudiera encontrarlo, hay abajo rejas de hierro que están cuidadosamente cerradas, porque saben que soy un loco astuto. Tienen orgullo en mostrarme á los visitantes.

Veamos... sí, eso es... yo salí, la noche estaba avanzada cuando volví á la casa, y encontré al más orgulloso de los tres hermanos, que me esperaba para verme. Asunto urgente, dijo, me acuerdo bien. Yo aborrecía á aquel hombre con todo el odio de un loco. Algunas veces había deseado ardientemente hacerle pedazos. Me dijeron que estaba allí. Subí rápidamente la escalera. Tendría que decirme una palabra. Hice salir á los criados.

Era tarde y nos encontrábamos juntos y solos *por primera vez*.

Al principio aparté de él los ojos, porque yo sabía lo que él no sospechaba, y me glorificaba de saber... que el fuego de la locura brillaba en mis ojos. Permanecimos sentados en silencio durante algunos minutos. El habló al fin. Mis disipaciones recientes, verificadas después de la muerte de su hermana, eran un insulto á su memoria. Recordando muchas circunstancias que al principio habían escapado á su observación, él pensaba que yo no había tratado bien á la difunta. Deseaba saber si debía deducir que yo quería hacer á mi esposa muerta alguna inculpación, faltando así al respeto debido á su familia. El uniforme que llevaba le ponía en el caso de pedirme esta explicación.

Aquel hombre tenía un empleo en el ejército, un empleo comprado con mi dinero, con la miseria de su hermana. El era el más empeñado en el complot para casarme con ella y apropiarse mi fortuna. Por él y para él fué su hermana obligada á desposarse, aunque él sabía muy bien que su corazón pertenecía al joven sentimental. *Su uniforme le obligaba á pedirme, una explicación.* Su uniforme, la librea de su degradación. Clavé en él mis ojos; no los pude resistir, pero no dije una palabra.

Ví el cambio repentino que mi mirada produjo en él. Era un hombre atrevido. Apartó su silla hacia atrás, acercó la mía, y habiendo yo empezado á reír (estaba muy alegre entonces), le vi estremecerse. Sentí que la locura se apoderaba de mí. El tuvo miedo.

— ¿Amábais mucho á vuestra hermana cuando vivía? — le dije yo. — ¿La amábais mucho?

El miró con inquietud en torno suyo, y su mano derecha asió fuertemente el espaldar de la silla. No respondió.

— ¡Miserable! — exclamé, — ya os he descubierto. Ya he descubierto vuestro infernal complot contra mí. Yo sé que su corazón pertenecía á otro cuando la obligásteis á casarse conmigo; lo sé.

El se levantó bruscamente, levantó la silla y me gritó que retrocediera, porque yo me había acercado á él hablando.

Yo aullaba más bién que hablaba, y sentía bullir en mis venas el tumulto de las pasiones. Yo oía la voz de los espíritus que me decían que le arrancase el corazón.

— ¡Condenación! — exclamé precipitándome hacia él. — ¡Yo he matado á tu hermana! ¡Estoy loco! ¡Muerte, muerte! ¡Sangre, sangre! ¡Yo tendré tu sangre!

Aparté la silla que me lanzó en su terror: me enlacé á él cuerpo á cuerpo, y los dos rodamos por el suelo.

Fué soberbia la lucha, porque él era grande y fuerte; luchaba por su vida. Yo era un loco potente, sediento de venganza. Yo sabía que ninguna fuerza humana podía igualar á la mía, y yo tenía razón ¡razón! ¡razón! aunque loco. Su resistencia se debilitó; yo me arrodillé sobre su pecho, estreché fuertemente entre mis manos su cuello musculoso; su rostro se puso morado, los ojos le salían de la cabeza, sacaba la lengua como si quisiera burlarse de mí. Yo apretaba cada vez más fuerte.

De repente la puerta se abrió con gran estrépito; muchas personas se precipitaron en la habitación gritando: ¡detened el loco! Mi secreto estaba descubierto: era preciso luchar por la libertad. Me levanté antes que ninguno pudiera asirme. Lancéme entre los concurrentes y me abrí paso con un empuje vigoroso. Caían todos delante de mí, como si yo los golpeara con una maza. Llegué á la puerta; en un momento me encontré en la calle.

Corría, nadie se atrevía á detenerme. Oí ruido de pasos detrás de mí y redoblé la velocidad. Aquel ruido se iba debilitando á medida que yo avanzaba, y al fin se estinguió completamente. Yo saltaba por encima de arroyos y charcos, por encima de murallas y fosos, lanzando salvajes gritos, que eran repetidos por los séres extraños que me rodeaban. Los demonios me llevaban en sus brazos enmedio de un huracán que derribaba al pasar tapias y árboles; me arrastraban en torbellino, y yo no veía nada en torno mío; tan aturdido estaba por el ruido y la rapidez de mi carrera. Allí me lanzaron lejos de sí y caí penosamente en tierra.

Cuando desperté me encontré aquí... aquí, en esta alegre celda, donde los rayos del sol llegan rara vez donde los rayos de la luna, si alguna vez llegan, no sirven sino para hacerme ver mejor las sombras amenazadoras que me rodean y aquella figura silenciosa, siempre de pié en aquel rincón. Cuando despierto puedo oír extraños alaridos, gemidos horribles que retumbaban en las viejas murallas. Ignoro lo que es esto; pero los gemidos no parten de aquella pálida figura, ni tienen relación alguna con ella, porque desde las primeras sombras del crepúsculo hasta las luces materiales de la aurora, ella permanece inmóvil en el sitio, escuchando la armonía de mis cadenas de hierro y contemplando mis movimientos sobre mi lecho de paja.

Al fin del manuscrito estaba escrita de otra letra la nota siguiente:

«El desgraciado cuyos delirios se acaban de leer, es un triste ejemplo del resultado que pueden tener las pasiones desenfundadas y los excesos prolongados hasta que sus consecuencias son irreparables. La disipación, los extravíos frecuentes de su juventud le acarrearón la fiebre y el delirio. El primer efecto de éste fué la extraña ilusión por la cual se persuadió de que existía en su familia una locura hereditaria. Esta idea, fundada en una teoría médica muy conocida pero combatida tanto como apoyada, produjo en él un humor atrabiliario, que con el tiempo degeneró en locura y terminó al fin por el furor. Creo que los acontecimientos referidos por él han pasado realmente, aunque han sido desfigurados por su imaginación enferma. Lo que debe admirar más á los que no tienen conocimiento de sus vicios es que sus pasiones, cuando no estaban sujetas por la razón, no le indujeran á cometer crímenes aun más horribles.»

La vela de Mr. Pickwick se apagaba precisamente en el momento en que acababa de leer el manuscrito del viejo eclesiástico; y como la luz se extinguió de repente, la obscuridad súbita hizo una profunda impresión en sus nervios ya excitados. Se estremeció y sus dientes se chocaron de terror. Quitándose los vestidos, lanzó alrededor una mirada temerosa y se metió prontamente entre sábanas no tardando en dormirse.

Cuando despertó la mañana estaba avanzada. La tristeza que había abatido por la noche á nuestro héroe se había disipado con las sombras que oscurecían el paisaje; todos sus pensamientos eran tan alegres y felices como la mañana misma. Después de un sólido al-

muerzo, los cuatro filósofos, seguidos por un hombre que llevaba la piedra en una caja de pino, se dirigieron hacia Gravesend, donde habían enviado el equipaje desde Rochester. Llegaron á Gravesend á la una, y habiendo encontrado sitios en la imperial del coche de Londres, llegaron allí salvos y sanos por la noche.

Los tres ó cuatro días siguientes fueron empleados en los preparativos necesarios para el viaje al pueblo de Eatanswill; pero como esta importante empresa exige un capítulo aparte, emplearemos las pocas líneas que nos restan en contar con brevedad la historia de la antigüedad descubierta por Mr. Pickwick.

Resulta de las memorias del Club, que Mr. Pickwick habló de su descubrimiento en una reunión que tuvo lugar al día siguiente de su llegada, y llevó el espíritu encantado de su auditorio á una multitud de especulaciones ingeniosas y eruditas, relativas al sentido de la inscripción. Parece también que un artista hábil hizo el dibujo que fué grabado en piedra y presentado á la sociedad real de anticuarios de Londres y á otras sociedades de sabios; que de las opiniones emitidas con este objeto nacieron envidias y rivalidades sin número; que Mr. Pickwick mismo escribió un folleto de noventa y siete versiones diferentes de la inscripción; que tres viejos, cuyos hijos primogénitos se habían atrevido á poner en duda la antigüedad de la piedra, los privaron de su herencia; que Mr. Pickwick fué elegido miembro de diez y siete sociedades de sabios por haber hecho tal descubrimiento; que ninguna de las sociedades de sabios pudo sacar nada en limpio de la inscripción; pero todas estuvieron acordes en reconocer que no existía nada más curioso.

Es cierto que Mr. Blotton, y su nombre será relegado al eterno olvido por todos los amantes de lo misterioso y lo sublime, Mr. Blotton, suspicaz y discolo como todos los caracteres vulgares, se permitió considerar la cosa bajo un punto de vista tan degradante como ridículo. Con el vil intento de obscurecer el brillante nombre de Pickwick, emprendió en persona un viaje á Cobham. A su vuelta declaró irónicamente ante el Club que había visto al hombre cuya piedra había sido comprada; que este individuo la creía antigua, pero que negaba solemnemente la antigüedad de la inscripción, y aseguraba haber grabado él mismo en un instante desocupado aquellas letras groseras que significaban:

Bill
Stumps
Su
Marca

Mr. Blotton añadía que Stumps, dejándose guiar por el sonido de las palabras más que por las reglas severas de la ortografía, había puesto una l en vez de un ll y había reemplazado por una k la c de *marca*.

Los ilustres miembros del Club Pickwick, como era de esperar de tan sabia sociedad, recibieron esta historia con el desprecio que merecía, arrojaron de su seno al ignorante y presuntuoso Blotton y votaron á mister Pickwick el regalo de unos espejuelos de oro, como prenda de admiración y confianza. Para pagar este prueba de aprobación, Mr. Pickwick se hizo pintar en pie, é hizo colgar su retrato en la sala de sesiones del Club, retrato que, entre paréntesis, le representaba mucho menos joven de lo que realmente era.

Mr. Blotton fué expulsado, pero no se dió por vencido. Dirigió á las diez y siete sociedades un folleto, en el cual repetía la historia que había dicho y dejaba comprender muy claramente que miraba como pupamoscas á los miembros de las diez y siete sociedades susodichas.

Al ver esta proposición mal sonante, las diez y siete sociedades se llenaron de indignación. Aparecieron nuevos folletos. Las sociedades sabias del extranjero correspondieron con las sociedades sabias nacionales. Las sociedades sabias nacionales tradujeron al inglés los folletos de las sociedades extranjeras. Las sociedades extranjeras tradujeron á todos los idiomas los folletos de las sociedades sabias de Inglaterra, y así comenzó aquella lucha científica, tan conocida en todo el universo con el nombre de *controversia pickwickiana*.

Sin embargo, los esfuerzos calumniosos destinados á perder á Mr. Pickwick cayeron sobre la cabeza de su desgraciado autor. Las diez y siete sociedades de sabios votaron unánimemente que el presuntuoso Blotton era un ignorante, y escribieron contra él innumerables opúsculos; en fin, la piedra subsiste todavía, monumento ilegible de la grandeza de Mr. Pickwick y de la pequeñez de sus detractores.

CAPITULO XII

Contiene una importante determinación de Mr. Pickwick, que hace época en su vida, lo mismo que en esta verídico historia.

Aunque la casa de Mr. Pickwick estaba en la calle de Gosswell, era pequeña, era cómoda y limpia, y sobre

muerzo, los cuatro filósofos, seguidos por un hombre que llevaba la piedra en una caja de pino, se dirigieron hacia Gravesend, donde habían enviado el equipaje desde Rochester. Llegaron á Gravesend á la una, y habiendo encontrado sitios en la imperial del coche de Londres, llegaron allí salvos y sanos por la noche.

Los tres ó cuatro días siguientes fueron empleados en los preparativos necesarios para el viaje al pueblo de Eatanswill; pero como esta importante empresa exige un capítulo aparte, emplearemos las pocas líneas que nos restan en contar con brevedad la historia de la antigüedad descubierta por Mr. Pickwick.

Resulta de las memorias del Club, que Mr. Pickwick habló de su descubrimiento en una reunión que tuvo lugar al día siguiente de su llegada, y llevó el espíritu encantado de su auditorio á una multitud de especulaciones ingeniosas y eruditas, relativas al sentido de la inscripción. Parece también que un artista hábil hizo el dibujo que fué grabado en piedra y presentado á la sociedad real de anticuarios de Londres y á otras sociedades de sabios; que de las opiniones emitidas con este objeto nacieron envidias y rivalidades sin número; que Mr. Pickwick mismo escribió un folleto de noventa y siete versiones diferentes de la inscripción; que tres viejos, cuyos hijos primogénitos se habían atrevido á poner en duda la antigüedad de la piedra, los privaron de su herencia; que Mr. Pickwick fué elegido miembro de diez y siete sociedades de sabios por haber hecho tal descubrimiento; que ninguna de las sociedades de sabios pudo sacar nada en limpio de la inscripción; pero todas estuvieron acordes en reconocer que no existía nada más curioso.

Es cierto que Mr. Blotton, y su nombre será relegado al eterno olvido por todos los amantes de lo misterioso y lo sublime, Mr. Blotton, suspicaz y discolo como todos los caracteres vulgares, se permitió considerar la cosa bajo un punto de vista tan degradante como ridículo. Con el vil intento de obscurecer el brillante nombre de Pickwick, emprendió en persona un viaje á Cobham. A su vuelta declaró irónicamente ante el Club que había visto al hombre cuya piedra había sido comprada; que este individuo la creía antigua, pero que negaba solemnemente la antigüedad de la inscripción, y aseguraba haber grabado él mismo en un instante desocupado aquellas letras groseras que significaban:

Bill
Stumps
Su
Marca

Mr. Blotton añadía que Stumps, dejándose guiar por el sonido de las palabras más que por las reglas severas de la ortografía, había puesto una l en vez de un ll y había reemplazado por una k la c de *marca*.

Los ilustres miembros del Club Pickwick, como era de esperar de tan sabia sociedad, recibieron esta historia con el desprecio que merecía, arrojaron de su seno al ignorante y presuntuoso Blotton y votaron á mister Pickwick el regalo de unos espejuelos de oro, como prenda de admiración y confianza. Para pagar este prueba de aprobación, Mr. Pickwick se hizo pintar en pie, é hizo colgar su retrato en la sala de sesiones del Club, retrato que, entre paréntesis, le representaba mucho menos joven de lo que realmente era.

Mr. Blotton fué expulsado, pero no se dió por vencido. Dirigió á las diez y siete sociedades un folleto, en el cual repetía la historia que había dicho y dejaba comprender muy claramente que miraba como pupamoscas á los miembros de las diez y siete sociedades susodichas.

Al ver esta proposición mal sonante, las diez y siete sociedades se llenaron de indignación. Aparecieron nuevos folletos. Las sociedades sabias del extranjero correspondieron con las sociedades sabias nacionales. Las sociedades sabias nacionales tradujeron al inglés los folletos de las sociedades extranjeras. Las sociedades extranjeras tradujeron á todos los idiomas los folletos de las sociedades sabias de Inglaterra, y así comenzó aquella lucha científica, tan conocida en todo el universo con el nombre de *controversia pickwickiana*.

Sin embargo, los esfuerzos calumniosos destinados á perder á Mr. Pickwick cayeron sobre la cabeza de su desgraciado autor. Las diez y siete sociedades de sabios votaron unánimemente que el presuntuoso Blotton era un ignorante, y escribieron contra él innumerables opúsculos; en fin, la piedra subsiste todavía, monumento ilegible de la grandeza de Mr. Pickwick y de la pequeñez de sus detractores.

CAPITULO XII

Contiene una importante determinación de Mr. Pickwick, que hace época en su vida, lo mismo que en esta verídico historia.

Aunque la casa de Mr. Pickwick estaba en la calle de Gosswell, era pequeña, era cómoda y limpia, y sobre

todo en perfecta armonía con un genio observador. La sala estaba en el piso bajo, su alcoba en el primer piso, y ya estuviere sentado en su despacho, ya estuviere de pie afeitándose delante de su espejo, podía igualmente contemplar todas las fases de la naturaleza humana en la calle de Goswell, que es casi tan populosa como popular. Su patrona, la señora Bardell, viuda y ejecutiva testamentaria de un aduanero, era una mujer oficiosa, de ademán inquieto y fisonomía alegre. A estas cualidades físicas unía preciosidades morales; por un feliz estudio, por una larga práctica, había convertido en un talento exquisito el don particular que había recibido del cielo para todo lo concerniente á la cocina. No había en la casa ni chicos, ni gallinas, ni criados. Un hombre grande y un chico completaban el personal. El primero era nuestro héroe, el segundo una producción de la señora Bardell. El grande hombre entraba en su casa todas las noches á las diez, y poco tiempo después se condensaba en su lecho francés, colocado en un gabinete del interior. En cuanto al joven Bardell, sus juegos infantiles y sus ejercicios gimnásticos se circunscribían estrictamente á la acera de la calle. La limpieza, la tranquilidad reinaban en todo el edificio, y la voluntad de mister Pickwick era la única ley.

La víspera del viaje proyectado á Eatanswill, á cosa del medio día, debía parecer singularmente misteriosa é inexplicable para todo el que conociese su admirable uniformidad de espíritu y la economía doméstica de su establecimiento. Se paseaba en su habitación con pasos precipitados. De tres en tres minutos asomaba la cabeza á la ventana, miraba constantemente su reloj y manifestaba otros diversos síntomas de impaciencia, muy extraordinaria en él. Era evidente que le pasaba algo importante; pero ni la señora Bardell era capaz de adivinar lo que era.

—Señora Bardell — dijo Mr. Pickwick cuando esta amable dama estaba á punto de concluir de arreglar su cuarto.

—¿Señor? — respondió la señora Bardell.

—Vuestro hijo hace tiempo que está fuera.

—Es verdad, señor; pero es muy lejos de aquí; es en Borongh.

—¡Ah! es verdad.

Y volvió á sumirse en el silencio.

La señora Bardell siguió arreglando la habitación.

—¿Señora Bardell? — dijo Mr. Pickwick al cabo de algunos minutos.

—¿Señor?

—¿Creéis que el gasto sea mayor para una persona que para dos?

—¡Bah! Mr. Pickwick — replicó la señora Bardell, poniéndose colorada hasta lo blanco de los ojos, porque creyó percibir en los de su inquilino cierto guiño matrimonial. — ¡Bah! Mr. Pickwick, qué pregunta.

—Y bien, ¿qué pensáis?

—Eso depende... — respondió la señora Bardell acercando su plumero al codo de Mr. Pickwick; — eso depende de la persona, ya sabéis, Mr. Pickwick, y si esa es una persona laboriosa y económica...

—Es mucha verdad; pero la persona á que me refiero (aquí Mr. Pickwick miró fijamente á la señora Bardell) posee, según creo, esas cualidades. Tiene además un gran conocimiento del mundo, y mucho tacto, señora Bardell. Me será infinitamente útil.

—¡Bah! Mr. Pickwick — murmuró la Bardell, sonrojándose de nuevo.

—¡Estoy persuadido! — continuó el filósofo con creciente energía, como era su costumbre cuando hablaba sobre un asunto interesante; — estoy persuadido; y para decirlo de una vez, señora Bardell, he tomado esa determinación.

—¡Señor, Dios! — exclamó la señora Bardell.

—Tal vez os parezca extraño — continuó el amable Mr. Pickwick, lanzando á su compañera una mirada de buen humor; — tal vez os parezca extraño que no os haya consultado sobre este punto; y no os he hablado de ello hasta el momento en que he enviado fuera á vuestro hijo.

La señora Bardell no pudo responder sino por una mirada. Hacía tiempo que adoraba á Mr. Pickwick como una divinidad, á la cual no le era permitido acercarse, y he aquí que de repente, la divinidad bajaba de su pedestal y la tomaba en sus brazos; Mr. Pickwick le hacía proposiciones directamente, á consecuencia de un plan deliberado, porque había enviado al pequeño á Borongh para quedarse solo con ella. ¡Qué delicadeza! ¡qué atención!

—Y bien — dijo el filósofo; — ¿qué pensáis?

—¡Ah! Mr. Pickwick — respondió la Bardell, trémula de emoción; — sois muy bueno, señor.

—Eso os evitará muchos trabajos, ¿no es verdad?

—¡Oh! nunca he pensado en el trabajo, y naturalmente, trabajaré más que antes por agradaros. Pero sois tan bueno, Mr. Pickwick, en haber pensado en mi soledad.

—¡Ah! ciertamente no había pensado en eso... cuando yo esté fuera, tendréis siempre alguien con quien hablar.

—Es seguro que debo considerarme como una mujer feliz.

—¿Y vuestro hijo?

—¡Dios bendiga al pequeño! — interrumpió la señora Bardell con entusiasmo maternal.

—El tendrá también un compañero — continuó mister Pickwick sonriendo graciosamente, — un alegre compañero, que, estoy seguro, le enseñará en una semana muchas cosas que no habría aprendido en un año.

—¡Oh! ¡caro y excelente hombre! — murmuró la Bardell.

Mr. Pickwick se estremeció.

—¡Oh, caro y tierno amigo!

Y sin más ceremonias, la dama se levantó de su silla y echó los brazos al cuello de Mr. Pickwick con un diluvio de lágrimas y una tempestad de sollozos.

—¡Dios me proteja! — exclamó Mr. Pickwick lleno de asombro. — ¡Señora Bardell! ¡señora! ¡Bondad divina! ¡Qué situación! ¡Reparad! Dejadme; señora Bardell, si alguien viniera.

—¡Eh! ¿qué me importa? — respondió la Bardell con extravío. — No os abandonaré nunca, ¡hombre querido, corazón angelical!

Y pronunciando estas palabras, se adhirió al cuello de Mr. Pickwick tan fuertemente como la vid al olmo.

—¡El señor tenga piedad de mí! — dijo Mr. Pickwick defendiéndose con todas sus fuerzas. — Siento gente en la escalera. Dejadme, señora, os lo suplico; dejadme.

Pero los ruegos, las amonestaciones, eran inútiles, porque la dama se había desmayado en los brazos del filósofo, y antes de que tuviese tiempo para ponerla en el sofá, el chico Bardell introdujo en la habitación a mister Tupman, a Winkle y a Snodgrass.

Mr. Pickwick se quedó petrificado. Estaba en pie, con su amable carga en los brazos, y miraba a sus amigos con aire estúpido, sin saludarles, sin pensar en darles una explicación de lo que veían. Ellos, a su vez, se consideraban con admiración, y el chico Bardell, lleno de inquietud, examinaba á todos sin saber lo que aquello significaba.

La sorpresa de los pickwickianos era tanta y la perplejidad de Mr. Pickwick tan terrible, que hubieran quedado en la posición hasta que la dama hubiera recobrado el conocimiento, si su tierno hijo no hubiera precipitado el desenlace por una conmovedora ebullición de amor filial. El chico, vestido con un traje de terciopelo rayado, había permanecido en pie, incierto y confuso sobre el umbral de la puerta; pero gradualmente se fué desarrollando en su espíritu la idea de que su madre había sufrido algún desperfecto. Considerando á Mr. Pickwick como el agresor, lanzó un grito salvaje, y precipitándose

con la cabeza baja, empezó á asediar á aquel hombre inmortal por las piernas y las caderas, pellizcándole y golpeándole tan fuertemente como lo permitían la fuerza de sus brazos y la violencia de su empuje.

—¡Quitadme á este chicuelo! — exclamó Mr. Pickwick en la agonía de la desesperación. — ¡Está rabioso!

—¿Qué ha pasado? — preguntaron los tres pickwickianos estupefactos.

—No sé nada — respondió el mentor con desesperación. — Separad este chico.

Mr. Winkle llevó al otro extremo de la habitación al interesante chico, que gritaba y gesticulaba con todas sus fuerzas.

—Ahora — continuó Mr. Pickwick, — ayudadme á llevar abajo á esta mujer.

—¡Ah! me siento mejor — suspiró débilmente la señora Bardell.

—Permitidme ofreceros mi brazo — dijo Tupman, siempre galante.

—Gracias, caballero, gracias — exclamó la dama con voz histérica.

Y fué llevada al piso bajo en compañía de su cariñoso hijo.

—No puedo concebir — dijo Mr. Pickwick cuando volvieron sus amigos. — no puedo concebir lo que le ha pasado á esta mujer. Acababa simplemente de anunciarle que voy á tomar un criado cuando cayó en el singular paroxismo en que la habéis encontrado. Es muy extraordinario.

—Es verdad — dijeron sus tres amigos.

—Me ha puesto en una situación muy ridícula — continuó el filósofo.

—Es verdad — repitieron sus tres discípulos, tosiendo ligeramente y mirándose unos á otros con aire dubitativo.

Esto no pasó inadvertido para Mr. Pickwick. Notó la incredulidad de sus amigos; dudaban evidentemente de su inocencia.

Después de algunos momentos de silencio, mister Tupman tomó la palabra y dijo:

—Hay un hombre abajo en el vestíbulo.

—Es la persona de quien os he hablado: le mandé á buscar á Borongh. Tened la bondad de decirle que suba, Snodgrass.

Mr. Snodgrass ejecutó esta comisión, y Mr. Samuel Weller se presentó inmediatamente.

—¡Ah! ¡ah! me reconocéis — le dijo Mr. Pickwick.

—Un poco — replicó Sam guiñando el ojo.

—Tengo que hablaros; — sentaos — dijo el filósofo.

—Gracias — respondió Sam; y se sentó sin más ceremonias, habiendo depositado su viejo sombrero en el suelo. — No es un buen sombrero — continuó, sonriendo á los pickwickianos, — pero es muy cómodo. Cuando tenía alas era muy bello, ahora que no las tiene es más ligero; después, los agujeros dan entrada al aire; es un sombrero ventilador.

—Ahora — dijo Mr. Pickwick, — se trata del asunto por que os he mandado venir con el asentimiento de estos señores. Deseo saber ante todo si tenéis motivo para estar descontento de vuestra situación presente.

—Antes de satisfacer á esa pregunta, deseo saber ante todo si tenéis una mujer que darne.

Un rayo de calma benévola iluminó las facciones de Mr. Pickwick, cuando contestó:

—Quiero que entréis en mis lecciones.

—¿De veras? — preguntó Sam.

Mr. Pickwick hizo un gesto afirmativo.

—¿Salario?

—Doce guineas al año.

—¿Vestidos?

—Dos.

—¿Trabajo?

—Servirme, y viajar conmigo y con estos caballeros.

—Acepto.

—¿Podéis suministraros buenos informes?

—Preguntad á la dueña del *Ciervo blanco*, y ella dirá.

—¿Podéis venir esta noche?

—Voy á ponerme mi traje al momento, si está aquí — exclamó Sam con alegría.

—Volved esta noche á las ocho, — respondió mister Pickwick, — y si los informes son buenos, os vestiréis aquí.

Exceptuando un amable desliz, de que había sido culpable al mismo tiempo una de las criadas del hotel, la conducta de Sam Weller había sido siempre muy meritoria. Mr. Pickwick no vaciló en tomarle á su servicio.

Antes de anochecer Sam estaba vestido, con un traje gris con botones de P. C., un sombrero negro de escarpela, con un chaleco rayado y pantalón de polainas.

Al día siguiente este individuo, tan repentinamente transformado, tomó asiento en el exterior del coche de Eatanswill.

—Es verdad — dijo, — todavía no sé si voy á ser un lacayo, ó un *groom* ó un guardabosque; pero es igual. Cambiaremos de aire. Quiero ver tierras; no tendré mucho que hacer, eso me gusta. Por tanto ¡viva Pickwick!

CAPITULO XIII

Eatanswill — Partidos que lo dividen. — Elección de un miembro del Parlamento en este pueblo antiguo, leal y patriota.

Confesamos francamente que nunca hemos oído hablar de Eatanswill, hasta el momento en que nos hemos sumergido en los papeles del Club Pickwick. Reconocemos que en vano hemos buscado pruebas de la existencia de dicho pueblo.

Hemos supuesto, por lo tanto, que el temor de ofender á alguién y guiado por un sentimiento de delicadeza, Mr. Pickwick substituyó deliberadamente con un nombre ficticio el nombre real del pueblo donde había hecho sus observaciones.

Parece que los habitantes de Eatanswill, como los de otros muchos pueblos, se creían de inmensa importancia en el estado, y cada individuo, como tenía la conciencia de esto, se unía en cuerpo y alma á uno de los partidos que dividían el pueblo, los azules y los amarillos. Por tanto, los azules no perdían ninguna ocasión de contrariar á los amarillos, y los amarillos no dejaban escapar ninguna ocasión de contrariar á los azules; de modo que cuando los amarillos y los azules se encontraban frente á frente en alguna reunión pública, en el ayuntamiento, ó en la feria, ó en el mercado, surgían siempre grandes disputas y cuestiones entre unos y otros. Es inútil añadir que en Eatanswill todas las cosas se hacían cuestiones de partido. Si los amarillos proponían cubrir la plaza del mercado, los azules tenían asambleas públicas en que echaban abajo el proyecto. Si los azules proponían erigir una nueva bomba en la gran calle, los amarillos se levantaban como un solo hombre y combatían ardientemente tan infame moeión. Había tiendas azules y tiendas amarillas; había en la iglesia misma una fila amarilla y una fila azul.

Cada uno de estos poderosos partidos debían tener necesariamente un órgano, y en efecto, se publicaban dos periódicos en la ciudad; la *Gaceta de Eatanswill* y el *Independiente de Eatanswill*. El primero sostenía los principios azules, el segundo campeaba en un terreno pu-

— Gracias — respondió Sam; y se sentó sin más ceremonias, habiendo depositado su viejo sombrero en el suelo. — No es un buen sombrero — continuó, sonriendo á los pickwickianos, — pero es muy cómodo. Cuando tenía alas era muy bello, ahora que no las tiene es más ligero; después, los agujeros dan entrada al aire; es un sombrero ventilador.

— Ahora — dijo Mr. Pickwick, — se trata del asunto por que os he mandado venir con el asentimiento de estos señores. Deseo saber ante todo si tenéis motivo para estar descontento de vuestra situación presente.

— Antes de satisfacer á esa pregunta, deseo saber ante todo si tenéis una mujer que darne.

Un rayo de calma benévola iluminó las facciones de Mr. Pickwick, cuando contestó:

— Quiero que entréis en mis lecciones.

— ¿De veras? — preguntó Sam.

Mr. Pickwick hizo un gesto afirmativo.

— ¿Salario?

— Doce guineas al año.

— ¿Vestidos?

— Dos.

— ¿Trabajo?

— Servirme, y viajar conmigo y con estos caballeros.

— Acepto.

— ¿Podéis suministraros buenos informes?

— Preguntad á la dueña del *Ciervo blanco*, y ella dirá.

— ¿Podéis venir esta noche?

— Voy á ponerme mi traje al momento, si está aquí — exclamó Sam con alegría.

— Volved esta noche á las ocho, — respondió mister Pickwick, — y si los informes son buenos, os vestiréis aquí.

Exceptuando un amable desliz, de que había sido culpable al mismo tiempo una de las criadas del hotel, la conducta de Sam Weller había sido siempre muy meritoria. Mr. Pickwick no vaciló en tomarle á su servicio.

Antes de anochecer Sam estaba vestido, con un traje gris con botones de P. C., un sombrero negro de escapapela, con un chaleco rayado y pantalón de polainas.

Al día siguiente este individuo, tan repentinamente transformado, tomó asiento en el exterior del coche de Eatanswill.

— Es verdad — dijo, — todavía no sé si voy á ser un lacayo, ó un *groom* ó un guardabosque; pero es igual. Cambiaremos de aire. Quiero ver tierras; no tendré mucho que hacer, eso me gusta. Por tanto ¡viva Pickwick!

CAPITULO XIII

Eatanswill — Partidos que lo dividen. — Elección de un miembro del Parlamento en este pueblo antiguo, leal y patriota.

Confesamos francamente que nunca hemos oído hablar de Eatanswill, hasta el momento en que nos hemos sumergido en los papeles del Club Pickwick. Reconocemos que en vano hemos buscado pruebas de la existencia de dicho pueblo.

Hemos supuesto, por lo tanto, que el temor de ofender á alguien y guiado por un sentimiento de delicadeza, Mr. Pickwick substituyó deliberadamente con un nombre ficticio el nombre real del pueblo donde había hecho sus observaciones.

Parece que los habitantes de Eatanswill, como los de otros muchos pueblos, se creían de inmensa importancia en el estado, y cada individuo, como tenía la conciencia de esto, se unía en cuerpo y alma á uno de los partidos que dividían el pueblo, los azules y los amarillos. Por tanto, los azules no perdían ninguna ocasión de contrariar á los amarillos, y los amarillos no dejaban escapar ninguna ocasión de contrariar á los azules; de modo que cuando los amarillos y los azules se encontraban frente á frente en alguna reunión pública, en el ayuntamiento, ó en la feria, ó en el mercado, surgían siempre grandes disputas y cuestiones entre unos y otros. Es inútil añadir que en Eatanswill todas las cosas se hacían cuestiones de partido. Si los amarillos proponían cubrir la plaza del mercado, los azules tenían asambleas públicas en que echaban abajo el proyecto. Si los azules proponían erigir una nueva bomba en la gran calle, los amarillos se levantaban como un solo hombre y combatían ardientemente tan infame moeión. Había tiendas azules y tiendas amarillas; había en la iglesia misma una fila amarilla y una fila azul.

Cada uno de estos poderosos partidos debían tener necesariamente un órgano, y en efecto, se publicaban dos periódicos en la ciudad; la *Gaceta de Eatanswill* y el *Independiente de Eatanswill*. El primero sostenía los principios azules, el segundo campeaba en un terreno pu-

ramente amarillo. ¡Qué bellos artículos políticos! ¡qué polémica ingeniosa y arrogante! «La Gaceta, nuestro in-noble antagonista —El Independiente, ese repugnante y despreciable diario —La Gaceta, ese papel inmundo —El Independiente vil y escandaloso impostor.» Tales eran las recriminaciones interesantes que sazaban las columnas de cada número, y que excitaban en el seno de los habitantes los sentimientos más vehementes de placer ó indignación.

Mr. Pickwick, con su previsora sagacidad, había elegido para visitar este pueblo una época singularmente notable. Nunca había habido allí una lucha como la que entonces se preparaba. El honorable Samuel Slumkey era el candidato azul; Horacio Tirkin había cedido á las instancias de sus amigos y había consentido en sostener los intereses amarillos. La Gaceta advirtió á los electores de Eatanswill que las miradas, no solamente de Inglaterra, sino del mundo entero, estaban fijas en ellos. El *Independiente* preguntó en tono perentorio si los habitantes de Eatanswill merecían aun el nombre que tenían de grandes y generosos ciudadanos, ó si habían llegado á ser viles instrumentos del despotismo, indignos igualmente del nombre de ingleses y de los beneficios de la libertad. Jamás una conmoción tan profunda había estremecido al pueblo.

La noche estaba avanzada cuando Mr. Pickwick y sus compañeros, ayudados por Sam Weller, dejaron la imperial del coche de Eatanswill. Grandes pabellones azules flotaban en las ventanas de la hostería de las *Armas del pueblo*, y carteles, colocados detrás de las vidrieras, indicaban en caracteres gigantescos, que el comité del honorable Samuel Slumkey tenía allí sus sesiones. Un grupo de paseantes, reunidos delante de la puerta de la hostería, miraba á un hombre que desde la ventana parecía hablar en favor de Samuel Slumkey con tanto calor, que su rostro se había puesto rojo. Pero la fuerza y la belleza de sus argumentos era contrarrestada por el redoble perpetuo de cuatro enormes tambores, colocados en la esquina de la calle por el comité de Mr. Tirkin. De tiempo en tiempo, un hombre pequeño que estaba en pie junto al orador, se quitaba el sombrero y hacía señas á la multitud de que aplaudiera. La multitud aplaudía entonces regularmente y con mucho entusiasmo, y como el hombre de la ventana seguía hablando siempre aunque su cara se pusiera cada vez más encarnada, se podía creer que su objeto estaba cumplido tan bien como era de esperar.

Tan pronto como los pickwickianos bajaron de su coche, se vieron rodeados por una parte del pueblo, que inmediatamente lanzó tres grandes exclamaciones. Aque-

llas exclamaciones, repetidas por la totalidad, se repitieron en un rugido de triunfo tan espantoso, que el hombre de la cara roja se quedó perplejo en su balcón.

—¡Hurra! — exclamó el pueblo.

—¡Otra exclamación! — exclamó el pequeñuelo del balcón.

Y la multitud rugió de nuevo como si tuviera una laringe de bronce y pulmones de acero templado.

—¡Viva Slumkey! — aulló la multitud.

—¡Viva Slumkey! — dijo Mr. Pickwick quitándose el sombrero.

—¡Abajo Tirkin! — vociferaba la multitud.

—Sí, sin duda — exclamó Pickwick.

—¡Hurra!

Y entonces resonó otro rugido semejante al que sale de una casa de fieras cuando el elefante ha llamado á comer.

—¿Quién es ese Slumkey? — preguntó en voz baja Mr. Tupman.

No sé — respondió Pickwick en el mismo tono. — Silencio, no preguntéis nada. En estos casos hay que hacer como la multitud.

—Pero suponed que hay dos partidos — observó Snodgrass.

—Gritad con los más fuertes — replicó Mister Pickwick.

Cien volúmenes no hubieran dicho más.

Entraron en la casa, apartándose el pueblo á un lado y á otro para dejarles pasar y gritando estrepitosamente. Lo principal era conseguir un alojamiento para pasar la noche.

—¿Tendremos camas aquí? — preguntó Mr. Pickwick al mozo.

—No lo sé. Me temo que están todas ocupadas. Voy á informarme.

El mozo se alejó; pero volviendo en seguida, preguntó si los señores que pedían cama eran azules.

Como Mr. Pickwick y sus compañeros no tenían interés alguno en la causa de los candidatos, la cuestión era difícil de resolver. En este dilema, Mr. Pickwick pensó en su nuevo amigo Mr. Perker.

—¿Conocéis — dijo — á un caballero llamado Perker?

—Sí, señor, el agente del honorable Mr. Samuel Slumkey.

—Es azul, según creo.

¡Ah! sí, señor.

—Entonces nosotros somos azules — dijo Mr. Pickwick.

Pero notando que el mozo recibía con aire dubitativo aquella profesión de fe acomodaticia, le dió su tarjeta

diciendo que la pasara inmediatamente á Mr. Perker, si estaba en la casa.

El mozo desapareció, pero volvió pronto. Dijo á mister Pickwick que le siguiera y le llevó á una gran sala, donde Mr. Perker estaba sentado junto á una gran mesa llena de libros y papeles.

—¡Ah! — dijo el hombre pequeño, adelantándose para recibir á Mr. Pickwick. — Soy feliz en veros. Sentaos, os lo suplico. ¿Conque habéis realizado vuestro proyecto? ¿Habéis venido á presenciar las elecciones, no es eso?

Mr. Pickwick respondió afirmativamente.

—Una elección muy reñida, amigo mío.

—Me alegro — dijo Mr. Pickwick frotándose las manos. — Me gusta ver este calor patriótico, por cualquier partido que sea. ¿Es, pues, una elección muy reñida?

—Sí, mucho. Hemos retenido todas las hosterías del pueblo y no hemos dejado á nuestros enemigos más que las hosterías de cerveza. Es un golpe maestro, ¿no es verdad?

El hombre pequeño, al hablar así, sonreía complacientemente é introducía en sus narices una gran porción de tabaco.

—¿Y cuál es el resultado probable de la elección?

—Dudoso, amigo mío, dudoso hasta ahora. Los de Tirkin tienen treinta y tres votos en las cocheras del *Cierro blanco*.

—¿En las cocheras? — exclamó Mr. Pickwick singularmente admirado de este otro golpe maestro.

—Los tienen encerrados allí hasta el momento en que sean necesarios á fin de impedirnos, como sospecharéis, el llegar hasta ellos. Pero aun cuando pudiéramos hablarles, esto no nos serviría de mucho, porque los mantienen constantemente borrachos. Es un hombre hábil, muy hábil, el agente de Tirkin.

Mr. Pickwick abrió desmesuradamente los ojos, pero nó dijo nada.

—A pesar de esto, — continuó Mr. Perker bajando la voz, — á pesar de eso, tenemos alguna esperanza. Hemos dado un te aquí la noche última. Cuarenta y cinco mujeres, caballero. Y cuando salieron hemos ofrecido á cada una un quitasol verde.

—¡Un quitasol! — exclamó Mr. Pickwick.

—Sí, amigo mío, cuarenta y cinco quitasoles verdes, á siete shellines y medio cada uno. Todas las mujeres son coquetas; aquellos quitasoles han producido un efecto increíble, han asegurado á todos los maridos y á la mitad de los hermanos, han hundido el sistema de las medias, de la franela y todas esas fruslerías. Idea mía, caballero, enteramente mía. Ya granice, llueva ó haga

sol, no se dan dos pasos en la ciudad sin que se encuentren media docena de quitasoles verdes.

Al llegar aquí, el pequeño abogado fué atacado de unas convulsiones de alegría, que no fueron interrumpidas sino por la entrada en escena de un tercer interlocutor.

Era un hombre alto y delgado. Su cabeza, de un rojo ardiente, parecía próximo á ser calva; en su rostro se pintaban una importancia solemne, una profundidad incommensurable. Vestía un largo gabán pardo, con chaleco y pantalón de paño negro. Un doble antejo se balanceaba sobre su pecho: en la cabeza llevaba un sombrero cuya copa era excesivamente baja, siendo enormemente grandes las alas. Este nuevo personaje fué presentado á Mr. Pickwick. Era mister Pott, director de la *Gaceta de Eatanswill*...

Después de algunas frases preliminares, mister Pott se volvió á Mr. Pickwick, y le dijo con solemnidad.

—Esta elección excita un gran interés en la metrópoli, caballero.

—Lo creo, — respondió Mr. Pickwick.

—De lo cual debo enorgullecerme, — continuó mister Pott, mirando á Mr. Perker, como pidiéndole que confirmara sus palabras; — de lo cual puedo enorgullecerme, por haber contribuido á ello con mi artículo del sábado último.

—Seguramente, — añadió el hombre pequeño.

—Caballero, — continuó Mr. Pott, — la prensa es un poderoso agente.

Mr. Pickwick dió completo asentimiento á esta proposición.

Pero me vanaglorió de no haber abusado nunca del inmenso poder que poseo. Me vanaglorió de no haber dirigido el noble instrumento colocado en mis manos por la Providencia, contra el santuario inviolable de la vida privada, contra la reputación de los individuos, esa flor tierna y frágil. Me vanaglorió, caballero, de que he consagrado toda mi energía... á esfuerzos, débiles quizá, si conengo, débiles esfuerzos, para inculcar aquellos principios por los cuales... á los cuales...

El director de la *Gaceta de Eatanswill* parecía embrollarse; pero Mr. Pickwick vino en su ayuda diciéndole:

—Ciertamente, caballero.

—Y permitidme, caballero, permitidme que os pregunte como á un hombre imparcial lo que el público de Londres piensa de mi polémica con *El Independiente*.

Mr. Perker se interpuso y dijo con una sonrisa maliciosa, que no era accidental:

—El público de Londres se interesa mucho por eso,

sin duda alguna.

—Esta polémica, — continuó el periodista, — seguirá mientras yo tenga salud y fuerza, y un poco del talento que me ha concedido la naturaleza. Esta polémica, caballero, aunque puede extraviar el espíritu de los hombres, exasperar sus opiniones é incapacitarlos para ocuparse de los deberes prosaicos de la vida ordinaria; esta polémica, caballero, absorberá mi existencia hasta que yo haya pulverizado *El Independiente de Eatanswill*. Deseo, caballero, que el pueblo de Londres, que el pueblo de mi patria sepa que puede contar conmigo, que no lo abandonaré nunca, que estoy resuelto, caballero, á ser su campeón hasta el fin.

—Vuestra conducta es muy noble, caballero — exclamó Mr. Pickwick, y estrechó cariñosamente la mano del magnánimo editor.

—Comprendo, caballero — respondió éste, hinchado por la vehemencia de su declaración patriótica, — comprendo que sois un hombre de talento y carácter. Tengo mucho gusto en conocerlos.

—Y yo — dijo Mr. Pickwick, — me siento profundamente honrado por la idea que habéis formado de mí. Permitidme ahora que os presente á unos compañeros de viaje, miembros corresponsales del Club que yo he formado y presidido.

—Tendré mucho placer — dijo Mr. Pott.

Mr. Pickwick salió y volvió poco después con sus tres amigos, que presentó en la debida forma al editor de la *Gaceta de Eatanswill*.

—Ahora, mi querido Pott — dijo Mr. Perker, — la cuestión es dónde vamos á colocar esta noche á nuestros amigos.

—¿No podremos quedarnos en esta casa? — dijo mister Pickwick.

—No hay ni una cama, ni una sola cama.

—¿Qué contrariedad! — dijo Mr. Pickwick.

—¡Atroz contrariedad! — dijeron sus tres compañeros de viaje.

—Me ocurre una idea — dijo Mr. Pott, — que pienso será generalmente aceptada. Hay dos camas desocupadas en la hostería del *Pavo*, y yo puedo decírlas, en nombre de mi mujer, que en mi casa se quedarán mister Pickwick y uno de sus amigos, si los otros dos y el criado pueden quedarse en *El Pavo Real*.

Después de insistir amablemente Mr. Pott y protestar en contra de Mr. Pickwick, por no querer incomodar á la señora Pott, se decidió que era el único arreglo posible. Así se hizo; y después de comer juntos en la hostería de las *Armas de la ciudad*, los amigos se separaron; Mr. Tupman y Mr. Snodgrass fueron al *Pavo Real*, y

Mr. Winkle se encaminó á la mansión de Mr. Pott, siendo previamente resuelto que se reunirían en las *Armas de la Ciudad* al día siguiente por la mañana y que acompañarían al honorable Samuel Slumkey en su procesión al sitio de la elección.

El círculo doméstico de Mr. Pott estaba reducido á él mismo y su mujer. Todos los hombres que por su poderoso genio se elevan altamente sobre la multitud, tienen generalmente alguna debilidad, que es más advertida por el contraste que forma con su general carácter. Si Mr. Pott tenía alguna debilidad, era sin duda el ser demasiado sumiso á la voluntad de su esposa y dejarse dominar por ella. Nosotros no insistimos mucho sobre este hecho, porque en la presente ocasión mistress Pott se mostró muy amable al recibir á los dos viajeros.

—Querida — dijo Mr. Pott, — te presento á mister Pickwick de Londres.

Mistress Pott recibió el vehemente apretón de manos de Mr. Pickwick con encantadora amabilidad, y mister Winkle, que no había sido nombrado, permanecía oculto y sin presentación en un oscuro rincón de la sala.

—Querido — dijo mistress Pott.

—Mujer — contestó Mr. Pott.

—Presenta al otro caballero.

—Os pido mil perdones — dijo Mr. Pott á Winkle.

Mr. Winkle fué presentado con todas las ceremonias necesarias.

—Os debemos mil excusas, señora, por las molestias que os causamos.

—No habléis de eso — replicó la mujer de Mr. Pott con vivacidad. — Tengo el mayor placer en ver caras nuevas. Vivo día tras día y semana tras semana en este oscuro recinto sin ver á nadie.

—¿A nadie, mujer? — exclamó Mr. Pott.

—A nadie más que á vos — respondió la esposa con aspereza.

—Ya comprenderéis, Mr. Pickwick — dijo el huésped queriendo explicar los lamentos de su mujer, — que nosotros estamos en cierto modo apartados de algunos placeres y goces de que pudiéramos ciertamente participar. Mi posición pública, como director de la *Gaceta de Eatanswill*, el papel importante que este periódico desempeña en el país, mi constante influencia en los acontecimientos políticos...

—¡Ah! por Dios, marido — interrumpió la Pott.

—Mujer — dijo el periodista.

—Más vale que busquéis otro asunto de conversación que pueda interesar á estos caballeros.

—Pero mujer — dijo Mr. Pott con humildad, — mister Pickwick debe tener gran interés en esto.

—Mejor para él, si puede — dijo con énfasis mistress Pott. — Me consumís la vida con vuestras políticas, vuestras polémicas con el *Independiente* y vuestras tonterías. Me asombra que os empeñéis de ese modo en exhibir vuestra estupidez.

—Pero querida... — dijo Mr. Pott.

—Sí, vuestra estupidez; pero no me habléis más... Caballero, ¿jugáis al *ecarté*?

—Tendré mucho gusto en aprenderlo con vuestra dirección — replicó Mr. Winkle.

—Bien, entonces pongamos la pequeña mesa de juego junto á aquella ventana, y allí estoy libre de oír hablar de política.

—Juana — dijo Mr. Pott á la criada que había traído luces. — ve á mi despacho y trae el tomo de la colección de la *Gaceta de Eatanswill* correspondiente á este año. Os leeré — añadió el director del periódico volviéndose hacia Mr. Pickwick. — os leeré algunos de los artículos de fondo que escribí para combatir la idea emitida por los amarillos de poner un nuevo peón caminero. Creo que os divertirá.

—Lo oiré con mucho gusto — dijo Mr. Pickwick.

Trajeron los periódicos y el director se sentó junto á Mr. Pickwick, empezando á leer.

En vano hemos examinado atentamente los papeles de Mr. Pickwick esperando encontrar un general sumario de aquellas bellas composiciones. Nos hemos inclinado á creer que estaba perfectamente embriagado por la lozanía y frescura del estilo, porque Mr. Winkle dijo que sus ojos se cerraron, como por un exceso de placer, durante el transcurso de la lectura.

El anuncio de que estaba pronta la cena puso fin á la partida de *ecarté* y á la recapitulación de las bellezas de la *Gaceta de Eatanswill*. La mujer de Mr. Pott estaba de un excelente humor. Mr. Winkle ganaba cada vez más en su opinión, y ella no vaciló en decirle en confianza que Mr. Pickwick era un «pobre señor». Estos términos mostraban una familiaridad de expresión, que no se hubieran ciertamente permitido todos los que con más intimidación trataban á aquel hombre eminente. Nosotros consignamos esto como una prueba de la estimación que encontraba en todas partes y entre personas de todas las clases de la sociedad, y la facilidad con que se conquistaba el afecto de todos los corazones.

A hora muy avanzada de la noche, y mucho después que Mr. Tupman y Mr. Snodgrass se durmieran en los más ocultos recintos de la posada del *Pavo*, nuestros dos amigos se retiraron á descansar. El sueño se apoderó de los sentidos de Mr. Winkle, pero su sentimiento y su admiración habían sido excitados, y por muchas horas

después que el sueño le hiciera insensible á los objetos terrestres, el rostro y la figura de la agradable mistress Pott se presentaron una y otra vez en su imaginación.

El ruido y el movimiento que en la calle se sentía al amanecer, eran suficientes á apartar de la imaginación más romántica y visionaria toda idea que no fuera la de la elección que se aproximaba. El redoblar de tambores, el resonar de trompetas y cornos, los gritos del pueblo, el relincho de los caballos, resonaban en las calles desde el amanecer, y de tiempo en tiempo una reyerta entre los electores de uno y otro partido daba animación y variedad á los preparativos de la ceremonia.

Sam apareció en la puerta de la alcoba de Mr. Pickwick en el momento en que acababa de vestirse.

—Sam — dijo el sabio, — ¿hay mucho movimiento por ahí?

—¡Ah! sí, señor. Abajo están reunidos en el patio de la posada, y han charlado tanto que deben estar roncos.

—¿Y se muestran muy afectos á sus partidos, Sam?

—Nunca he visto un afecto semejante.

—Enérgico, ¿no es eso?

—Ya lo creo. Nunca he visto comer y beber con más energía. Alguno va á reventar.

—Esto consiste en la generosidad imprudente de los habitantes de la villa.

—Es probable — respondió Sam.

—¡Ah! — dijo Mr. Pickwick mirando por la ventana, — buena gente, muy robustos, muy lozanos.

—Mucho, sí, señor. Los dos mozos de el *Pavo* y yo hemos tenido que remojar á todos los electores que cenaron anoche.

—¿Remojar á electores independientes?

—Sí, señor. Han roncado toda la noche... como que se habían acostado borrachos perdidos. Esta mañana les hemos llamado uno por uno con ayuda de una bomba, echándoles agua. Ahora están todos en buen estado. El comité nos ha dado un shelling por cabeza en pago de este servicio.

—¿Es posible! — exclamó el filósofo lleno de admiración.

—Pues eso es lo más natural del mundo.

—¿Lo más natural del mundo? Pero cepíllame el sombrero, que oigo la voz de Mr. Winkle, que me llama para almorzar.

Mr. Winkle bajó al comedor, donde encontró servido el almuerzo y la familia reunida. La comida desapareció rápidamente; los sombreros de los caballeros fueron adornados con unas escarapelas azules, hechas por las manos de mistress Pott, y Mr. Winkle se encargó de acompañar

á esta dama á una casa cercana á la plaza, mientras Mr. Pickwick se dirigía con Mr. Pott á *Las Armas de la Ciudad*. Un miembro del comité de Mr. Slumkey arengaba desde una de las ventanas á seis chiquillos y á una chica que llamaba pomposamente *hombres de Eatanswill*, con lo cual aplaudían rabiosamente los chicuelos mencionados.

El patio de la posada ofrecía síntomas menos inequívocos de la gloria y del poder de los azules de Eatanswill. Había un ejército entero de pabellones y banderas, ostentando divisas, apropiadas á las circunstancias, en caracteres dorados de cuatro pies de alto y de una anchura proporcionada. Había una barda de trompetas debajo y tambores, que tocaban con extraordinaria fuerza. Había algunos policías con bastones azules, veinte miembros del comité con bandas azules, y todo un mundo de electores con escarapelas azules. Había electores á caballo y electores á pie. Había una carroza descubierta con cuatro caballos, para el honorable Samuel Slumkey; y las banderas flotaban y los músicos soplaban y juraban los de policía y arengaban los veinte miembros del comité, y gruñía la multitud y piafaban los caballos y sudaban los postillones; y todas las cosas y todos los individuos reunidos en aquel sitio, se encontraban allí para el honor, la fama y el uso especial del honorable Samuel Slumkey, uno de los candidatos para la representación del pueblo de Eatanswill en la Cámara de los comunes del Reino Unido.

Grandes y fuertes fueron las aclamaciones, y uno de los pabellones, que llevaba la divisa *Libertad de imprenta*, se agitaba convulsivamente, cuando la cabeza roja de Mr. Pott fué divisada por la multitud en una de las ventanas. Pero el entusiasmo fué espantoso cuando el honorable Samuel Slumkey, con botas de vuelta y corbata azul, se adelantó, estrechó la mano de Mr. Pott y manifestó á la multitud con gestos melodramáticos su reconocimiento inefable por los servicios que le había prestado en la *Gaceta de Eatanswill*.

—¿Está pronto Tom? — preguntó en seguida el honorable Samuel Slumkey á Mr. Perker.

—Sí, amigo mío — respondió el pequeño.

—¿Se había olvidado alguna cosa?

—Nada absolutamente. Hay veinte hombres muy bien lavados, á quienes daréis apretones de manos en la puerta, y seis niños en los brazos de sus madres, seis niños que acariciaréis en la cabeza, preguntándo qué edad tienen. Sobre todo, no olvidéis los niños. Estas cosas producen muy buen efecto.

—No me descuidaré — dijo el honorable Samuel Slumkey.

—Y aun, amigo mío — añadió el hombre pequeño, — aun... si podéis... no digo que sea indispensable... pero si quisierais tomaros la molestia de besar uno de los chicos... eso produciría una gran impresión en la multitud.

—¿No sería igual el efecto si vos os encargáis de eso? — preguntó Mr. Samuel Slumkey.

—Me temo que no; pero si lo hacéis vos, creo que esto os dará gran popularidad.

—Muy bien — dijo el honorable Samuel Slumkey, con aire de resignación; — es preciso pasar por eso.

—Arreglad la procesión — gritaron los veinte miembros del comité.

En medio de las aclamaciones de la multitud, músicos, policías, miembros del comité, electores, caballeros y demás personas, ocuparon sus asientos. Cada coche de dos caballos contenía tantos caballeros prensados y en pie como era materialmente posible. El que estaba designado á Mr. Perker, contenía á Mr. Pickwick, á mister Tupman, á Mr. Snodgrass y media docena de miembros del Comité.

Hubo un momento de silencio solemne cuando la procesión esperó á que el honorable Mr. Slumkey subiera á la carroza.

De repente la multitud lanzó un exclamación.

—¡Ha salido! — exclamó Mr. Perker, tanto más conmovido, cuanto que su posición no le permitía ver lo que pasaba delante.

Otra exclamación más fuerte.

—¡Ha dado apretones de manos á los hombres! — dijo el pequeño agente.

Otra exclamación mucho más violenta.

—¡Ha acariciado á los chicos! — continuó Mr. Perker, temblando de ansiedad.

Un trueno de aplausos conmovió el aire.

—¡Ha besado á uno! — exclamó fascinado el pequeño.

Un segundo trueno.

—¡Ha besado á otro!

Un tercer trueno ensordeció el espacio.

—¡Los besa á todos! — vociferó el entusiasta caballero, y al mismo tiempo la procesión se puso en marcha, saludada por las aclamaciones estrepitosas de la multitud.

Cómo y por qué causa tropezaron las dos procesiones, cómo terminó al fin la confusión que era consiguiente, es cosa que no podemos describir; porque al principio del tumulto, el sombrero de Mr. Pickwick fué enterrado hasta los ojos, hasta la nariz y hasta la boca. Según lo que este ilustre filósofo pudo colegir por la poca luz que

penetraba entre el cartón del sombrero y su rostro, estaba rodeado de fisonomías extrañas y feroces, por una vasta nube de polvo y por una compacta multitud de combatientes. El cuenta que fué arrancado del coche por un poder invencible y que tuvo que tomar parte en algunos ejercicios del pugilato; pero cómo, quién y por qué eran cosas que no podían explicarse. En seguida se siente empujado por detrás, y retirándose el sombrero, se encontró rodeado de sus amigos en la primera fila del lado izquierdo del tablado. El lado derecho estaba reservado para el partido amarillo, el centro para el alcalde y sus secuaces. Uno de estos, elregonero de Eatanswill, sacudía una enorme campana, ingenioso medio de imponer silencio. Sin embargo, Mr. Horacio Tirkin y Samuel Slumkey, con la mano derecha puesta sobre el corazón, se ocupaban en saludar con la mayor afabilidad á la masa tempestuosa de cabezas que inundaba la plaza, y de la cual se elevaba una tormenta de aplausos, de gemidos, de aclamaciones, de silbidos, de aullidos, que hubieran hecho honor á un temblor de tierra.

—Aquí está Winkle — dijo Mr. Tupman á su ilustre amigo, tirándole por la manga.

—¿Dónde? — preguntó Mr. Pickwick, ajustando sobre su nariz sus espejuelos, que hasta entonces había guardado cuidadosamente en su bolsillo.

—Allí — respondió Tupman, — en el techo de aquella casa.

Y en efecto, en la azotea estaban Mr. Winkle y la mujer de Mr. Pott, confortablemente sentados y agitando sus pañuelos para que los vieran. Pickwick devolvió este cumplimento mandando á la dama un beso volado.

La elección no había empezado todavía, y como una multitud inactiva está siempre dispuesta á ser impertinente, esta inocente acción bastó para dar origen á mil bromas.

—¡Eh, miren el vejete galanteando á las niñas!

—Se pone los espejuelos para atisbar á las muchachas casadas.

—¡Maldito, miren qué remilgado se pone!

—Cuidado con vuestra mujer, Mr. Pott.

Grandes carcajadas siguieron á estas exclamaciones picarescas.

Como estas bromas iban acompañadas de odiosas comparaciones entre Mr. Pickwick y un macho cabrío, y como al mismo tiempo empañaban el honor de una dama inocente, la indignación de nuestro héroe fué excesiva; pero se contentó con lanzar á la multitud una mirada de desprecio y de piedad, que excitó más la risa.

—¡Silencio! — exclamaron los acólitos del alcalde.

—¡Wiffin, proclamad el silencio! — dijo el alcalde con el aire pomposo que convenia á su elevada posición.

Elregonero, para obedecer á esta orden, ejecutó otro concierto en su trompeta, después de lo cual, un caballero de la multitud gritó con todas sus fuerzas *Fifina*, lo cual volvió á excitar de nuevo la risa general.

—¡Caballeros! — dijo el alcalde con toda la extensión posible de su voz; — ¡caballeros! ¡hermanos electores de Eatanswill! hoy estamos reunidos para elegir un representante que sustituya al que hemos tenido.

Aquí el alcalde fué interrumpido por una voz que gritaba:

—Que le aproveche al señor alcalde, y que él se quede con los clavos y las cacerolas que han hecho su fortuna.

Esta alusión á las empresas comerciales del orador excitó un huracán de risa que, con su acompañamiento de trompeta, impidió oír una sola palabra de la arenga del alcalde, á excepción de la última frase en que daba las gracias al auditorio por la atención benévola con que le había escuchado. Esta expresión de gratitud fué acogida por otra expresión de alegría que duró poco más de un cuarto de hora.

Un caballero alto, cuyo cuello estaba comprimido por una corbata muy afectada, apareció en escena en medio de las interrupciones frecuentes de la multitud, que le decía que mandara á casa por su voz. Pidió permiso para presentar una persona propia y conveniente para representar en el Parlamento á los electores de Eatanswill, y cuando declaró que la tal persona era Horacio Tirkin, aplaudieron los pickwickianos y gruñeron los de Slumkey tan fuertemente, que el padrino del candidato, en lugar de hablar, hubiera podido cantar canciones báquicas sin que nadie lo hubiera notado.

Los amigos de Horacio Tirkin habían gozado de su primacía, cuando un hombre pequeño, de rostro colérico y rojo como un tomate, se avanzó para nombrar otra persona propia y conveniente, que representara en el Parlamento á los electores de Eatanswill; pero la naturaleza de este individuo era demasiado irritable para que le fuera posible dominar la multitud. Después de algunas sentencias figurativas, el caballero colérico se puso á tronar contra los interruptores; después cambió algunas provocaciones con los caballeros que estaban en el tablado. Entonces empezó por todas partes una algarrabía que le obligó á expresar sus sentimientos por una pantomima seria, después de la cual cedió el puesto al orador encargado de secundar su misión. Este, durante media hora larga, recitó un discurso escrito, que ningún

tumulto pudo interrumpir, porque lo había llevado de antemano á la *Gaceta de Eatanswill*, que lo debía imprimir palabra por palabra.

Por fin, Tirkin se presentó á arengar á sus electores; pero en seguida las bandas de música empleadas por el honorable Samuel Slumkey empezaron á ejecutar una sinfonía con gran furor. En cambio de esta atención, la multitud amarilla se puso á acariciar la cabeza y las espaldas de la multitud azul; la multitud azul quiso desembarazarse de la incómoda proximidad de la multitud amarilla, y siguió una escena de atropellos, de luchas, de combates, que nos es imposible describir. El alcalde se esforzó vanamente en terminarla; en vano ordenó con tono imperativo que doce polizontes se apoderaran de los alborotadores, que podían ser en número de doscientos cincuenta. Durante la asonada, Horacio Tirkin y sus amigos se pusieron más furiosos; en fin, Horacio Tirkin, preguntó en tono perentorio á su adversario el honorable Samuel Slumkey si los músicos tocaban por orden suya; por lo cual la sangre del honorable Samuel Slumkey ardió y retó á combate mortal al honorable Horacio Tirkin. Cuando el alcalde oyó esta violación de todas las reglas conocidas, ordenó una nueva fantasía obligada á cornetín, declarando que su deber le obligaba á hacer comparecer ante sí los señores Fizkin y Slumkey para tomarles juramento de que no turbarían la paz de Su Majestad. Al oír esta amenaza, los amigos de los dos candidatos se interpusieron, y cuando los dos partidos se hubieron querellado mutuamente por espacio de un cuarto de hora, Horacio Fizkin se llevó la mano al sombrero mirando á Samuel Slumkey; el honorable Samuel Slumkey se llevó también la mano al sombrero mirando á Horacio Fizkin, los músicos fueron interrumpidos, la multitud se apaciguó y Horacio Fizkin pudo continuar su arenga.

Los discursos de los dos candidatos, aunque diferentes en la forma, eran iguales en lo de ofrecer un tributo de gratitud á la nobleza y al mérito de los habitantes de Eatanswill. Cada cual expresó su íntima convicción de que jamás había existido sobre la tierra una reunión de hombres más independientes, más ilustrados, más patriotas, más virtuosos, más desinteresados que los que habían prometido votar por él. Uno y otro dijeron que la agricultura, la industria, el comercio, la prosperidad de Eatanswill serían siempre más caros á su corazón que todas las demás cosas de la tierra. Cada cual era feliz en poder declarar que, atendiendo al buen juicio de los electores, él creía en ser elegido.

Se procedió al escrutinio. Se dió un voto de gracias al alcalde por su admirable manera de presidir, y el al-

calde dió gracias á la asamblea, deseando en todo su corazón que el sillón de la presidencia no hubiera sido una *vana palabra*, porque había estado en pie durante toda la ceremonia.

Mientras se verificó el escrutinio, la villa entera parecía agitada de la fiebre del entusiasmo. Todo pasaba de la manera más liberal y más deliciosa. Algunas camillas recorrían las calles para comodidad de algunos electores que se habían molestado mucho con los pasados tumultos, porque durante toda la lucha electoral, esta especie de indisposición epidémica se había desarrollado en los electores con rapidez y de un modo tan alarmante, que se les veía extendidos por las aceras de las calles, en estado de completa insensibilidad. El último día había aún un pequeño número de electores que no habían votado. Eran individuos reflexivos, calculadores que no estaban suficientemente convencidos por las razones de ambos candidatos, aunque habían tenido grandes conferencias con ellos. Una hora antes de cerrarse el escrutinio, mister Perker solicitó el honor de tener una entrevista privada con aquellos nobles é inteligentes patricios. Los argumentos que empleó fueron breves, pero convincentes. Los rezagados fueron en tropel al escrutinio, y cuando salieron, el honorable Samuel Slumkey salió también de la urna electoral.

CAPITULO XIV

Donde se verá una breve descripción de la sociedad reunida en el Pavo de Plata, y además una historia contada por un comerciante.

Mr. Pickwick había sido bastante excitado por mister Pott para aplicar sus extraordinarias facultades intelectuales en las operaciones que acabamos de contar por su libro de memorias. Mientras se ocupaba en esto, mister Winkle no estaba ocioso, pues gastaba todo su tiempo en agradables paseos, en pequeñas excursiones románticas con mistress Pott; porque cuando se presentaba la ocasión, esta amable dama no dejaba de buscar al-

tumulto pudo interrumpir, porque lo había llevado de antemano á la *Gaceta de Eatanswill*, que lo debía imprimir palabra por palabra.

Por fin, Tirkin se presentó á arengar á sus electores; pero en seguida las bandas de música empleadas por el honorable Samuel Slumkey empezaron á ejecutar una sinfonía con gran furor. En cambio de esta atención, la multitud amarilla se puso á acariciar la cabeza y las espaldas de la multitud azul; la multitud azul quiso desembarazarse de la incómoda proximidad de la multitud amarilla, y siguió una escena de atropellos, de luchas, de combates, que nos es imposible describir. El alcalde se esforzó vanamente en terminarla; en vano ordenó con tono imperativo que doce polizontes se apoderaran de los alborotadores, que podían ser en número de doscientos cincuenta. Durante la asonada, Horacio Tirkin y sus amigos se pusieron más furiosos; en fin, Horacio Tirkin, preguntó en tono perentorio á su adversario el honorable Samuel Slumkey si los músicos tocaban por orden suya; por lo cual la sangre del honorable Samuel Slumkey ardió y retó á combate mortal al honorable Horacio Tirkin. Cuando el alcalde oyó esta violación de todas las reglas conocidas, ordenó una nueva fantasía obligada á cornetín, declarando que su deber le obligaba á hacer comparecer ante sí los señores Fizkin y Slumkey para tomarles juramento de que no turbarían la paz de Su Majestad. Al oír esta amenaza, los amigos de los dos candidatos se interpusieron, y cuando los dos partidos se hubieron querellado mutuamente por espacio de un cuarto de hora, Horacio Fizkin se llevó la mano al sombrero mirando á Samuel Slumkey; el honorable Samuel Slumkey se llevó también la mano al sombrero mirando á Horacio Fizkin, los músicos fueron interrumpidos, la multitud se apaciguó y Horacio Fizkin pudo continuar su arenga.

Los discursos de los dos candidatos, aunque diferentes en la forma, eran iguales en lo de ofrecer un tributo de gratitud á la nobleza y al mérito de los habitantes de Eatanswill. Cada cual expresó su íntima convicción de que jamás había existido sobre la tierra una reunión de hombres más independientes, más ilustrados, más patriotas, más virtuosos, más desinteresados que los que habían prometido votar por él. Uno y otro dijeron que la agricultura, la industria, el comercio, la prosperidad de Eatanswill serían siempre más caros á su corazón que todas las demás cosas de la tierra. Cada cual era feliz en poder declarar que, atendiendo al buen juicio de los electores, él creía en ser elegido.

Se procedió al escrutinio. Se dió un voto de gracias al alcalde por su admirable manera de presidir, y el al-

calde dió gracias á la asamblea, deseando en todo su corazón que el sillón de la presidencia no hubiera sido una *vana palabra*, porque había estado en pie durante toda la ceremonia.

Mientras se verificó el escrutinio, la villa entera parecía agitada de la fiebre del entusiasmo. Todo pasaba de la manera más liberal y más deliciosa. Algunas camillas recorrían las calles para comodidad de algunos electores que se habían molestado mucho con los pasados tumultos, porque durante toda la lucha electoral, esta especie de indisposición epidémica se había desarrollado en los electores con rapidez y de un modo tan alarmante, que se les veía extendidos por las aceras de las calles, en estado de completa insensibilidad. El último día había aún un pequeño número de electores que no habían votado. Eran individuos reflexivos, calculadores que no estaban suficientemente convencidos por las razones de ambos candidatos, aunque habían tenido grandes conferencias con ellos. Una hora antes de cerrarse el escrutinio, mister Perker solicitó el honor de tener una entrevista privada con aquellos nobles é inteligentes patricios. Los argumentos que empleó fueron breves, pero convincentes. Los rezagados fueron en tropel al escrutinio, y cuando salieron, el honorable Samuel Slumkey salió también de la urna electoral.

CAPITULO XIV

Donde se verá una breve descripción de la sociedad reunida en el Pavo de Plata, y además una historia contada por un comerciante.

Mr. Pickwick había sido bastante excitado por mister Pott para aplicar sus extraordinarias facultades intelectuales en las operaciones que acabamos de contar por su libro de memorias. Mientras se ocupaba en esto, mister Winkle no estaba ocioso, pues gastaba todo su tiempo en agradables paseos, en pequeñas excursiones románticas con mistress Pott; porque cuando se presentaba la ocasión, esta amable dama no dejaba de buscar al-

gún alivio á la fastidiosa monotonía de que se quejaba con tanta amargura. Mientras Mr. Winkle y Mr. Pickwick se aclimataban de este modo en casa del periodista, Mr. Tupman y Mr. Snodgrass se encontraron en gran parte reducidos á sus propios recursos. Tomando poco interés en los negocios públicos, recurrieron para matar el tiempo á las distracciones que en el *Pavo de Plata* se podían encontrar. Estas diversiones se reducían á un juego de prendas en el primer piso, y á un solitario juego de tejo en el patio. Gracias á la solicitud de Sam, nuestros viajeros fueron gradualmente iniciados en los misterios de aquel pasatiempo, mucho más abstracto de lo que generalmente se cree. Así pudieron entretener el ocio de las horas de pereza, aunque estuvieron en gran parte desheredados de la sociedad de Mr. Pickwick.

El *Pavo de Plata* ofrecía principalmente por las noches á los dos amigos atracciones que les permitían resistir á las invitaciones del elocuente periodista. Por la noche se reunían en el café del hotel algunas personas originales, cuyos caracteres y maneras presentaban á Mr. Tupman motivo de observaciones deliciosas, y cuyas palabras y acciones eran habitualmente advertidas por Mr. Snodgrass.

Sabido es que los cafés son el sitio donde se reúnen principalmente los comisionistas. El del café del *Pavo de Plata* no salía de la regla general.

Mr. Tupman y Mr. Snodgrass bebían y fumaban la noche siguiente al día de la elección, con otros muchos habitantes del hotel.

—Vamos, señores, — dijo el *ex-abrupto* un personaje grande y vigoroso, que no tenía más que un ojo, pero un ojo negro y resplandeciente como cuatro de malicia y buen humor; — vamos, señores, brindemos á nuestra salud; propongo este brindis á la compañía, pero en mi fuero interno yo brindo á la salud de María: ¿no es verdad, María?

—¡Dejadme, monstruo! — respondió la criada, que apesar de esto se vanagloriaba mucho del cumplimiento.

—No os vayáis, María, — respondió el hombre del ojo negro.

—Dejadme en paz, impertinente.

—No lloréis por veros obligada á dejarme, María, — continuó el personaje del ojo único, mientras la joven salía de la habitación; — yo iré á buscaros en seguida; no os inquietéis, querida. — Al decir esto guiñó el ojo solitario del lado donde estaba la gente, con gran satisfacción de un personaje de bastante edad y que tenía una pipa de barro y un rostro igualmente *culotados*.

—¡Qué pícaras son las mujeres! — dijo el hombre de la cara *culotada*, después de una pausa.

¡Ah! sí, es muy cierto, — exclamó detrás de su cigarrillo un segundo caballero de cara encendida.

Después de este párrafo de filosofía hubo otra pausa.

—A pesar de esto, hay en este mundo cosas peores que las mujeres, — continuó el hombre del ojo negro, llenando gravemente una pipa holandesa de enormes dimensiones.

—¿Sois casado? — preguntó el del rostro *curado*.

—No, que yo sepa.

—Se me había figurado.

—Después de todo, caballero, — dijo el entusiasta Mr. Snodgrass, — las mujeres son el encanto y el consuelo de nuestra existencia.

—Es cierto, — añadió el personaje tuerto.

—Cuando están de buen humor, — añadió el de la cara *curada*.

—¡Oh! ¡es cierto! — dijo el caballero pacífico.

—Esta pequeña discusión sobre las mujeres, — dijo el comisionista tuerto, — me hace recordar una historia que oí contar á mi tío. Esto es lo que me ha impelido á decir que hay cosas peores que las mujeres.

—Quisiera oír esa historia, — dijo el hombre del cigarrillo y de la cara roja.

—Y yo también, — dijo Mr. Tupman, que hablaba por vez primera, y que deseaba corroborar su existencia.

—Pues voy á contarla. Sin embargo, creo que no merece la pena: me parece que no vais á creerla.

Y mientras el comisionista hablaba de este modo, su ojo solitario guiñaba de una manera maliciosa.

—Con esa condición voy á contarla. ¿Habéis oído hablar de la casa Bilson y Slum? Por lo demás, si habéis oído hablar de esta casa ó no, es cosa que no importa mucho, puesto que hace tiempo que se han retirado del comercio. Hace ochenta años que el suceso en cuestión le pasó á un empleado de dicha casa. Era amigo íntimo de mi tío, y mi tío me ha contado la historia poco más ó menos como vais á oírlo. Se titula

Historia de Tomás Smart

Una tarde de invierno, en el momento en que principiaba á extenderse la obscuridad sobre la tierra, se veía por el camino que atravesaba la llanura de Malborough un coche ocupado por un hombre, que aguijoneaba su caballo con prisa.

La estación era tan fría, y la noche tan tempestuosa, que excepto el agua que caía, no había ni un gato por allí. Si un comisionista de aquel tiempo hubiera encon-

trado aquella calesa con su caja gris, sus ruedas encarnadas y su yegua torda de marcha larga, de carácter asustadizo y caprichoso, hubiera decidido al primer golpe de vista que el conductor del coche era necesariamente Tomás Smart, de la gran casa de Bilson y Slum; pero como no había allí ningún comisionista, nadie se enteraba del asunto, y Tomás Smart, su calesa gris, sus ruedas rojas y su yegua caprichosa, guardaban mutuamente el secreto caminando juntos.

En este triste mundo hay muchos sitios más agradables que el llano de Malborough, cuando el viento silba con violencia. Si unís á esto una sombría noche de invierno, un camino fangoso y desigual, una lluvia fría y violenta, experimentando todo esto en vuestra propia persona, comprenderéis la fuerza de la observación.

El viento no soplaba de frente ni por detrás, pero venía al través del camino, lanzaba la lluvia obliquamente, como las líneas que se trazan en nuestros cuadernos de escritura para enseñarnos á inclinar bien las letras; se apaciguaba por momentos, y el viajero empezaba á felicitarse, porque creía que, fatigado de su furia, se había al fin adormecido. Pero de repente empezaba á ahullar de nuevo, llegaba rodando por encima de las colinas, barria la llanura, acercándose con violencia siempre creciente, revoloteaba alrededor del hombre y del caballo, azotaba sus ojos, sus orejas y lanzaba por todas partes ráfagas de una lluvia fría y picante; después retumbaba á lo lejos, como glorificándose de su poder.

La yegua andaba difícilmente en el lodo, y de tiempo en tiempo sacudía la cabeza, como para expresar el disgusto que le causaba la conducta inconveniente de los elementos. Sin embargo, seguía andando, cuando de repente, viendo venir un torbellino más fuerte que los demás, se detuvo y plantó sólidamente sus cuatro patas en la tierra. Obró así por una gracia especial de la Providencia, porque la calesa era tan ligera, Tomás Smart tan pequeño, y la yegua caprichosa tan poco robusta, que una vez arrebatados por el huracán, hubieran rodado infaliblemente unos sobre otros, hasta que hubieran llegado hasta el confin de la tierra, ó se hubiera apaciguado el viento.

— ¡Maldito tiempo del demonio! — exclamó Tom Smart, que tenía la mala costumbre de jurar.

— Vamos, viejecita, — continuó acariciando el cuello de la yegua con el látigo, — no hay medio de avanzar esta noche; nos detendremos en la primera posada; mientras más andes, más pronto se acabará esto.

La yegua, que sin duda entendía las palabras de su amo, empezó á correr; trotaba con tanta velocidad y sacudía de tal modo la cabeza, que Tom Smart esperaba

á cada instante ver los rayos de las ruedas saltar á derecha é izquierda y sumergirse en el suelo húmedo. Aunque era buen conductor, Tom no pudo detener la marcha de la yegua hasta el momento en que el valeroso animal se detuvo delante de una posada, á mano derecha del camino, poco más ó menos á dos millas de las colinas de Malborough.

El viajero dejó su látigo y dejó las riendas á un mozo de cuadra, mientras examinaba la casa. Era un viejo caserón, construido con vigas cruzadas y ladrillos; las ventanas sobremontadas de un pequeño techo puntiagudo; la puerta era baja, y para entrar en la casa, era preciso bajar dos escalones estrechos bajo un pórtico obscuro. Sin embargo, la posada no tenía muy mal aspecto; por la ventana de la sala se escapaba un rayo de luz que iluminaba el camino hasta la valla de enfrente; una claridad, tan pronto débil y vacilante, tan pronto fuerte y viva, se veía al través de la cortina de otra ventana, indicando el excelente fuego que ardía en el interior. Observando estos pequeños síntomas con la mirada de un viajero experimentado, Tom bajó con tanta agilidad como sus miembros le permitieron, y entró en la casa.

En menos de cinco minutos se instaló en la sala, enfrente del mostrador y no lejos de un fuego substancial, compuesto de un poco de carbón de piedra y mucha leña. Aquellos combustibles formaban un montón que llegaba hasta la mitad de la chimenea y chispeaba con un rumor que hubiera bastado para calentar el corazón de todo hombre razonable. Una joven bella, de resplandeciente mirada, de pie breve, de aspecto agraciado, extendía sobre la mesa un blanquísimo mantel. Tom, sentado junto al fuego, veía por reflexión en el espejo de la chimenea la bella perspectiva del mostrador, con sus filas de quesos, de trozos de jamón, de vaca mechada, de botellas con inscripciones, de cajas de conservas. Además, en el mostrador había una viuda que tomaba té, junto á la más bella de las mesas posibles; y esta viuda, que podía tener cuarenta y ocho años, era evidentemente la dueña de la posada, la autócrata suprema de aquellos estados. Desgraciadamente había una mala sombra en este luminoso cuadro. Era un hombre muy alto, de traje pardo, de enormes botones de metal, con negros bigotes y cabellos negros rizados. Tomaba té al lado de la viuda, y estaba en camino de tomar la misma viuda, como era fácil comprender.

El carácter de Tom Smart no era irritable ni envidioso, y, sin embargo, de una manera ó de otra, el hombre alto de vestido pardo hizo fermentar el poco humor que entraba en su constitución. Lo que más le molestaba sobre todo era observar de tiempo en tiempo en el cris-

tal ciertas familiaridades inocentes, pero afectuosas, que se cambiaban entre la viuda y el hombre alto, induciendo evidentemente que era favorito de la dama. Tom amaba el ponche caliente; así es que, después de haberse cerciorado de que su yegua tenía buena ración de avena, después de haber saboreado la excelente comida que le sirvió la misma viuda. Tom pidió un vaso de ponche por vía de ensayo. La viuda confeccionaba mejor que nadie este artículo. El primer vaso gustó tanto á Tom, que no tardó en pedir el segundo. El ponche caliente es cosa deliciosa en todas partes, pero en aquella habitación tan bella, junto á tan excoeleate fuego, oyendo el ruido del viento que rugía en el exterior, Tom encontró mucho más sabroso el ponche caliente. Pidió un tercer vaso, después el cuarto, después el quinto. Mientras más ponche bebía, más se irritaba contra el hombre alto.

— ¡El diablo le confunda! — dijo para sí Tom Smart: — ¿qué tiene que hacer aquí? Si la viuda tuviera un poco de gusto, podía aficionarse á un perillán de mejor hocio que este.

Al decir esto, los ojos de Tom se apartaron del cristal y contemplaron el vaso de ponche; lo bebió y pidió otro.

El caballero Tom Smart había tenido siempre el deseo de servir al publico. Desde hacía mucho tiempo había ambicionado establecerse en un mostrador de su propiedad, con su gran gabán verde, sus pantalones de terciopelo y sus botas de vuelta. Formábase una alta idea del acto de presidir una comida, y parecíale que había de hablar muy bien en un comedor que le perteneciera, y que daría un gran ejemplo á sus parroquianos comiendo con gran intrepidez. Todo esto pasó rápidamente por la mente de Tom mientras saboreaba su ponche, y sintió justa indignación hacia el hombre alto, que parecía estar á punto de adquirir aquella casa, mientras que Tom Smart estaba muy lejos de tan grande dicha. Por consiguiente, después de haber pensado si debía armar camorra con el hombre alto, Tom Smart vino á deducir la conclusión, muy lógica por cierto, de que un pobre hombre, muy perseguido por la fortuna, lo mejor que podía hacer era meterse en la cama.

La linda muchacha guió á Tom por una larga y vieja escalera. El viento apagó la luz; la joven volvió á encenderla, y Tom, después de abrazar á la criada en la obscuridad, fué llevado al través de un laberinto de corredores hasta llegar á su cuarto. La joven le dió las buenas noches y le dejó solo.

Se encontraba en una estancia grande; el lecho hubiera podido servir para un batallón entero; los dos armarios de caoba, ennegrecida por el tiempo, hubieran

contenido el equipaje de un pequeño ejército; pero lo que más llamó la atención de Tom fué un sillón extraño, de respaldo elevado, esculpido del modo más raro, cubierto de damasco con grandes ramos y con las patas cuidadosamente envueltas en pequeños sacos rojos, como si hubieran tenido gota en los talones. De otro sillón singular no hubiera pensado Tom otra cosa sino que era un sillón singular; pero había en aquel sillón una cosa... le era imposible decir qué... una cosa que nunca había visto en ningún mueble; una cosa que parecía fascinarle. Sentóse junto al fuego, y clavó los ojos en el mueble durante media hora.

— A fe mía, — dijo Tom desnudándose lentamente y considerando siempre el viejo sillón, que se ostentaba con misterioso aspecto junto á su lecho, — nunca he visto nada más particular.

Sacudió la cabeza con aire de profunda sabiduría y miró el sillón otra vez; pero mientras más miraba, menos comprendía. Se metió en la cama, se arropó bien y se durmió.

Media hora después, Tom se despertó sobresaltado en medio de un sueño confuso de hombres altos y vasos de ponche. El primer objeto que se ofreció á su imaginación aturdida fué el extraño sillón.

— No quiero mirarlo más, — dijo Tom cerrando fuertemente los párpados, y procuró persuadirse de que iba á dormir.

¡Imposible! Una enorme cantidad de sillones estrambóticos bailaban en torno suyo, batían el compás con las patas, daban vueltas de carnero y hacían toda clase de cabriolas.

— Lo mismo da ver un sillón real que dos ó tres docenas de sillones imaginarios, — pensó Tom sacando la cabeza por entre las sábanas.

El objeto de su admiración estaba siempre allí, fantásticamente alumbrado por la luz vacilante de la chimenea.

Tom lo contemplaba fijamente, cuando de repente le vió cambiar de forma. Las esculturas del espaldar tomaron gradualmente los caracteres y la expresión de una cara humana, vieja y arrugada; el damasco floreado se convirtió en un viejo chaleco abigarrado, las patas se alargaron, convirtiéndose en pies con babuchas rojas, y el sillón, en fin, ofreció la apariencia de un viejísimo y respetabilísimo señor del siglo anterior, que se había sentado allí. Tom se incorporó sobre su lecho, y se frotó los ojos para persuadirse de que no era ilusión. Pero no, el sillón era realmente un hombre anciano, y lo más particular es que este viejo empezó á guiñar el ojo mirando á Tom Smart.

Tom era muy audaz, y además tenía en el estómago cinco vasos de ponche. Aunque él estaba un poco desnaturalizado, sintió que le excitaba su bilis el que lo mirase el viejo aquel con aire tan imprudente. Por fin, resolvió no tolerar más aquello, y como la extraña cara continuaba guiñando el ojo, Tom le dijo en tono colérico:

— ¿Por qué diantre me hacéis estas muecas?

— Porque me da la gana, Tom, — respondió el sillón, ó el viejo, como queráis llamarle. Entonces cesó de guiñar el ojo, pero empezó á soreir enseñando los dientes, como un viejo mono decrepito.

— ¿Cómo sabéis mi nombre, cara de pergamino? — preguntó un poco desconcertado, aunque quería aparentar serenidad.

— Vamos, vamos, Tom, no se debe hablar de ese modo á la caoba maciza.

Al decir esto, el viejo tenía un aire tan feroz, que Tom empezó á asustarse.

— No tenía yo intención de faltáros al respeto, caballero, — respondió en tono un poco más humilde.

— Bien, bien; ¿lo véis, Tom?

— ¿Cómo?

— Sé vuestra historia, Tom; sé vuestra historia; sé que no sois rico.

— ¿De veras? ¿pero cómo sabéis eso?

— Eso no os importa. Escuchadme, Tom; os gusta demasiado el ponche.

Tom estuvo á punto de protestar diciendo que no había probado el ponche desde el último aniversario de su natalicio; pero sus ojos encontraron los del sillón. Estos tenían una expresión tan penetrante, que Tom se ruborizó y guardó silencio.

— Tom! la viuda es una bella dama, una mujer apetecible; ¿eh, Tom?

Al decir esto, el viejo miró al cielo, dió un resoplido y levantó una de sus pequeñas piernas con aire tan travieso, que á Tom le disgustó la ligereza de sus maneras, sobre todo á su edad.

— Tom! — dijo el viejo, — yo soy su tutor.

— ¿De veras?

— He conocido á su madre, Tom, y á su abuela también. Estaba loca por mí. Ella me hizo este chaleco.

— ¿Sí?

— Y estas babuchas, — continuó el viejo. — Pero dejemos eso; no conviene que se sepa cuánto me quería. Esto podría dar ocasión á algunas desavenencias en la familia.

— Yo era el predilecto de las mujeres en mi tiempo; yo he tenido muchas sobre mis rodillas durante horas enteras. ¡Eh! Tom ¿qué os parece?

El viejo iba á continuar, contando tal vez alguna proeza de su juventud, cuando fué atacado de un violento acceso de temblor, y tuvo que callar.

— ¡Está bien, viejo libertino! — pensó Tom, pero no dijo nada.

— ¡Ah! — continuó su extraño interlocutor, — esta enfermedad me incomoda mucho ahora.

— Lo creo.

— Pero no se trata de eso: yo quiero casaros con la viuda.

— ¡A mí, caballero!

— A vos.

— Bendiga el cielo vuestras canas; — el sillón conservaba aún una parte de sus crines; — ella no me querrá.

Y Tom suspiró involuntariamente, porque pensaba en el mostrador.

— Ya veremos, — dijo el viejo con firmeza.

— No, no; soplan otros vientos; un maldito zanguilargo, un endiablado figurón.

— ¡Tom! — dijo el viejo solemnemente, — no se casará con ella jamás.

— ¡Ah! si vos hubierais estado en el mostrador, no diríais eso.

— ¡Bah! ¡bah! yo sé toda la historia.

— ¿Qué historia?

— Los besos furtivos detrás de la puerta, etcétera, — dijo el viejo con una mirada impudente que hizo hervir la sangre de Tom; — yo estoy enterado de eso, Tom: he visto hacer lo mismo á otros que no quiero nombrar, pero después no ha resultado nada.

— ¡Debéis haber visto cosas muy buenas en vuestros tiempos!

— ¡Ya lo creo, Tom! — respondió el viejo con una mneca muy complicada. — Después, — añadió lanzando un profundo suspiro: — ¡ah! ¡yo soy el último de mi familia!

— ¿Era muy numerosa?

— Éramos doce muchachos muy fornidos; ¡qué diferencia de estos abortos del día! y éramos tan bellos, aunque no me esté bien el decirlo, éramos tan bellos, que daba gusto vernos.

— ¿Y qué ha sido de los otros caballeros?

El viejo respondió tristemente:

— ¡Disgustos, Tom, disgustos! Hemos hecho duros servicios, y no tenían todos mi constitución. Han sido atacados de reumatismo en las patas y en los brazos de tal modo, que han sido relegados á la cocina y á otros hospitales. Uno de ellos, después de largos servicios y malos tratamientos, se dislocó y rompió de tal modo, que fué preciso echarlo al fuego.

— ¡Espantoso destino!

El viejo hizo una pausa. Luchaba contra la violencia de sus emociones. Al fin, continuó en estos términos:

— Pero no se trata de eso, Tom. Aquel hombre alto es un bribón, un aventurero. Desde que se casara con la viuda, vendería todos los muebles y se marcharía; ¿qué sucedería después? Ella se vería abandonada, arruinada, y yo me moriría de frío en la tienda de algún prendero.

— Sí, pero...

— No me interrumpáis: yo tengo de vos una opinión muy diferente; yo sé que si algún día os hallaseis establecido en una taberna, no la dejaríais nunca, mientras en ella quedara algo que beber.

— Os doy gracias por vuestra buena opinión, caballero.

— Por eso precisamente, — dijo el viejo en tono magistral, — vos os casaréis con ella, y él no se casará.

— ¿Y quién lo impedirá? — preguntó Tom con vivacidad.

— Una pequeña circunstancia; él es casado.

— ¿Cómo podría yo probarlo? — exclamó Tom saltando de su lecho.

— El no sospecha que se ha dejado en el bolsillo derecho de su pantalón, que está en ese armario, una carta de su desgraciada mujer, que le suplica vaya a dar de comer a sus seis... notad bien, Tom, a sus seis hijos, todos de poca edad.

Cuando el viejo hubo pronunciado estas palabras con solemnidad, sus facciones se fueron borrando poco á poco, y su cuerpo empezó á obscurecerse: un velo parecía extenderse sobre los ojos de Tom. El viejo chaleco se resolvió en un cogín de damasco; sus babúchas rojas se convirtieron en pequeños forros; toda su persona tomó la apariencia de un viejo sillón. Entonces el fuego de la chimenea se apagó, y Tom Smart, recostando la cabeza sobre la almohada, se durmió profundamente.

La mañana le sacó del sueño letárgico que se había apoderado de él después de la desaparición del viejo. Se sentó en su lecho, y durante algunos minutos se esforzó vanamente en recordar los sucesos de la noche anterior. De repente vinieron á su memoria; miró el sillón: era indudablemente un mueble gótico, sombrío, fantástico; pero hubiera sido necesaria una imaginación más ingeniosa para descubrir allí alguna semejanza con el viejo.

— ¿Cómo vamos, viejo verde? — dijo Tom, que se encontraba más animoso á la luz del día, como generalmente sucede á la mayor parte de los hombres.

El sillón permaneció inmóvil y no respondió palabra.

— ¿Qué armario me habéis indicado? — continuó Tom; — ¿podéis decírmelo otra vez?

El sillón insistió en su silencio.

— Veamos, — dijo Tom saltando del lecho; — no es difícil averiguarlo.

Dirigióse á uno de los armarios; la llave estaba en la cerradura. Abrió y encontró un pantalón; Tom metió la mano en la faltriguera de la prenda, y sacó la carta de que el viejo le había hablado.

— ¡Chistosa historia! — dijo Tom mirando primero el sillón, después el armario, después la carta, volviendo á mirar por último el sillón. — ¡Chistosa historia! — Pero por más que miraba, nada sacaba en claro; y así creyó que lo más prudente era vestirse y terminar el asunto del hombre alto, sólo para no estar en suspenso.

Al bajar á la sala examinó las localidades con la mirada escrutadora de un propietario, y pensando que no sería difícil que todo aquello fuera bien pronto suyo. El hombre alto estaba en pie junto al mostrador, con las manos á la espalda, como si estuviera en su casa. Al ver á Tom sonrió con aire distraído. Un observador superficial hubiera podido suponer que sólo sonreía para mostrar sus dientes blancos; pero Tom pensó que un sentimiento de triunfo se agitaba en el sitio donde debía estar el espíritu del hombre alto. Tom llamó á la patrona.

— Buenos días, señora, — dijo Tom Smart cerrando la puerta de la pequeña sala cuando la viuda hubo entrado.

— Buenos días, caballero; ¿qué queréis para almorzar?

Tom no respondió palabra, porque pensaba la manera de abordar la cuestión.

— Hay un excelente jamón, — contestó la viuda, — y un excelente asado de ave; ¿os lo mando, caballero?

Estas palabras pusieron término á las reflexiones de Tom, y su admiración por la viuda aumentó.

— Señora, — preguntó él, — ¿quién es ese hombre que está en el mostrador?

— Se llama Jinkins, caballero, — respondió la viuda ruborizándose un poco.

— Es un guapo mozo.

— Y una persona muy distinguida.

— ¡Hum! — dijo el viajero.

— ¿Se os ofrece alguna cosa? — dijo la viuda un poco desconcertada por el ademán de su interlocutor.

— Sí; ¿queréis tener la bondad de sentaros un instante?

La viuda pareció admirada, pero se sentó y Tom se sentó junto á ella. Yo no sé cómo fué ni Tom Smart lo sabía tampoco; pero lo cierto es que la palma de la mano de Tom se apoyó en la de la viuda, y así permaneció hasta el fin de la conferencia.

— Señora mía, — dijo Tom haciéndose amable, — se-

ñora, vos merecéis sin duda un excelente marido.

—¡Caballero! ¡caballero! — exclamó la viuda.

Y no las tenía todas consigo: aquel modo de entablar la conversación era bastante inusitado, por no decir otra cosa, sobre todo si se considera que ella no había visto á Tom la noche anterior.

—Yo no soy un adulator, señora. Merecéis un marido perfecto, y él será feliz.

Mientras Tom hablaba de este modo, la viuda aparecía más desconcertada; hizo un movimiento para levantarse, pero Tom estrechó suavemente su mano para retenerla, y la viuda permaneció en el asiento.

—A la verdad, caballero... yo os doy las gracias por vuestra buena opinión, — continuó la dama riendo, — y si algún día me caso...

—¿Sí? — dijo Tom malignamente.

—Sí; cuando resuelva casarme espero tener un marido tan bueno como vos decís.

—Jenkins, queréis decir.

—¡Caballero! ¡caballero!

—Vamos, no me habléis de él. Yo le conozco.

—Estoy segura que los que le conocen no tendrán nada malo que contar de él, — continuó la dama ofendida por el aire misterioso del viajero.

—¡Hum! — dijo Tom.

La viuda comprendió que había llegado el momento de llorar. Sacó, pues, su pañuelo y preguntó á Tom si trataba de insultarle, si creía que era digno de un caballero hablar mal de otro caballero por detrás, porque lo natural era decirsele á él, y no venir á asustar á una pobre mujer.

—No tardaré en decirle en dos palabras, — respondió Tom. — Tan sólo quiero que vos me oigáis antes.

—Pues bien, decid, — exclamó la viuda esperando con atención.

—Voy á daros una sorpresa, — replicó Tom metiendo la mano en el bolsillo.

—Si vais á probarme que no es rico, ya lo sé, y bien podéis evitaros la molestia.

—No es eso. *Ya tampoco lo soy.*

—¿Pues qué es entonces? — exclamó la pobre mujer afligida.

—No os asustéis, — dijo Tom sacando la carta, — y no déis gritos, — continuó desdoblándola.

—No, no, dejádmela ver.

—Cuidado con poneros mala, y con hacer demostraciones.

—No: os lo prometo.

—Ni precipitaros en la sala para injuriarle, porque ya véis, yo hago todo esto por vos.

—Vamos, vamos, — dijo la viuda, — dejadme leer.

—¡Ahí tenéis, — replicó Tom Smart, y puso la carta en las manos de la viuda.

Las lamentaciones de la pobre mujer cuando leyó el papel hubieran conmovido un corazón de piedra. Tom había tenido siempre el corazón muy tierno; así es que se sintió atravesado de parte á parte.

—¡Oh! ¡traidor! ¡malvado! — exclamó la viuda con furia.

—Es horrible, señora, pero calmáos.

—No, no quiero calmarme, — dijo sollozando la viuda. No encontraré nunca una persona á quien pueda amar como á él.

—Sí, sí señora, — exclamó Tom dejando caer un diluvio de lágrimas sobre los infortunios de la viuda. En la energía de su compasión había pasado su brazo alrededor de su talle, y la viuda, en el paroxismo de su desventura, había estrechado la mano de Tom. Miró el rostro del viajero y sonrió al través de sus lágrimas. Tom se acercó más á ella, contempló sus facciones y sonrió también.

En resumen, Tom puso en la puerta de la calle al hombre alto y se casó con la viuda al cabo de un mes. Se le veía con frecuencia paseando por los alrededores en su yegua caprichosa, que arrastraba lentamente el coche de ruedas encarnadas. Después de muchos años se retiró del comercio y se fué á Francia con su mujer. La vieja casa fué entonces demolida.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS Y ARCHIVOS
CALLES DE REYES

Un caballero viejo tomó la palabra después del comisionista.

—¿Me permitiréis preguntaros, — dijo, — qué se hizo del sillón?

—Se notó que temblaba y crugía mucho el día de la boda; pero Tom Smart no podía decir si por la alegría ó á consecuencia de sufrimientos.

—¿Y todo el mundo creyó en esa historia? — preguntó el de la cara *culotada*.

—Todos, excepto los enemigos de Tom. Estos decían que era una paparrucha. Otros decían que estaba borracho, y que al vestirse había equivocado el pantalón.

—¿Tom Smart sostiene que es verdad?

—Sí señor.

—¿Y vuestro tío?

—También.

— Me parece que uno y otro habían de ser unos buenos tunantes.

— Efectivamente, — dijo el comisionista, — eran dos tunantuelos.

CAPITULO XV

Donde se verá un retrato fiel de dos personas distinguidas, y una descripción exacta de un gran almuerzo, que nos lleva al encuentro de un antiguo conocido y al principio de otro capítulo.

La conciencia de Mr. Pickwick le acusaba de haber olvidado á sus amigos del *Pavo de Plata*, y en la mañana del tercer día, después de la elección, salió á visitarlos, cuando su fiel criado puso en sus manos una tarjeta, en la cual veía en letras góticas la inscripción siguiente:

LA SENORA DE CAZALEON

La caverna Batanswill

— El portador espera, — dijo Sam.

— ¿Pregunta por mí?

— A vos y sólo á vos busca.

— ¿Es un caballero?

— Si no es un caballero es una imitación muy bien hecha.

— Pero es tarjeta de una dama.

— Sin embargo, me la ha dado un caballero. Espera en el salón, y dice que esperará todo el día con tal de veros. Mr. Pickwick bajó á la sala; un hombre grave estaba sentado allí. Levantóse prontamente, y al ver entrar á nuestro filósofo, dijo con aire de profundo respeto:

— ¿Sois Mr. Pickwick?

— Sí señor.

— Permitidme, caballero, el honor de estrechar vuestra mano.

— Con mucho gusto, — respondió Mr. Pickwick.

El visitante sacudió la mano que se le ofrecía, y continuó así.

— Caballero, la fama nos ha hablado de vos como de un sabio anticuario: la nombradía de vuestros descubrimientos ha llegado á oídos de mistress Cazaleon, mi mujer, caballero. Yo soy Mr. Cazaleon.

Aquí se detuvo el hombre grave, como si hubiera creído que Mr. Pickwick se había de aturdir á aquella comunicación; pero viendo que el filósofo permanecía en calma, continuó en estos términos:

— Mi mujer, caballero, mistress Cazaleon, tiene orgullo en contar entre sus relaciones á todos los que han adquirido celebridad por sus obras y su talento. Permitidme, caballero, que coloque en aquella lista el nombre de Mr. Pickwick y el de sus compañeros del Club que ha fundado.

— Tengo muchísimo gusto, caballero, en conocer á una dama tan distinguida.

— La conoceréis, caballero, mañana por la mañana damos un gran almuerzo, una fiesta campestre, á que están convidadas un número considerable de personas, que se han hecho célebres por sus obras y por su talento. Conceded á mistress Cazaleon la satisfacción de veros en la caverna.

— Con mucho gusto.

— Mistress Cazaleon da muchos almuerzos, caballero, *galas de la razón, luces del alma*, como observó con mucho sentimiento uno que ha dedicado un soneto á mistress Cazaleon.

— ¿Es célebre por sus obras y por su talento? — preguntó Mr. Pickwick.

— Ciertamente, caballero; todos los conocidos de mistress Cazaleon son célebres; su ambición consiste en no tener otra clase de relaciones.

— Es una nobilísima ambición.

— Cuando yo diga á mistress Cazaleon que esa observación ha salido de vuestros labios, caballero, ella se llenará de orgullo. Con vos viene un caballero que ha escrito algunos poemitas muy bellos.

— Mi amigo Snodgrass tiene mucho gusto por la poesía.

— Lo mismo que mistress Cazaleon; adora la poesía, caballero; la poesía la enloquece. Puedo decir que su alma toda está impregnada de poesía. También ella ha compuesto cosas deliciosas. Tal vez habréis visto su oda *A una rana moribunda*.

— No recuerdo...

— ¡Es imposible! Ha producido una sensación extraordinaria. Primero apareció en *El Correo de las da-*

— Me parece que uno y otro habían de ser unos buenos tunantes.

— Efectivamente, — dijo el comisionista, — eran dos tunantuelos.

CAPITULO XV

Donde se verá un retrato fiel de dos personas distinguidas, y una descripción exacta de un gran almuerzo, que nos lleva al encuentro de un antiguo conocido y al principio de otro capítulo.

La conciencia de Mr. Pickwick le acusaba de haber olvidado á sus amigos del *Pavo de Plata*, y en la mañana del tercer día, después de la elección, salió á visitarlos, cuando su fiel criado puso en sus manos una tarjeta, en la cual veía en letras góticas la inscripción siguiente:

LA SENORA DE CAZALEON

La caverna Batanswill

— El portador espera, — dijo Sam.

— ¿Pregunta por mí?

— A vos y sólo á vos busca.

— ¿Es un caballero?

— Si no es un caballero es una imitación muy bien hecha.

— Pero es tarjeta de una dama.

— Sin embargo, me la ha dado un caballero. Espera en el salón, y dice que esperará todo el día con tal de veros. Mr. Pickwick bajó á la sala; un hombre grave estaba sentado allí. Levantóse prontamente, y al ver entrar á nuestro filósofo, dijo con aire de profundo respeto:

— ¿Sois Mr. Pickwick?

— Sí señor.

— Permittedme, caballero, el honor de estrechar vuestra mano.

— Con mucho gusto, — respondió Mr. Pickwick.

El visitante sacudió la mano que se le ofrecía, y continuó así.

— Caballero, la fama nos ha hablado de vos como de un sabio anticuario: la nombradía de vuestros descubrimientos ha llegado á oídos de mistress Cazaleon, mi mujer, caballero. Yo soy Mr. Cazaleon.

Aquí se detuvo el hombre grave, como si hubiera creído que Mr. Pickwick se había de aturdir á aquella comunicación; pero viendo que el filósofo permanecía en calma, continuó en estos términos:

— Mi mujer, caballero, mistress Cazaleon, tiene orgullo en contar entre sus relaciones á todos los que han adquirido celebridad por sus obras y su talento. Permittedme, caballero, que coloque en aquella lista el nombre de Mr. Pickwick y el de sus compañeros del Club que ha fundado.

— Tengo muchísimo gusto, caballero, en conocer á una dama tan distinguida.

— La conoceréis, caballero, mañana por la mañana damos un gran almuerzo, una fiesta campestre, á que están convidadas un número considerable de personas, que se han hecho célebres por sus obras y por su talento. Conceded á mistress Cazaleon la satisfacción de veros en la caverna.

— Con mucho gusto.

— Mistress Cazaleon da muchos almuerzos, caballero, *galas de la razón, luces del alma*, como observó con mucho sentimiento uno que ha dedicado un soneto á mistress Cazaleon.

— ¿Es célebre por sus obras y por su talento? — preguntó Mr. Pickwick.

— Ciertamente, caballero; todos los conocidos de mistress Cazaleon son célebres; su ambición consiste en no tener otra clase de relaciones.

— Es una nobilísima ambición.

— Cuando yo diga á mistress Cazaleon que esa observación ha salido de vuestros labios, caballero, ella se llenará de orgullo. Con vos viene un caballero que ha escrito algunos poemitas muy bellos.

— Mi amigo Snodgrass tiene mucho gusto por la poesía.

— Lo mismo que mistress Cazaleon; adora la poesía, caballero; la poesía la enloquece. Puedo decir que su alma toda está impregnada de poesía. También ella ha compuesto cosas deliciosas. Tal vez habréis visto su oda *A una rana moribunda*.

— No recuerdo...

— ¡Es imposible! Ha producido una sensación extraordinaria. Primero apareció en *El Correo de las da-*

mas, y estaba firmada con una O y nueve estrellas. Principiaba así:

«¿Por qué te veo rana moribunda, espirante, sangrienta, espachurrada? ¡Con lágrimas contemplo tu desdicha, espachurrada, moribunda rana!»

— Encantador! — exclamó Mr. Pickwick.

— Muy bello! — dijo el hombre grave; — ¡qué sencillez!

— Sublime!

— La estrofa siguiente es más tierna aún. ¿Queréis que os la recite?

— Si queréis...

— Héla aquí, — continuó el hombre grave; en tono aún más grave:

«Los demonios tal vez, los canes fieros en su locura insana, te lanzaron del charco en que vivías, ¡espachurrada, moribunda rana!»

— Divinamente expresado! — dijo Mr. Pickwick.

Es un diamante, caballero; pero vos oiréis á la misma mistress Cazaleón recitar esta oda. Ella sola puede darle su verdadero valor. Mañana por la mañana, caballero, recitará en traje de máscara.

— De máscara?

— En figura de Minerva. Pero me olvidaba; es un almuerzo de trajes.

— ¡Pero, pero!... — exclamó Pickwick mirándose; — yo, en verdad, no puedo disfrazarme.

— ¿Por qué no, caballero? ¿por qué no? Salomón, Lucas, el judío, que vive en la calle Grande, tiene mil vestidos de capricho. Ved cuántos caracteres convenientes tenéis para elegir: Platón, Zenón, Epicuro, Pitágoras: todos fundadores de Clubs.

— Lo sé; pero no puedo compararme á esos grandes hombres, ni me atreveré á llevar sus vestidos.

El hombre grave meditó profundamente durante algunos minutos, y después dijo:

— Reflexionando, caballero, me ocurre que mistress Cazaleón tendrá gusto en presentar en su reunión á un hombre de vuestra celebridad en el traje que le es habitual, más bien que con un traje extraño. Yo me anticipo á prometeros en nombre de mistress Cazaleón que se hará una excepción en favor vuestro.

— En ese caso, — respondió Mr. Pickwick, — tendré gran placer en corresponder á vuestra invitación.

— Pero os hago perder tiempo — dijo desdenosamente

el hombre grave, en tono de penetración. — Conozco el valor del tiempo, y no quiero entreteneros más. Diré á mistress Cazaleón que puede esperar con confianza, lo mismo que á vuestros ilustres amigos. Adiós, caballero; me vanaglorio de haber visto á un personaje tan eminente.

Y sin dar á Mr. Pickwick tiempo para responderle, Mr. Cazaleón se alejó gravemente.

El filósofo tomó su sombrero y se dirigió á *El Pavo de plata*. Ya Mr. Winkle había hablado allí del baile de trajes.

— Mistress Pott va también — fueron las primeras palabras con que saludó á su mentor.

— ¡Ah! ¡ah! — dijo Mr. Pickwick.

— En figura de Apolo. Solamente que Mr. Pott se opone al traje.

— Tiene razón! — dijo enfáticamente el sabio.

— Si; llevará por tanto una túnica de satén blanco.

— Costará trabajo reconocer entonces al personaje — dijo Mr. Snodgrass.

— Pero como llevará la lira...

— Es verdad; yo no había pensado en la lira.

— Y yo — dijo Mr. Tupman, — iré de bandido.

— ¿Cómo? — exclamó Mr. Pickwick sobresaltado.

— De bandido? — repitió dulcemente Snodgrass.

— No creo que tengáis la intención — dijo Mr. Pickwick, examinando á su amigo con una severidad olímpica, — no creo, Mr. Tupman, que tengáis la intención de llevar un traje de terciopelo verde con una franja de dos dedos de ancho.

— Esa es mi intención precisamente — respondió con calor Mr. Tupman; — ¿y por qué no?

— ¿Por qué? — dijo Mr. Pickwick considerablemente excitado; — porque sois muy viejo, caballero.

— Muy viejo! — exclamó Mr. Tupman.

— Y si es preciso otra razón, porque sois muy gordo. Mr. Tupman se puso encendido.

— ¡Caballero! — exclamó, — eso es un insulto.

— ¡Caballero! — dijo Pickwick con el mismo tono, si os presentáis ante mí con un traje de terciopelo verde y franjas de dos dedos de ancho, me creeré gravemente insultado.

— Caballero, sois un impertinente.

— Vos lo sois más.

Mr. Tupman adelantó un paso ó dos y lanzó á mister Pickwick una mirada de reto. Mr. Pickwick lanzó también sobre él una mirada semejante, concentrada en un foco ardiente por medio de sus anteojos. Mr. Snodgrass y Mr. Winkle permanecieron absortos de ver escena tal entre tales hombres.

Después de una corta pausa, Mr. Tupman continuó en un tono más bajo, pero profundamente concentrado:

— Me habéis llamado viejo.

— Sí.

— Y gordo.

— Y lo repito.

— Es impertinente.

— Es cierto.

Hubo un instante de silencio espantoso.

— Mi adhesión á vos, caballero — contestó mister Tupman hablando con voz trémula de emoción y doblando sus mangas al mismo tiempo, — mi adhesión á vuestra persona es grande, muy grande, pero es preciso que yo tome venganza de vos.

— Acercaos, caballero — dijo Mr. Pickwick.

Estimulado por la natural excitación de aquel diálogo, el hombre inmortal tomó una posición defensiva.

Felizmente Mr. Snodgrass se precipitó entre los dos combatientes, con inminente peligro de recibir en las sienas un puñetazo de cada uno.

— ¡Cómo! — exclamó recobrando de repente el don de la palabra, que el exceso de su asombro le había quitado; ¡cómo, Mr. Pickwick, vos, vos, en quien están fijadas las miradas del universo! ¡Mr. Tupman, vos, que estáis iluminado como nosotros por el resplandor divino de su nombre! ¡Qué vergüenza, señores, qué vergüenza!

De la misma manera que las líneas escritas con lápiz ceden á la influencia de la goma elástica, así las arrugas inusitadas que marcaban una cólera pasajera en la frente de Mr. Pickwick, se borraron gradualmente durante las palabras de su amigo. Este hablaba aun, y ya la fisonomía del filósofo había recobrado su ordinaria expresión de bondad.

— He estado muy violento — dijo Mr. Pickwick, demasiado violento. Tupman, dadme vuestra mano.

La nube que cubría el semblante de Mr. Pickwick se disipó al oír estas palabras, y estrechó calurosamente la mano de su amigo, respondiendo:

— Yo he estado también muy violento.

— No, no — respondió precipitadamente Mr. Pickwick. — Yo soy quien no ha tenido razón. Os pondréis el traje de terciopelo verde.

— No, no.

— Para darme gusto os lo pondréis.

— Bien; si os empeñáis, me lo pondré.

Se decidió, por lo tanto, que Mr. Tupman, Mr. Winkle y Mr. Snodgrass llevarían trajes de disfraz, y mister Pickwick, en el calor de sus sentimientos, aprobó aquella determinación.

Mr. Cazaleón no había exagerado los recursos de mis

ter Salomón Lucas. Sus trajes eran numerosos, innumerables, no estrictamente clásicos, es cierto, pero estrictamente nuevos, y sin representar precisamente las modas de ninguna edad ni de ningún país, estaban más ó menos rellenos de paja. Se podía objetar que no producían efecto á la luz del sol, pero sabido es que resplandecían mucho á la luz de las bujías. Mr. Salomón Lucas convenció de esta ventaja á Mr. Tupman, Mr. Snodgrass y Mr. Winkle, que se comprometieron á llevar los trajes que el gusto y la experiencia del almacenista les recomendaran.

Los pickwickianos alquilaron un coche en el hotel; un cupé debía transportar á Mr. Pott y á su esposa á la mansión de mistress Cazaleón. Como una delicada ofrenda de gratitud por la invitación que había recibido, Mr. Pott había ya predicho con confianza en la *Gaceta de Batanswill* que la caverna ofrecía una perspectiva deslumbradora, un resplandeciente foco de belleza y talento, un tierno espectáculo de hospitalidad abundante y pródiga, y sobre todo, un grado de esplendor endulzado por el más exquisito tono, y junto al cual las maravillas de las *Mil y una noches* serían cosas lúgubres y tan sombrías como sería el espíritu del sér atribiliario y grosero que intentase manchar con el veneno de la envidia los preparativos hechos por la ilustre dama, en cuyos altares él presentaba una ofrenda de admiración. Esta última frase iba dirigida á *El Independiente*, que por no ser invitado á la fiesta había tratado de ponerla en ridículo aquellos días.

Llegó la mañana. Era un bello espectáculo ver á mister Tupman en traje completo de bandido, con su chaleco de tal modo apretado, que se plegaba en el pecho y en la espalda. La porción superior de sus piernas se encontraba comprimida en un pantalón de terciopelo, y la parte inferior estaba enlazada en las complicadas cintas que tanto usan los bandoleros. Era un placer ver sus bigotes retorcidos, y el cuello de la camisa abierto, por donde salía una cara más abierta aun. Era un placer contemplar su sombrero, en forma de pilón de azúcar, adornado con cintas de todos colores. La apariencia de Mr. Snodgrass era también agradable; tenía unas calzas de satén azul, zapatos de seda; su cabeza estaba cubierta por un casco griego, y como sabe todo el mundo, y como aseguraba Mr. Salomón Lucas, aquel era el traje ordinario, auténtico, de los trovadores, desde sus tiempos más remotos hasta que desaparecieron de la tierra.

La calesa que conducía al bandido y al trovador se detuvo detrás del cupé de Mr. Pott, el cual cupé se había detenido á la puerta de la casa, cuya puerta se abrió

para dar paso á Mr. Pott, que entre los gritos del pueblo apareció en la calle. Llevaba el traje de un magistrado ruso, y llevaba en la mano un knout, símbolo elegante del temible poder de la *Gaceta de Eatanswill*, y de las flagelaciones con que castigaba á los culpables políticos.

— ¡Bravo! — exclamaron Mr. Tupman y Mr. Snodgrass, viendo aquella alegoría ambulante.

— ¡Bravo! — repitió la voz de Mr. Pickwick desde el fondo del corredor.

— ¡Hurra, Pott! — exclamó el pueblo.

Durante las saluciones el editor subió al cupé, sonriendo con una especie de dignidad graciosa, que atestiguaba suficientemente que conocía su poderío y sabía usar de él.

Detrás salió mistress Pott, que se hubiera parecido mucho á Apolo si no hubiera llevado traje. Conducíala Mr. Winkle, y éste, con su traje encarnado, se hubiera parecido á un cazador, si no se confundiera su vestido con el de un cartero de Londres. Por fin apareció Mr. Pickwick, y fué aplaudido por los pilluelos tan ruidosamente como los demás, sin duda porque sus calzones y sus polainas tenían una apariencia de antigüedad.

Los dos coches se dirigieron juntos á la casa de los Cazaleón. El que llevaba á Mr. Pickwick llevaba también á Sam Weller, que debía ayudar al servicio.

Todos los individuos, hombres y mujeres, galanes y señoritas, chicos y viejos, que estaban reunidos para contemplar á los visitantes, se asombraron al ver á mister Pickwick dando el brazo por un lado al bandido y por otro al trovador. Pero cuando Mr. Tupman, para hacer su entrada convenientemente, se empeñó en adaptar sobre su cabeza el sombrero puntiagudo, se oyeron gritos tumultuosos, tales como nunca se habían oído.

Los inmensos y suntuosos preparativos de la fiesta realizaron completamente las proféticas alabanzas de mister Pott sobre las maravillas fabulosas de las Mil y una noches, y contradecían al mismo tiempo las pérdidas insinuaciones del venenoso *Independiente*. El jardín estaba lleno de gente. Nunca se habían visto reunidas tantas personas notables por su belleza, su elegancia y su talento. La joven Llady que escribía la sección poética en la *Gaceta de Eatanswill*, estaba en traje de odalisca, se apoyaba en el brazo del joven encargado de la sección de crítica, vestido de feld-mariscal. Había muchos autores que habían escrito libros enteros y que los habían impreso. Podía vérselos andando como hombres ordinarios, sonriendo, hablando y aun diciendo tonterías, sin duda para que les entendiera la gente vulgar que que estaban rodeados. Había también músicos con su som-

brero de cartón dorado; cuatro cantores, que se decían italianos, con traje nacional. En fin, estaba mistress Cazaleón, vestida de Minerva, recibiendo los convidados y manifestando abiertamente el orgullo y el placer que experimentaba al ver reunidas en su casa tantas personas distinguidas.

Un criado anunció á Mr. Pickwick, y aquel ilustre personaje se acercó á la divinidad que presidía, teniendo enlazados sus brazos con los del bandido y del trovador.

— ¿Es posible — exclamó mistress Cazaleón, — que yo tenga realmente la satisfacción de ver á Mr. Pickwick?

— En persona, señora — respondió el filósofo saludando muy bajo. — Permittedme que os presente á mis amigos Mr. Tupman, Mr. Winkle y Mr. Snodgrass.

Pocas personas, á menos que no lo hayan experimentado, saben cuán difícil es saludar con pantalones estrechos de terciopelo verde con chaleco apretado y sombrero en forma de pilón de azúcar, ó bien con un jubón de satén azul y medias de seda, ó bien con botas á la rusa, especialmente cuando estas cosas no han sido hechas para el que las lleva, y han sido puestas sobre la persona sin la más ligera atención á las dimensiones del traje y del que se lo pone. Nunca se han visto contorsiones semejantes á las que hizo Mr. Tupman para aparecer elegante; jamás se vieron posturas tan ingeniosas como las de sus compañeros de disfraz.

— Mr. Pickwick — dijo mistress Cazaleón, — es preciso que me prometáis que estaréis en mi casa todo el día.

— Sois muy amable, señora, — contestó Mr. Pickwick.

— En primer lugar, he aquí mis niñas, que las he olvidado — dijo Minerva, mostrando con aire negligente dos jóvenes perfectamente desarrolladas, que podían tener de veinte á veintidós años y que llevaban trajes infantiles.

— Era para que aparecieran más modestas, ó para hacer más joven á su mamá?

— Son encantadores — dijo Mr. Pickwick cuando las amables niñas se retiraron.

— Caballero — replicó Mr. Pott con aire de majestad, — es que se parecen como dos gotas de agua á su mamá.

— ¡Callad, pícarón — dijo alegremente mistress Cazaleón, dando con su abanico un golpecito en el brazo al editor.

(¡Minerva con abanico!)

— Ciertamente, — repuso Pott, — bien sabéis que el año pasado, cuando vuestro retrato estaba en la expo-

sición, todo el mundo preguntaba si erais vos ó vuestra hija más pequeña, porque os parecéis tanto, que no había medio de encontrar diferencia.

— ¡Conde! ¡conde! — gritó de repente mistress Cazaleón dirigiéndose á un individuo que pasaba al alcance de su voz, y que tenía un uniforme extranjero y enormes bigotes.

— ¡Ah! ¿qué queréis? — dijo el conde volviéndose.

— Quiero presentar el uno al otro á dos hombres muy espirituales. Mr. Pickwick, tengo mucho gusto en presentaros al conde Smorltolk.

Mistress Cazaleón añadió al oído del filósofo:

El famoso extranjero que aquí está reuniendo materiales para su obra sobre la Inglaterra, ¿sabéis?

Mr. Pickwick saludó al conde con una gran reverencia. El conde sacó su libro de apuntes.

— Mr. Pigwig, ¿eh? — dijo el conde; — Bigwig... un abogado, ¿no es eso?

— No, conde; Pickwick.

— ¡Ah! ya. ¿Cómo estáis, Mr. Pique Figue?

— Muy bien, gracias — respondió Pickwick con su afabilidad acostumbrada. ¿Hace mucho que estáis en Inglaterra?

— ¡Ah! mucho más de quince días.

— ¿Estaréis mucho más?

— Una semana.

— Tendréis mucho trabajo para recoger en tan poco tiempo todos los materiales que necesitáis.

— ¡Ah! ya están recogidos.

— ¿De veras? — exclamó Pickwick.

— Están aquí — exclamó el conde dándose un golpe en la frente con aire significativo. — En mi patria tengo un libro repleto de notas. Música, ciencia, poesía, política, todo.

— La palabra *política*, caballero, comprende en sí misma un estudio difícil y de inmensa extensión.

— ¡Ah! — exclamó el conde, sacando su libro de notas, — muy bien; magníficas palabras para empezar un capítulo. «Capítulo cuarenta y siete: *La palabra política comprende en sí...*»

Y la observación de Mr. Pickwick fué anotada en las tabletas del conde Smorltolk con las adiciones y variantes que le sugirió su imaginación ardiente y su perfecto conocimiento de la lengua.

— Conde — dijo mistress Cazaleón.

— Señora — respondió el conde.

— He aquí á Mr. Snodgrass, un amigo de mister Pickwick, y poeta.

— Esperad, — exclamó el conde, sacando su memorandum. — «Libro, poesía, capítulo de los amigos literarios,

nombre: el hombre gordo.» Presentado al hombre gordo por mistress Cazaleón.

Y el conde hizo mil reverencias, cerró su libro y se alejó, persuadido de que venía á añadir á sus conocimientos sobre Inglaterra las más importantes y útiles observaciones.

— ¡Es un hombre asombroso! — exclamó Minerva.

— ¡Un filósofo profundo! — añadió Mr. Pott.

— ¡Un ingenio penetrante y vivo! — añadió Mr. Snodgrass.

Un coro de invitados cantó las alabanzas del conde Smorltolk, sacudiendo todos la cabeza y diciendo unísonos:

— ¡Asombroso!!!

Como el entusiasmo en favor del conde Smorltolk se encendía cada vez más, los elogios hubieran durado hasta el fin de la fiesta, si los cuatro caballeros italianos, colocados en fila junto á un manzano para producir un efecto pintoresco, no se hubieran puesto á cantar sus aires nacionales. Es preciso confesar que las piezas no parecían de difícil ejecución, y todo el secreto parecía consistir en que tres de los cantores italianos gruñían mientras el cuarto maullaba. Terminada aquella interesante pieza, un joven muy aplaudido por toda la concurrencia empezó á encaramarse sobre una silla y saltar por encima de ella, á hacer las más raras piruetas y contorsiones. Después hizo una corbata de sus piernas, enredadas en el cuello, terminando con demostrar con cuánta facilidad puede una figura humana tomar la apariencia de la de una rana. Los numerosos espectadores estaban locos de entusiasmo y admiración. Después cantó con voz muy apagada la mujer de Mr. Pott, y el auditorio, con la mayor cortesía, se figuró oír una canción enteramente clásica, una canción de carácter, porque Apolo era compositor, y los compositores cantan rara vez sus propias obras y nunca las de otro. Por fin, mistress Cazaleón se adelantó y recitó su obra inmortal *A una rana expirante*. Oyéronse *bravos, brava, bravi* y muchos que *se repita*, y la dama recitó su oda segunda vez. Iba á recitar la tercera, pero la mayoría de los convidados, pensando que era tiempo de tomar alguna cosa, exclamaron que no debía abusarse de la amabilidad de mistress Cazaleón. En vano mistress Cazaleón protestó que estaba dispuesta á recitar otra vez la oda; sus amigos eran demasiado corteses, demasiado finos, para consentir oír la otra vez bajo ningún pretexto. Abrióse la sala del refresco, y todos se precipitaron dentro en tumulto, disputándose cuál llegaba primero. Todos sabían efectivamente que aquella ilustre dama tenía por costumbre preparar un almuerzo para cincuenta y después convidar trescientos.

—¿Dónde está Mr. Pott? — preguntó mistress Cazaleón, ocupándose en colocar cada convidado en su sitio.

—¡Aquí estoy! — exclamó el periodista desde el extremo opuesto de la habitación, sin esperanza de comer, á menos que la dueña de la casa no hiciera por él alguna cosa extraordinaria.

—Venid por aquí — exclamó ella.

—Os lo suplico, no os molestéis por él — dijo mistress Pott con voz afectuosa; — allá está muy bien; ¿no es verdad, querido, que estáis ahí muy bien?

—Sí, amor mío — respondió el desventurado Pott con una triste sonrisa.

¡Ay! ¿de qué le servía su knout? El brazo nervioso que le hacía caer sobre los hombros públicos con un vigor gigantesco, estaba paralizado por una mirada de la imperiosa mistress Pott.

Mistress Cazaleón miró con aire de triunfo en torno suyo. El conde Smoritolk estaba activamente ocupado en tomar nota del contenido de los platos. Mr. Tupman, con más gracia de la que en todos tiempos habían desplegado los bandidos de Italia, hacía los honores de una ensalada. Mr. Snodgrass, que había suplantado al crítico de la *Gaceta de Eatanswill*, estaba enfrascado en una disertación apasionada con la joven lady que hacía la sección poética, y Mr. Pickwick estaba universalmente amable. Nada parecía faltar en aquella escogida sociedad, cuando Mr. Cazaleón, cuya ocupación en semejantes fiestas era mantenerse en pie junto á la puerta y hablar con las personas menos importantes, gritó con todas sus fuerzas dirigiéndose á Minerva:

—Aquí está Carlos Fitz-Marshall.

—¡Gracias á Dios! — exclamó la dama; — ¡con cuánta ansiedad le he esperado! Señores, os lo suplico, dejad pasar á Mr. Fitz-Marshall; que venga acá en seguida para reñirle por haber tardado tanto.

—¡Aquí estoy! — dijo una voz muy clara; lo más pronto que he podido... mucha gente... sala llena... difícil acercarse á vos, muy difícil.

A Mr. Pickwick se le cayeron de la mano el tenedor y el cuchillo. Miró á Mr. Tupman, que también había dejado caer su tenedor y su cuchillo, y que parecía dispuesto á sepultarse en tierra.

—¡Ah! — exclamó el recién venido, mientras se abría paso entre una multitud de turcos, de oficiales, y de caballeros de Carlos II, que formaban una barricada entre él y la mesa. — ¡Ah! he aquí mis vestidos cilindrados... privilegio de invención... ni un pliegue en mi traje... admirablemente planchado... ¡buena idea! cilindrar uno su traje en casa... operación fatigosa.

Pronunciando estas frases, un joven vestido de ofi-

cial de marina consiguió acercarse á la mesa, y presentó á las miradas atónitas de los pickwickianos la facha y las facciones de Mr. Alfredo Jingle.

Apenas había tenido tiempo de tomar la mano que le alargaba mistress Cazaleón, cuando sus miradas encontraron las órbitas indignadas de Mr. Pickwick.

—¡Ah! me había olvidado — exclamó el culpable... — olvidado... no he dado orden al postillón... voy al instante... vuelvo.

—El criado ó Mr. Cazaleón avisará al cochero — dijo mistress Cazaleón.

—No... yo mismo... no tardaré... en un abrir y cerrar de ojos — respondió Jingle, y desapareció entre la multitud.

Mr. Pickwick se levantó lleno de indignación.

—Señora — dijo, — permitidme que os pregunte qué hombre es ese y en dónde reside.

—Es un caballero que tiene una gran fortuna. ¡Cuánto deseo presentároslo! También el conde tendría gusto en conocerle.

—Sí, ¿pero dónde vive?

—En Bury, hotel de *El Angel*.

—¿En Bury?

—En Bury Saint-Edmunds, á algunas millas de aquí. Pero... ¡Dios mío! Mr. Pickwick, ¿nos dejáis? No lo consento.

Antes que mistress Cazaleón hubiera acabado de pronunciar estas palabras, Mr. Pickwick había atravesado por entre la multitud y había llegado al jardín. Bien pronto se le unió Mr. Tupman, que le había seguido de cerca y que le dijo:

—Es inútil, ha partido.

—Ya lo sé — dijo Mr. Pickwick con calor; — pero yo le seguiré.

—¿Le seguiréis? ¿y á dónde?

—A Bury, en el hotel de *El Angel*. ¿Quién sabe si estará engañando á alguien en este sitio? Ya engañó á un hombre excelente, y nosotros sin querer tuvimos la culpa. No sucederá otra vez como yo pueda impedirlo. Quiero quitarle la máscara. ¡Sam! ¿dónde está mi criado?

—Aquí estoy, señor — dijo Sam, saliendo de un sitio extraviado, donde estaba ocupado en examinar una botella de vino de Madera que había sustraído de la mesa dos horas antes.

—Seguidme inmediatamente, — dijo Mr. Pickwick. — Tupman, si me quedo en Bury, podéis ir allá cuando yo os escriba. Hasta luego, adiós.

Las observaciones fueron inútiles; Mr. Pickwick estaba animado, y había tomado una resolución. Mr. Tup-

man volvió al lado de sus compañeros, y una hora después había ahogado en vino el recuerdo de Mr. Jingle ó de Mr. Fitz-Marshall.

Entre tanto mister Pickwick y Sam Weller, encaramados en un coche público, veían disminuir de minuto en minuto la distancia que les separaba del pueblo de Bury Saint-Edmunds.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉRIDA
ALERE FLAMMA
VERITATIS
CAPITULO XVI

Que contiene demasiadas aventuras para poderlas resumir brevemente

Preocupado con la resolución que había tomado de desenmascarar á Jingle en cualquier parte donde le encontrara, Mr. Pickwick iba por el camino taciturno y pensativo, reflexionando en los medios que debía emplear para realizar su proyecto; pero poco á poco dirigió su atención á los objetos que le rodeaban, y al fin se puso de tan buen humor, como si hubiera emprendido aquel viaje por el motivo más agradable del mundo.

—Delicioso paisaje, Sam — dijo.

—Entierra los techos y las chimeneas — respondió el criado tocando su sombrero.

—En efecto — contestó Mr. Pickwick sonriendo; — yo supongo que no habrás nunca visto sino techos y chimeneas, mortero y ladrillos.

—Yo no he sido siempre mozo de posada, caballero — respondió Sam sacudiendo la cabeza. — Yo he sido en otro tiempo criado de carretero.

—¿Cuándo?

—He sido mozo de un carretero, y después de un cochero, y después mozo de cuerda, y después criado de fonda. Ahora soy criado de un caballero. Yo mismo seré caballero un día de estos, con mi pipa en la boca y una butaca en mi jardín; ¡quién sabe! No me extrañaría.

—Eres un verdadero filósofo, Sam.

—Creo que eso es de familia, caballero. Mi padre tiene ahora esa profesión. Cuando mi madrastra le encorara, él se pone á silbar, ella se irrita y le rompe la pipa; él se va pacíficamente y trae otra. Entonces ella rebuzna

todo lo que puede y le dan ataques de nervios. El no se mueve y fuma con mucha tranquilidad su pipa hasta que ella vuelve en sí. Esto es filosofía, caballero.

—Por lo menos una cosa parecida, — respondió mister Pickwick. — Esto debe ser muy útil en vuestra vida errante.

—¡Util! Cuando me salí de casa del carretero, y antes de entrar en casa del cochero, he estado durmiendo quince noches en una habitación sin muebles.

—¿Una habitación sin muebles?

—Sí; los arcos en seco del puente Waterlloo; linda alcoba, á dos pasos del centro de los negocios. Lo único que tiene es que es un poco ventilada. Allí he visto cosas buenas.

—¡Ah! lo supongo — dijo Pickwick con interés.

—Cosas que traspasarían vuestro tierno corazón. No hay allí mendigos ordinarios; jóvenes mendigos de ambos sexos que no han empezado aun su profesión; pero los que más generalmente se alojan allí son las pobres criaturas sin asilo que se mueren de hambre, las pobres criaturas que no pueden pagar la cuerda de dos peniques.

—Decidme, Sam, ¿qué es eso de la cuerda de dos peniques?

—Es una posada, señor, donde los lechos cuestan dos peniques por noche.

—¿Y por qué dan á los lechos el nombre de cuerdas?

—Cuando los jóvenes y las niñas que tienen esa clase de hoteles los abrieron, estaban dispuestas las camas en el suelo; pero esto no les convenía. En lugar de estar un espacio de tiempo arreglado á la cantidad de dos peniques, los durmientes se estaban allí hasta medio día; así es que ahora tienen dos cuerdas, distantes la una de la otra como seis pies y elevadas sobre el piso á una altura de tres pies. Estas cuerdas van de un lado á otro de la habitación, y sobre ellas están los lechos en fuertes telas extendidas.

—Bien, ¿y qué?

—Las ventajas de este plan son palpables. Todas las mañanas á las seis sueltan una de las cuerdas, y ¡cataplún! todos los durmientes caen en tierra. Así se despiertan admirablemente, se levantan de buen humor y se van muy contentos... Pero decidme — continuó Sam interrumpiendo su verboso discurso, — ¿es Bury Saint-Edmunds el pueblo que se ve allá?

—Precisamente — dijo Mr. Pickwick.

Poco después el coche rodó por las calles limpias y bien empedradas de una preciosa villa, y se detuvo delante de una posada que había en medio de la calle principal, casi enfrente de la antigua abadía.

man volvió al lado de sus compañeros, y una hora después había ahogado en vino el recuerdo de Mr. Jingle ó de Mr. Fitz-Marshall.

Entre tanto mister Pickwick y Sam Weller, encaramados en un coche público, veían disminuir de minuto en minuto la distancia que les separaba del pueblo de Bury Saint-Edmunds.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉRIDA
ALERE FLAMMA
VERITATIS
CAPITULO XVI

Que contiene demasiadas aventuras para poderlas resumir brevemente

Preocupado con la resolución que había tomado de desenmascarar á Jingle en cualquier parte donde le encontrara, Mr. Pickwick iba por el camino taciturno y pensativo, reflexionando en los medios que debía emplear para realizar su proyecto; pero poco á poco dirigió su atención á los objetos que le rodeaban, y al fin se puso de tan buen humor, como si hubiera emprendido aquel viaje por el motivo más agradable del mundo.

—Delicioso paisaje, Sam — dijo.

—Entierra los techos y las chimeneas — respondió el criado tocando su sombrero.

—En efecto — contestó Mr. Pickwick sonriendo; — yo supongo que no habrás nunca visto sino techos y chimeneas, mortero y ladrillos.

—Yo no he sido siempre mozo de posada, caballero — respondió Sam sacudiendo la cabeza. — Yo he sido en otro tiempo criado de carretero.

—¿Cuándo?

—He sido mozo de un carretero, y después de un cochero, y después mozo de cuerda, y después criado de fonda. Ahora soy criado de un caballero. Yo mismo seré caballero un día de estos, con mi pipa en la boca y una butaca en mi jardín; ¡quién sabe! No me extrañaría.

—Eres un verdadero filósofo, Sam.

—Creo que eso es de familia, caballero. Mi padre tiene ahora esa profesión. Cuando mi madrastra le encorara, él se pone á silbar, ella se irrita y le rompe la pipa; él se va pacíficamente y trae otra. Entonces ella rebuzna

todo lo que puede y le dan ataques de nervios. El no se mueve y fuma con mucha tranquilidad su pipa hasta que ella vuelve en sí. Esto es filosofía, caballero.

—Por lo menos una cosa parecida, — respondió mister Pickwick. — Esto debe ser muy útil en vuestra vida errante.

—¡Util! Cuando me salí de casa del carretero, y antes de entrar en casa del cochero, he estado durmiendo quince noches en una habitación sin muebles.

—¿Una habitación sin muebles?

—Sí; los arcos en seco del puente Waterlloo; linda alcoba, á dos pasos del centro de los negocios. Lo único que tiene es que es un poco ventilada. Allí he visto cosas buenas.

—¡Ah! lo supongo — dijo Pickwick con interés.

—Cosas que traspasarían vuestro tierno corazón. No hay allí mendigos ordinarios; jóvenes mendigos de ambos sexos que no han empezado aun su profesión; pero los que más generalmente se alojan allí son las pobres criaturas sin asilo que se mueren de hambre, las pobres criaturas que no pueden pagar la cuerda de dos peniques.

—Decidme, Sam, ¿qué es eso de la cuerda de dos peniques?

—Es una posada, señor, donde los lechos cuestan dos peniques por noche.

—¿Y por qué dan á los lechos el nombre de cuerdas?

—Cuando los jóvenes y las niñas que tienen esa clase de hoteles los abrieron, estaban dispuestas las camas en el suelo; pero esto no les convenía. En lugar de estar un espacio de tiempo arreglado á la cantidad de dos peniques, los durmientes se estaban allí hasta medio día; así es que ahora tienen dos cuerdas, distantes la una de la otra como seis pies y elevadas sobre el piso á una altura de tres pies. Estas cuerdas van de un lado á otro de la habitación, y sobre ellas están los lechos en fuertes telas extendidas.

—Bien, ¿y qué?

—Las ventajas de este plan son palpables. Todas las mañanas á las seis sueltan una de las cuerdas, y ¡cataplún! todos los durmientes caen en tierra. Así se despiertan admirablemente, se levantan de buen humor y se van muy contentos... Pero decidme — continuó Sam interrumpiendo su verboso discurso, — ¿es Bury Saint-Edmunds el pueblo que se ve allá?

—Precisamente — dijo Mr. Pickwick.

Poco después el coche rodó por las calles limpias y bien empedradas de una preciosa villa, y se detuvo delante de una posada que había en medio de la calle principal, casi enfrente de la antigua abadía.

—Aquí está *El Angel* — dijo Mr. Pickwick mirando la muestra. — Bajemos aquí, Sam, pero hay que tomar algunas precauciones. Pide una habitación particular y no digas mi nombre, ¿entiendes?

—Entiendo — respondió Sam con un guiño de inteligencia.

Sacó el gabán del cofre de la trasera y fué á desempeñar su comisión. Una habitación particular fué contratada, y Mr. Pickwick entró en ella sin dilación.

—Ahora Sam — dijo el filósofo, — lo primero que hay que hacer es...

—Es pedir la comida — dijo Sam. — Es muy tarde, señor.

—¡Ah! es cierto — dijo el filósofo mirando su reloj; — tienes razón.

—Y si yo fuera vos, descansaría un poco antes de ocuparme en tomar informes de ese truhán.

—Creo que tienes razón, Sam; pero quiero antes asegurarme de que él estará en este hotel y de que no se me escapará.

—Yo me encargo de eso. Voy á arreglarlos una pequeña comida y á hacer una indagación allá abajo mientras la preparan. Yo le sacaré todos los secretos al limpiador de botas en diez minutos.

—Bien, ve — dijo Pickwick.

Y Sam se retiró.

Media hora después Pickwick estaba sentado frente á una excelente comida, y al cabo de un cuarto de hora más, Sam Weller venia á darle la noticia de que mister Carlos Fitz-Marshall había retenido su habitación hasta nueva orden; había ido á pasar la noche en una casa vecina, dejando dicho que se le esperase y llevando consigo á su criado.

—Ahora, señor — continuó Sam después de haber hecho su informe, — si puedo echar un parralillo con el criado, él me contará todos los asuntos de su amo.

Como este plan parecía el mejor, fué adoptado. Sam se retiró con permiso de su amo para pasar la noche como mejor le pareciese. Dirigióse á la taberna de la casa, donde hizo y dijo tantas locuras, que las risas de los parroquianos se oían desde el cuarto de Mr. Pickwick. Al día siguiente por la mañana, Sam Weller se ocupó en calmar la agitación febril que de la víspera le quedaba con una ducha de á penique; es decir, que mediante esta cantidad, un mozo de la cuadra dirigió el chorro de la bomba á su cabeza y á su rostro, hasta que se verificó una completa restauración de las facultades intelectuales del criado de Mr. Pickwick. Mientras recibía este tratamiento médico, llamó su atención un joven que estaba sentado en un banco del patio. Vestía una

librea de color violeta, y leía en un libro de himnos con un aire de profunda abstracción, que no le impedía de tiempo en tiempo volver los ojos á Sam, como si le interesara mucho la operación del baño.

—¡Buen tipo! — pensó éste la primera vez que sus ojos encontraron la mirada del de la librea.

Y en efecto, con su rostro pálido, ancho y aplastado, con sus ojos hundidos y su enorme cabeza, de la cual pendían algunas mechones de cabellos negros y lacios, el desconocido era un tipo raro. Continuaba mirando á Sam, como si tuviera deseos de entablar conversación. Al fin, para darle ocasión de hablar, Sam le dijo con un movimiento de cabeza significativo:

—¿Cómo va, buen hombre?

—Bastante bien, caballero — respondió el hombre violado con mesurada voz y cerrando su libro con precaución. Espero que vos también lo pasaréis bien.

—¿Eh? me siento como si fuera una botella de aguardiente ambulante... ¿Y vos vivís aquí?

El hombre violado respondió afirmativamente.

—¿Cómo es que no estabais anoche con nosotros? — preguntó Sam frotándose la cara con una tohalla.

—Había salido con mi amo — respondió el de la librea.

—¿Cómo se llama? — preguntó Sam Waller, cuyo rostro se puso rojo por el efecto combinado de la sorpresa y del frotamiento de la tohalla.

—Fitz-Marshall — dijo el otro.

—Venga esa mano — dijo Sam acercándose. — Tengo gana de conoceros. Vuestra cara me es simpática.

—Pues la vuestra — replicó el violeta con gran sencillez de maneras — me ha agradado desde que os he visto bajo la bomba.

—¿De veras?

—Bajo palabra de honor, ¿No es raro esto?

—Muy raro — respondió Sam congratulándose interiormente de la franqueza. — ¿Cómo os llamáis, patriarca?

—Job.

—¡Famoso nombre! El único que no ha sufrido abreviatura. ¿Y el apellido?

—Trotter — dijo el desconocido; — ¿y el vuestro?

Sam recordó la orden de su amo y respondió:

—Mi nombre es Walker, el de mi amo es Wilkins. ¿Queréis tomar alguna cosa, señor Trotter?

Mr. Trotter dió su completo asentimiento á aquella agradable proposición, y habiendo metido en el bolsillo su libro de himnos, siguió á Sam á la taberna, donde se ocuparon en discutir el mérito de un agradable licor contenido en un vaso de estaño, y compuesto en su casi

totalidad de ginebra de Holanda hecha en Inglaterra.
¿Y qué tal? ¿es buena vuestra colocación? — preguntó Sam, llenando por segunda vez el vaso de su compañero.

— Mala — respondió Job lamiéndose los labios, — muy mala.

— ¿De veras?

— Sí; mi amo se va á casar.

— ¿Es posible?

— Sí; va á robar una rica heredera que está en un colegio.

— ¡Qué dragón! — dijo Sam llenando otra vez el vaso de su camarada. — Algún colegio de esta ciudad, supongo.

Esta pregunta fué hecha con el tono de mayor indiferencia. Sin embargo, Job Trotter mostró claramente por sus maneras que notaba la ansiedad con que su interlocutor esperaba la respuesta.

Vació su vaso, miró misteriosamente á Sam Weller, guiñó el ojo, y finalmente hizo con su mano el gesto de manejar una bomba imaginaria, dando á entender que consideraba á su compañero como muy aficionado á sacar con bomba los secretos ajenos.

— No, no — dijo en conclusión. — Esto no se dice á todo el mundo. Es un secreto, un gran secreto, mister Walker.

Al decir esto, el hombre violado volvió boca abajo el vaso para probar ingeniosamente á su amigo que no quedaba nada con que apagar su sed. Sam comprendió el apólogo y mandó llenar el vaso de estaño nuevamente. Esta orden hizo brillar de placer los ojos del hombre violado.

— ¿Conque es un secreto? — dijo Sam.

— Yo así lo creo — respondió el otro, sorbiendo el licor con complacencia.

— Me figuro que vuestro amo es un ricacho.

Mr. Trotter sonrió, y teniendo el vaso en la mano izquierda, dió con la derecha cuatro golpecitos en el bolsillo del pantalón violeta, como para dar á entender que su amo hubiera podido hacer lo mismo sin llamar la atención de nadie por el ruido de su dinero.

— ¡Ah! — dijo Sam, — va comprendo.

El hombre violeta bajó la cabeza con aire significativo.

— ¿Pero vos no imagináis que es una indignidad dejar que vuestro amo robe á esa señorita?

— Ya lo sé — replicó Trotter suspirando y volviendo hacia su compañero el rostro, en que se pintaba la contrición; — ya lo sé, y esa acción pesa sobre mi conciencia; pero, ¿qué voy á hacer?

— ¿Hacer? — exclamó Sam; — denunciar á la joven.

— ¿Quién me creería? La joven lady es mirada como un modelo de prudencia y discreción. Ella diría que no y mi amo también. ¿Quién me creería? Yo perdería mi colocación, viéndome perseguido como difamador ó cosa parecida. He aquí lo que sacaría de denunciarlos.

— Es verdad — dijo Sam pensativo.

— Si yo conociera algún respetable caballero que quisiera encargarse del asunto, se podría impedir el rapto; pero hay la misma dificultad, Mr. Walker, la misma; yo no conozco ningún caballero respetable en este país, y si yo conociese alguno, éste no me creería lo que he contado de mi amo.

— Venid conmigo — dijo Sam levantándose de repente y cogiendo por el brazo á su compañero; — mi amo es el caballero que os hace falta.

Después de una ligera resistencia, Job Trotter fué conducido á la habitación de Mr. Pickwick, y le fué presentado con un breve resumen del diálogo que acabamos de contar.

— Yo siento mucho vender á mi amo, caballero — dijo Job Trotter, aplicando á sus ojos un pañuelo encarnado que tenía poco más de tres pulgadas en cuadro.

— Ese sentimiento os honra mucho — respondió mister Pickwick; — pero sin embargo, vuestro deber es...

— Ya sé que es mi deber — respondió Job con gran emoción; — todos debemos esforzarnos en cumplir nuestro deber, caballero, y yo me esfuerzo en cumplir el mío. Pero es cosa triste tener uno que hacer traición á su amo después de llevar sus vestidos y comer su pan.

— Sois un bravo mozo — dijo Mr. Pickwick muy afectado.

— Vamos, vamos — observó Sam, que había visto con mucha impaciencia las lágrimas de Mr. Trotter; — basta de llanto, eso no conduce á nada.

— Sam — dijo Mr. Pickwick en tono de reprensión; — no me gusta que tengáis tan poco respeto á los sentimientos de este joven.

— Los sentimientos son muy bellos, y tan bellos que es una lástima que los desperdicie de este modo. Creo que haría mejor guardándolos en el estómago que dejándolos evaporar en agua caliente, especialmente cuando esto no sirve de nada. ¡Lágrimas! esto no ha servido nunca para hacer un reloj ni para dar movimiento á una máquina.

— Pero, vamos — dijo Pickwick dirigiéndose á Job, — ¿dónde está ese colegio de señoritas?

— Es una casa vieja de ladrillos rojos que está fuera de la población, caballero.

— ¿Y cuándo se ejecutará ese pérfido plan?

—Esta noche.
—¿Esta noche?
—Esta misma noche, caballero.
—Hay que tomar alguna determinación inmediatamente. Voy á ver al punto la dama que dirige el establecimiento.
—Eso no servirá de nada, caballero.
—¿Por qué?
—Porque mi amo es un hombre muy artificioso.
—Ya lo sé.
—Ya ha embaucado de tal modo á la vieja directora, que ella no creará nada desfavorablemente á él, aunque se lo juréis de rodillas. Además, vos no tenéis más pruebas que la palabra de un criado; mi amo dirá que me ha despedido por cualquier motivo, y que yo he dicho esto por vengarme.
—¿Qué deberemos hacer entonces?
—Nada podrá convencer á la vieja á no ser que se le coja *infraganti* en el momento del rapto.
—Pero me parece — dijo Pickwick, — que es muy difícil sorprenderle en el acto del robo.
—Pues á mí, señor — dijo Job después de meditar, — me parece que es cosa fácil.
—A ver cómo.
—Mi amo ha sobornado á los dos criados, que están en introducirnos en la cocina esta noche á las diez; cuando todos los de la casa se hayan recogido á dormir, saldremos de la cocina, y entonces la joven bajará de su habitación. Habrá dispuesta una silla de posta, y en marcha. Por tanto, creo que si vos nos esperáis en el jardín, solo...
—¿Solo? ¿por qué solo?..
—Me figuro que la directora no gustará de que un descubrimiento tan desagradable se haga delante de muchas personas. Además, la joven colegiala, considerad su vergüenza.
—Tenéis razón. Esta reflexión muestra una gran delicadeza de sentimientos. Seguid, tenéis razón.
—Pues bien, yo creo que si esperáis en el jardín, yo podría introducirnos en la casa á las once y media en punto, y entonces podréis ayudarme á frustrar los proyectos de ese malvado, que me ha corrompido.
Al llegar aquí, Mr. Trotter suspiró profundamente.
—No os inquietéis; si él tuviera la más mínima porción de la probidad que os distingue, á pesar de vuestra humilde condición, yo no desesperaría de él.
Job saludó en voz baja, y á despecho de las anteriores observaciones de Sam, sus ojos se llenaron otra vez de lágrimas.
—No he visto nunca semejante llorón — dijo Sam;

—Dios me perdone si no tiene una llave de pipa continuamente abierta en la cabeza.
—¡Sam! — dijo Mr. Pickwick con gran severidad, — ten la lengua.
—Sí, señor.
—No me gusta ese plan — continuó el filósofo, después de una profunda meditación; — ¿por qué no hemos de ponernos de acuerdo con los parientes de la joven.
—Porque viven á cincuenta leguas de aquí, caballero.
—No hay nada que objetar á esto — dijo Sam.
—¿Cómo entraría yo en el jardín? — dijo mister Pickwick.
—La pared es muy baja, y vuestro criado os servirá de escala.
—Mi criado me servirá de escala, y vos os encargaréis de abrir la puerta de la casa.
—No podéis equivocaros, no hay más que una puerta en el jardín; dad unos golpecitos en cuanto oigáis el reloj, y yo os abriré inmediatamente.
—No me gusta ese plan — dijo Mr. Pickwick, — pero es preciso adoptarlo, porque no hay otro, y se trata del honor de esa joven; yo iré, no hay que dudarlo.
Por lo tanto, la bondad natural de Mr. Pickwick le arrastró por segunda vez á una aventura de la cual su buen sentido le hubiera alejado.
—¿Cómo se llama la casa? — preguntó.
—Westgate-House; cuando lleguéis al extremo de la ciudad, tomáis á mano derecha. La casa está aislada á poca distancia del camino, y tiene el nombre en una plancha de metal sobre la puerta.
—Ya sé, me acuerdo de haber visto esa casa la otra vez que estuve aquí. Contad conmigo.
Job Trotter saludó y se volvió para partir. Mister Pickwick le puso una guinea en la mano.
—Sois un buen sujeto — le dijo, — y admiro la bondad de vuestro corazón. Nada de agradecimiento; acordaos, á las once y media.
—No lo olvidaré, caballero — respondió Job Trotter, y salió de la habitación.
No podemos decir precisamente cuáles eran los pensamientos que ocupaban la mente de Mr. Trotter, por la sencilla razón de que no lo sabemos.
El día pasó, llegó la noche, y un poco antes de las diez Sam vino á decir á su amo que Mr. Jingle y Job habían salido juntos, que sus equipajes estaban empaquetados y que habían pedido un coche. El complot estaba ya evidentemente en vías de ejecución, como mister Trotter lo había predicho.
Llegaron las diez y media. Era el momento en que

Mr. Pickwick debía partir para su delicada empresa. A fin de estar más desembarazado para escalar la tapia, rehusó el sobretodo que le ofrecía Sam, y salió seguido de su fiel criado.

La luna estaba sobre el horizonte, pero oculta entre nubes; la noche era bella y seca, pero sombría; los caminos, las cercas, los campos, las casas y los árboles estaban rodeados de una sombra espesa; la atmósfera era pesada y ardiente; ningún rumor se oía, excepto el ladrido lejano de algún perro inquieto.

Nuestros aventureros encontraron la casa, reconocieron la inscripción de cobre, dieron la vuelta a la muralla y se detuvieron hacia el fondo del jardín.

— Sam — dijo Mr. Pickwick, — volverás a la fonda cuando me hayas ayudado á saltar la tapia.

— Muy bien, señor.

— Y me esperarás.

— Ciertamente.

— Toma mi pierna, y cuando yo diga arriba, levántame suavemente.

— Ya estoy pronto, señor.

Después de estos preliminares, Mr. Pickwick dió la voz de arriba, que fué literalmente obedecida; porque sea que su cuerpo participase en algún modo de la elasticidad de su espíritu, sea que las ideas de Sam sobre levantar suavemente no fueran las mismas de su amo, lo cierto es que el efecto inmediato de la obediencia de Sam fué tirar á su amo por encima de la tapia. Después de haber destrozado tres rosales, el hombre inmortal se encontró sobre el suelo del jardín.

— ¡Estáis herido, señor, — preguntó Sam, cuando volvió de la sorpresa que le había causado la súbita desaparición del filósofo.

— No, ciertamente, no estoy herido, — respondió éste;

— más bien creería que eras tú quien me habías herido.

— Espero que no, señor.

— No te inquietes, — respondió el sabio, del otro lado de la tapia; — no es nada... algunos rasguños... vete... podrían oírnos.

— Buena suerte, señor.

— Buenas noches.

Sam se alejó dejando en el jardín á Mr. Pickwick.

Veíanse de vez en cuando algunas luces en las ventanas del edificio, indicando que las colegialas se retiraban á sus dormitorios. No queriendo acercarse á la puerta antes de la hora señalada, Mr. Pickwick se ocultó en un ángulo del jardín, esperando el momento.

Estaba entonces en una situación que hubiera abatido la audacia de muchos héroes, y sin embargo, no sintió ni inquietud ni desaliento: sabía que su intento era horro-

roso, y se confiaba sin vacilar á los nobles sentimientos de Job Trotter. La situación era triste, por no decir comprometida; pero un espíritu contemplativo puede siempre distraerse por la meditación.

A fuerza de meditar, Mr. Pickwick cayó en una especie de letargo, del cual fué sacado por el reloj de la iglesia vecina, que daba las once y media.

— Llegó el instante, — pensó andando con precaución.

Examinó la casa. Las luces habían desaparecido; las ventanas estaban cerradas; todo el mundo dormía ya seguramente. Se acercó con gran precaución á la puerta y tocó. Pasaron dos ó tres minutos sin que nadie respondiera; dió un golpe más fuerte, después otro más fuerte aún.

Al fin se sintió un ruido de pasos en la escalera, una luz brilló al través del agujero de la llave, fueron quitadas barras y cerraduras, y la puerta se abrió lentamente.

A medida que se abría, Mr. Pickwick retrocedía, poniéndose á un lado. Alargó la cabeza con precaución para reconocer la persona que se presentaba. Pero cuál fué su sorpresa cuando vió en lugar de Job una criada desconocida que tenía un candil en la mano. Mr. Pickwick retiró su cabeza rápidamente, temiendo ser descubierto.

— Sarah, — dijo la criada dirigiéndose á alguno de la casa, — debe ser el gato. — Mis, mis, mis, monino, monino.

— Ningún animal respondió á estos llamamientos, y la criada cerró la puerta y volvió á correr los cerrojos, dejando á Mr. Pickwick pegado contra la pared.

— Es particular, — pensó con tristeza; — ellas están en vela, según creo, más tarde que de costumbre. Es desdicha que hayan escogido esta noche para velar.

Al hacer estas reflexiones, Mr. Pickwick se retiró al ángulo de la tapia donde estaba oculto al principio, dispuesto á esperar un poco para hacer de nuevo la señal.

Apenas habían pasado cinco minutos, cuando el resplandor de un relámpago fué inmediatamente seguido de un violento trueno, que hizo estremecer la bóveda del cielo; después otro relámpago más vivo y otro trueno más sonoro; y por último una lluvia violentísima.

Mr. Pickwick sabía perfectamente que un arbol es un vecino muy peligroso durante la tempestad: él tenía un arbol á la derecha, un arbol á la izquierda, uno delante y otro detrás. Si quedaba allí, estaba en peligro de que le cayera un rayo; si se ponía en medio del jardín podía ser descubierto y entregado á la policía. Una ó dos veces trató de escalar la muralla, pero no teniendo ninguna ayuda, el único resultado de sus esfuerzos fué poner toda su persona en un estado de transpiración abundante y llenarse de rasguños las rodillas y las manos.

— ¡Qué espantosa situación! — dijo deteniéndose después de aquel ejercicio, para enjugar su frente y frotarse las rodillas.

Al mismo tiempo miraba hacia la casa, y no viendo ninguna luz se figuró que ya todo el mundo estaba durmiendo. Resolvió, pues, repetir la señal.

Anduvo sobre la punta de los pies por la arena húmeda, tocó á la puerta, contuvo el aliento y puso el oído á la cerradura. Ninguna respuesta recibió. Cosa singular. Dió otro golpe; escuchó de nuevo; se sintió un cuchicheo en el interior, y después una voz que dijo:

— ¿Quién va?

— No es Job. — se dijo Pickwick pegándose á la pared. — es una voz de mujer.

Apenas había dicho esto, se abrió una ventana del primer piso, y tres ó cuatro voces de mujer repitieron la pregunta:

— ¿Quién va?

Mr. Pickwick no se movió. Sin duda todos los de la casa estaban levantados. Resolvió quedarse donde estaba hasta que se calmara la alarma, y en seguida hacer un esfuerzo sobrenatural, escalar el muro, ó perecer en aquella noble empresa.

Esta era la mejor resolución que podía tomar en aquellas circunstancias Mr. Pickwick; pero desgraciadamente estaba fundada en la hipótesis de que los habitantes de la casa no abrieran la puerta. Cuál fué su abatimiento cuando vió que la puerta se abría lentamente. Se retiró más, pero en vano se aplastó contra el muro.

— ¿Quién está ahí? — exclamó desde la escalera un numeroso coro de voces de soprano.

Eran la vieja directora del establecimiento, tres subdirectoras, cinco criadas y treinta colegialas, todas medio vestidas.

Como es de suponer, Mr. Pickwick no respondió *quién estaba allí*, y entonces la letra del coro se cambió en « ¡Dios mío, qué miedo! »

— Cocinera, — dijo la vieja directora, que había tenido cuidado de permanecer en lo alto de la escalera; — cocinera, ¿por qué no avanzáis hasta el jardín?

— Señora, no me atrevo.

— ¡Dios mío! ¡qué estúpida cocinera! — exclamaron las treinta colegialas.

— ¡Cocinera! — repitió la directora con gran dignidad, — no respondáis, os mando que vayáis á examinar el jardín.

La cocinera empezó á llorar; la criada dijo que era una vergüenza tratarla así, y por este acto de rebeldía fué despedida allí mismo.

— ¡Cocinera! ¿no oís? — dijo la vieja dando una pa-

tada en el suelo con mucha cólera.

— ¡Cocinera! ¿no oís á vuestra ama? — exclamaron las tres subdirectoras.

— ¡Cocinera! ¿no oís á vuestra ama? — exclamaron las treinta colegialas.

La desventurada cocinera, obligada de esta manera, dió un paso ó dos, teniendo cuidado de disponer su luz de manera que no le fuera posible ver cosa ninguna. Declaró, pues, que no había visto nada en el jardín, y que debía ser el viento.

La puerta iba á cerrarse, cuando una colegiala curiosa, que se arriesgó á mirar por entre los goznes lanzó un grito horrible, que fué repetido por todas las demás.

— ¿Qué ha pasado á miss Smithers? — preguntó la directora, mientras la dicha miss Smithers caía con un fuerte ataque de nervios.

— ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡pobre miss Smithers! — dijeron las veinte y nueve colegialas.

— ¡Oh, un hombre! ¡un hombre detrás de la puerta! — exclamó miss Smithers con voz turbada.

Cuando la vieja oyó estas espantosas palabras, batió marcha en dirección á su cuarto, cerró la puerta dando dos vueltas á la llave, y se puso mala.

Sin embargo de esto, las colegialas, las subdirectoras, las criadas, se precipitaron por la escalera, atropellándose unas delante de otras con gritos, desmayos y tropiezos. En medio del tumulto, Mr. Pickwick salió de su escondite, y se presentó delante de aquellas palomas asustadizas.

— ¡Señoras, queridas señoras! — les dijo.

— ¡Oh, nos llama queridas! — exclamó la más fea y la más vieja de las subdirectoras: — ¡miserable!

— ¡Señoras! — vociferó Mr. Pickwick desesperado al ver el peligro de su situación: — ¡escuchadme! no soy un ladrón! ¡quiero ver á la dueña de la casa!

— ¡Oh, qué monstruo feroz! — exclamó otra subdirectora: — ¡quiere á miss Tomkins!

Aquí los gemidos fueron universales.

— ¡Tocad la campana de alarma! — dijeron doce voces.

— ¡No! ¡no! — exclamó Mr. Pickwick: — ¡miradme! ¿tengo yo cara de ladrón? Queridas señoras, podéis prenderme, encerrarme, atarme de pies y manos en un cuarto, si gustáis, pero escuchadme lo que tengo que deciros, escuchadme.

— ¿Cómo habéis entrado en nuestro jardín? — talbuceó la criada.

— Llamad á la señora de la casa, y yo le diré todo, todo, — continuó mister Pickwick con toda la fuerza de sus pulmones. — Llamadla, pues; pero calmaos, llamadla; lo sabréis todo.

No sabemos si consistió en la figura de mister Pickwick ó en su elocuencia, ó en la irresistible curiosidad de las mujeres: pero lo cierto es que las mujeres más razonables del establecimiento, en número de cuatro ó cinco, cegaron á recobrar un poco de calma comparativa. Propusieron á Mr. Pickwick que se sometiera á un arresto, á fin de probar su sinceridad: él consintió, y para obtener una conferencia con miss Tomkins, entró espontáneamente en la habitación en que las externas colgaban sus sombreros y sus sacos durante las clases. Cuando estuvo cuidadosamente encerrado, las corderas asustadas empezaron poco á poco á recobrar el ánimo. Miss Tomkins fué sacada de su habitación: sus acólitas la llevaron al piso bajo, y la conferencia empezó.

—Y bien, hombre, ¿qué hacíais en mi jardín?

—Venía á advertiros que una de vuestras colegialas debía escaparse esta noche, — respondió Pickwick desde el interior del cuarto.

—Escaparse! — exclamaron miss Tomkins, las tres subdirectoras y las treinta colegialas: — ¿y con quién?

—Con vuestro amigo Mr. Carlos Fitz-Marshall.

—Nuestro amigo! no conozco tal sugeto.

—Entonces, Jingle.

—En mi vida he oído ese nombre.

—Entonces me han engañado! — dijo Mr. Pickwick.

—He sido víctima de un complot, de un infame complot. Enviad á alguien al hotel de *El Angel*, señora, si no me creéis; enviad al hotel de *El Angel*, y que pregunten por el criado de Mr. Pickwick.

—Parece un hombre respetable, puesto que tiene criado, — dijo miss Tomkins á la maestra de escritura y de aritmética.

—Pienso que es loco, y que ese otro es un guardián.

—Creo que tenéis razón, miss Gwyn, — respondió la directora: — es preciso que dos criadas vayan al hotel de *El Angel*, y que las demás se queden aquí para protegerme á mí.

Dos criadas fueron enviadas al hotel de *El Angel* en busca de Samuel Weller, mientras las otras tres se quedaron para proteger á miss Tomkins, á las tres subdirectoras y á las treinta colegialas. Mr. Pickwick se sentó en el suelo, y esperó la vuelta de las dos mensajeras con toda la filosofía y todo el valor que en aquella situación podía evocar.

Hora y media pasó en tan penoso estado, y cuando las dos criadas volvieron, Mr. Pickwick reconoció, además de la voz de Samuel Weller, otras dos que eran familiares á su oído.

Una corta conferencia siguió, abrióse la puerta, mister Pickwick salió del gabinete y se encontró en presencia

de todo el colegio, de Sam Weller, del anciano Mr. Wardle y de su futuro yerno.

—¡Mi querido amigo! — dijo Mr. Pickwick, precipitándose hacia mister Wardle y estrechándole las manos, — ¡mi querido amigo! en nombre del cielo, explicad á estas damas la triste, la horrible situación en que me encuentro. Debéis saberlo todo por mi criado; decidles ante todo, que no soy un bandido ni un loco.

—Ya lo he dicho, mi querido amigo, ya lo he dicho, — replicó Mr. Wardle, sacudiendo la mano derecha del filósofo, mientras Mr. Trundle sacudía la izquierda.

—Y los que hayan dicho lo contrario, si son hombres, vengan acá, y yo les daré una conveniente prueba de lo contrario, aquí mismo, en esta misma habitación, si estas damas tienen la bondad de retirarse un poco y mandar subir los hombres uno á uno.

Al concluir este reto caballeresco, Sam Weller se dió un golpe en la palma de la mano derecha con el puño de la izquierda, y miró á miss Tomkins con aire gracioso y guiñando el ojo; pero la galantería de Sam no produjo efecto en aquella virtuosa dama, que había oído con horror indecible la proposición, implícitamente expresada, de que era posible que existiera un hombre en el interior del colegio.

La apología de Mr. Pickwick fué terminada bien pronto, pero no se pudo sacar de él palabra alguna, ni durante su vuelta al hotel, ni cuando se halló sentado con sus amigos entre un buen fuego y la cena, que tanto necesitaba. Parecía aturdido, estupefacto: una sola vez se volvió hacia Mr. Wardle, y le preguntó:

—¿Cómo habéis venido aquí?

—Yo había arreglado para primero del mes una partida de caza con Trundle: hemos llegado esta noche, y nos ha llamado mucho la atención el saber que estabais en este país; pero tengo mucho gusto en veros aquí; tendremos partida de caza el primer día, ¿no es verdad, amigo mío?

Mr. Pickwick no respondió; no pidió noticias de los amigos de Dingley-Dell, y poco después se retiró á su habitación, advirtiéndole á Sam que fuera á tomar la luz cuando él llamara.

Poco tiempo después la campana sonó, y Sam Weller se presentó delante de su amo.

—¡Sam! — dijo Mr. Pickwick, apartando poco á poco las sábanas para mirarle.

—Señor, — respondió Sam.

Mr. Pickwick hizo una pausa, y Sam despabiló la luz.

—¡Sam! — repitió con un esfuerzo desesperado.

—Señor, — dijo otra vez Sam.

—¿Dónde está Trotter?

- ¿Job?
—Sí.
—Ha partido.
—Con su amo, supongo.
—Su amo, su amigo, ó su no sé qué; se han ido juntos; ¡bonita pareja!
—Jingle habrá sospechado mi proyecto, y te habrá despachado á ese bribón con su historia preparada, — repuso Mr. Pickwick.
—Eso debe ser, señor.
—Sin duda fué todo una invención.
—De la cruz á la fecha.
—No creo que se nos escape para otra vez.
—Lo espero.
—En cualquier punto en que encuentre á ese Jingle, — exclamó Mr. Pickwick, incorporándose sobre su lecho y dando un fuerte puñetazo sobre la almohada no me contentaré con desmascararle, sino que le daré además un castigo personal. Si lo haré, ó no me llamo Pickwick.
—Y cuando yo coja una pata á ese lloricón, ó le coja un buen remejo, ó no me llamo Weller. Buenas noches.

CAPITULO XVII

Donde se demuestra que un ataque reumático puede servir de estimulante á un genio creador.

Aunque la constitución de Mr. Pickwick era capaz de sostener una larga serie de trabajos y fatigas, no estaba, sin embargo, á prueba de una combinación tal de desventajas. Es tan peligroso como inusitado ser lavado al aire libre y secarse después en una habitación cerrada. Mr. Pickwick aprendió este aforismo á costa de su salud, y fué obligado á permanecer en su lecho por un ataque de reumatismo.

Pero si las fuerzas corporales de aquel grande hombre se habían debilitado, conservaba todo el vigor y elasticidad de su espíritu. El vejámen de su última aventura se había desvanecido completamente, y él mismo se unía á la risa franca de Mr. Wardle, siempre que se aludía á aquel asunto. Durante dos días, nuestro filósofo permaneció en su lecho y recibió de su criado las más solícitas

atenciones. El primer día, Sam se empeñó en distraerlo contándole una serie de anécdotas; el segundo día, mister Pickwick pidió recado de escribir y estuvo ocupado hasta la noche; el tercer día, encontrándose bien, mandó á su criado en busca de Mr. Wardle y de mister Trundle, suplicándoles que vinieran á tomar un vaso de vino con él. La invitación fué aceptada, y cuando todos se encontraron reunidos alrededor de una mesa, Mr. Pickwick, con un modesto sonrojo, leyó la novelita siguiente, como editada por él durante su reciente indisposición, siguiendo el relato de Sam Weller.

Historia de un verdadero amor

Había en un tiempo, en una pequeña ciudad de provincia situada á mucha distancia de Londres, un hombre llamado Nathaniel Pipkin. Era maestro de escuela, y habitaba una pequeña casa en la calle Grande, á diez minutos de distancia de la pequeña iglesia. Todos los días, desde las nueve hasta las cuatro, se le encontraba enseñando á los pequenuelos. Nathaniel Pipkin era dulce, benévolo, inofensivo, con la nariz arremangada, las orejas un poco torcidas, los ojos pequeños y un si es no es cojo. Compartía el tiempo entre la iglesia y la escuela, y creía firmemente que no existía en el mundo un hombre tan sabio como el cura, una habitación tan cómoda como la sacristía, ni una institución tan bien mantenida como la suya. Una vez solamente en su vida Nathaniel Pipkin había visto un obispo, un verdadero obispo, con sus mangas de linón y su peluca. Le había visto andar, le había oído hablar el día de la confirmación; y en esta majestuosa ceremonia, cuando el obispo había puesto las manos sobre la cabeza de Nathaniel Pipkin, éste se sintió sobrecogido de un temor tan respetuoso, que perdió el conocimiento y tuvieron que sacarlo de la iglesia en brazos de un bedel.

Este era un acontecimiento importante en la vida de nuestro héroe, y era el único que había trastornado el curso regular de su pacífica existencia, cuando una tarde, cuando se ocupaba en plantear sobre la pizarra un espantoso problema de adición que debía resolver un cielo, levantó la vista en una ventana al otro lado de la calle el bello rostro de María Lobbs. María Lobbs era la única hija del viejo Lobbs, el gran sillero de la calle Grande: ya otras veces, en la iglesia y fuera de ella, los ojos de Nathaniel Pipkin se habían clavado en la joven María; pero las negras pupilas de ésta no habían sido nunca tan brillantes, sus mejillas no habían estado tan frescas y sonrosadas como en aquella ocasión.

- ¿Job?
—Sí.
—Ha partido.
—Con su amo, supongo.
—Su amo, su amigo, ó su no sé qué; se han ido juntos; ¡bonita pareja!
—Jingle habrá sospechado mi proyecto, y te habrá despachado á ese bribón con su historia preparada, — repuso Mr. Pickwick.
—Eso debe ser, señor.
—Sin duda fué todo una invención.
—De la cruz á la fecha.
—No creo que se nos escape para otra vez.
—Lo espero.
—En cualquier punto en que encuentre á ese Jingle, — exclamó Mr. Pickwick, incorporándose sobre su lecho y dando un fuerte puñetazo sobre la almohada no me contentaré con desmascararle, sino que le daré además un castigo personal. Si lo haré, ó no me llamo Pickwick.
—Y cuando yo coja una pata á ese lloricón, ó le coja un buen remejo, ó no me llamo Weller. Buenas noches.

CAPITULO XVII

Donde se demuestra que un ataque reumático puede servir de estimulante á un genio creador.

Aunque la constitución de Mr. Pickwick era capaz de sostener una larga serie de trabajos y fatigas, no estaba, sin embargo, á prueba de una combinación tal de desventajas. Es tan peligroso como inusitado ser lavado al aire libre y secarse después en una habitación cerrada. Mr. Pickwick aprendió este aforismo á costa de su salud, y fué obligado á permanecer en su lecho por un ataque de reumatismo.

Pero si las fuerzas corporales de aquel grande hombre se habían debilitado, conservaba todo el vigor y elasticidad de su espíritu. El vejámen de su última aventura se había desvanecido completamente, y él mismo se unía á la risa franca de Mr. Wardle, siempre que se aludía á aquel asunto. Durante dos días, nuestro filósofo permaneció en su lecho y recibió de su criado las más solícitas

atenciones. El primer día, Sam se empeñó en distraerlo contándole una serie de anécdotas; el segundo día, mister Pickwick pidió recado de escribir y estuvo ocupado hasta la noche; el tercer día, encontrándose bien, mandó á su criado en busca de Mr. Wardle y de mister Trundle, suplicándoles que vinieran á tomar un vaso de vino con él. La invitación fué aceptada, y cuando todos se encontraron reunidos alrededor de una mesa, Mr. Pickwick, con un modesto sonrojo, leyó la novelita siguiente, como editada por él durante su reciente indisposición, siguiendo el relato de Sam Weller.

Historia de un verdadero amor

Había en un tiempo, en una pequeña ciudad de provincia situada á mucha distancia de Londres, un hombre llamado Nathaniel Pipkin. Era maestro de escuela, y habitaba una pequeña casa en la calle Grande, á diez minutos de distancia de la pequeña iglesia. Todos los días, desde las nueve hasta las cuatro, se le encontraba enseñando á los pequenuelos. Nathaniel Pipkin era dulce, benévolo, inofensivo, con la nariz arremangada, las orejas un poco torcidas, los ojos pequeños y un si es no es cojo. Compartía el tiempo entre la iglesia y la escuela, y creía firmemente que no existía en el mundo un hombre tan sabio como el cura, una habitación tan cómoda como la sacristía, ni una institución tan bien mantenida como la suya. Una vez solamente en su vida Nathaniel Pipkin había visto un obispo, un verdadero obispo, con sus mangas de linón y su peluca. Le había visto andar, le había oído hablar el día de la confirmación; y en esta majestuosa ceremonia, cuando el obispo había puesto las manos sobre la cabeza de Nathaniel Pipkin, éste se sintió sobrecogido de un temor tan respetuoso, que perdió el conocimiento y tuvieron que sacarlo de la iglesia en brazos de un bedel.

Este era un acontecimiento importante en la vida de nuestro héroe, y era el único que había trastornado el curso regular de su pacífica existencia, cuando una tarde, cuando se ocupaba en plantear sobre la pizarra un espantoso problema de adición que debía resolver un cielo, levantó la vista en una ventana al otro lado de la calle el bello rostro de María Lobbs. María Lobbs era la única hija del viejo Lobbs, el gran sillero de la calle Grande: ya otras veces, en la iglesia y fuera de ella, los ojos de Nathaniel Pipkin se habían clavado en la joven María; pero las negras pupilas de ésta no habían sido nunca tan brillantes, sus mejillas no habían estado tan frescas y sonrosadas como en aquella ocasión.

Era, pues, natural, que el maestro de escuela no viese fuerzas para apartar los ojos de miss Lobbs; era natural que miss Lobbs, al notar que era mirada por un joven, retirase la cabeza, cerrase la ventana y bajara la cortina; era natural, en fin, que Nathaniel Pipkin inmediatamente después de esto cayese sobre el culpable escolar y le riñese de todo corazón. Todo esto era muy natural y no tenía nada de extraordinario.

Pero lo extraordinario es que un hombre de carácter tímido y discreto como Nathaniel Pipkin, un hombre cuya renta era sumamente exigua, hubiera aspirado desde aquel día á la mano y al corazón de la única hija del cuguloso Lobbs; del gran sillero, que hubiera podido comprar todo el pueblo sin gran perjuicio del viejo Lobbs, que tenía, según pública voz, grandes tesoros en el Panceo de la provincia y mucho dinero en una pequeña caja de hierro colocada sobre la chimenea, en la sala de su casa; de aquel Lobbs, que los días de fiesta adornaba su mesa con una tetera, un azucarero y un jarro de leche, todo de verdadera plata. Lo repito, es admirable y maravilloso que Nathaniel Pipkin pusiese los ojos en aquella joven, pero el amor es ciego, y Nathaniel era un poco bizco; estas dos circunstancias le impedían observar las cosas bajo su verdadero punto de vista.

Además, si el viejo Lobbs hubiera llegado á sospechar el estado de las afeciones de Nathaniel Pipkin, hubiera demolido hasta sus cimientos la escuela, ó hubiera hecho desaparecer de la haz de la tierra al maestro, ó hubiera cometido alguna otra atrocidad aún más hiperbólica, porque el viejo Lobbs era un hombre terrible cuando se hería su orgullo ó se excitaba su cólera. A veces cuando maldecía la pereza de su aprendiz, el de las piernas delgadas, se oía desde la calle una serie de votos y juramentos tempestuosos, que hacían estremecer de horror al pobre Nathaniel y erizaban los cabellos de sus tímidos discípulos.

Todas las noches, cuando los discípulos se marchaban, Nathaniel Pipkin se sentaba junto á la ventana y hacía como que leía, lanzando furtivas algunas miradas, que iban en dirección de la ventana de María Lobbs. ¡Oh dicha! algunos días después, los brillantes ojos de María Lobbs aparecieron en una ventana del segundo piso, ocupados también aparentemente en leer con atención. ¡Qué deliciosa ocupación para el corazón de Nathaniel Pipkin! ¡qué placer encontraba en permanecer allí horas enteras y contemplar aquel lindo rostro, mientras tenía los ojos bajos! Pero cuando María Lobbs levantaba los ojos del libro y dirigía sus rayos hacia Nathaniel Pipkin, su admiración y entusiasmo no reconocían límites. Al fin, un bello día, sabiendo que el viejo Lobbs estaba fuera, el maestro de

escuela tuvo la temeridad de enviar un beso volado á María Lobbs, y María Lobbs, en lugar de cerrar la ventana y bajar la cortina, sonrió y se lo devolvió. Desde entonces Nathaniel tomó la determinación de descubrir á María Lobbs sus sentimientos.

Nunca ha pasado por la tierra un pie más lindo, un rostro más agraciado, un corazón más alegre, un talle más esbelto que el pie, el corazón, el rostro y el talle de María Lobbs, la hija única del viejo sillero.

Había en sus ojos un resplandor de malicia que hubiera fascinado á un corazón menos impresionable que el del maestro de escuela. Había tanta alegría en el sonido contagioso de su risa, que el misántropo más feroz no hubiera podido menos de reír también al oírlo. El viejo Lobbs mismo, en el más alto grado de su ferocidad, no podía resistir á las maliciosas gracias de su hija. Cuando ella se le ponía delante, secundada por su prima Kate, joven de aire maligno, desenvuelto y descarado, el buen hombre era incapaz de articular una negativa, aunque ella le hubiera pedido una parte de los tesoros ocultos en el arca.

Una noche de verano, el corazón de Nathaniel Pipkin latió violentamente en su pecho de hombre cuando vió aquella bella pareja acercarse al campo donde tantas veces se había paseado él al obscurecer, pensando en los encantos de María Lobbs. Había pensado frecuentemente en el ademán desenvuelto con que se acercaría á la joven para pintarle su pasión, cuando la encontrara; pero en aquel momento en que se presentaba sin ser esperada, sentía que toda su sangre refluía á su rostro, con detrimento manifiesto de sus piernas, que, privadas de su porción habitual de aquel líquido, temblaban y se chocaban violentamente. Cuando las dos jóvenes se detenían para recoger una flor en la cerca ó para escuchar algún pájaro, el maestro de escuela se detenía también, tomando una actitud de profunda meditación; y en efecto, pensaba con extravío en lo que le sucedería cuando las primas retrocedieran y le encontrarán frente á frente, como inevitablemente había de suceder al cabo de cierto tiempo; pero aunque no deseaba unirse á ellas, le contrariaba mucho perderlas de vista. Así, cuando ellas corrían, corría él también; cuando ellas andaban, él también; cuando se detenían, él se detenía igualmente, y hubiera continuado así hasta la noche, si la maligna Kate no hubiera mirado atrás y hubiera hecho un signo á Nathaniel de animación para determinarle á acercarse. Había algo de inevitable en la orden de Kate, así es que Nathaniel obedeció. Después, muy turbado, y mientras la maligna prima reía de muy buenas ganas, Nathaniel se puso de rodillas sobre la húmeda hierba, y declaró su fir-

me resolución de no levantarse de allí hasta que no se le permitiera llamarse amante aceptado de Maria Lobbs. Al oír esta declaración, la risa alegre de Maria Lobbs, resonó en medio de la calma de la atmosfera, sin turbarla; tan dulce era su voz. La prima volvió á reír mas ruidosamente, y Nathaniel Pipkin se puso más encarnado que antes. Al fin Maria Lobbs, violentamente obligada por el amor del amartelado maestro de escuela, volvió la cabeza y mandó á su prima que dijera ó su prima dijo que se creía muy honrada con la oferta de Nathaniel Pipkin, que su mano y su corazón dependían de su padre, pero que nadie podía ser insensible al mérito de Mr. Pipkin. Como todo esto fué hecho con mucha gravedad, y como Nathaniel Pipkin acompañó después á Maria Lobbs, y hasta trató de darla un beso, se acostó aquella noche creyéndose el mas feliz de los hombres, y soñó que había suavizado al viejo Lobbs, que había recibido la llave del arca y que se casaba con Maria.

Al día siguiente, Nathaniel vió al sillero, que se marchaba montado en su caballo gris; vió á la prima que desde la ventana le hacía una porción de signos que no podía comprender; y al ver que se dirigía á él el aprendiz de las piernas delgadas, éste dijo á Nathaniel que su amo no vendría hasta el día siguiente, y que las dos jóvenes esperaban á Mr. Pipkin para tomar el te á las seis en punto.

Ni Nathaniel ni sus discípulos saben mejor que nosotros cómo se recitaron las lecciones aquel día; pero fueron recitadas, bien ó mal, y cuando los niños se marcharon, Nathaniel Pipkin se ocupó de su vestido y de su tocador hasta las seis de la tarde. No es que necesitara mucho tiempo para elegir los trajes que debía ponerse, puesto que en su guardarropa no había elección posible; pero era una ocupación difícilísima é importante limpiar su traje y ponerlo en un estado conveniente.

Nathaniel encontró en casa del último una pequeña y escogida sociedad, compuesta de Maria Lobbs, de su prima Kate, y de tres ó cuatro jóvenes alegres, sonrosadas y vivarachas. Hubo entonces una prueba positiva de que los rumores respecto á los tesoros del viejo no eran exagerados: vió con sus propios ojos la tetera de verdadera plata maciza, y las cucharillas para el te, y las tazas de verdadera porcelana, y los platos de la misma materia, que contenían pasteles y dulces.

El único reverso de la medalla era un hermano de Kate, un primo de Maria Lobbs, que se llamaba Enrique, y que parecía guardar su prima para él solo, en un extremo de la mesa. Es delicioso ver los miembros de una misma familia tenerse afecto los unos á los otros; pero esta afección puede llevarse demasiado lejos, y Nathaniel

Pipkin no pudo menos de pensar que Maria Lobbs debía amar muy particularmente á sus parientes, si por todos tenía el mismo afecto que á aquel primo manifestaba. Después del te, cuando la maligna prima propuso jugar á la gallina ciega, sucedía que siempre le tocaba á Nathaniel Pipkin tener los ojos vendados, y siempre que ponía la mano sobre el primo, encontraba á su lado á Maria Lobbs. La prima y las otras jóvenes se ocupaban siempre en empujarle, en tirarle de los cabellos, y ponerle sillas delante de las piernas, y hacerle todas las picardías imaginables; pero Maria Lobbs no se le acercaba nunca, y hasta una vez, Nathaniel creyó oír el ruido de un beso, seguido de las reprobaciones de Maria y de las risas ahogadas de sus buenas amigas. Todo esto era muy singular, y no se puede decir lo que el joven hubiera hecho á consecuencia de tales cosas, si sus pensamientos no hubieran sido obligados repentinamente á tomar otra dirección.

La circunstancia que encaminó divinamente sus pensamientos fué que oyó tocar violentamente á la puerta de la calle, y la persona que tocaba no era otra que el viejo Lobbs en persona. Había venido estemporaneamente, y tocaba con bastante violencia, porque no había cenado aun. Cuando esta noticia alarmante fué comunicada por el aprendiz, las jóvenes se precipitaron por la escalera arriba para meterse en la alcoba de Maria, y por no tener mejor escondite, el primo y Nathaniel se metieron en el gabinete contiguo á la sala. Por fin, cuando la maligna prima y Maria los encerraron y pusieron en regla la habitación, abrieron la puerta de la calle al viejo Lobbs.

Sucedió desgraciadamente que el viejo Lobbs tenía hambre y que venía con un humor endiablado. Nathaniel le oía gruñir como un viejo dogo; y siempre que el desventurado aprendiz entraba en la habitación, el viejo Lobbs se ponía á jurar como un pagano sin otro objeto aparente que desahogar la bilis. Por fin, la sopa que se había hecho calentar fué puesta sobre la mesa; el viejo Lobbs cayó sobre ella como cae la miseria sobre este pobre mundo, y habiendo vaciado los platos en poco tiempo, besó á su hija y pidió su pipa.

La Naturaleza había colocado las rodillas de Nathaniel Pipkin muy cerca una de otra, pero se chocaban como si fueran á quebrarse cuando oyó al viejo Lobbs pedir su pipa. En efecto, después de cinco años, Nathaniel había visto al viejo sillero fumar regularmente todas las tardes en la misma pipa, con casco de plata, y aquella pipa estaba precisamente colgada en el gabinete donde habían encerrado al desventurado maestro de escuela. Las dos jóvenes bajaron á buscar la pipa, subieron

á buscar la pipa, buscaron la pipa en todas partes menos en donde sabían que estaba. Entretanto, el viejo Lobbs gruñía de una manera espantosa; de repente pensó en el gabinete, y se levantó para mirar en él; era completamente inútil que un hombre pequeño como Nathaniel Pipkin procurase retener la puerta por dentro, cuando un hombre vigoroso y grande la empujaba por fuera. Este la abrió y descubrió á Nathaniel Pipkin de pie en el gabinete y temblando como un ladrón. ¡Bendito sea Dios! qué espantosa mirada le lanzó el viejo Lobbs, asiéndole por el cuello y sosteniéndole para contemplarle en la extremidad de su brazo.

— ¡Con todos los diablos! ¿qué hacéis aquí? — exclamó el sillero con voz terrible.

Nathaniel Pipkin no pudo responder, y el viejo Lobbs lo sacudió con todas sus fuerzas durante dos ó tres minutos, para ayudarle á poner en orden sus ideas.

— ¿Qué hacéis aquí? Habéis venido por mi hija, sin duda.

El viejo Lobbs decía esto á modo de sarcasmo, porque no creía que la presunción de un mortal pudiese llevar tan lejos á Nathaniel. Cual fué, por consiguiente, su indignación, cuando oyó al maestro de escuela que respondía:

— Es verdad, Mr. Lobbs, he venido por vuestra hija; yo amo á vuestra hija, Mr. Lobbs.

— ¡Cómo, miserable titere! — balbuceó el viejo, paralizado por tan extraña confesión; — ¿qué significa esto? ¡decir tal cosa en mis barbas!... voy á estrangularte.

Es probable que el viejo Lobbs, en aquel acceso de su rabia, hubiera ejecutado esta amenaza, si no lo hubiera impedido una aparición completamente inesperada, á saber, el primo, que saliendo del gabinete, le dijo acercándose:

— No puedo consentir que esta persona inocente, invitada aquí por una burla, tome sobre sí de una manera tan noble la falta, si falta hay en esto, de que yo soy culpable, y que estoy pronto á confesar: yo amo á vuestra hija, y he venido á verla.

Durante esta declaración imprevista, el viejo Lobbs abría desmesuradamente los ojos, pero se asombraba más que Nathaniel; al fin, cuando tuvo aliento para hablar, dijo:

— ¡Ah! ¿habéis venido á ver á mi hija?

— Sí, señor.

— ¿Y no os he prohibido que entréis aquí?

— Sí, señor, y por eso he venido á escondidas.

Creo que el viejo Lobbs hubiera aplastado allí mismo al primo, si su linda hija, cuyos ojos brillantes esta-

ban anegados de lágrimas, no se hubiese arrojado en sus brazos.

— No le detengas, María — dijo el joven. — Si quiere matar al hijo de su hermana, déjale que lo mate. Por todas las riquezas del mundo no tocaré yo uno de sus cabellos blancos.

El viejo bajó los ojos al oír esto, y miró á María. He dicho varias veces que María tenía unos ojos muy brillantes, y aunque en aquel momento estuvieran llenos de lágrimas, su influjo no había disminuido. El viejo Lobbs volvió la cabeza para evitar que le persuadieran las miradas de su hija; pero la fortuna hizo que encontrara las de la maligna sobrina, que, medio temerosa por la vida de su hermano, y medio provocada á risa por la desventura de Nathaniel Pipkin, tenía una fisonomía tan tierna y tan cómica á la vez, que debía seducir necesariamente al hombre que la miraba, joven ó viejo. Enlazó su brazo al del sillero, y le dijo algunas palabras al oído, por lo cual el viejo Lobbs no pudo menos de sonreír, mientras una lágrima rodaba por sus mejillas.

Cinco minutos después, las jóvenes fueron sacadas de la alcoba de María; después, mientras los amantes se arreglaban para ser perfectamente felices, el viejo Lobbs cargó su pipa y fumó; es una circunstancia notable que esta pipa de tabaco fué precisamente la más dulce y consoladora que había fumado en su vida.

Nathaniel Pipkin creyó conveniente guardar su secreto. Por este medio se encontró gradualmente en gran favor con el rico sillero, que le enseñó á fumar con método. Durante algunos años, se les veía á los dos, sentados por la noche en el jardín del viejo Lobbs, fumando y bebiendo con gran pompa. Nathaniel se restableció pronto de su pasión, porque en el registro de la parroquia encontramos su nombre entre los de los testigos del matrimonio de María Lobbs con su primo. Parece ser cierto, además, según consta en un documento, que la noche de la boda fué conducido á la prevención, por haber cometido en completo estado de embriaguez algunos excesos, siendo su cómplice el aprendiz de las piernas delgadas.

CAPITULO XVIII

Que prueba frecuentemente dos cosas, á saber: el poder de los ataques de nervios y la fuerza de las circunstancias.

Durante los dos días que siguieron al almuerzo de mistress Cazaleón, los tres discípulos de aquel sabio permanecieron en Eatanswill, esperando con ansiedad alguna noticia de su respetable amigo. Mr. Tupman y Mr. Snodgrass habían sido abandonados de nuevo á sus propios recursos, porque Mr. Winkle, resistiendo á las más solícitas invitaciones, continuaba viviendo en casa de Mr. Pott y consagrando todo su tiempo á la soledad de su amable esposa. El mismo Mr. Pott, para completar su felicidad, se unía de tiempo en tiempo á la conversación. Habitualmente absorbido en la profundidad de sus especulaciones políticas, aquel grande hombre no estaba acostumbrado á descender de las alturas de la inteligencia á los humildes valles en que habitan los espíritus ordinarios. Pero esta vez, queriendo honrar á un discípulo de Mr. Pickwick, se encorvó bajó de su pedestal, consintió en andar por tierra, adaptando con benignidad su inteligencia á la comprensión de lo vulgar y confundiendo, por lo menos en cuanto á las formas externas, con la multitud de los humanos.

Siendo esta la conducta observada por el periodista con Mr. Winkle, se comprenderá fácilmente la sorpresa de éste cuando una mañana, estando sentado en el comedor, vió que la puerta se abría con violencia y que entraba Mr. Pott majestuosamente, rechinaba los dientes como para hacer más incisivas sus palabras, y le decía con voz semejante al ruido de una sierra.

—¡Serpiente!

—¡Caballero! — exclamó Winkle estremeciéndose y levantándose.

—¡Serpiente, caballero! — repitió Pott levantando la voz.

Después, bajándola repentinamente, añadió:

—He dicho serpiente, caballero, ya comprenderéis.

Cuando uno se ha separado de un hombre á las dos de la tarde con expresiones de amistad y benevolencia y se le vuelve á ver á las nueve de la noche, y le llama á uno serpiente, es natural deducir que ha posado alguna cosa desagradable en aquel intervalo. Esto fué lo que pensó Mr. Winkle; devolvió á Mr. Pott su mirada

glacial, y conforme á los deseos expresados por éste, trató de comprender la palabra *serpiente*, pero no pudo conseguirlo, y después de algunos minutos dijo:

—Serpiente, caballero, serpiente. ¿Qué queréis decir? Creo que eso será alguna broma.

—¿Broma? — exclamó el editor con un gesto que indicaba vivos deseos de arrojarle la tetera á la cabeza. —¡Broma!... pero me calmaré, quiero calmarme, caballero...

Y para probar que quería calmarse, se arrojó sobre un sillón echando espumarajos por la boca.

—Mi querido amigo — dijo Mr. Winkle.

—¡Mi querido amigo! ¿cómo os atrevéis á llamarme así, caballero? — le dijo Mr. Pott.

—A fe mía, no sé cómo vos os atrevéis á llamarme *serpiente*.

—Porque lo sois.

—¡Probádmelo! — exclamó Mr. Winkle con calor; — ¡probádmelo!

Una nube sombría parecía cubrir el semblante de Mr. Pott. Sacó del bolsillo *El Independiente*, que acababan de traerle, y se lo entregó á mister Winkle, mostrándole un párrafo con el dedo.

El pinkwickiano, estupefacto, tomó el periódico, y leyó en voz alta lo que sigue:

«Nuestro obscuro é innoble colega, en sus observaciones repugnantes sobre las últimas elecciones de esta ciudad, ha tenido la infamia de violar el santuario de la vida privada y de hacer alusiones muy claras á los asuntos personales de nuestro candidato: sí, á los asuntos particulares de nuestro futuro representante mister Tirkín, que á pesar de una derrota debida á innobles manejos, no dejará de ser nuestro representante un día ú otro. ¿En qué piensa nuestro vil colega? ¿qué diría ese desgraciado, si despreciando como él las conveniencias sociales, levantásemos el velo que felizmente para él oculta las torpezas de su vida privada, al ridículo del público, por no decir á la execración pública? ¿Qué diría si nosotros indicásemos, si mencionáramos circunstancias notorias y conocidas de todo el mundo, excepto por nuestro ciego colega? ¿Qué diría si suprimiésemos el siguiente desahogo que hemos recibido en el momento de poner en prensa nuestro número, y que nos ha sido dirigido por uno de nuestros compatriotas, por uno de nuestros más ingeniosos corresponsales?

Versos dedicados á un Pote

¡Oh, Pote! Tú nada sabes,
y todo el mundo lo dice;
todos los vieron muy bien,
y tú, Pote, nada viste.
Cuando al son de las campanas
dice al tocar *tinkle, tinkle*,
coge á la dama traviesa
y entrégala á Mr. W...»

— ¡Pues bien! — dijo Mr. Pott con gran solemnidad;
— ¡bien, malvado! ¿cuál es la rima de *tinkle*?

— ¿Cuál es la rima de *tinkle*? — interrumpió mistress Pott, que entraba en la habitación en aquel momento y había oído tan sólo aquellas últimas palabras; — ¿qué es la rima de *tinkle*? Winkle, si no me engaño.

Al pronunciar estas palabras, mistress Pott sonrió graciosamente y tendió la mano al turbado pickwickiano. Este iba á estrechar aquella mano, cuando Mr. Pott, indignado, se arrojó entre ellos.

— ¡Atrás, señora! — exclamó; — ¡atrás! ¡tomar la mano, en mis barbas!

— ¡Mr. Pott! — dijo su esposa admirada.

— ¡Miserable mujer! ¡mirad, mirad esto, señora! Versos dedicados á un Pote... Soy yo, señora; este pote es alusión á mí, que me llamo Pott. ¡Entregadla á mister Winkle! sois vos, señora.

Y lanzó á sus pies el número de *El Independiente* con una ebullición de rabia acompañada de una especie de temblor, ocasionado por la expresión del semblante de su mujer.

— ¿Y qué? — dijo mistress Pott bajándose para coger el periódico; — ¿y qué?

Mr. Pott se estremeció ante la mirada desdeñosa de su mujer; hizo un esfuerzo desesperado para evocar su valor, pero fué en vano.

Cuando se lee esta corta frase «¿y qué?» parece que no tiene nada de particular; pero el tono con que fué pronunciada, la mirada que la acompañó, parecían anunciar una futura venganza, suspendida de un cabello sobre la cabeza del periodista.

Mistress Pott leyó el párrafo, lanzó un grito desgarrador y se dejó caer cuán larga era sobre el suelo; allí tendida boca arriba, golpeaba el suelo con los tacones de un modo tan asiduo, que no dejaba duda alguna sobre la delicadeza de sus sentimientos en aquella ocasión.

— Querida — balbuceó Mr. Poot en su terror; — que-

rida, yo no he dicho que creía... yo... no he...

Pero la voz del desdichado esposo era sofocada por los aullidos de su graciosa mitad.

— Mistress Pott — continuó Mr. Winkle, — permitidme suplicaros que os tranquilicéis un poco.

Todo fué inútil; los gritos y los taconazos eran más violentos y más repetidos cada vez.

— Querida — dijo el editor, — yo siento mucho... si no por vos, hacedlo por mí... vais á atraer la gente en la calle con esas voces.

Pero mientras más calurosamente hablaba mister Pott, más chillaba su mujer.

Felizmente, mistress Pott tenía una compañera en la persona de una joven *lady*, cuyo empleo ostensible era presidir el tocador de su ama, pero que era además útil en una infinidad de cosas, y principalmente en ayudar á la dama á contrariar todos los deseos y todas las inclinaciones del desventurado periodista. Los ruidos histéricos de mistress Pott llegaron bien pronto á los oídos de aquella *guardia de corps*, que vino á la sala con una rapidez que ponía en peligro la esquisita armonía entre su tocado y sus cabellos.

— ¡Oh! ¡mi querida ama! ¡mi querida ama! — exclamó la joven arrodillándose al lado de mistress Pott.

— ¡Oh! ¡mi querida ama! ¿qué tenéis?

— Vuestro amo, vuestro amo brutal... — balbuceó la enferma.

Pott desfallecía evidentemente.

— ¡Es una vergüenza! — dijo la joven en tono de reprensión; — estoy segura de que os llevará al sepulcro; ¡pobre ángel!

Pott desfallecía más.

— ¡Oh! ¡no me abandonéis, Goodwin! — murmuró mistress Pott, asiéndose con una fuerza convulsiva á los puños de la joven; — sois la única persona que me ama.

Al oír este tierno apóstrofo, miss Goodwin derramó trágicas y abundantes lágrimas.

— Jamás, señora, jamás. ¡Ah! caballero, debéis andaros con cuidado, debéis ser prudente; no sabéis cuánto mal hacéis á vuestra esposa. Algún día os pesará.

El desgraciado Pott miró tímidamente á su esposa, pero no dijo nada.

— Goodwin — dijo mistress Pott con voz dulce.

— ¿Señora?

— ¡Si supieras cuánto he amado á ese hombre!...

— No os atormentéis recordando eso, señora.

Pott manifestó que estaba asustado; era el momento de dar un golpe decisivo.

— ¡Y ahora!... — dijo sollozando mistress Pott. —

ahora... después de tanto amor, ser tratada de este modo. ¡Desventurada mujer! ¡insultarme en presencia de un tercero, de un extraño! pero no lo consentiré, Goodwin. — continuó mistress Pott, levantándose en brazos de la joven. — Mi hermano el teniente me protegerá; quiero una separación, Goodwin.

—Ciertamente, señora, él lo merece.

No sabemos qué pensamiento sugirió al editor la idea de una separación; lo cierto es que se contentó con decir humildemente:

—Querida mía, ¿quieres oírme?

Una nueva descarga de sollozos fué la única respuesta; y mistress Pott, que se puso nerviosa entonces, preguntó con voz entrecortada por qué había nacido, por qué se había casado, y quiso saber la razón de otras muchas cosas más.

—Querida mía — le dijo Mr. Pott, — no os abandonéis á esos sentimientos exaltados. Yo nunca creí que este párrafo tuviese fundamento alguno; ¡ninguno, querida! ¡imposible! Tan sólo me irritó, me puso furioso la osadía de los redactores de *El Independiente*, que han tenido la insolencia de insertar esto. Esta es la cuestión.

Al hablar así, Mr. Pott dirigió una mirada suplicante á la causa inocente de aquel lío, como para indicarle que no hablara más de la serpiente.

—¿Y qué pasos daréis, caballero, para obtener satisfacción? — preguntó Mr. Winkle, que recobraba el valor á medida que Mr. Pott lo perdía.

—¡Oh, Goodwin! — murmuró mistress Pott, va á ensartar al director de *El Independiente*. ¿Lo hará, Goodwin?

Silencio, señora: calmaos, os lo suplico. Ciertamente, señora, lo ensartará si vos lo deseáis.

—Sin duda — dijo Mr. Pott, al ver que su mitad se disponía á un nuevo ataque: — no hay duda, yo le ensartaré.

—¿Cuándo, Goodwin, cuándo? — dijo mistress Pott dudando si debía caer.

—Sin dilación — dijo el editor, — antes de mañana.

—¡Oh Goodwin! es el único medio de detener el escándalo y de asentar mi reputación en el mundo.

—Ciertamente, señora, ningún hombre, si hay hombres, puede negarse á eso.

Sin embargo, los ataques de nervios aparecían en el horizonte: Mr. Pott repitió de nuevo que él ensartaría al otro editor; pero mistress Pott estaba tan desconsolada por la idea de su deshonra, que estuvo á punto de caer de nuevo; y la caída hubiera tenido lugar sin duda, á no ser por los esfuerzos infatigables de miss Goodwin, y por las repetidas súplicas del partido vencido. Poco

después la dama se encontró mejor, fué llevada á la mesa, y nuestros tres personajes comenzaron á comer.

—Yo espero, Mr. Winkle — dijo mistress Pott con una sonrisa que brillaba al través de las lágrimas, — yo espero que las viles calumnias de ese periódico no os harán marcharos de nuestra casa.

—Espero que no — añadió Mr. Pott, que en su corazón deseaba que su huésped se atragantase con el pedazo de carne asada que llevaba á la boca en aquel instante; — espero que no.

—Sois muy amable — respondió Mr. Winkle; — pero esta mañana he encontrado en mi habitación una nota de Mr. Tupman, en que me anuncia que Mr. Pickwick nos escribe diciéndonos que vayamos á unirnos á él en Bury. Partiremos en el coche de las doce.

—¿Pero volveréis? — dijo mistress Pott.

—¡Oh! sin duda.

—Estáis seguro de ello — dijo la dama, lanzando una tierna y furtiva mirada á su huésped.

—Ciertamente — respondió Mr. Winkle.

La comida terminó en silencio, porque cada uno de los presentes meditaba en sus penas. Mistress Pott sentía la partida de su galán; Mr. Pott su imprudente promesa de ensartar á *El Independiente*; Mr. Winkle deploraba las galanterías que le habían puesto en tan comprometida situación. Llegó la hora de partir, y después de muchas despedidas y promesas de vuelta, mister Winkle se separó de aquella familia, que tan bien le había tratado.

—Si vuelve, le enveneno — pensó Mr. Pott retirándose á su despacho, en que preparaba los rayos de la elocuencia.

—Si vuelvo yo á emparedarme con esta gente, — pensó Mr. Winkle dirigiéndose á *El Pavo de plata*, — que me ensarten á mí.

Sus amigos estaban prontos, el coche llegó, y media hora después los tres pickwickianos emprendían su viaje por el mismo camino que tan felizmente había recorrido antes Mr. Pickwick en compañía de Sam.

Sam Weller les esperaba á la puerta de *El Angel*, y los llevó á la habitación de Mr. Pickwick. Allí, con gran sorpresa de todos, encontraron al viejo Wardle y á Mr. Trundle.

—¿Cómo va? — dijo el viejo estrechando la mano de Mr. Tupman; — vamos, vamos, no toméis un aire sentimental; ya no tiene remedio, amigo mío; por ella hubiera yo deseado verla casada con vos; pero por vuestro interés me alegro de que sea así. un joven buen mozo como vos, no dejará de encontrar proporciones mejores.

Al proferir estas palabras consoladoras, el viejo Wardle daba algunos golpecitos en la espalda de mister Tupman, y reía con todo su corazón.

—Y vosotros, mis queridos compañeros, ¿cómo estáis? —continuó el viejo, estrechando á la vez la mano de Mr. Winkle y la de Mr. Snodgrass; — acabo de decir á Mr. Pickwick que quiero veros reunidos á todos por Navidad. Tendremos una boda, una boda real, esta vez.

—Una boda! — exclamó Snodgrass palideciendo.

—Si, una boda; pero no os asustéis — replicó el bondadoso viejo; — es Mr. Trundle quien se casa con Isabel.

—Ah, ya! — dijo Mr. Snodgrass, aliviado de un gran peso; — os felicito con todo mi corazón, caballero. ¿Cómo está Joe?

—Muy bien, siempre dormido.

—¿Y vuestra madre? ¿y el vicario? ¿y todos los demás?

—Muy buenos.

—Caballero — dijo Mr. Tupman, haciendo un gran esfuerzo, — ¿Dónde está... dónde está... ella?

Al decir esto, volvió la cabeza y ocultó el rostro entre las manos.

—¿Ella? — replicó el viejo sacudiendo la cabeza con aire maligno. — ¿Queréis hablar de mi hermana, eh?

Mr. Tupman indicó con un gesto que su pregunta se refería á la tía abandonada.

—Oh! ¡ha partido! vive en casa de una parienta, muy lejos; no podía soportar la presencia de mis hijas, y he tenido que dejarla partir. Pero aquí está la comida; debéis estar cansados del viaje, y yo tengo hambre; manos á la obra.

Se hizo justicia á la comida, y cuando se levantaron los mantales, Mr. Pickwick contó las desventuras que había sufrido y el resultado del infame complot del diabólico Jingle. Sus discípulos estaban petrificados de indignación y de horror.

—Al fin — dijo concluyendo Mr. Pickwick, — el reumatismo que he cogido en el jardín me tiene aun un poco cojo.

—Yo también he tenido una mala ventura — dijo Mr. Winkle sonriendo, y obedeciendo á la insinuación de Mr. Pickwick, contó el malicioso libelo de *El Independiente*, y la irritación de su amigo, el director de la *Gaceta de Eatanswill*.

La frente de Mr. Pickwick se obscureció durante este relato; sus amigos lo notaron, y cuando Mr. Winkle calló, guardaron un profundo silencio. Mr. Pickwick dio un enfático golpe en la mesa con el puño cerrado, y dijo lo que sigue:

—¿No es una circunstancia maravillosa que parezcamos destinados á no poder entrar en el hogar de una persona cualquiera, sin llevar el desorden con nosotros? Os lo pregunto: ¿no debo temer la indiscreción, mejor dicho, la inmoralidad de mis discípulos, cuando veo que siempre que penetran en una casa, destruyen la paz del corazón, la felicidad doméstica de alguna mujer sencilla? ¿No es cierto que...

Según todas las probabilidades, Mr. Pickwick hubiera continuado en este mismo tono durante algún tiempo, si la entrada de Sam con una carta no hubiera interrumpido su elocuente discurso; pasó su pañuelo por la frente, se quitó los espejuelos, los limpió y se los volvió á poner; su voz recobró su habitual dulzura, cuando preguntó:

—¿Qué me traes ahí, Sam?

—Vengo del correo, señor, y he encontrado esta carta; hace dos días que está ahí.

—No conozco la letra — dijo Mr. Pickwick, abriendo la carta; — ¡el cielo tenga piedad de nosotros! ¿qué es esto? ¿es un sueño? esto... ¡esto no puede ser verdad!

—¿Qué es, pues? — preguntaron los amigos.

—¿Ha muerto alguien? — dijo Mr. Wardle, alarmado por la expresión de horror que contraía la fisonomía de Mr. Pickwick.

El filósofo no respondió; pero pasando la carta por encima de la mesa, suplicó á Tupman que la leyera en voz alta, y se dejó caer en su sillón, con un ademán de estupor y abatimiento, que daba compasión.

Mr. Tupman leyó con voz trémula lo siguiente:

Demanda de Bardell contra Pickwick

Muy señor nuestro: Habiendo sido encargados por la señora Marta Bardell de entablar una demanda contra vos por violación de una promesa de matrimonio, por la cual la demandante fija sus perjuicios en mil quinientas guineas, nos tomamos la libertad de participaros que estáis citado ante los tribunales, y deseamos saber inmediatamente el nombre del abogado de Londres que se encargará de defenderos.

28 de Agosto de 1831.

Vuestros servidores,

Dodson y Fogg.

A Mr. Samuel Pickwick.

El mudo estupor con que fué oída la lectura de esta carta era tan solemne, que cada uno de los presentes parecía temer turbar el silencio, y miraba alternativamente

á Mr. Pickwick y á los demás. Por fin, Mr. Tupman repitió maquinalmente:

—Dodson y Fogg.

—Bardell contra Pickwick — murmuró Mr. Snodgrass con aire distraído.

—La paz del corazón, la felicidad doméstica de alguna mujer sencilla... — murmuró Mr. Winkle con abstracción.

—Es un complot — exclamó Mr. Pickwick recobrando al fin la palabra. — Es un infame complot de esos dos abogados rapaces. Mistress Bardell no hubiera hecho nunca tal cosa; no tiene corazón para esto, ni tiene derecho tampoco. ¡Qué ridiculez!

—En cuanto á su corazón — dijo Mr. Wardle sonriendo, — vos sois seguramente el mejor juez; pero en cuanto á su derecho, os digo, sin que por esto quiera desanimaros, que Dodson y Fogg son mejores jueces que todos nosotros.

—Es una baja tentativa para estafarme algún dinero.

—Lo creo — dijo Mr. Wardle.

—¿Quién ha oído alguna vez hablarme de otro modo que como habla un inquilino á su casero? — continuó Mr. Pickwick con gran vehemencia; — ¿quién me ha visto alguna vez con ella? No, ni aun mis amigos aquí presentes.

—Una sola vez — interrumpió Mr. Tupman.

Mr. Pickwick cambió de color.

—¡Ah! — exclamó Mr. Wardle, — esto es importante; yo no había sospechado nada hasta ahora.

Mr. Tupman lanzó una mirada tímida á su mentor. — Verdaderamente no hay nada de sospechoso, pero no sé cómo ha pasado; él la tenía en sus brazos.

—¡Gran Dios! — exclamó Pickwick, recordando aquella enojosa escena; — ¡es verdad! ¡es verdad! ¡Qué horrible prueba del poder de las circunstancias!

—Y nuestro amigo procuraba consolarla — añadió Mr. Winkle con un poco de malicia.

—Es cierto — dijo Mr. Pickwick, — no lo negaré.

—¡Oh, oh! — exclamó Mr. Wardle, — para un asunto que no tiene nada de sospechoso, esto me parece un poco grave. ¡Eh, Pickwick! ¡Ah! sois un picarón...

Y empezó á reír con tanta fuerza, que los vasos se estremecieron sobre la bandeja.

—¡Qué espantosa reunión de apariencias! — exclamó Mr. Pickwick, apoyando su barba en sus dos manos. — Winkle, Tupman, os suplico que me perdonéis las observaciones que acabo de hacer. Somos todos víctimas de las circunstancias.

Al concluir esta reflexión, Mr. Pickwick ocultaba el rostro entre las manos y se ponía á meditar, mientras

Mr. Wardle dirigía á los otros miembros del Club una serie de guiños maliciosos y señas con la cabeza.

—De cualquier manera que sea — dijo Mr. Pickwick, elevando su obra indignada y dando un golpe en la mesa, — quiero que esto se explique. Veré á ese Dodson y á ese Fogg; iré á Londres mañana.

—No, mañana no, estáis aun muy cojo.

—Pues bien, pasado mañana.

—Pasado mañana es primero de Septiembre y habéis prometido venir con nosotros de caza.

—Pues bien, al otro día, el jueves. ¿Sam?

—Señor.

—Toma dos asientos de imperial en el coche de Londres para el jueves.

—Muy bien, señor.

—Sam Weller partió para ejecutar esta comisión. Tenía las manos en el bolsillo, los ojos fijos en tierra, y andaba lentamente hablando consigo mismo.

—Vaya con mi amo; ¿quién lo diría? Hacer el amor á aquella señora Bardell, una mujer que tiene un chiquillo. Siempre paran en esto los viejos verdes que tienen un aspecto tan honesto. No lo hubiera creído en él.

Y moralizando de este modo, Sam llegó á la oficina de los coches.

CAPITULO XIX

Un día feliz, terminado desgraciadamente

Los pájaros saludaron la mañana del primero de septiembre de 1831 como una de las más agradables de la estación, porque ignoraban felizmente los inmensos preparativos que se hacían para exterminarlos. Más de una joven perdiz, que corría por los prados con toda la graciosa coquetería de la juventud, y más de una perdiz madre, que consideraba aquella coquetería con el aire desdenoso de un animal sabio y experimentado, ignoraban igualmente el destino que les esperaba, se bañaban en el aire fresco de la mañana con un sentimiento de felicidad y alegría. Algunas horas más tarde, sus cadáveres debían yacer extendidos por tierra. Pero, ¡silencio! ya es tiempo de concluir esta tirada, porque esto se va poniendo sentimental.

Hablando simple y prácticamente, diremos que era

á Mr. Pickwick y á los demás. Por fin, Mr. Tupman repitió maquinalmente:

—Dodson y Fogg.

—Bardell contra Pickwick — murmuró Mr. Snodgrass con aire distraído.

—La paz del corazón, la felicidad doméstica de alguna mujer sencilla... — murmuró Mr. Winkle con abstracción.

—Es un complot — exclamó Mr. Pickwick recobrando al fin la palabra. — Es un infame complot de esos dos abogados rapaces. Mistress Bardell no hubiera hecho nunca tal cosa; no tiene corazón para esto, ni tiene derecho tampoco. ¡Qué ridiculez!

—En cuanto á su corazón — dijo Mr. Wardle sonriendo, — vos sois seguramente el mejor juez; pero en cuanto á su derecho, os digo, sin que por esto quiera desanimaros, que Dodson y Fogg son mejores jueces que todos nosotros.

—Es una baja tentativa para estafarme algún dinero.

—Lo creo — dijo Mr. Wardle.

—¿Quién ha oído alguna vez hablarme de otro modo que como habla un inquilino á su casero? — continuó Mr. Pickwick con gran vehemencia; — ¿quién me ha visto alguna vez con ella? No, ni aun mis amigos aquí presentes.

—Una sola vez — interrumpió Mr. Tupman.

Mr. Pickwick cambió de color.

—¡Ah! — exclamó Mr. Wardle, — esto es importante; yo no había sospechado nada hasta ahora.

Mr. Tupman lanzó una mirada tímida á su mentor. — Verdaderamente no hay nada de sospechoso, pero no sé cómo ha pasado; él la tenía en sus brazos.

—¡Gran Dios! — exclamó Pickwick, recordando aquella enojosa escena; — ¡es verdad! ¡es verdad! ¡Qué horrible prueba del poder de las circunstancias!

—Y nuestro amigo procuraba consolarla — añadió Mr. Winkle con un poco de malicia.

—Es cierto — dijo Mr. Pickwick, — no lo negaré.

—¡Oh, oh! — exclamó Mr. Wardle, — para un asunto que no tiene nada de sospechoso, esto me parece un poco grave. ¡Eh, Pickwick! ¡Ah! sois un picarón...

Y empezó á reír con tanta fuerza, que los vasos se estremecieron sobre la bandeja.

—¡Qué espantosa reunión de apariencias! — exclamó Mr. Pickwick, apoyando su barba en sus dos manos. — Winkle, Tupman, os suplico que me perdonéis las observaciones que acabo de hacer. Somos todos víctimas de las circunstancias.

Al concluir esta reflexión, Mr. Pickwick ocultaba el rostro entre las manos y se ponía á meditar, mientras

Mr. Wardle dirigía á los otros miembros del Club una serie de guiños maliciosos y señas con la cabeza.

—De cualquier manera que sea — dijo Mr. Pickwick, elevando su obra indignada y dando un golpe en la mesa, — quiero que esto se explique. Veré á ese Dodson y á ese Fogg; iré á Londres mañana.

—No, mañana no, estáis aun muy cojo.

—Pues bien, pasado mañana.

—Pasado mañana es primero de Septiembre y habéis prometido venir con nosotros de caza.

—Pues bien, al otro día, el jueves. ¿Sam?

—Señor.

—Toma dos asientos de imperial en el coche de Londres para el jueves.

—Muy bien, señor.

—Sam Weller partió para ejecutar esta comisión. Tenía las manos en el bolsillo, los ojos fijos en tierra, y andaba lentamente hablando consigo mismo.

—Vaya con mi amo; ¿quién lo diría? Hacer el amor á aquella señora Bardell, una mujer que tiene un chiquillo. Siempre paran en esto los viejos verdes que tienen un aspecto tan honesto. No lo hubiera creído en él.

Y moralizando de este modo, Sam llegó á la oficina de los coches.

CAPITULO XIX

Un día feliz, terminado desgraciadamente

Los pájaros saludaron la mañana del primero de septiembre de 1831 como una de las más agradables de la estación, porque ignoraban felizmente los inmensos preparativos que se hacían para exterminarlos. Más de una joven perdiz, que corría por los prados con toda la graciosa coquetería de la juventud, y más de una perdiz madre, que consideraba aquella coquetería con el aire desdenoso de un animal sabio y experimentado, ignoraban igualmente el destino que les esperaba, se bañaban en el aire fresco de la mañana con un sentimiento de felicidad y alegría. Algunas horas más tarde, sus cadáveres debían yacer extendidos por tierra. Pero, ¡silencio! ya es tiempo de concluir esta tirada, porque esto se va poniendo sentimental.

Hablando simple y prácticamente, diremos que era

una mañana bella, tan bella, que se hubiera creído difícilmente que habían pasado los rápidos meses del verano inglés. El cielo estaba sin nubes, el sol había salido caliente y brillante, el aire resonaba con el canto de los pájaros y con el zumbido de los insectos, los jardines estaban llenos de flores olorosas: todas estas cosas tenían el sello del estío, y ninguna de sus bellezas se había borrado.

A pesar del encanto de la estación, Mr. Snodgrass se había quedado en casa, y los otros tres pickwickianos habían subido á un coche descubierto, con Mr. Wardle y Mr. Trundle, mientras Sam Weller se colocaba junto al cochero.

Dos horas después el coche se detenía ante una vieja casa, junto al camino. Eran esperados, y encontraron á la puerta, además de dos perros de presa, un guardabosque, alto y seco, con un niño cuyas piernas estaban cubiertas de polainas de cuero. Uno y otro tenían dos sacos de caza á la espalda.

—Decidme — exclamó Mr. Winkle, dirigiéndose á Mr. Wardle: — ¿creen que vamos á matar caza para llenar estos dos sacos?

—¡Llenar esos dos sacos! Llenaréis vos uno y yo otro, y después, cuando estén atestados, nos llenaremos los bolsillos con otro tanto.

Mr. Winkle bajó sin responder nada; pero no pudo menos de pensar que si debían estar al aire libre hasta que se llenaran los dos sacos, sus amigos y él estaban en gran peligro de coger un constipado ó un reumatismo.

—Mis amigos — dijo Mr. Wardle dirigiéndose al guardabosque, — no están acostumbrados á estas cosas. Ya sabéis... no se puede ser de repente cazador. Tendrán buena puntería un día de estos; pido perdón á mi amigo Mr. Winkle; ya tiene alguna costumbre.

Para dar las gracias á este cumplimento, mister Winkle sonrió débilmente, y en su modesta turbación se encontró tan misteriosamente fundido con su fusil, que si éste hubiera estado cargado lo hubiera muerto seguramente.

—Es preciso que no manejeis vuestro fusil de ese modo cuando esté cargado — dijo el guardabosque en tono oficioso. — ó es fácil que dejéis en el sitio á uno de nosotros.

Amonestado de este modo, Mr. Winkle cambió de postura, y en su turbación puso el cañón del fusil en contacto muy íntimo con la cabeza de Sam.

—¡Hola! — gritó Sam, recogiendo su sombrero y frotándose las sienes: — ¡hola, señor! si seguís así, llenaréis uno de los sacos al primer golpe.

Al oír esto, el chico de las polainas de cuero dejó

escapar una carcajada, y se esforzó al mismo tiempo en tomar un aire grave, como si no hubiera sido él el que rió. Mr. Winkle frunció las cejas majestuosamente.

—Martín — preguntó Mr. Wardle, — ¿dónde habéis dicho al chico que nos espere después de comer?

—En la colina de la Encina, á Mediodía.

—¿Eso está en la misma finca?

—No, señor, al lado; es la hacienda del capitán Boldwig; pero no hay nadie que nos incomode.

—Muy bien — dijo el viejo Wardle: — ahora, cuanto más pronto partamos, mejor; os uniréis á nosotros á las doce, Mr. Pickwick.

Mr. Pickwick deseaba ver la caza, principalmente porque sentía algunas inquietudes por la vida y la integridad de los miembros de Mr. Winkle. Además, era triste ver partir á los amigos en una mañana tan bella y no acompañarlos.

Con aire melancólico respondió:

—Pues si es preciso, me quedaré.

—¿Ese caballero no tira? — preguntó el guarda.

—No — respondió Mr. Wardle, — y además está un poco cojo.

—Tendré un gran placer en ir con vosotros.

—Hubo un corto silencio de conmiseración.

El chico lo rompió diciendo:

—Hay detrás de aquella cerca un carretoncillo; si el criado del señor quiere pasearlo en carretón por el camino, podrá venir con nosotros.

—Buena idea — dijo Sam Weller, que tenía ganas de ver la cacería; — vamos á buscarlo.

Pero aquí surgió otra dificultad. El guarda protestó resueltamente contra la introducción de una carretilla en una partida de caza, sosteniendo que era una violación de todas las reglas establecidas.

La objeción era fuerte, pero no irrefutable. Lograron convencer al guarda, y al fin la caravana se puso en marcha. Mr. Wardle y el guarda abrían la marcha, Mr. Pickwick en su carretón, empujado por Sam, formaba la retaguardia.

—Para, Sam — exclamó Pickwick cuando atravesaron el primer campo.

—¿Qué hay? — preguntó Mr. Wardle.

—No consentiré en dar un paso más — exclamó muy resuelto Mr. Pickwick, si Mr. Winkle no lleva el fusil de otra manera.

—¿Y cómo debo llevarlo? — dijo el infeliz Winkle.

—Poned el cañón hacia abajo.

—Eso no da mucha apariencia de cazador — dijo Mr. Winkle.

—Yo no me cuido de tener aire de cazador ó no, pero

no tengo ganas de ser fusilado por el amor de las apariencias.

—Es seguro que así el señor meterá una bala en el cuerpo de uno de nosotros — dijo el hombre alto.

—Bien, bien — continuó el desgraciado Winkle, volviendo boca abajo su fusil; — me es igual.

—Las concesiones mutuas hacen el encanto de la vida — dijo Sam.

La caravana se volvió á poner en marcha; pero no había andado cien pasos, cuando Mr. Pickwick gritó de nuevo:

—¡Alto!

—¿Qué hay otra vez? — preguntó Mr. Wardle.

—El fusil de Mr. Tupman es tan peligroso como el otro, estoy seguro.

—¿Cómo? ¿por qué es peligroso? — exclamó mister Tupman muy alarmado.

—Peligroso si lo lleváis de ese modo. Siento hacer nuevas indicaciones, pero no consiento en moverme de aquí si no bajáis el fusil como Mr. Winkle.

—Creo que haréis bien en ponerlo boca abajo — añadió el guarda, — porque estáis tan expuesto á mataros como á matar á los demás.

Mr. Tupman colocó su fusil en la posición apetecida, y el convóy partió otra vez. De repente los perros se pararon y sus amos hicieron lo mismo.

—¿Qué tenéis en las piernas? — exclamó mister Winkle.

—¡Chitón! — dijo Mr. Wardle; — ¿no veis que se han parado?

—¿Se han parado? — repitió Mr. Winkle mirando en torno suyo, como para buscar la causa que había interrumpido la marcha de los perros; — ¿por qué se paran?

—Atención — murmuró Mr. Wardle, que en el interés de la situación no había entendido la pregunta. — Vamos, pues.

Un violento ruido de alas se oyó tan repentinamente, que Mr. Winkle retrocedió, como si él mismo hubiera tirado. ¡Pam! ¡pam! dos tiros resonaron, y el humo se elevó tranquilamente, describiendo curvas graciosas.

—¿Dónde están? — exclamó Mr. Winkle con gran entusiasmo, y dando vueltas en todas direcciones; — ¿dónde están? decid, ¿cuándo es preciso hacer fuego? ¿dónde están? ¿dónde están?

—Aquí están — dijo Mr. Wardle recogiendo dos pedices que los perros habían depositado á sus pies.

—¡No, no! hablo de las otras — continuó mister Winkle desorientado.

—Un poco lejos si siguen corriendo así — replicó friamente Mr. Wardle, volviendo á cargar su fusil.

—Creo que encontraremos más dentro de cinco minutos — observó el guarda; — si este señor empieza á tirar ahora, el plomo saldrá del cañón cuando las hagamos levantar.

—¡Ah! ¡ah! ¡ah! — dijo Sam riendo.

—¡Sam! — dijo Mr. Pickwick, contrariado por la coacción de su discípulo.

—¿Señor?

—No temas.

—Muy bien, señor — respondió Sam.

Pero para indemnizarse se puso á hacer muecas detrás de la carretilla, para regocijo del chico de las polainas. El inocente joven soltó una carcajada tan ruidosa, que el guarda, que estaba conteniendo la risa, soltó á reír también.

Poco tiempo después, Mr. Wardle dijo á mister Tupman.

—¡Bravo, camarada! Esta vez tiraréis á tiempo.

—Sí, — respondió Tupman con orgullo.

—Para otra vez mataréis alguna cosa.

—Sí, es fácil. ¡Pero cómo se hunde el hombro! Yo creí que iba á caerme por detrás. No pensé que estas pequeñas armas de fuego tuviesen tanta fuerza.

—¡Oh! — dijo el viejo sonriendo, — ya os habituareis. Ahora, ¿estamos prontos? ¿cómo va el carretón?

—Va bien, señor — respondió Sam.

—En marcha. Ahora que se quede atrás el carretón.

—Bien, señor — dijo Sam parándose.

—Ahora, Winkle — continuó el viejo, — seguidme, y no os vayáis á quedar atrás.

—No temáis, — dijo Mr. Winkle.

—Silencio ahora, mucho silencio.

Avanzaban silenciosamente, cuando Mr. Winkle, queriendo ejecutar una evolución delicada con su fusil, lo disparó por casualidad en el momento crítico, y la carga fué á parar encima de la cabeza del chico, en el momento mismo en que hubieran estado los sesos del guarda, si se hubiera encontrado en el sitio que ocupaba su sitio.

—En nombre del cielo, ¿por qué habéis hecho fuego? — dijo Mr. Wardle, mientras los pájaros se escapaban aprisa.

—En mi vida he visto una escopeta como esta — dijo el pobre Winkle, mirando la batería, como si esto pudiera remediar alguna cosa; — se dispara sola y que quieras que no.

—¡Ah! se dispara sola — exclamó Mr. Wardle un poco irritado; — ¡quiera Dios que no tengamos aquí una muerte!

—¿Qué queréis decir? — exclamó agriamente mister

Winkle.

—Nada, señor, nada; yo no tengo hijos, y la madre de ese chico recibirá alguna pensión de mi amo si su chico muere en estas tierras; cargad, señor, cargad vuestra arma.

—Quitadle la escopeta — exclamó desde su carro mister Pickwick, horrorizado por las sombrías insinuaciones del guarda; — quitadle la escopeta.

Nadie se atrevió á cumplir este mandato, y mister Winkle, después de haber lanzado una mirada desdenosa al filósofo, cargó su escopeta y marchó delante con los cazadores.

Nos vemos obligados á decir, siguiendo la autoridad de Mr. Pickwick, que la conducta de Mr. Tupman parecía mucho más prudente y razonable que la de Winkle. Sin embargo, la competencia de éste en materias de ejercicio corporal no es negable; porque desde tiempo inmemorial, como observa muy bien Mr. Pickwick, muchos de los más renombrados filósofos han tenido perfectas luces para la ciencia en materia de teoría, sin que hayan podido hacer cosa alguna en la práctica.

La conducta de Mr. Tupman era extremadamente sencilla. Con la penetración instintiva de un nombre de genio, había notado desde el principio que los dos grandes puntos que había que obtener eran: Primero, descargar la escopeta sin hacerse daño; segundo, descargarla sin perjuicio de los demás. Por lo tanto, cuando hubiera llegado el momento inevitable de hacer fuego, lo mejor era cerrar los ojos y disparar al aire.

Así lo hizo Mr. Tupman, y al abrir los ojos vió una gran perdiz que caía herida en tierra. Ya iba á congratular á Mr. Wardle por su buena puntería, cuando éste se le acercó, y estrechándole calurosamente la mano, le dijo:

—Tupman, habéis escogido esta perdiz entre las demás.

—No, no.

—Sí; lo he notado, os he visto escogerla. He observado que levantasteis el fusil para apuntarla, y puedo decir que el mejor tirador del mundo no lo hubiera hecho mejor. Sois menos novicio de lo que yo creía, Tupman; vos habéis cazado mucho.

En vano protestó Mr. Tupman de lo contrario con una sonrisa de modestia. Su sonrisa sumisa fué tenida por prueba de su modestia, y desde entonces su reputación quedó sólidamente sentada.

Entretanto, mister Winkle se rodeaba de fuego, de ruido y de humo, sin producir ningún resultado positivo. Algunas veces disparaba hacia el cielo, á veces rozando con la tierra, llegando á poner en gran peligro la exis-

tencia de los perros. Su manera de apuntar, considerada como una obra de la fantasía, era extremadamente curiosa y variada; pero en cuanto á los resultados prácticos, era enteramente un *fiasco*.

—¿Qué tal? — dijo Mr. Wardle, acercándose al carrerón y enjugándose el sudor de la frente; — está el día caluroso ¿eh?

—Sí, — respondió Mr. Pickwick, — el sol quema horriblemente. No sé como lo resistís.

—Ya es más de medio día; ¿veis aquella colina verde?

—Sí.

—Pues allá vamos á almorzar. Allí está ya el criado con el cesto, exacto como un reloj.

—Ya lo veo, — dijo Mr. Pickwick, cuyo rostro se animó mucho. — ¡Excelente mozo! Le daré un shilling por su trabajo. Vamos, Sam, arrástrame.

—Manteneos firme, — dijo Sam turbado por la aparición del almuerzo.

Sam partió á paso de carga, arrastrando á su amo hasta la colina verde, y le colocó al centro del almuerzo, que empezó á desempaquetar con gran interés.

—Ternera mechada, — dijo Sam, poniendo los comestibles en orden sobre la hierba; — cosa buena, ternera mechada, sí, cosa buena cuando uno conoce á la *lady* que lo ha hecho, y está seguro de que no es carne de gato; y después de todo, el gato se parece tanto á la ternera, que los mismos pasteleros no conocen la diferencia: lengua, bien; es cosa buena, aunque sea la lengua de una mujer; jamón fresco: vaca asada y tostadas, bien, muy bien; ¿qué hay en estos cántaros, joven?

—Cerveza en este y ponche frío en aquel, — respondió el aldeano, quitándose de encima de los hombros dos grandes botellas, unidas por una cuerda.

—Pues es un almuerzillo bien organizado, — continuó Sam, examinando con gran satisfacción los preparativos: — y ahora, señores, no falta más que empezar.

No fué necesaria una segunda invitación para que la sociedad empezara á hacer justicia á la comida, y no fué tampoco necesario usar de muchas instancias para decidir á Sam, al guarda y á los dos chicos á sentarse sobre la hierba, á poca distancia, y á emprender batalla con una decente porción de las vituallas. Una vieja encima daba agradable sombra á los dos grupos de convidados, mientras delante de ellos se ostentaba un hermoso paisaje.

—¡Qué deliciosa vista! — exclamó Mr. Pickwick, con una expresión de júbilo.

—Sí, es cierto, amigos, — dijo Mr. Wardle; — vamos, un vaso de ponche.

—Con mucho gusto, — respondió Mr. Pickwick; y la

expresión radiante de su fisonomía después que habló, manifestaba la sinceridad de sus palabras.

—Otro vaso.

—Venga otro vaso; brindemos, amigos, á la salud de nuestros amigos de Dingley-Dell.

El brindis fué acompañado de grandes aclamaciones.

—Voy á deciros, señores, lo que yo haría para ejercitarme en la puntería, — dijo entonces mister Winkle, que comía pan y jamón; — yo pondría una perdiz embalsamada sobre un poste, y me ejercitaría en tirarle, empezando por una distancia corta, y alejándome poco á poco: es un medio excelente.

—Señor, — dijo Sam, — yo conozco á un caballero que hizo esto, empezando por ponerse á cuatro pies de distancia del blanco; pero no pudo continuar, porque apuntó tan bien al pajar, que no quedó ni una pluma.

—¡Sam! — dijo Mr. Pickwick.

—Señor.

—Haz el favor de guardar tus anécdotas para cuando te las pidan.

—Bien, señor.

Sam se calló; pero guiñó el ojo con tanta malicia, que los dos chicos cayeron con convulsiones espontáneas, y el mismo guarda empezó á reír también.

—Magnífico ponche fresco! — dijo Mr. Pickwick, mirando con ternura la botella, — y hace mucho calor... Tupman, un vaso de ponche.

—Con mil amores, — replicó Mr. Tupman.

Después de haber bebido aquel vaso, mister Pickwick tomó otro, solamente para ver si tenía alguna corteza de limón, porque el limón le hacía daño. Convenciéndose de que no tenía limón, Mr. Pickwick bebió otro vaso á la salud de Mr. Snodgrass; después se creyó en conciencia obligado á proponer un brindis en honor del fabricante anónimo de aquel ponche.

Esta constante sucesión de vasos de ponche produjo un efecto notable en nuestro filósofo. Su fisonomía resplandecía con dulce animación; cediendo por grados á la influencia combinada de aquel licor excitante y del calor, expresó un violento deseo de recordar una canción que había oído en la niñez; pero sus esfuerzos fueron inútiles. Quiso estimular su memoria con otro vaso de ponche, que desgraciadamente produjo en él un efecto enteramente opuesto; porque no contento con olvidar la canción, concluyó por no poder articular una palabra; en vano se levantó para dirigir á la sociedad un elocuente discurso; cayó sobre el carrétón, y se durmió casi instantáneamente.

El cesto fué empacquetado de nuevo, pero se encontró que era imposible despertar á Mr. Pickwick. Se discutió

si debía Sam arrastrarlo en el carrétón, ó si convenía más dejarlo en aquel sitio, hasta que volvieran sus amigos. Adoptose, por último, esta determinación, y como la expedición no debía durar más de una hora, y como Sam quería á toda costa acompañarlos, se decidieron á abandonar á Mr. Pickwick en su carreta y á tomarlo á la vuelta. Alejáronse, pues, dejando á nuestro filósofo roncando armoniosamente á la sombra de la vieja encina.

Se puede asegurar con certeza que mister Pickwick hubiera continuado roncando á la sombra de la vieja encina hasta la vuelta de sus amigos, si se le hubiese permitido permanecer en paz en su carreta.

El capitán Boldwig, dueño de la colina verde, era un hombre pequeño y violento, vestido con un redingot azul, abotonado hasta la barba y sobremontado por un cuello negro muy tieso. Cuando paseaba por su propiedad lo hacía en compañía de un enorme róten, de un jardinero y de un subjardinero, que se disputaban á ver cuál recibía con más humildad las órdenes que su amo les daba de la manera más conveniente; porque la hermana de la mujer del capitán se había casado con un marqués, y la casa del capitán era una villa, y su propiedad unas tierras, y todo era en el muy alto, muy poderoso y muy noble.

Mr. Pickwick había dormido una hora escasa, cuando el pequeño capitán, seguido de su escolta, llegó á aquel sitio; cuando estuvo junto á la vieja encina, se detuvo, hinchó los carrillos y sopló con nobleza; miró el paisaje, como si hubiera pensado que debía estar sumamente orgulloso de ser mirado por él; y al fin, dando enfáticamente un golpe con su bastón en el suelo, llamó á su jardinero en jefe.

—¡Hunt! — dijo el capitán Boldwig.

—Señor, — respondió el jardinero.

—Apisona el césped de este sitio mañana mismo; ¿entiendes, Hunt?

—Sí señor.

—Y ten cuidado de que esté aseado este sitio; ¿entiendes, Hunt?

—Sí señor.

—Y acuérdate que es preciso poner aquí un cartel para que nadie se permita pasear por mis tierras; ¿entiendes, Hunt?

—No lo olvidaré, señor.

—Perdón, señor, ¿me permitís...? — dijo el otro jardinero, acercándose sombrero en mano.

—Y bien, Wilkins, ¿qué hay?

—Se me figura que alguien ha entrado hoy aquí.

—¡Cómo! — dijo el capitán, lanzando en torno suyo una mirada feroz.

— Si señor; y han comido aquí, si no me engaño.
— ¡Maldición! es cierto, — dijo el capitán, viendo sobre el césped las cortezas de pan; — han comido en mis tierras; ¡ah, vagabundos! si los cogiera aquí... — dijo el capitán empuñando y enarbolando su bastón.

— Perdonadme, señor, pero...

— ¿Pero qué? — vociferó el capitán.

Y siguiendo la mirada tímida de Wilkins, sus ojos encontraron el carretón y a Mr. Pickwick.

— ¿Quién eres tú, bribón? — exclamó el capitán, dándole golpes con el bastón; — ¿cómo te llamas?

— Ponche... — murmuró el hombre inmortal, y se volvió a dormir inmediatamente.

— ¿Cómo? — preguntó el capitán Boldwig.

No se oyó respuesta.

— ¿Cómo ha dicho que se llamaba?

— Ponche, señor, si no me engaño.

— ¡Es un imprudente! ¡un miserable! está fingiéndose el dormido, — dijo el capitán con furor; — es un borracho; llevadle, Wilkins, sacadle de aquí inmediatamente, en seguida.

— ¿A dónde le arrastro? — preguntó Wilkins con gran timidez.

— Llévalo a todos los demonios.

— Muy bien, señor.

— Espera, — dijo el capitán.

Wilkins se detuvo bruscamente.

— Llévale a la *furrieta* y veremos si se llama también Ponche cuando despierte. No se reirá de mí, no.

Mr. Pickwick fué sacado en virtud de esta orden, y el capitán, henchido de indignación, continuó su paseo.

El estupor de nuestros cazadores fué grande cuando vieron a su vuelta que Mr. Pickwick había desaparecido, llevándose el carretón consigo. Era una cosa misteriosa é inesplicable; que un cojo echara a andar y desapareciera, era ya cosa extraordinaria; pero que este cojo se llevara consigo un pesado carretoncillo, era cosa milagrosa. Buscaron por todas partes, en todos los rincones, en todos los matorrales, y gritaron, silbaron, rieron, llamaron y no obtuvieron resultado alguno. Era imposible encontrar a Mr. Pickwick. Por último, después de muchas horas de investigaciones inútiles, llegaron a la penosa deducción de que era preciso marcharse sin él.

Entre tanto nuestro filósofo, profundamente adormecido en su carro, había sido llevado y depositado cuidadosamente en la *furrieta* del pueblo, en compañía de algunos animales inmundos; todos los pilluelos del pueblo y las tres cuartas partes de los habitantes se reunieron en torno suyo para esperar á que despertase. Si su satisfacción había sido inmensa al verle rodar, no tuvo límites

cuando después de haber articulado confusamente algunas voces llamando á Sam, se sentó en el carretón y contempló con indecible estupor los alegres rostros que le rodeaban.

Resonaron gritos estrepitosos, que fueron la señal de su despertar; y cuando preguntó maquinalmente ¿qué hay? los gritos fueron más violentos y burlones aún.

— ¿Dónde estoy? — preguntó Mr. Pickwick.

— En la *furrieta*, — vociferó la canalla.

— ¿Cómo he venido aquí? ¿dónde estoy? ¿qué he hecho?

— ¡Boldwig, el capitán Boldwig! — dijeron todos riendo.

— ¡Sacadme de aquí! — gritó Mr. Pickwick; — ¿dónde está mi criado? ¿dónde están mis amigos?

— No tener amigos, — clamó la multitud.

Y como en corroboración de este hecho, mister Pickwick recibió en su carretón un nabo, después una patata, después un huevo y algunas ligeras pruebas del buen humor del pueblo.

Nadie puede decir cuánto hubiera durado esta escena ni cuánto hubiera sufrido mister Pickwick, si de repente, un coche que rodaba por el camino, no se hubiera detenido en aquel sitio. El viejo Wardle y Sam Weller salieron de él; y en menos tiempo del que es necesario para escribirlo, el primero había libertado á Mr. Pickwick y le había colocado en el coche, mientras el segundo emprendía un combate singular con el alguacil del pueblo.

— ¡Id á casa del juez, — gritaron muchas voces.

— Si, id allá, — dijo Sam, saltando al asiento del coche; — dadle memorias de mi parte, de parte de mister Weller; decidle que ha castigado á su alguacil, y que si tiene otro, que lo tenga pronto para cuando yo venga.

Cuando el coche salió del pueblo, Mr. Pickwick respiró con fuerza, y dijo:

— En cuanto llegue á Londres, demandaré al capitán Boldwig por detención ilegal.

— Parece que no estamos de acuerdo.

— Es igual, lo demandaré.

— No lo demandaréis.

— Si lo demandaré, por...

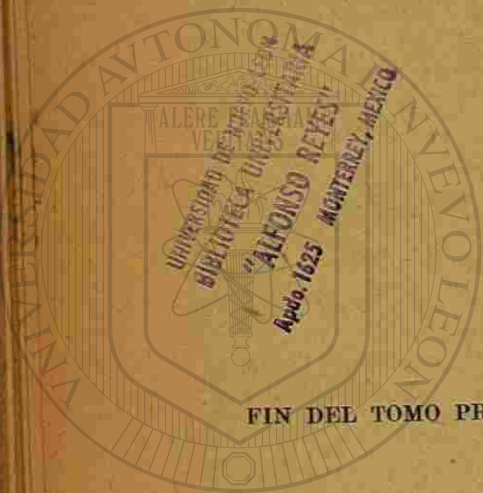
Mr. Pickwick se detuvo, notando la expresión de sarcallería que se pintaba en el rostro de Mr. Wardle.

— ¿Y por qué no he de hacerlo? — continuó.

— Porque, — dijo riendo mister Wardle, — porque podía dirigirse á alguno de nosotros, y decir que habíamos tomado mucho ponche frío.

Mr. Pickwick no pudo menos de sonreír, y por grados su sonrisa aumentó y se convirtió en carcajada; al fin esta risa contagiosa fué repetida por todos. Para to-

mentar aquel buen humor, nuestros amigos se detuvieron en la primera taberna que encontraron en el camino: hicieron servirse un vaso de aguardiente para cada uno, pero tuvieron cuidado de administrar á Sam Weller una dosis extraordinaria.



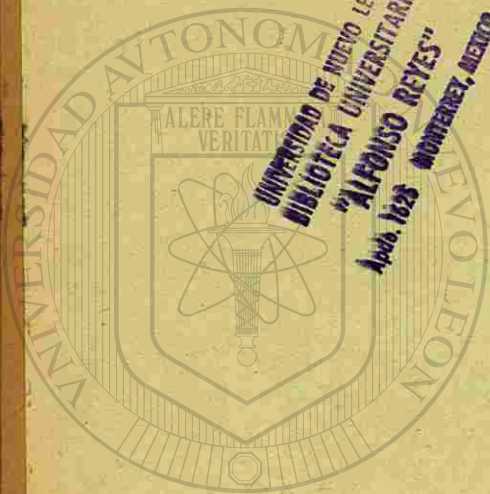
FIN DEL TOMO PRIMERO

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Aprob. 1928 MONTERREY, MEXICO

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



